Historia breve

GUERRERO

Carlos Illades

Carlos Illades. Doctor en historia, profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Su libro *Las otras ideas. El primer socialismo en México, 1850-1935* (2008) recibió el premio Gastón García Cantú.

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA
FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS

Serie
HISTORIAS BREVES

Dirección académica editorial: ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ
Coordinación editorial: YOVANA CELAYA NÁNDEZ

GUERRERO

CARLOS ILLADES

Guerrero

HISTORIA BREVE









SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
EL COLEGIO DE MÉXICO
FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010

Illades, Carlos
Guerrero. Historia breve / Carlos Illades ; present. de Alonso Lujambio ; preámbulo de Alicia Hernández Chávez. — México : FCE, SEP, COLMEX, FHA, 2010.
188 p., 56 p. en color : ilus. ; 23 × 17 cm — (Colec. Fideicomiso Historia de las Américas. Ser. Historias Breves)
ISBN: 978-607-462-231-7 (Guerrero)
ISBN: 978-607-462-189-1 (Obra completa)

1. Historia — Guerrero (México) I. Lujambio, Alonso, present. II. Hernández Chávez, Alicia, preámbulo III. Ser. IV. t.

LC F1286 Dewey 972.727 3 I634g

Distribución mundial

Esta publicación forma parte de las actividades que el Gobierno Federal organiza en conmemoración del Bicentenario del inicio del movimiento de Independencia Nacional y del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana.

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4694

ISBN: 978-607-462-231-7 (Guerrero)
ISBN: 978-607-462-189-1 (Obra completa)

Impreso en México • ***Printed in Mexico***

PRESENTACIÓN

EN ESTE 2010 CONMEMORAMOS dos significativos acontecimientos: el Bicentenario de la Independencia Nacional y el Centenario de la Revolución Mexicana.

La edición de las 31 historias de las entidades federativas de nuestro país nos proporciona una visión de largo alcance acerca de sus primeros pobladores y su territorio, del mundo mesoamericano al colonial, y de México como nación soberana de 1821 a 2010.

Las historias reflejan un México plural donde conviven múltiples culturas, formas de religiosidad, lenguas, etnias; también nos enseñan los cambios vividos y ya superados, algunos profundos, otros dramáticos. Estamos convencidos de que la mayor comprensión de nuestra historia nos permitirá pensarnos como un conjunto plural de mexicanos al mismo tiempo unidos por su historia y su cultura.

México es uno de los países más grandes del mundo. Hoy en día, de 192 países miembros de la Organización de las Naciones Unidas, México ocupa el decimocuarto lugar en términos territoriales. Estas historias nos hablan de cómo hemos sido capaces de mantener la unidad política y social en buena medida gracias a nuestra forma de organización política federal. La visión de largo alcance nos enseña que hemos padecido problemas graves, ya superados, y nos abre una perspectiva esperanzadora del porvenir.

Las historias de los estados de nuestra República nos revelan, a su vez, una de las más ricas y complejas historias del mundo, que ha sabido crecer manteniendo unida a la nación. También nos revelan que convivir no es una empresa fácil y que los momentos de tensión han sido recurrentes pero de duración limitada. De allí que cada una de las 31 historias nos ayude a comprender que la

resolución de los conflictos pasa por la búsqueda de nuevos y claros mecanismos de convivencia y que éstos encuentran su fundamento en la riqueza de nuestro pasado.

ALONSO LUJAMBIO
Secretario de Educación Pública

PREÁMBULO

LAS HISTORIAS BREVES de la República Mexicana representan un esfuerzo colectivo de colegas y amigos. Hace dos años nos propusimos exponer, por orden temático y cronológico, los grandes momentos de la historia de cada entidad; explicar su geografía y su historia: el mundo prehispánico, el colonial, los siglos XIX y XX y aun el primer decenio del siglo XXI. Se realizó una investigación iconográfica amplia —que acompaña cada libro— y se hizo hincapié en destacar los rasgos que identifican a los distintos territorios que componen la actual República. Pero ¿cómo explicar el hecho de que a través del tiempo se mantuviera unido lo que fue Mesoamérica, el reino de la Nueva España y el actual México como república soberana?

El elemento esencial que caracteriza a las 31 entidades federativas es el cimiento mesoamericano, una trama en la que destacan ciertos elementos, por ejemplo, una particular capacidad para ordenar los territorios y las sociedades, o el papel de las ciudades como goznes del mundo mesoamericano. Teotihuacan fue sin duda el centro gravitacional, sin que esto signifique que restemos importancia al papel y a la autonomía de ciudades tan extremas como Paquimé, al norte; Tikal y Calakmul, al sureste; Cacaxtla y El Tajín, en el oriente, y el reino purépecha michoacano en el occidente: ciudades extremas que se interconectan con otras intermedias igualmente importantes. Ciencia, religión, conocimientos, bienes de intercambio fluyeron a lo largo y ancho de Mesoamérica mediante redes de ciudades.

Cuando los conquistadores españoles llegaron, la trama social y política india era vigorosa; sólo así se explica el establecimiento de alianzas entre algunos señores indios y los invasores. Estas alianzas y los derechos que esos señoríos indios obtuvieron de la Corona española dieron vida a una de las experiencias históricas

más complejas: un Nuevo Mundo, ni español ni indio, sino propiamente mexicano. El matrimonio entre indios, españoles, criollos y africanos generó un México con modulaciones interétnicas regionales, que perduran hasta hoy y que se fortalecen y expanden de México a Estados Unidos y aun hasta Alaska.

Usos y costumbres indios se entreveran con tres siglos de Colonia, diferenciados según los territorios; todo ello le da características específicas a cada región mexicana. Hasta el día de hoy pervive una cultura mestiza compuesta por ritos, cultura, alimentos, santoral, música, instrumentos, vestimenta, habitación, concepciones y modos de ser que son el resultado de la mezcla de dos culturas totalmente diferentes. Las modalidades de lo mexicano, sus variantes, ocurren en buena medida por las distancias y formas sociales que se adecuan y adaptan a las condiciones y necesidades de cada región.

Las ciudades, tanto en el periodo prehispánico y colonial como en el presente mexicano, son los nodos organizadores de la vida social, y entre ellas destaca de manera primordial, por haber desempeñado siempre una centralidad particular nunca cedida, la primigenia Tenochtitlan, la noble y soberana Ciudad de México, cabeza de ciudades. Esta centralidad explica en gran parte el que fuera reconocida por todas las cabeceras regionales como la capital del naciente Estado soberano en 1821. Conocer cómo se desenvolvieron las provincias es fundamental para comprender cómo se superaron retos y desafíos y convergieron 31 entidades para conformar el Estado federal de 1824.

El éxito de mantener unidas las antiguas provincias de la Nueva España fue un logro mayor, y se obtuvo gracias a que la representación política de cada territorio aceptó y respetó la diversidad regional al unirse bajo una forma nueva de organización: la federal, que exigió ajustes y reformas hasta su triunfo durante la República Restaurada, en 1867.

La segunda mitad del siglo XIX marca la nueva relación entre la federación y los estados, que se afirma mediante la Constitución de 1857 y políticas manifiestas en una gran obra pública y social, con una especial atención a la educación y a la extensión de la

justicia federal a lo largo del territorio nacional. Durante los siglos XIX y XX se da una gran interacción entre los estados y la federación; se interiorizan las experiencias vividas, la idea de nación mexicana, de defensa de su soberanía, de la universalidad de los derechos políticos y, con la Constitución de 1917, la extensión de los derechos sociales a todos los habitantes de la República.

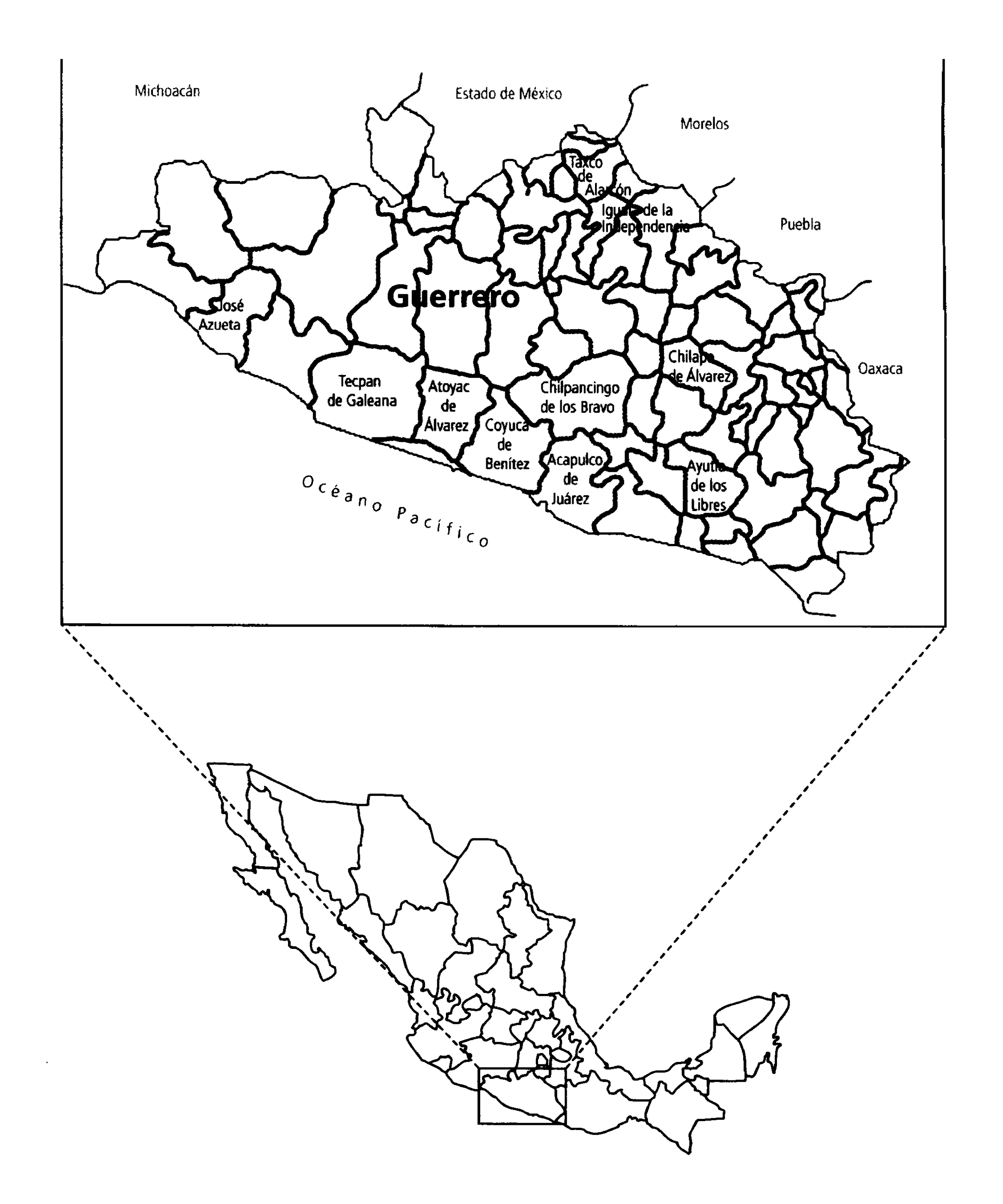
En el curso de estos dos últimos siglos nos hemos sentido *mexicanos*, y hemos preservado igualmente nuestra identidad estatal; ésta nos ha permitido defendernos y moderar las arbitrariedades del excesivo poder que eventualmente pudiera ejercer el gobierno federal.

Mi agradecimiento al secretario de Educación Pública, Alonso Lujambio, al doctor Rodolfo Tuirán; a Joaquín Díez-Canedo, Consuelo Sáizar, Miguel de la Madrid y a todo el equipo de esa gran editorial que es el Fondo de Cultura Económica. Quiero agradecer y reconocer también la valiosa ayuda en materia iconográfica de Rosa Casanova y, en particular, el incesante y entusiasta apoyo de Yovana Celaya, Laura Villanueva, Miriam Teodoro González y Alejandra García. Mi institución, El Colegio de México, y su presidente, Javier Garciadiego, han sido soportes fundamentales.

Sólo falta la aceptación del público lector, en quien espero infundir una mayor comprensión del México que hoy vivimos, para que pueda apreciar los logros alcanzados en más de cinco siglos de historia.

ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ
Presidenta y fundadora del
Fideicomiso Historia de las Américas

Para
CARLOS MONTEMAYOR,
in memoriam



Michoacán
Estado de México
Morelos
Puebla
Oaxaca
Guerrero
Azueta
Tecpan de Galeana
Atoyac de Álvarez
Coyuca de Benítez
Chilpancingo de los Bravo
Acapulco de Juárez
de los Libres
Océano Pacífico

PREFACIO

EL ACTUAL ESTADO DE GUERRERO ha sido escenario de muchos acontecimientos cruciales de la historia nacional; es por eso que las marcas en el tiempo que periodizan esta historia (Independencia, Reforma y Revolución), las que señalan un antes y un después, prácticamente son idénticas. Fundidas en su origen las historias del sur y del país, lo ocurrido en aquél habitualmente ha sido un síntoma de lo que pasa en éste, la evidencia puntual de lo que no debemos olvidar.

Hace 200 años, la escasa población, la pobreza, las enfermedades y la virtual incomunicación eran los rasgos característicos de esta porción del territorio suriano que bajaba desde la sierra hacia sus costas, mientras que la minería y el comercio ultramarino ofrecían los vínculos más importantes con el exterior, signos de la prosperidad compartida por Taxco y Acapulco. Esa geografía económica también distribuía en el espacio el color y la cultura de su gente: la sierra para el indio, la costa para el mulato y el negro, el real de minas para el blanco. La Constitución de Cádiz de 1812 los convirtió a todos en españoles; la de Apatzingán de 1814, en americanos; la federal de 1824, en mexicanos. No obstante, ninguna abolió las diferencias, aminoró las desigualdades, los movió de lugar o mejoró su suerte.

Aunque las comunicaciones crecieron apreciablemente durante el siglo pasado, están aún lejos de ser suficientes debido al tamaño de la población y a la extensión territorial de Guerrero. Muchos pueblos de la montaña y otros de ambas costas todavía carecen de caminos pavimentados y la telefonía aún no llega a puntos remotos y de difícil acceso. En estos sitios, la población y la actividad económica resintieron los efectos del rezago. Otros lugares, por ejemplo los situados a lo largo del eje México-Acapulco, tuvieron condiciones más favorables y un desarrollo relativamente supe-

rior. El ferrocarril sólo llegó a la región norte de la entidad, la más beneficiada durante el Porfiriato. Iguala tuvo entonces una expansión comercial apreciable, convirtiéndose en el centro del intercambio regional, sobre todo el dirigido hacia el norte y la Tierra Caliente. Las industrias aceitera y jabonera también se desarrollaron en aquella ciudad. Ni la agricultura tecnificada ni la industria de transformación arraigaron en la entidad y, no obstante que desde la segunda mitad del siglo XX comenzó el despegue de la industria turística atrayendo a las migraciones internas hacia la periferia de Acapulco, sus beneficios han resultado insuficientes.

El relativo aislamiento del suelo guerrerense lo convirtió en retaguardia segura en tiempos de guerra. Hidalgo instruyó a Morelos para ocupar Acapulco e insurreccionar el sur en 1811; Chilpancingo ofreció las garantías suficientes para desarrollar el Congreso de noviembre de 1813, el cual proclamó la Independencia; Guerrero articuló desde allí la guerra de guerrillas en contra del ejército realista. Y Obregón viajó escondido en el Ferrocarril del Balsas para después hablar a los chilpancingueños la noche del 20 de abril de 1920, comunicándoles que desconocía al Primer Jefe del constitucionalismo.

Como en el resto de la República, en el siglo XIX se formaron en Guerrero cacicazgos locales ante la falta de un Estado nacional consolidado y solvente, las guerras civiles y los conflictos internacionales del país, el escaso desarrollo económico y la precariedad de una sociedad civil que apenas comenzó a configurarse con el orden liberal. Desde Ayutla hasta Huitzuco, pasando por Zumpango y Chilpancingo, se extendieron estos intermediarios políticos, debilitados tan sólo parcialmente por la dictadura porfiriana, y vueltos a nacer durante la Revolución. El aislamiento geográfico de la entidad, a la que la modernidad representada por el ferrocarril prácticamente pasó de lado, tuvo un papel en la conformación anacrónica de su sociedad política.

Pero este aislamiento, aunado tanto a la segmentación de su población como a la desigualdad social y regional, también cohesionó a la población localmente y contribuyó a levantar ejércitos con facilidad en épocas de urgencia: los combativos mulatos que

acompañaron a Hermenegildo Galeana en la Costa Grande durante la Independencia; los indígenas que siguieron a Juan Álvarez en la Revolución de Ayutla; los rancheros de Huitzuco en la Revolución; el movimiento de los hermanos Vidales en Acapulco y en la costa en los años sonorenses; la guerrilla en la sierra de Atoyac durante la década de 1970.

Pobre y atrasado, aislado y marginal, Guerrero ha tenido sin embargo un papel activo en la nación, fundamentalmente en razón de una inestabilidad política que arrastró desde el siglo antepasado —producto combinado de la precariedad económica, la enorme desigualdad social y la debilidad institucional del Estado— y de una continua movilización popular. No pocas veces el futuro del país se decidió en su territorio y los sucesos guerrerenses lo pusieron en vilo. Ahora nos corresponde a nosotros narrar de manera ordenada esta historia, buscar lo dejado en el camino para encontrar el origen de muchos problemas y fracasos, y tratar de elucidar por qué fue así.

Agradezco al Departamento de Filosofía
de la Universidad Autónoma Metropolitana
el respaldo y las facilidades con que conté para
concluir este libro, de cuya redacción me ocupé
gracias a la amable invitación de la doctora
Alicia Hernández Chávez. Dejo al buen juicio
de los lectores el balance de sus aciertos,
errores y omisiones.

Chapultepec, abril de 2010

Primera Parte

EL SUR

El territorio suriano estuvo poblado desde mucho antes de la llegada de los españoles. Olmecas, tarascos y mexicas dejaron su huella en él. Durante la época colonial, Taxco y Acapulco se vincularon con las economías más dinámicas del planeta, que florecían en algunas regiones de Europa y Asia, a través de las triangulaciones comerciales establecidas por el Imperio español. La guerra de Independencia interrelacionó al sur con el resto de la nación, debido a la gran participación regional durante la lucha armada. Esta tendencia se consolidó en la guerra contra Estados Unidos y con la revolución de Ayutla, que puso fin a la dictadura de Antonio López de Santa Anna y dio paso a la reforma liberal. Para entonces el espacio suriano existía ya como entidad soberana y a la vez como parte de la República. Comenzaremos, pues, por ofrecer un breve repaso de esos cientos de años de historia antes de que el sur fuera Guerrero.

I. EL TERRITORIO Y SUS HABITANTES

EL ESTADO DE GUERRERO SE LOCALIZA entre los 16° 18' y 18° 48' de latitud norte, y los 98° 03' y 102° 12' de longitud oeste. Limita al norte con los estados de México, Morelos, Puebla y Michoacán; al sur, con el Océano Pacífico; al este con Puebla y Oaxaca; al oeste con Michoacán y el Pacífico. Posee una superficie de 63 754 km² (3.2% del total del país), con un territorio más bien árido y accidentado, por donde pasa la Sierra Madre del Sur, que lo divide en las vertientes sur y norte. Aquélla desagua directamente en el Pacífico; la otra fluye hacia el Río Balsas, para después descargar sus aguas en el océano.

De topografía variada, que va desde las sierras altas hasta las costas, pasando por valles y planicies, Guerrero posee un litoral de aproximadamente 500 km de longitud y climas diversos. La temporada de lluvias se extiende desde principios de junio a mediados de septiembre. Salvo en la zona montañosa, los índices pluviales son bajos, además de que la distribución de las lluvias es irregular a lo largo del año. Sus áreas verdes están conformadas por pastizales, bosques y tierra apta para la agricultura. Predomina una vegetación compuesta por cuajilotes y órganos, acompañada por bosques de encino, árboles tropicales, carpes, alisos, helechos gigantes, orquídeas, acacias, ficus, tulipanes y parotas. Lomas y barrancas hacen difícil una agricultura fundamentalmente de temporal, conformada por cultivos de copra, mamey, ajonjolí, cacahuate, jícama, cacao, ciruela, coco de agua, chabacano, mango, maíz, café, arroz, caña de azúcar, plátano, chile, jitomate, aguacate, algodón y limón.

La entidad tiene tres formaciones geográficas: la depresión del Río Balsas, la Sierra Madre del Sur y la costa del Océano Pacífico. La primera, en dirección norte, es una amplia zona de tierras bajas que no sobrepasan los 1000 msnm. La sierra, formada a finales

del Cretácico superior, corre paralela al mar, entre la costa y la depresión del Balsas, su río más importante y el segundo con mayor caudal del país. Éste cambia de nombre en su curso y adopta los de los lugares por donde pasa (Zahuapan, Atoyac, Poblano, Mezcala, Balsas y Zacatula), cruza varios estados (Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, Guerrero y Michoacán), es frontera natural de dos de ellos (Michoacán y Guerrero) y atraviesa diversas regiones con actividades económicas y niveles de desarrollo desiguales.

Se distinguen cuatro regiones naturales que, aunque diversas, comparten un clima tropical y suelos sedimentarios: la Tierra Caliente, la Montaña, la Costa Grande y la Costa Chica. La primera, situada en la parte baja del Balsas, en los límites con Michoacán, abarca un tercio de la superficie del estado y cuenta con abundantes tierras fértiles, donde abunda una enfermedad endémica conocida como mal del pinto. La Montaña, en la cuenca alta del río, hace frontera con el estado de Puebla y ocupa casi 40% del territorio guerrerense. La Costa Grande es la región que corre desde el puerto de Acapulco hasta la desembocadura del Balsas; cuenta con pastizales, tierras de labor, salinas y yacimientos mineros. La Costa Chica es la superficie comprendida entre Acapulco y el estado de Oaxaca; tiene mucha vegetación, praderas, sabanas y bosques. En ambas costas se encuentra el mosquito que transmite el paludismo. Como carece de grandes caídas de agua, salvo en el Balsas, la entidad recibe energía eléctrica generada en otros estados de la Federación.

Un poco más de la quinta parte de la superficie del estado está cubierta de pastos naturales; en los bosques se encuentran coníferas, pino, oyamel y encino, y sólo una cuarta parte de la tierra es cultivable. Predomina la agricultura de subsistencia, regada por aguas de temporal. Si bien la precipitación promedio no es muy elevada, está por encima de la media nacional, aunque distribuida irregularmente. De acuerdo con los datos de la Comisión Nacional del Agua, entre 1941 y 2001 la entidad tuvo un promedio de 1 107 mm de precipitación anual, mientras el nacional fue del orden de los 772 mm. Ajonjolí, copra, mamey, cacahuate, jícama, cacao, coco de agua, flor de jamaica, chabacano, mango, ciruela,

MAPA I.1. *Las grandes divisiones geográficas*

FUENTE: Danièle Dehouve, *Entre el caimán y el jaguar. Los pueblos indios de Guerrero,* México, CIESAS, 1994, p. 22.

café, arroz, maíz, frijol, sorgo, caña de azúcar, plátano, papaya, limón, jitomate, aguacate y algodón figuran entre sus principales productos agrícolas desde hace mucho tiempo. Guerrero produce principalmente maíz y ocupa el primer lugar en producción de jamaica en la República.

En 2003 la manufactura guerrerense aportaba 0.3% a la producción nacional dentro del ramo, y se concentraba en las industrias de bebidas y tabaco, alimentaria, vestido, madera y muebles, y en la fabricación de artículos de metales preciosos. La minería guerrerense se ubica en el norte del estado y en la cuenca del Río Balsas, y produce mercurio, cinc, plomo, oro y cobre. En la costa existen yacimientos de antimonio, azufre, uranio, tungsteno, titanio, fierro, oro y platino. Para 2008, los tres principales metales producidos en la entidad fueron cinc (7 548 ton), plomo (736 ton) y cobre (710 ton). La inversión extranjera directa desempeñaba un papel marginal, con sólo 174.1 millones de dólares durante el periodo 1999-2009, que representaba 0.1% del total nacional.

CUADRO I.1. *Producción forestal (2006)*

Productos	*Toneladas*
Coníferas	143 732
Pino	138 430
Oyamel	5 301
Encino	3 533

FUENTE: INEGI, *Perspectiva estadística. Guerrero,* México, 2009, p. 55.

CUADRO I.2. *Producción agrícola (2008)*

Productos	*Toneladas*
Maíz en grano	1'403 046
Mango	363 041
Gladiola (gruesa)	238 800
Sorgo forrajero verde	234 339
Copra	163 384
Limón	82 514
Melón	77 218
Plátano	70 668
Sandía	56 276
Sorgo en grano	52 552
Café cereza	49 045
Jitomate	22 539
Papaya	29 041
Tomate verde	11 903
Frijol	11 017
Jamaica	3 773

FUENTE: INEGI, *Perspectiva estadística. Guerrero,* México, 2009, p. 54.

Con un escaso y tardío desarrollo de las vías de comunicación terrestres, el comercio suriano se concentra en las ciudades más pobladas (Acapulco, Chilpancingo, Iguala, Taxco, Chilapa y Zihuatanejo), las que además poseen los mejores servicios, si bien todas están rodeadas por cinturones de miseria cada vez más amplios. En

particular, Acapulco y Zihuatanejo, y en menor medida Taxco, aglutinan la actividad turística, principal fuente de ingresos lícitos de la entidad. Y tanto Chilpancingo como Acapulco reúnen a buena parte de la burocracia estatal, además de contar con el grueso de la oferta en educación superior.

Si bien en las últimas décadas creció la oferta educativa de las universidades particulares y la enseñanza tecnológica, la mayor parte de la educación superior descansa aún en la universidad pública, que actualmente imparte docencia en los niveles medio superior, superior y de posgrado; cuenta con 34 licenciaturas y 29 programas de posgrado. De éstos, las maestrías en ciencias biomédicas y en matemáticas educativas forman parte del Programa Nacional de Posgrado de Calidad del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Para el ciclo escolar 2008-2009 había 49500 alumnos inscritos en el nivel superior en todo el estado.

Hay en Guerrero 81 municipios. La población suriana es tan diversa como su geografía. Aunque predominan los mestizos, también existe un apreciable número de indígenas (nahuas, tlapanecos y amuzgos), sobre todo en la Región de la Montaña y también en la parte central del estado; negros y mulatos habitan la costa, y una minoría blanca está dispersa en las principales ciudades. Esta variedad étnica constituye el sustrato de la diversidad cultural que presenta la entidad, debida, junto con la topografía, a la falta de integración que históricamente ha padecido el territorio. Asimismo, la mayoría de los guerrerenses son católicos; de acuerdo con las estadísticas censales del 2000, 2'359763 surianos mayores de cinco años dijeron profesar ese credo, lo que representaba 89.2%; 117511 eran protestantes (4.4%); 52026 eran bíblicos no evangélicos (2%), y 81366 (3.1%) no tenían religión alguna. Aunque el porcentaje del catolicismo del estado rebasa ligeramente el promedio nacional, las cifras corresponden a la tendencia general del país.

Los platillos típicos de la entidad son los moles rojo y verde, clemole, ayomole, huaxmole y todos los chilmoles o salsas de chile; las tortillas, memelas, picadas, chalupas, tostadas, totopos; el pozole blanco y verde, y el de elote o elopozole. También el pan

de trigo, blanco o bizcocho, incluyendo las "chilpancingueñas", las semitas tixtlecas y el marquesote chilapeño. Entre las bebidas de mayor consumo están el atole, el chocolate, el café, diversas infusiones (toronjil, hojas de toronjo, flores de naranja y limón, yerbabuena, manzanilla) y el mezcal.

II. ÉPOCA PREHISPÁNICA

DESDE EL VIRREINATO COMENZÓ EL INTERÉS por conocer el pasado precolombino. En búsqueda o como consecuencia de la conquista espiritual, sacerdotes y misioneros rescataron las antigüedades indígenas intentando aproximarse a la cultura de los indios, aun si la consideraban pagana. En este empeño se destacaron los frailes Bernardino de Sahagún y Diego de Landa. Varios años después Carlos de Sigüenza y Góngora y Lorenzo Boturini continuarían esa labor.

Si bien la Ilustración europea fue hostil hacia el pasado indígena, la exaltación de lo autóctono corrió por cuenta de criollos como el veracruzano Francisco Javier Clavijero, cuya *Historia antigua de México* habla del medio geográfico americano tanto como de la historia y cultura precolombinas. La veta protonacionalista de la obra de Sigüenza y Góngora se desplegó en la visión histórica de Clavijero, tan asombrado por los logros culturales de la civilización mesoamericana, a su juicio comparables a los habidos durante la antigüedad clásica. En el México independiente, viajeros extranjeros visitaron, exploraron, explotaron y dibujaron las ruinas arqueológicas mesoamericanas, mientras estudiosos y autoridades mexicanas fundaban en 1825 el Museo Nacional, en la calle de Moneda. Entrado el Porfiriato, Leopoldo Batres excavó, rescató, destruyó y rehízo monumentos prehispánicos en zonas tan importantes como Teotihuacan y Mitla.

El punto de partida de la arqueología guerrerense fueron las exploraciones emprendidas por William Niven, quien viajó por el Balsas medio, Xalitla, Xochipala, Yesta, El Naranjo y Zumpango del Río hacia finales del siglo XIX. Algunos de sus hallazgos todavía se pueden contemplar en el Museo de Historia Natural de la ciudad de Nueva York. Los mexicanos José García Payón, Pedro R. Hendrichs Pérez y Miguel Covarrubias realizaron sus propias pesquisas du-

rante la segunda Guerra Mundial. Hendrichs Pérez, agente viajero y arqueólogo aficionado, dejó nota de algunas de sus indagaciones en *Por tierras ignotas. Viajes y observaciones por la región del río Balsas,* publicado en 1946. Covarrubias, estudioso de la cultura de Mezcala, documentó la influencia olmeca en la entidad. Vendrían también los trabajos de campo de Robert H. Barlow, Roberto J. Weitlaner, Pedro Armillas, Robert H. Lister, Ignacio Bernal, Paul Schmidt y Jaime Litvak.

Veinte mil años tardó el hombre en poblar el continente americano. En Mesoamérica transcurrieron casi 10000 años para que abandonara su vida de cazador y recolector para dedicarse a la agricultura, con el empleo de sistemas de terraza y roza, la siembra de terrenos de fundo húmedo, las chinampas y la irrigación. Domesticó el maíz en el Valle de Puebla 3500 años antes de la era cristiana. En Puerto Marqués, cerca de la Bahía de Acapulco, hay rastros de cerámica Pox de alrededor del 2300 a.C., indicativa del tránsito de economías basadas en la apropiación de los recursos naturales a otras sustentadas en la producción de bienes de consumo; por su antigüedad, podría tratarse de una de las primeras producciones del área cultural mesoamericana. Durante el Preclásico, en la Costa Grande se elaboraron figurillas al pastillaje, en Mezcala; se perfeccionó la escultura lítica, y en la desembocadura del Balsas aparecen vasijas de cerámica típicas del complejo arqueológico Capacha.

La arqueología documenta sucesivas influencias de las grandes civilizaciones precolombinas en el territorio guerrerense: la olmeca (800 a.C.-400 d.C.), la teotihuacana (400-900 d.C.) y la tolteca (900-1200 d.C.); en tanto que los estudios etnohistóricos muestran para el Posclásico la presencia lingüística (y étnica) del chontal (al norte), tuzteco, cuitlateco (en la cuenca del Balsas), tlapaneco (al sur de la Sierra de Tlapa), tepuzteco (entre la costa y Tlacotepec), tlacihuizteco, tisteco, coyutumateco, camoteco, texcateco, chumbia, amuzgo, ayacasteco, huehueteco, quauhteco, zapoteco, entre otros. Estos grupos constituían sociedades jerarquizadas, tributarias de alimentos, textiles y servicios.

La olmeca fue la cultura madre de la civilización mesoamerica-

na, el equivalente americano de los sumerios, escribiría Jacques Soustelle; su núcleo se desarrolló en los actuales estados de Tabasco y Veracruz, pero también extendió su presencia al Valle de México, como se observa en la necrópolis de Tlatilco; al área maya, donde su influencia fue notablemente menor, y a la costa del Pacífico. En el actual Guerrero se localizan pinturas olmecas en las grutas de Juxtlahuaca y Oxtotitlán. Es posible que las figurillas de Xochipila tuvieran esa misma procedencia. También hay objetos olmecas en la Costa Grande, en Zumpango del Río y en los límites con Puebla y Morelos, e influencias diversas destacan en las grandes esculturas de San Miguel Amuco y Teopantecuanitlán, y en figurillas de barro y piedra dispersas por muchas áreas del estado, ya sea en Tierra Caliente, el centro, las costas y la Montaña.

Señala Eric Wolf que Mesoamérica padeció la dispersión de sus pueblos; sin embargo, cuando logró superarla y establecer un sistema integrado, el punto de unión siempre fue un poder situado en el Altiplano Central. Pero, debido a que en Mesoamérica no hubo grandes obras hidráulicas como en Mesopotamia, el Valle del Nilo, China o Perú, esta situación menguó el despotismo estatal, a pesar de tratarse de una sociedad agraria altamente dependiente del acceso a caudales de agua poco abundantes. En el centro de México, la cultura urbana más significativa del periodo Clásico —que va aproximadamente del 200 al 900— fue la teotihuacana. La metrópoli, situada en un punto estratégico entre los valles de México y Puebla, fue a la vez centro religioso, político, administrativo y económico. Su arquitectura revela una sociedad compleja, en la que coexistían sacerdotes, alta burocracia, jefes militares, artesanos y colonias extranjeras. De acuerdo con los descubrimientos realizados por René Millon, hacia 750 la ciudad fue saqueada e incendiada.

Los arqueólogos consideran que en Guerrero hay algunos elementos de la cultura teotihuacana, como el uso arquitectónico del talud y el tablero. En Chilpancingo se encontraron estas estructuras arquitectónicas, y en Acapulco, Costa Grande, el Balsas medio y Placeres del Oro se localizó cerámica teotihuacana. Las estelas 1 y 2 de Tepecuacuilco, guardadas en el Museo Nacional de

Antropología e Historia, muestran personajes ricamente ataviados, colocados verticalmente, con los pies acomodados en una sola línea, las puntas hacia fuera y calzados con lujosas sandalias; se cree que son la representación de Tláloc y Chalchiuhtlicue. La influencia teotihuacana también se aprecia en Tlapa, dado que los habitantes del sitio fueron el único pueblo mesoamericano que compartió con Teotihuacan la cuenta calendárica de 2 a 14. Cerca de Tepecoacuilco se descubrieron representaciones de Tláloc y Chalchiuhtlicue. Otras estelas (localizadas en Acatempan, San Miguel Totolapan y Acapulco) indican un posible contacto con la metrópoli del Altiplano.

En el Preclásico apareció en Guerrero una tradición de tallado de figuras de piedra pulida, principalmente figuras humanas completas y máscaras conocidas del estilo Mezcala. Ahora sabemos, indica Paul Schmidt en un trabajo reciente, que están asociadas tanto con una cerámica particular como con una arquitectura de patios hundidos, edificios con pórticos, y taludes y tableros que tienen una decoración de clavos empotrados. Durante esta época también se construyeron arcos y bóvedas falsas de tipo maya, como muestran los hallazgos arqueológicos de Oztotitlán, Tehuehuetla y Chilpancingo. El espacio en que están distribuidos, coincidente con otros elementos de la cultura Mezcala, indicaría que se trata de otro elemento característico de ésta.

El vínculo del sur con el Altiplano Central continuó durante el horizonte histórico. En 1426, la muerte de Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, propició un conflicto dinástico que afectó las relaciones políticas entre los señoríos del centro del país. Maxtla, quien se alzó con el poder después del conflicto, pretendió intensificar el dominio tepaneca sobre los demás pueblos del centro de México, pero sólo los impulsó a coaligarse para enfrentarlo. Así, Itzcóatl, rey tenochca sucesor de Chimalpopoca; Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, y el señorío de Tlacopan integraron una alianza. La nueva fuerza, mediante varios movimientos articulados, logró vulnerar los baluartes tepanecas y sitiar su capital. Narra Nigel Davies que, después de más de 110 días de acoso, la población de Azcapotzalco estaba hambrienta y desesperada. Maxtla, quien co-

mandaba la defensa, trató de romper el cerco, pero cayó a consecuencia de un golpe en la cabeza. Éste fue el final de la batalla, pues huyó el resto de su ejército. Tras la victoria sobre los tepanecas quedó constituida formalmente la Triple Alianza. Fue en ese momento cuando Itzcóatl adoptó el título de Señor de los Culhuas, en tanto que Nezahualcóyotl adquirió el nombre de Señor de los Acolhuas y el rey de Tlacopan se hizo llamar Señor de los Tepanecas. A pesar de la unión militar, cada uno de los señoríos era independiente. La alianza, que al principio solamente pretendía quitarse de encima el dominio de Azcapotzalco, alcanzó entonces el carácter ofensivo y expansionista que la llevó a lugares remotos y apartados.

La Triple Alianza extendió sus dominios después de 1428: empezó por someter a otros señoríos del Valle de México; posteriormente sojuzgó Cuernavaca y Tula y realizó incursiones en el norte de Guerrero; al paso del tiempo, conquistó la Costa Grande, parte de la Costa Chica, Chilapa y Tlapa; grupos nahuas migraron a la región y seis de sus pueblos se convirtieron en tributarios, como se aprecia en los códices: Tlachco (hoy Taxco), Tepecuacuilco (que en la época prehispánica abarcaba la zona central de la entidad), Cihuatlán (en la Costa Grande), Tlalcozautitlán, Quiauteopan y Tlapa, situados en el oriente. Yopes y cuitlatecos no quedaron bajo su dominio, y conformaron señoríos autónomos hasta la conquista española. Curiosamente, los mexicas adoptaron el culto a uno de sus dioses, Xipe Totec, el señor de los desollados y también deidad de los orfebres. Ahuízotl (1486-1502) sometió a la mayor parte del sur. Las excavaciones realizadas en el Templo Mayor, en el centro histórico de la Ciudad de México, han rescatado piezas de procedencia guerrerense.

De las 38 provincias tributarias con que contaba la Triple Alianza hacia 1521, seis pertenecían al actual estado de Guerrero. En ellas se cultivaba maíz, frijol, calabaza, algodón, chile y cacao. Aunque obviamente predominaba la agricultura de temporal, utilizaban el riego en la cuenca del Balsas, y también en el oriente y en la costa, incluso con anterioridad al arribo de los mexicas. Esto permitió entregar a la Triple Alianza grandes cantidades de tejidos de

algodón, además de maíz, chía, frijol y cacao; también recibía objetos de alfarería, copal, conchas marinas, barniz amarillo, jícaras, tecomates, oro (rescatado de los ríos de la Costa Chica), turquesas y hachuelas de cobre.

III. NUEVA ESPAÑA

EN MENOS DE UN LUSTRO, LOS CONQUISTADORES españoles sometieron casi en su totalidad a los pueblos surianos, aunque enfrentaron una férrea resistencia indígena en Zacatula. En 1531 estalló en la Costa Chica la rebelión de los yopes, que duró cuatro años. En su momento, los insurrectos hicieron saber a las autoridades españolas:

> que ellos nunca habían [de] obedecer ni servir a Moctezuma, que era el mayor señor de los indios, que cómo querían que obedeciesen ahora a los cristianos; que ellos siempre tuvieron guerras y que en ellas quieren morir y probar quién son, así que si ello muy de presto no se socorre y remedia toda esta costa quedará asolada después de no dejar español a vida que tal camino llevan.

Gonzalo de Sandoval dominó la región de Chilapa, en tanto que Pedro de Alvarado se dirigió a pacificar la costa y reducir el cacicazgo de Tutepec. El propio Cortés organizó expediciones al mineral de Taxco en busca de metales preciosos, y partidas hacia Acapulco, de donde zarparon embarcaciones para explorar la costa del Pacífico. Alvarado fundó el poblado de San Luis Acatlán, mientras lugares como Atoyac, Tecpan, Coyuca de Catalán, Pungarabato y Tlapa, entre otros, fueron producto de la congregación de pueblos indios del siglo XVI. El Sur formaría parte de la Audiencia de México.

Los conquistadores no buscaban únicamente apropiarse del territorio, o del oro y la plata novohispana, sino también convertir a los indígenas al cristianismo. Provenientes del obispado de Michoacán, los franciscanos evangelizaron Tierra Caliente. En 1533, Juan Bautista Moya fundó las parroquias de Acapulco, Coahuayutla, Petatlán y Coyuca de Benítez. Y del convento de Ocuituco (hoy

estado de Morelos) partieron los agustinos hacia Chilapa. De acuerdo con la jurisdicción eclesiástica, el suelo guerrerense quedó incorporado a las diócesis de Valladolid, México y Puebla.

Para poner en marcha la economía, los españoles necesitaban someter y organizar la mano de obra indígena. Inicialmente siguieron dos caminos para alcanzar este propósito: esclavizarlos o someterlos a una institución de carácter medieval que surgió durante la guerra de Reconquista española, la llamada "encomienda", que obligaba a los indígenas a dar tributo en especie y a prestar servicios personales. Hacia mediados del siglo XVI, el tributo en especie se transformó en pagos en moneda de plata: Tuzantla hizo la conversión en 1548; Asuchitlán, en 1549; Tlacozautitlán y Teulistaca, en 1551; Taxco y Tlapa, al año siguiente; después siguieron Nexpa, Igualtepec, Ixcateopan, Zacualpa y Ayozochiquizala, y al final lo hicieron Coyuca y Guayameo.

De la misma forma que otras economías domésticas, la indígena carecía de holgados excedentes en productos pero, a la vez, poseía un gran volumen de brazos, organizados a través de una débil división de tareas, oficios y especialidades. Cuando se requerían grandes obras, las autoridades recurrían al sistema laboral conocido como *coatéquitl,* el cual permitía disponer de mucha mano de obra sin violentar el trabajo cotidiano de las comunidades, dado que sólo una parte de sus miembros se incorporaba a las labores colectivas.

La esclavitud y la encomienda trastocaron este orden, ya que impusieron el reparto individual de la población indígena, adjudicándose a cada capitán cierto número de poblaciones y de tributarios. El tributo no era una forma de exacción desconocida para los pueblos surianos, pues los mexicas ya lo habían aplicado. La novedad introducida por los españoles consistió en la modificación de su monto, periodicidad y naturaleza. A partir de entonces ya no se trataría de bienes de consumo elaborados únicamente para ser usados localmente, sino de productos hechos para circular en el mercado.

Hay rastros de la encomienda en la Región de la Montaña, donde se instituyó en algunos de los lugares que habían sojuzgado los

mexicas. Tal fue el caso de las provincias de Tlapa y Olinalá. La primera, originalmente entregada a Hernán Cortés aunque nunca reclamada por éste, durante la mayor parte del siglo XVI estuvo dividida en tres partes: una integrada por la encomienda de Francisco Vázquez de Coronado y familia; otra más, encomendada a Bernardino Vázquez de Tapia y familia; la última, perteneciente a la Corona. De Tlapa se extraía oro en polvo, miel, cera, pescado y cacao. La segunda, Olinalá, primera encomienda de Alonso de Aguilar, proveía de cobre, miel, cacao y maíz.

En todo el territorio novohispano la población indígena fue diezmada, no tanto por la brutalidad de la Conquista, sino por las enfermedades traídas por los europeos ajenas al sistema inmunológico de la población indígena. Las grandes epidemias ocurridas en 1545-1546 y 1576-1579 menguaron drásticamente a la población indígena del actual estado de Guerrero. Algunos datos que hay para la Costa Chica ilustran el fenómeno: en Azoyú, entre 1519 y 1548 la población pasó de 10000 a 228 tributarios; en Ayutla, de 10000 a 120; en Colutla, de 20000 a 80; en Ometepec, de 20000 a 340, y en Igualapa, de 10000 a 450. A pesar de ello, la presencia indígena todavía es significativa en algunas zonas de la entidad, en especial en la Montaña. Destacan los amuzgos, los mixtecos y los nahuas. En las costas hay población negra que, con el tiempo, se mestizó.

Para mediados del siglo XVII, de acuerdo con Sherburne F. Cook y Lesley Byrd Simpson, quedaban aproximadamente 1'500000 indígenas en el México central, a los que se sumaban alrededor de 300000 negros, blancos y mestizos. Será en el final de la centuria cuando la curva poblacional vuelva a ascender, aunque con una variante fundamental: el incremento de los grupos de población de las razas no indígenas y de las mezclas raciales.

Como consecuencia de la caída de la población indígena, las principales actividades económicas pasaron a manos de criollos y peninsulares. La producción se orientó más hacia el mercado interno para satisfacer las crecientes demandas de los colonos, por lo que el vínculo con la metrópoli sufrió un cambio estructural. Por su parte, la Corona reorganizó la asignación de la fuerza de trabajo y la encomienda fue sustituida por el llamado repartimien-

MAPA III.1. *Idiomas no nahuas (siglo XVI)*

FUENTE: Danièle Dehouve, *Entre el caimán y el jaguar, op.cit.*, p. 30.

to forzoso de trabajadores, mediante el cual cada poblado debía entregar cierta cantidad de brazos a la semana. La economía natural indígena desapareció progresivamente y cedió el lugar a la economía de mercado. En 1632 el virrey Cerralvo suprimió este reparto, a excepción del que había en la minería, a la vez que legalizó el peonaje acasillado y la gañanería en el campo. Al menos formalmente, el trabajador forzado fue sustituido por una mano de obra libremente contratada.

La minería, la ganadería y la agricultura tuvieron una expansión durante el siglo XVIII. Regiones como el norte o el Bajío fueron las más beneficiadas por ésta. Toda proporción guardada, en territorio suriano aumentó el número de haciendas y ranchos, aunque la gran propiedad agraria no fue común. El tamaño de las haciendas variaba considerablemente, ya que comprendían de una a 70 familias, aunque por lo general se componían de 10 o 20 de diferentes castas. Predominaron las haciendas medianas y peque-

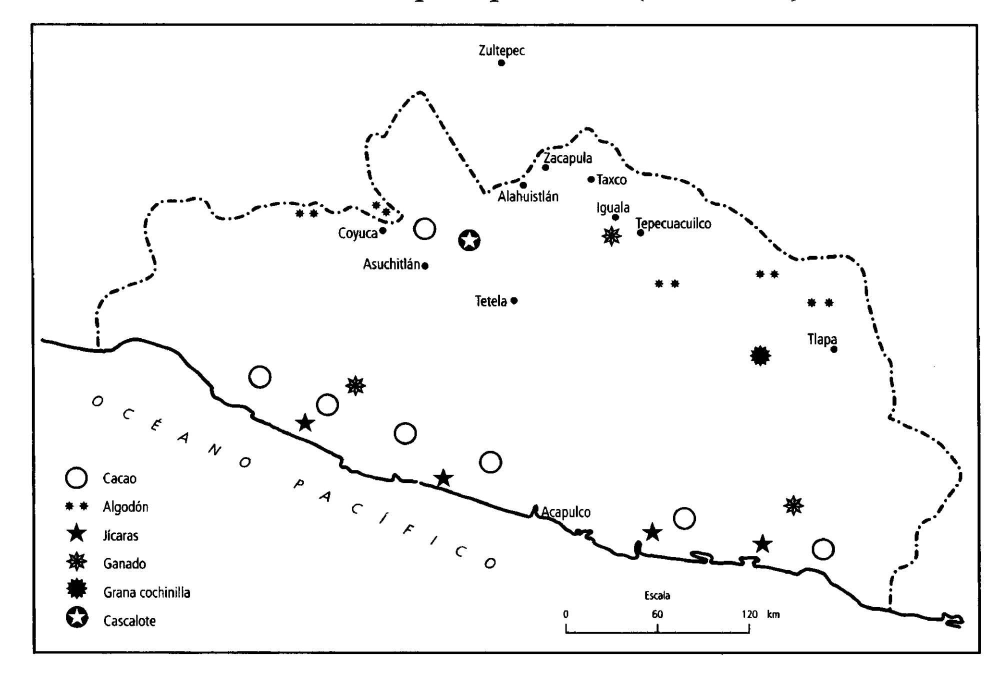
ñas en el centro y la costa (donde además laboraban como sirvientes los hijos de los esclavos negros que habían llegado en el siglo anterior a fin de cubrir la merma poblacional provocada por las epidemias), las haciendas de beneficio en los reales de minas, y las haciendas "volantes", formadas por ganado trashumante, en las cuencas del Balsas y en el Pacífico. Esta forma de propiedad creció a expensas de las tierras indígenas, y esto abonó el campo para las revueltas que ocurrirían en el siglo XIX.

El desarrollo de la economía novohispana provocó movimientos poblacionales hacia las zonas más dinámicas que requerían mano de obra, lo que con el paso del tiempo hizo aumentar las mezclas raciales. Cuando comenzó a crecer la población, durante el siglo XVII, en el territorio guerrerense no sólo se contaban los indígenas; además había pobladores negros, que fueron habilitados sobre todo para el trabajo en las haciendas mineras y agrícolas; blancos, propietarios de éstas y de las minas, y también, llegados de Filipinas, los mal llamados "chinos", establecidos primero en Acapulco.

Gonzalo Aguirre Beltrán documentó la presencia afroamericana en Cuajinicuilapa, población que tuvo contacto e intercambio cultural con indígenas y españoles; pero los negros se mezclaron sobre todo con los indígenas, dado que el Santo Oficio prohibía su unión con los peninsulares. No obstante el mestizaje, los afroamericanos de Guerrero conservan rasgos fisonómicos y pautas culturales diferentes de las indígenas y se consideran miembros del país, en tanto que entre los indígenas predomina la noción de comunidad. Montar a niños en las caderas de las madres o cargar grandes pesos en la cabeza son rasgos culturales de la población negra preservados en la costa guerrerense.

Los textiles, el comercio exterior y la minería conformaban el trípode que sostenía la economía suriana. Ésta se vinculaba con el resto del virreinato por medio de los comerciantes de la Ciudad de México, quienes adelantaban recursos a los productores para gozar de prioridad a la hora de adquirir las mercancías, que después eran transportadas por arrieros; el algodón de la costa y los textiles elaborados con esa fibra por artesanos indígenas del co-

MAPA III.2. *Principales productos (1550-1650)*



FUENTE: Danièle Dehouve, *Entre el caimán y el jaguar, op.cit.*, p. 75.

rredor Tixtla-Chilapa eran acaparados mediante ese mecanismo. Por lo demás, ese sistema de producción, que subordinaba a los productores directos al capital mercantil, estuvo bastante extendido en los albores del capitalismo.

ACAPULCO Y EL COMERCIO ASIÁTICO

Durante la época colonial, el actual estado de Guerrero tuvo contacto no sólo con la economía novohispana, sino también, a través de la mediación metropolitana, con los circuitos mercantiles de todo el mundo. En particular dos regiones y ramas económicas participaron en la economía mundial: el comercio de la costa de Acapulco y las minas de plata de Taxco. Por su parte, Iguala era el centro comercial que unía a la costa, los pueblos del Balsas, las minas y la Ciudad de México. Al mismo tiempo, algunas regiones del

sur abastecían de productos a los centros de población fundados en función de las actividades económicas más relevantes. Otras zonas se mantuvieron ajenas a estos vínculos o establecieron nexos con territorios que después formarían parte de otros estados de la República, lo que influyó en el desarrollo desigual y poco armónico de las regiones surianas.

El 30 de junio de 1532, Diego Hurtado de Mendoza partió de Acapulco para explorar el Mar del Sur. Esta fecha es considerada la de la fundación del puerto. Al poco tiempo éste desplazó a Huatulco en el Pacífico cuando, en 1565, fue elegido como terminal americana de la línea de navegación que conectaba con Asia. Sin embargo, todavía a finales del siglo XVI, el alcalde mayor de la provincia residía en Acamalutla. No fue sino hasta el 1° de noviembre de 1799 que Acapulco recibió el título de ciudad. La construcción y el mantenimiento del puerto requirieron mano de obra de otras regiones surianas.

José de Espinosa y Tello, teniente de navío de la Real Armada española, fue enviado a la Nueva España a principios de 1791 para que se incorporara a la expedición científica del italiano Alessandro Malaspina, con base en Acapulco. En su *Viaje de don José de Espinosa y Tello desde Cádiz hasta Acapulco,* el marino andaluz describió maravillado el agua cristalina, la vegetación y la variedad de aves que encontró al pasar por Chilpancingo. De Acapulco, a pesar de la hostilidad del clima y los temblores, destacó la abundancia de otros bienes.

El sabio prusiano Alejandro de Humboldt desembarcó en el puerto en marzo de 1803, después de una travesía de 33 días iniciada en Guayaquil a bordo de la fragata *Orúe.* Le asombró el contraste entre los puertos de Veracruz, que conectaba el comercio transatlántico con Sevilla, y de Acapulco: mientras el primero recibía al año entre 400 y 500 buques, el segundo, "uno de los puertos más hermosos del mundo conocido", apenas recibía 10. La actividad mercantil en el puerto novohispano se reducía a la presencia del Galeón de Manila, al cabotaje con las zonas costeras de Guatemala, San Blas y Zacatula y a los cuatro o cinco barcos que anualmente viajaban hacia Lima y Guayaquil. Humboldt

atribuía el escaso tráfico naval de Acapulco a causas de orden geográfico e institucional: la enorme distancia que lo separaba de China, la apreciable dificultad que ofrecía remontar contra la corriente los vientos en la ruta hacia Perú —que hacía frecuentemente más difícil y largo este trayecto que el viaje de El Callao a Europa— y el monopolio comercial de la compañía de Filipinas.

Humboldt ofreció en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* una rica y minuciosa descripción de la bahía de Acapulco. Según él, se asemejaba a una enorme concha granítica, de más de seis kilómetros de ancho, que tenía en medio una pequeña isla de nombre Roqueta. De granito estratificado y lechos inclinados irregularmente, estas costas peñascosas le parecían tan escarpadas que cualquier embarcación podría rebasarlas sin correr riesgo alguno, pues en todas partes había 10 o 12 brazas de fondo. Los peñascos estaban deteriorados por la acción frecuente de los terremotos, frecuentes en la zona y atribuidos muchos de ellos a la presencia de "volcanes submarinos". Las brisas le parecían flojas, interrumpidas por calmas muertas. Resumía su fascinación por el puerto al afirmar que "pocos sitios he visto en ambos hemisferios que presenten un aspecto más salvaje, y aun diré más lúgubre y romántico".

Los comerciantes fueron de los grupos sociales novohispanos más poderosos. El monopolio otorgado a los consulados formados por ellos les permitió amasar grandes fortunas y controlar las exportaciones e importaciones portuarias. Todavía a principios del siglo XIX, el comercio ultramarino solía realizarse en fechas y lugares fijos. Gran parte de los intercambios mercantiles se efectuaba en mercados, semanales o mensuales, y en ferias anuales. Tal era el caso de la feria de Acapulco, que, junto con la de Xalapa, se contaba entre las más famosas de la época. En el puerto guerrerense atracó el célebre Galeón de Manila durante un largo periodo que va de 1565 a 1821.

La nave, comandada por un oficial de la marina española, alcanzaba las 1 200 o 1 500 ton y se hacía a la mar a mediados de julio o principios de agosto de cada año. La travesía comenzaba en la punta más al norte de la Isla de Luzón y duraba entre tres y

MAPA III.3. *Grandes caminos (siglo XVIII)*

FUENTE: Danièle Dehouve, *Entre el caimán y el jaguar, op.cit.*, p. 102.

cuatro meses. El viaje era azaroso, dados los ataques de los corsarios ingleses y holandeses, y también a causa de las tempestades. Transportaba muselinas, seda cruda, telas teñidas, camisas de algodón, medias de seda chinas, artículos de platería orientales, especias y perfumes. Todo ello a veces sumaba un valor cercano a los dos millones de pesos, que rebasaba holgadamente el límite autorizado por la ley. El contrabando que introducía, cuantioso sin duda, socavaba el monopolio comercial metropolitano.

Tan pronto se avistaba la embarcación en las costas surianas, o advertido por los correos que se enviaban desde la Alta California, San Blas y otros lugares, el virrey notificaba a la población por medio de bandos el punto exacto donde arribaría y fijaba el tiempo de duración de la feria. Entonces entraban en acción los comerciantes de todo el virreinato, en particular los representados por el Consulado de la Ciudad de México, y se llenaba de gente la

ruta de la capital hacia el puerto, es decir, el camino real que pasaba por Cuernavaca y Chilpancingo. Trece días consumía el viaje. Las casas poderosas intentaban comprar todo el cargamento sin siquiera abrir los bultos y la economía local recibía una inyección de enormes recursos monetarios, gastados por los visitantes en alojamiento, provisiones y comida traída de fuera. La insignificante población del puerto, compuesta sobre todo por mulatos, se duplicaba o triplicaba con el acontecimiento.

Barras de plata con un valor de un millón de pesos o más, grana cochinilla y pasajeros —miembros de las órdenes religiosas, cuerdas de presos, reclutas para el ejército— se embarcaban para el viaje de regreso, allá por febrero o marzo. Por tener vientos favorables, resultaba mucho más corto y agradable: duraba entre 50 y 60 días. A veces paraba en las Islas Sándwich para abastecerse. También lo hacía en la Isla de Guam, colonizada por los españoles, donde se proveía de tocino y carne de res.

La minería

Las minas taxqueñas eran muy conocidas en la época prehispánica. El propio Cortés se enteró en 1524 de la existencia de estos ricos yacimientos de plata, y cinco años después fundó el pueblo de Taxco, conocido actualmente como Taxco el Viejo. Tras las primeras exploraciones, los encomenderos enviaron cuadrillas de esclavos a explotarlas; lo mismo ocurrió en Zultepec, que, además de plata, producía cobre, plomo, estaño y alcaparrosa; en Coyuca se encontró cobre; en Zumpango del Río, plata, cobre y hierro; en Chiautla había plata; en Ixcaputzalco, oro; en Chilapa, plata y cobre; en Tela del Río, cobre; en Ayacastla, plata y oro; en Xicayán, plata, plomo y cobre. Los lavaderos de oro proliferaron en los ríos de las costas. Estos metales preciosos vincularían al suelo guerrerense con la economía europea, que, a través de España, se nutría de ellos.

El mineral se desprendía con zapapicos y lo cargaban hombres que lo sacaban del interior de las minas a través de túneles.

La plata era beneficiada con el método de fundición o amalgama. Ésta requería el uso de mercurio, sal, cobre y cal. Los dos primeros productos estaban monopolizados por la Corona. Si un centro minero tenía una población española considerable, recibía el nombre de "real". Taxco tenía tres reales: Tetelcingo, Cantarranas y Tenango. En la segunda mitad del siglo XVI la población española en las minas de Taxco era de aproximadamente 300 almas, mientras el total de habitantes era del orden de 1500.

La economía minera necesitaba insumos, productos y mano de obra provistos de fuera; tal era el caso de los trabajadores que realizaban actividades complementarias, llevados como asalariados desde los pueblos de indios, así como el del carbón, el ganado y los alimentos. Cerca de Iguala se obtenían mulas, maíz, legumbres, algodón y pescado, que iban a parar a los reales de minas taxqueños. La ropa llegaba de Tlacotepec, Cutzio, Cutzamala y Asuchitlan; Ocotlán, Igualtepec y Tehuantepec proporcionaban sal. El mercurio provenía de las minas de Almadén, en España, y de las de Huancavelica, en Perú. En contraste con esta participación, la región oriental de Guerrero, es decir Chilapa, Tlapa y Huamuxtitlán, quedó casi totalmente al margen de la economía minera.

Hijo de un empleado del real de minas de Taxco, Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (1580-1639) fue figura destacada del teatro del Siglo de Oro español. En 1609 se graduó en derecho en la Real y Pontificia Universidad de México. Al no hacerse de una cátedra universitaria luego de tres intentos fallidos, decidió embarcarse para España en 1613. Remontando muchas dificultades económicas, en 1626 logró colocarse como relator interno del Consejo de Indias, y para entonces se había despertado su vocación dramática. Su teatro está poblado por galanes aventureros, pretendientes irreflexivos, mujeres inconstantes, criados inoportunos y malentendidos difíciles de aclarar, a la vez que exalta la piedad y la amistad como valores fundamentales. En 1628 publicó la primera parte de sus comedias: *Los favores del mundo*, *La industria y la suerte*, *Las paredes oyen*, *El semejante a sí mismo*, *La cueva de Salamanca*, *Mudarse por mejorarse*, *Todo es ventura* y *El desdichado es fingir*. Y seis años después, la segunda: *Los empeños de un engaño*, *El*

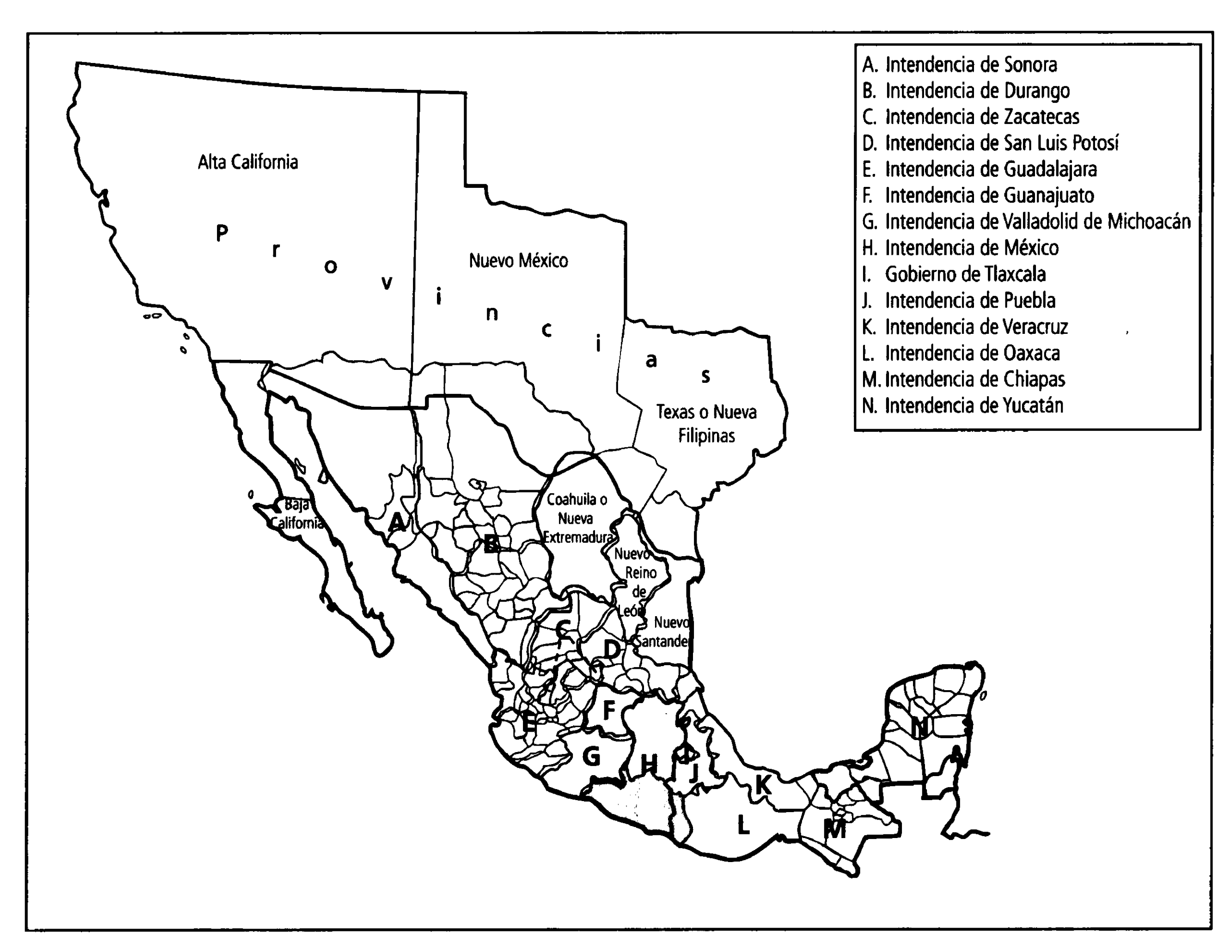
dueño de las estrellas, *La amistad castigada*, *La manganilla del Melilla*, *Ganar amigos*, *La verdad sospechosa*, *El Anticristo*, *El tejedor de Segovia*, *Los pechos privilegiados*, *La prueba de las promesas*, *La crueldad por el honor* y *El examen de maridos*.

La riqueza minera de Taxco se expresó en la arquitectura. En 1751, durante el gobierno del conde de Revillagigedo, el acaudalado minero José de la Borda inició en Taxco una de las más imponentes construcciones religiosas de la época: el templo de Santa Prisca. Borda sufragó todos los gastos con su propio caudal, a condición de tener plena libertad para designar al arquitecto principal (Cayetano de Sigüenza), así como para elegir los materiales y las piezas interiores. Después de demoler la vieja iglesia, edificó en siete años la suya, adornándola con profusas incrustaciones de oro, además de hermosos retablos realizados por Isidoro Vicente de Balbás.

Las reformas borbónicas

Las corporaciones coloniales más fuertes eran la Iglesia y el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México. Sin embargo, otras instituciones y grupos sociales adquirieron una considerable presencia al paso de los años. Así ocurrió con los grandes mineros y agricultores. La Corona española, en manos de los Borbones desde la "guerra de sucesión", veía con preocupación cuánto poder había delegado en las corporaciones, y trató a toda costa de recuperarlo. Envió entonces a Nueva España al malagueño José de Gálvez, primero visitador y luego ministro de las Indias, con el objetivo fundamental de retomar las riendas de su posesión más rica.

El poder económico de la Iglesia mermó por la llamada "consolidación de vales reales", ocurrida en 1804, que la obligó a prestar a la Corona el capital obtenido de la venta de sus bienes raíces. Este dinero serviría para sufragar el costo de las guerras europeas. Un año antes Carlos IV se había visto obligado a apoyar financieramente a Napoleón Bonaparte en su guerra contra Inglaterra, y en 1804 la monarquía española no tuvo más remedio que seguir a los franceses. La alianza acabó en desastre, pues el 20 de



Fuente: Edmundo O'Gorman, *Historia de las divisiones políticas territoriales de México,* Porrúa, México, 1985.

Mapa III.4. *Guerrero durante las intendencias*

octubre de 1805 la marina británica destruyó frente al Cabo de Trafalgar a la escuadra francoespañola. Era el fin del poderío naval español.

El Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México perdió el monopolio del que había gozado por largo tiempo cuando las autoridades metropolitanas promulgaron leyes que posibilitaban el comercio libre y abrieron nuevos consulados en otros puntos del territorio, como Veracruz y Guadalajara. Mientras esto acontecía, se fortalecieron nuevos grupos sociales, como los mineros, a quienes se permitió la creación de un tribunal especial, un banco de avío y una escuela especializada.

Pero el reformismo borbónico no sólo consistió en atacar a las corporaciones más poderosas, sino que también incluyó una serie de medidas que desligaron a los criollos de los órganos de decisión novohispanos, pues los españoles nacidos en América ocupaban espacios en la Audiencia, los cabildos, los tribunales especiales y otras instituciones. Recuperarlos, por la vía de incorporar a españoles peninsulares, fue un objetivo importante de la Corona. Este hecho, entre otros, hizo que los criollos se distanciaran más de los poderes metropolitanos y acentuó el patriotismo novohispano que ya germinaba bajo su liderazgo en el siglo XVIII.

Las reformas borbónicas integraron el territorio suriano a las intendencias de México y Puebla, con la asunción del modelo territorial francés implantado por Luis XIII. Con el propósito de racionalizar la administración pública y recuperar el control de las colonias ultramarinas, las reformas reforzaron los ingresos metropolitanos, ensancharon la base tributaria y confiscaron virtualmente las cajas de los pueblos indígenas, poniéndolas a resguardo en la tesorería real. Otros aspectos relevantes que aumentaron la presión fiscal sobre los pueblos fueron el incremento poblacional, la demanda por tierras de cultivo y la fluctuación de los precios del algodón. Después de un largo periodo de paz, a la vuelta del siglo creció la agitación en las comunidades surianas.

La política local fue bastante dinámica hacia finales del periodo colonial, ya se tratara de las disputas de las comunidades con sus párrocos, de la elección de alcaldes, del control de la riqueza

de las cofradías, de la reacción contra las cargas fiscales o del dominio de los indígenas sobre los recursos naturales de los pueblos. Por ejemplo, el poblado de Ajuchitlán, en la Tierra Caliente, entre 1789 y 1793 se vio envuelto en un conflicto en torno al control de los recursos de las cofradías. Sin embargo, el año de 1808 marcó un cambio en la dimensión del malestar popular, al pasar las revueltas de la atomización a la integración de coaliciones que rebasaron a las comunidades y atrajeron a grupos y clases externos a ellas.

La caída del rey español, dice Peter F. Guardino, quitó de en medio el referente simbólico de la justicia a la que apelaban los indígenas en momentos de conflicto. A partir de ese momento se allanaría el camino para una alianza entre algunos de los sectores de la élite desplazados por el reformismo borbónico y los campesinos, insatisfechos tanto por la presión fiscal de la Corona como por la reducción de la autonomía provocada por las reformas, en conflicto con las autoridades locales por el uso de los recursos colectivos o, incluso, abrumados por la situación económica. Así, cuando Morelos pisó el Sur no le costó mucho reunir a un contingente dispuesto a seguirlo.

IV. LA INDEPENDENCIA EN EL SUR

EN 1808, LAS TROPAS FRANCESAS al mando de Murat invadieron España, haciéndola víctima del expansionismo de su viejo aliado Napoleón Bonaparte. Este hecho serviría como catalizador de diversos cambios que se gestaban tanto en la península como en sus colonias ultramarinas. A consecuencia de la invasión y de la abdicacion del rey Carlos IV Francia adquirió todos los derechos sobre España y las Indias, decisión avalada por las Cortes de Bayona. Proclamaron a José, hermano de Napoleón, emperador de España. Como respuesta, en Madrid se inició una revuelta popular y, a lo largo del Imperio, se formaron juntas que funcionaron como gobiernos alternativos bajo el supuesto de que ausente el rey la soberanía se revertía en el pueblo. Los acontecimientos de la península tuvieron secuelas propias en el sur de la Nueva España, donde varias comunidades indígenas ratificaron su lealtad al rey, mientras militares locales de Tixtla embargaron propiedades francesas.

La insurgencia

En 1810 convocaron en la Península a unas Cortes no estamentales que, dos años después, promulgaron la Constitución Política de la Monarquía Española, expedida en Cádiz el 19 de marzo de 1812. La nueva Constitución, con vigencia en todo el Imperio, era liberal. Establecía, en primer término, que la nación española la conformaban la "reunión de los españoles de ambos hemisferios", es decir, "todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas, y los hijos de éstos". Las Cortes en ese momento eran depositarias de la soberanía y, por tanto, estaban dotadas de competencia para definir las leyes fundamentales. La forma de gobierno que avalaba era la monarquía moderada hereditaria

y, para el gobierno interior de los pueblos, la de tipo municipal, que permitía la creación de ayuntamientos electivos. La Constitución defendía la libertad civil y la propiedad, así como estatuía a la religión católica como única y excluyente de toda otra fe.

La ampliación de la ciudadanía a los "hombres libres" de ambos continentes, incluidos los indígenas, acabó con la vieja división entre la república española y la república o repúblicas de indios, con lo que se hizo posible también el surgimiento de formas modernas de organización política conocidas como logias, las cuales reunían a miembros de distinto nivel social, o procedentes de distintas corporaciones, y en cuya aceptación importaba sobre todo el hecho de compartir credos políticos o ideologías semejantes. La constitución de ayuntamientos electivos abrió un espacio para que los pueblos indígenas defendieran su autonomía y derechos en un nuevo marco legal, apertura cancelada cuando el monarca español recuperó el trono en 1814.

El tema de la soberanía confiscada por el invasor francés apareció en la proclama de Miguel Hidalgo, donde condenaba al mal gobierno y exaltaba a la patria y a Fernando VII. La Suprema Junta Nacional Americana, mejor conocida como Junta de Zitácuaro, instalada el 21 de agosto de 1811 por Ignacio López Rayón, "Ministro de la Nación", hablaba en nombre del monarca despojado y planteaba llenar "el hueco de la soberanía" en España y sus colonias. Por su parte, el acta solemne de la Declaración de la Independencia de la América Septentrional, proclamada por el Congreso de Chilpancingo el 6 de noviembre de 1813 (es decir, cuando José Bonaparte ya había abandonado España), fundamentaba la independencia en el hecho de que la nación americana recuperaba el ejercicio de su soberanía en virtud de "las presentes circunstancias de la Europa", por lo que "en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español". Aunque Fernando VII fue reinstalado en el trono por Napoleón el 12 de diciembre de ese año, merced al Tratado de Valençay, la decisión insurgente no se revirtió.

En sus artículos históricos, Ignacio Manuel Altamirano relató el paso de Morelos por suelo guerrerense, específicamente por

Zacatula, en la región del Balsas, El Veladero, cerca de Acapulco, y Tixtla, próxima a Chilpancingo. Estuvo allá por octubre de 1810. El escritor tixtleco lo describió como un hombre moreno, robusto, de estatura regular, "de ojos de águila, cuya mirada profunda y altiva era irresistible". De atuendo peculiar, no parecía eclesiástico, menos aún jefe militar, pero tampoco arriero o campesino. Se guarecía del sol con algo parecido a un alquicel, llevando puesto un fino sombrero peruano y, debajo de éste, un pañuelo blanco, de seda, cuyos extremos flotaban sobre el cuello y terminaban en unos nudos. Calzaba unas botas de campana y "bajo sus armas de pelo guardaba un par de pistolas". Montando un hermoso caballo negro, iba al frente de un grupo de aproximadamente 20 jinetes, todos vestidos como campesinos acomodados de Michoacán.

Morelos se disponía a formar un bastión insurgente en el sur, como le había indicado Hidalgo. En la Costa Grande, a la que arribó en noviembre de 1810 acompañado por tan sólo 20 hombres, se le sumaron Hermenegildo, Juan José, José Antonio y Pablo Galeana, además de Miguel, Leonardo y Nicolás Bravo, hijo este último de Leonardo, llevados ante el generalísimo por don Hermenegildo. Ambos apellidos pertenecían a familias de hacendados: los Galeana, de Tecpan, y los Bravo, de Chilpancingo, dueños además de la próspera hacienda de Chichihualco. Hermenegildo Galeana, algodonero y uno de los mejores militares de Morelos, nombrado mariscal de campo y jefe de las tropas situadas en la Sabana, tendría una muerte trágica en Coyuca de Benítez el 27 de junio de 1814 cuando, en pleno combate, se golpeó la cabeza contra un árbol. Leonardo Bravo, después de tener una destacada participación en el sitio de Cuautla, fue aprehendido por los realistas, que le aplicaron la pena de garrote vil el 13 de septiembre de 1812.

No obstante la importante presencia de los hacendados, el liderazgo de la insurgencia suriana también quedaría integrado por gente de clase media, como arrieros y muleros de diferentes razas, y por el bajo y medio clero de origen criollo. En Tierra Caliente y Costa Chica, aunque se movilizaron párrocos y propietarios agrícolas en torno a la insurgencia, otros segmentos de la población

expresaron una gran lealtad a la Corona. Como se vio desde la llegada de Morelos, la Costa Grande se decantó por el bando insurgente. Lugares como Chilapa fueron más abiertamente realistas. De cualquier forma, para 1812 las fuerzas insurgentes ascendían a 3000 combatientes, pertrechados con algunos fusiles y cañones quitados al enemigo. Hacendados y peones de la costa, muchos de ellos mulatos semidesnudos, hábiles en el manejo del machete, se habían sumado a la lucha independentista. Los mulatos no sólo rechazaban pagar tributo, sino que también aspiraban a la ciudadanía. Varias comunidades indígenas también se agregaron al movimiento.

El territorio suriano fue punto central en las campañas militares de Morelos. El 17 de noviembre de 1810, en el Aguacatillo, cerca de Acapulco, Morelos promulgó un bando con el que prohibía la esclavitud, además de abolir las castas, suprimir las cajas de comunidad indígenas y algunos impuestos. Trató también de financiar su movimiento con recursos de los españoles peninsulares, con fondos de las corporaciones civiles y eclesiásticas, y con recursos aportados por los propios pueblos. El 18 de abril de 1811 modificó la división territorial borbónica al crear la provincia de Tecpan, que separó toda la porción meridional de la intendencia de México y elevó su cabecera al rango de ciudad, con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe de Tecpan.

Hacia mediados de 1811, después de tomar Chilpancingo, donde habitaban criollos y mestizos que le brindaron apoyo, y Tixtla, para esas fechas un pueblo de aproximadamente 4000 habitantes, según cuenta Altamirano, el cura de Carácuaro dominaba prácticamente toda la Costa Grande, a excepción de Acapulco. En noviembre de 1812 se apoderó de la ciudad de Oaxaca y en agosto siguiente logró tomar el puerto, tras sitiar el fuerte de San Diego por seis meses y, después de un intento fallido, apoderarse de éste. Acapulco era estratégico, pues desde allí dominaría el sur del país y tendría el control de una ruta comercial, además de hacerse de las armas y municiones almacenadas en el fuerte.

El sentimiento antiespañol en la Costa Grande era fuerte, sobre todo por la presencia de comerciantes peninsulares que gozaban

de un virtual monopolio mercantil a expensas de los productores algodoneros mulatos, obligados a vender barato y comprar caro. Para el siglo XVIII, las reformas borbónicas, que se sumaron a la tradicional feria que se realizaba tras la llegada del galeón de Manila, habían llevado al puerto una burocracia permanente y militares de origen español, que desplazaron a los mulatos del poder *de facto* que tenían en una región por largo tiempo olvidada. Éste fue el telón de fondo de la fracasada conspiración autonomista de 1808 del capitán de milicias José Mariano Tabares, quien, después de pasarse a la insurgencia, encabezó la insurrección para liquidar a "todos los blancos, personas decentes y propietarios, comenzando por el mismo Morelos": lo ejecutaron a finales de agosto de 1811.

El 31 de agosto de 1813 Morelos salió de Acapulco rumbo a Chilpancingo y pasó la noche en la hacienda de Mazatlán. Dominaba la plaza Miguel Bravo. Las fuerzas rebeldes contaban con tres trincheras, cañones apostados en una torre y una fábrica de fusiles. El objetivo de la presencia de Morelos en Chilpancingo era instalar el Primer Congreso Constituyente. El 13 de septiembre se hizo la preapertura y al día siguiente se inauguró solemnemente con la lectura del célebre ideario conocido como los *Sentimientos de la Nación*. Concluida una tormentosa sesión, el día 15 se nombró Generalísimo a Morelos, quien también quedó al frente del Poder Ejecutivo.

Los *Sentimientos de la Nación* afirmaron que "la América" era independiente de España y de cualquier otro Estado. Además, reconocieron a la religión católica como la única que se toleraría en la nueva nación. Mostró un sello liberal al establecer que la soberanía dimana del pueblo, la división tripartita de poderes —Legislativo, Ejecutivo y Judicial—, la superioridad de la ley sobre individuos y corporaciones, el respeto a la propiedad, la inviolabilidad del domicilio y la prohibición de la tortura; también consagraba la igualdad jurídica de todos los americanos (incluidas las castas), cancelaba la esclavitud, suprimía los privilegios y remplazaba las leyes especiales por leyes generales que "comprendan a todos". Entre otros, los mulatos de la Costa Grande, agitados por la insurrección de Tabares, habían quedado recompensados con ello.

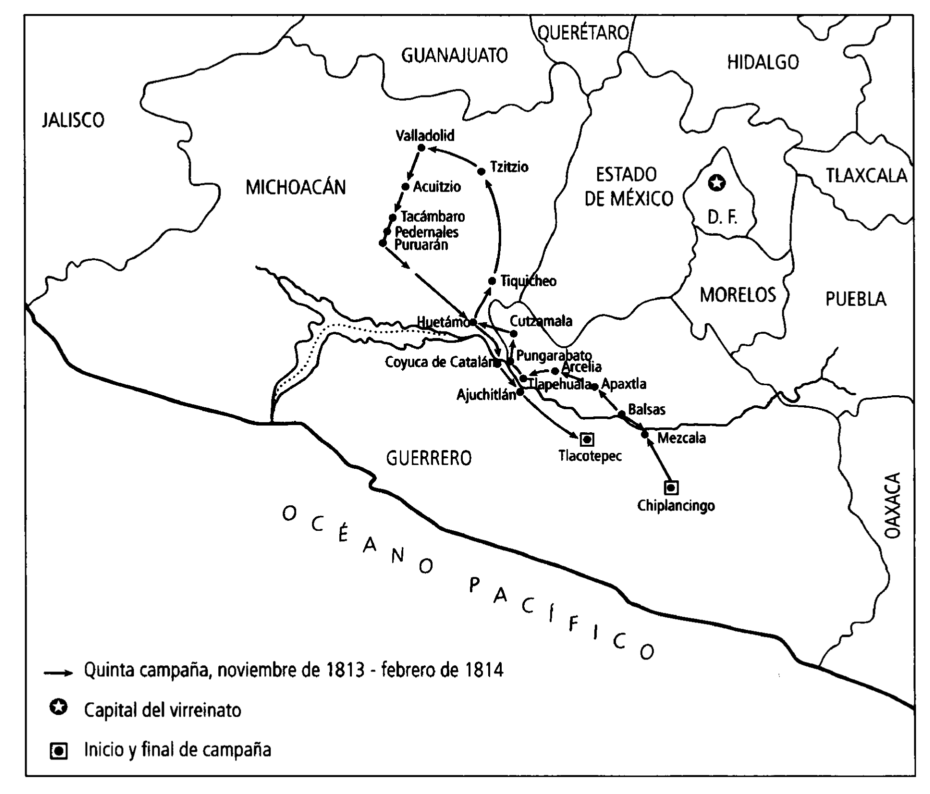
En los aspectos económico y social, el texto garantizó en exclusiva el empleo a los americanos —de los extranjeros sólo se admitía a los "artesanos capaces de instruir y libres de toda sospecha"—; fijó un impuesto de 10% para los barcos de naciones amigas que desembarquen en los puertos permitidos; suprimió el tributo, "pechos e imposiciones que nos agobian", incluidas alcabalas y estancos, y exigió además que la ley atenuara las diferencias sociales, moderando "la opulencia y la indigencia". Pidió también que se establecieran como celebraciones nacionales el 16 de septiembre y el 12 de diciembre.

La muerte de Morelos, en diciembre de 1815, desarticuló el movimiento insurgente, aunque no lo desapareció del todo. José Joaquín de Aguilar encabezaba la resistencia en Huauchinango, José Osorno en Zacatlán y en los Llanos de Apan, Guadalupe Victoria en Huatusco, Manuel Mier y Terán en Tehuacán, y Ramón Sesma en la Mixteca. En la región de Tlapa, Vicente Guerrero, que había sido capitán del ejército de Morelos, y Juan del Carmen, su segundo, dirigieron un frente guerrillero con apoyo popular. Nicolás Bravo aglutinó algunas fuerzas en el suelo guerrerense y se mantuvo en contacto con Guerrero.

Hacia principios de 1818, la situación de la insurgencia suriana era desesperada: Bravo había sido aprehendido en el rancho de Dolores por las tropas de José Gabriel Armijo, comandante general del Sur, las cuales iniciaron también una feroz persecución de Vicente Guerrero. Éste, abandonado por casi todos sus soldados más los que dejó Bravo a su mando, se escabulló en dirección de la Costa Grande, acompañado de unos cuantos hombres. Desde allí reconstruiría sus fuerzas y enfrentaría con éxito a diversos destacamentos realistas bajo la consigna de "Independencia o Muerte". El 12 de marzo fue nombrado general en jefe de las tropas del Sur. A poco, el caudillo tixtleco se convirtió en el hombre fuerte de la insurgencia y logró formar un ejército de 1 300 hombres, sus famosos "pintos".

Después de estos acontecimientos vendría una etapa de derrotas y triunfos alternados. Guerrero reforzó sus posiciones militares al construir un fuerte en el Cerro de Santiago. Luego, una infiden-

MAPA IV.1. *Quinta campaña de Morelos (1813-1814)*



FUENTE: Guillermina González de Lemoine *et al.*, *Atlas de Historia de México*, México, UNAM, 1990, p. 41.

cia costaría la muerte a muchos de sus oficiales y soldados a manos de Armijo, quien llegó hasta Zacatula (hoy Costa Grande). Con ello, la región dominada por la insurgencia desde los tiempos de Morelos quedó en poder de los realistas. Sin embargo, el clima y las enfermedades obraron en favor de los rebeldes, y Armijo decidió alejarse de la zona ante la amenaza de pérdidas mayores. Guerrero lo atacó varias veces durante su repliegue a Teloloapan.

En septiembre, Armijo inició una nueva campaña con la intención de llegar a la desembocadura del Balsas. Guerrero, que para ese momento tenía a su disposición aproximadamente 800 hombres, logró derrotarlo y recuperar parte de su armamento y pertrechos. Éste sería el inicio de una cadena de éxitos militares que le

permitieron ampliar sus tropas y hacerse de la Tierra Caliente al comenzar el año siguiente, para después enviar columnas hacia Acapulco, Valladolid y Chilapa. Los sucesivos fracasos de Armijo lo harían renunciar a la Comandancia del Sur. En noviembre de 1820, Agustín de Iturbide lo relevó. En el bando contrario, Pedro Ascencio de Alquisiras organizó un nuevo frente en la comarca de Tlatlaya, al noroeste de Teloloapan. Como cuenta Carlos María de Bustamante, Ascencio batiría al mismísimo Iturbide el 28 de diciembre de 1820 en el Cerro de San Vicente, atacándolo al mismo tiempo por la vanguardia y la retaguardia al borde de una barranca. Sin embargo, al año siguiente Ascencio sería derrotado y, para escarmiento de la población, su cabeza sería expuesta públicamente en Cuernavaca.

En los albores de 1820, la situación en España se modificó dramáticamente con el pronunciamiento del general Rafael de Riego, que recogía la bandera gaditana, lo que modificó el contexto de la lucha de los insurgentes surianos. La inminencia de la aplicación de la Constitución liberal alarmó a algunos segmentos de la élite novohispana, antes reacios a cualquier tentativa independentista y ahora preocupados por la posible pérdida de sus privilegios si se aplicaba la Carta Magna de 1812. Por su parte, Vicente Guerrero, a pesar del crecimiento de sus fuerzas y de la recuperación de la Tierra Caliente, no había logrado tomar ninguna ciudad de importancia en los cinco años transcurridos desde la muerte de José María Morelos. Ambos factores contribuirían a la solución pactada que expresó el Plan de Independencia de la América Septentrional, conocido como Plan de Iguala, lanzado por Iturbide el 24 de febrero de 1821.

El Imperio y la Primera República

El final de la guerra de Independencia no trajo la tranquilidad al territorio suriano. Agustín de Iturbide, con la intención de sacar a Vicente Guerrero de la escena política nacional, lo nombró comandante de las fuerzas del Sur. Se convocaron las Cortes del Im-

perio, pero antes de definirse la constitución de la monarquía mexicana, Iturbide pasó de la Regencia a coronarse como emperador. Tal definición de los realistas propició una rebelión en aquel territorio del Sur, acaudillada por Guerrero y Bravo, quienes habían formado parte de la Segunda Regencia, instalada el 11 de abril de 1822. Ambos sufrieron las consecuencias del levantamiento: el primero resultó herido en el pulmón por una bala en un combate contra las tropas del coronel José Gabriel de Armijo; Bravo hubo de huir.

La rebelión duró poco tiempo, pues el 19 de marzo de 1823 abdicó Agustín I y partió al exilio en Liorna, Italia. Tras un frustrado regreso, lo fusilaron en julio del año siguiente. Con la caída de Iturbide se integró el Supremo Poder Ejecutivo, del que formaron parte Bravo y Guerrero, además de Guadalupe Victoria, José Mariano Michelena y Miguel Domínguez. Bravo ocupó la vicepresidencia de la República en 1824, cuando Guadalupe Victoria era presidente, y Guerrero la primera magistratura en 1829, después del motín de la Acordada, cuando despojó a Manuel Gómez Pedraza del triunfo electoral. La elección resaltó las diferencias entre Bravo y Guerrero, pues el primero apoyó al bando de los moderados, lo que le costó el posterior destierro a Guayaquil, y Guerrero encabezó al grupo radical.

La administración de Guerrero intentó aplicar una política económica más benigna con amplios sectores de la población. Después de casi una década de libre cambio que afectó a las manufacturas nacionales, su gobierno expidió una ley favorable para algunos segmentos del artesanado, pues prohibía la importación de tejidos de algodón de consumo generalizado y de ciertos productos elaborados con metal. La invasión española dirigida por Isidro Barradas y el levantamiento en su contra, iniciado en Xalapa por el vicepresidente Anastasio Bustamante, orillaron a Guerrero a posponer la aplicación de la ley, dada la penuria del erario público.

Ante la debilidad del gobierno de Guerrero, y con el ánimo de restablecer el orden, al finalizar 1829 el Congreso depuso a Guerrero e instaló en la presidencia a Bustamante. El caudillo tixtleco trató de fortalecerse en suelo guerrerense, mientras Bravo, apoyado por las fuerzas del tenaz José Gabriel de Armijo, quien moriría

en uno de los episodios de la lucha, fue instruido para combatir a Guerrero, entre cuyas fuerzas se contaba a Juan N. Álvarez. Como no lograron derrotarlo militarmente, recurrieron a otros métodos para acabar con él. Francisco Picaluga, traficante de armas de origen italiano, lo apresó y lo puso a disposición de sus enemigos, quienes lo fusilaron en 1831 en Cuilapam, Oaxaca. A la postre, el hecho desencadenaría nuevos levantamientos armados contra Bustamante.

Los años de la insurgencia armada produjeron cambios con consecuencias de largo plazo para el territorio suriano y en su relación con la nación. En una escala particular, los sucesos del periodo 1810-1821 permitieron crear más de 70 municipalidades, de acuerdo con la Constitución de 1812. Este hecho sería fundamental, porque en adelante los habitantes del Sur dispondrían de un espacio formal para canalizar la lucha política local. Por otra parte, su activismo militar y movilización social se vieron recompensados con la disminución de las cargas fiscales durante un par de décadas.

Segunda Parte

LA NUEVA ENTIDAD

Guerrero se fundó en 1849 con territorio de los estados de México, Michoacán y Puebla. Aparte de la reticencia obvia de las entidades que sufrieron la mutilación territorial, había dudas fundadas acerca de la viabilidad económica del nuevo estado, dado lo escaso de su población, la pobreza en que vivía la mayoría, la ausencia de infraestructura y la falta de cuadros gubernamentales que se hicieran cargo de la administración pública. En la década siguiente, otra vez Juan N. Álvarez levantó al sur, entonces contra la dictadura santannista, y abrió la puerta para el arribo al poder de la generación de la Reforma. Su muerte redujo considerablemente la influencia guerrerense en el ámbito nacional, y la política de centralización aplicada durante el Porfiriato acotó la autonomía de los poderes regionales.

V. LA FORMACIÓN DEL ESTADO DE GUERRERO

LA FORMACIÓN DE GUERRERO fue en buena medida obra de Nicolás Bravo y Juan N. Álvarez. Bravo nació en Chilpancingo y poseía, dijimos, la hacienda de Chichihualco; Álvarez nació en Atoyac y, aunque de origen humilde, llegó a ser propietario de la hacienda de La Providencia. Ambos participaron en la guerra de Independencia al lado de José María Morelos; lucharon contra el Primer Imperio, enfrentaron al ejército estadounidense y, en varios momentos, se alternaron la jefatura de las fuerzas armadas en la región. Uno y otro ocuparon la presidencia del país. Sin embargo, había diferencias: Bravo estaba más cerca de los conservadores, sobre todo de Santa Anna. En cambio, Álvarez pertenecía al bando liberal, y se construyó una base de apoyo de orígenes sociales y territoriales distintos, con lo cual acumuló una fuerza política y militar considerable. Participó en las sucesivas guerras internas e internacionales; derrotó al santanismo, logró construir un sólido cacicazgo político en un amplio espacio geográfico, que incluía la región morelense en las goteras del Distrito Federal, y controló el puerto de Acapulco y sus rutas de abasto con el litoral del Pacífico, Michoacán y el actual Morelos, lo que le daba argumentos para reclamar la autonomía plena del estado en 1849.

Al constituirse México en República Federal en 1824, estaba dividido en 20 estados y tres territorios. Los primeros eran Chiapas, Chihuahua, Coahuila (incluía Texas), Durango, Guanajuato, Interno de Occidente (formado por Sonora y Sinaloa), México, Michoacán, Nuevo León, Oaxaca, Puebla de los Ángeles, Querétaro, San Luis Potosí, Tamaulipas (antes Nuevo Santander), Tabasco, Tlaxcala, Veracruz, Jalisco, Yucatán y Zacatecas. Los territorios eran las Californias, Colima y Nuevo México. En 1835 Bravo trató de crear el Departamento del Sur, intento frustrado por la Constitución centralista vigente en ese momento. El 10 de octubre de 1841,

Bravo y Álvarez plantearon al Congreso nacional su disposición a formar el Departamento de Acapulco, erigido en la parte meridional del departamento de México, al que quedarían adscritos Chilapa, Tlapa, Acapulco, Huetamo, Taxco y, de ser su voluntad, también el tercer distrito de Cuernavaca. Ambos aseguraban en un manifiesto que el departamento de México no escuchaba a los habitantes surianos y tampoco los tomaba en cuenta en la elección de representantes y autoridades locales, y argumentaban que la distancia respecto al centro del departamento y del país contribuía sustancialmente a este abandono. Como escribió Juan Nepomuceno Adorno, ese territorio,

> después de la extinción de la moneda [de cobre] que vivificaba su comercio, y después de la ruina artificial de sus productos algodoneros, se halla sepultado en una miseria de la cual no se puede formar una idea justa sino mirándola, y a pesar de la abyección y de la timidez natural, aunque fanfarrona, de esos desgraciados, se enfurecen al aspecto de su propia degradación y miseria, y se desbordan sobre poblaciones enteras que han sucumbido, como Chilapa, Tixtla, Tlapa, Huamustitlán, Chautla, Chietla, Chilpancingo, Tepecuacuilco.

Los suscriptores del manifiesto, expedido en Chilpancingo, sostenían que, siendo nativos de aquellas tierras, estaban obligados a atender "las peticiones y clamores de los pueblos del sur", por lo que aprovecharon "la crisis política en que nos hallábamos, sin gobierno y sin representación nacional, para declarar que existen en nuestras manos multitud de representaciones de los mismos pueblos pidiendo con vehemencia su separación del departamento de México". Decían representar los intereses de 100 000 almas, que se distinguían por un "carácter indomable" y que se agrupaban en algo así como 300 pueblos. Aseguraban también, ofreciendo como prueba los antecedentes coloniales, que la provincia de México era desproporcionadamente grande en territorio, población y recursos naturales, lo que causaba celo entre las demás. Aunque se hicieron diversos ajustes en el periodo nacional, esta situación no se reparó a satisfacción.

Además, la capital del departamento estaba muy lejos del suelo guerrerense, al cual muchas leyes municipales le eran adversas. Incluso, en cuestiones electorales no se había "elegido a ningún habitante del sur para representarlo en los diversos congresos generales", situación que les había impedido plantear como quisieran sus necesidades y demandas. También, decían, la separación no sería un acontecimiento extraño, pues otras provincias ya se habían segregado de las entidades originales, y las relaciones entre las porciones norte y sur del departamento de México siempre habían sido buenas. Además, esto no le impediría seguir siendo "el mayor, el más opulento y el más respetable de la República".

Por su parte, los surianos, contaban con recursos materiales suficientes, procedentes de la ganadería y la labranza, la minería y un puerto de primer orden como Acapulco; tenían hombres inteligentes, honestos y capaces de hacerse cargo del nuevo departamento. Para el efecto, realizaron el 10 de noviembre una junta de notables en Chilpancingo, con 81 representantes de 42 pueblos. Esta junta juzgó inoportuno tomar una decisión inmediata y transfirió la responsabilidad al congreso constituyente que se conformaría en ocho meses, de acuerdo con lo previsto en los incisos cuarto y quinto del Plan de Tacubaya, del 28 de septiembre de 1841. Ni dos semanas habían transcurrido cuando Bravo rompió con Antonio López de Santa Anna aduciendo que "no tiene sujeción a las leyes establecidas, ni garantiza lo más mínimo que no hará abuso de esas extraordinarias facultades". En consecuencia, la formación del nuevo departamento quedó bloqueada por varios años.

El 21 de mayo de 1847 se dictó el Acta Constitutiva y de Reformas de los Estados Unidos Mexicanos. Entre otras iniciativas, el documento subrayó la conveniencia de crear una nueva entidad política en el sur del país, si las legislaturas de los estados afectados manifestaban su consentimiento en un término no mayor de tres meses. De acuerdo con el texto, Guerrero se formaría con la municipalidad de Coyuca y los distritos de Acapulco, Chilapa, Tlapa y Taxco. Coyuca de Catalán pertenecía a Michoacán, Tlapa a Puebla, y Acapulco, Chilapa y Taxco al Estado de México.

En marzo de 1846 Estados Unidos había declarado la guerra a México y el 15 de abril Álvarez lanzó el Plan de Acapulco, de signo federalista y que exigía la convocatoria a elecciones generales. Más adelante lo secundarían las guarniciones de Mazatlán y Guadalajara. Antes de finalizar ese año se volvió al sistema federal, al declararse la vigencia parcial de la Constitución de 1824. Por causa de la guerra, se amplió el plazo otorgado a las legislaturas al 19 de agosto de 1848. Después aparecieron otros obstáculos: Álvarez entró en conflicto con el gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, al no recibir apoyo suficiente para defender Acapulco de un posible ataque de las tropas estadounidenses, y Olaguíbel acusó al general suriano de no impedir a sus fuerzas asaltar la receptoría de rentas de la prefectura de Cuernavaca.

El 16 de octubre del mismo año, la legislatura mexiquense aceptó la segregación de los distritos de Chilapa, Acapulco y Taxco, condicionada a que Puebla y Michoacán aceptaran la mutilación territorial que les correspondía de acuerdo con el acta de 1847. Además, Guerrero tendría que pagar la quinta parte de la deuda del Estado de México. Desde que el Congreso aceptara la separación del suelo guerrerense, las municipalidades afectadas por el acuerdo habían rehusado obedecer las directrices provenientes de Toluca, incluido el pago de impuestos.

En la misma fecha la legislatura poblana aceptó ceder el distrito de Tlapa a la nueva entidad, siempre que la mayoría de sus habitantes otorgara su consentimiento en un plebiscito, que, celebrado el 21 de enero de 1849, resultó favorable a la segregación. El 23 de noviembre de 1848, Michoacán comunicó su negativa a ceder la municipalidad de Coyuca. De todos modos, el 15 de mayo de 1849, el Congreso General, con José Joaquín de Herrera en la presidencia, decretó la formación del estado de Guerrero, para lo cual asumió las atribuciones que sobre la materia le otorgaba la Constitución de 1824. Éste se haría cargo del pago de la parte de la deuda pública de los otros estados fijada por el gobierno nacional. Finalmente, el 28 de junio de 1849 el Congreso michoacano ratificó lo dispuesto en el decreto del Congreso General.

Iguala fue designada capital provisional del estado, en tanto que Álvarez, comandante general de la región, fue nombrado gobernador provisional y después interino, hasta que dejó temporalmente el cargo, el 13 de junio de 1850, en manos del teniente coronel Miguel García. Álvarez ocupó otra vez la gubernatura entre enero de 1850 y marzo del siguiente año y de abril de 1852 a octubre de 1853. Cuando Santa Anna regresó al Poder Ejecutivo, Álvarez se refugió en su hacienda de La Providencia, y el general Tomás Moreno tomó las riendas guerrerenses.

El 16 de marzo de 1850, el Congreso Constituyente, reunido en Iguala y formado por Nicolás Bravo, Diego Álvarez, Juan José Calleja, José María Añorve, Félix María Leyva, Ignacio Castañón, Miguel Ibarra, Ignacio del Prado, Eugenio Vargas, Tomás Gómez y José María Cervantes, expidió una ley orgánica provisional para el arreglo interior del estado de Guerrero, declarándolo parte de la Federación, independiente, libre y soberano, a la vez que lo dividió en los distritos de Acapulco, Chilapa, Ometepec, Tixtla, Teloloapan, Tecpan, Tlapa, Ajuchitlán y Taxco. Después sumarían el de Huamustitlán. Cada uno de ellos quedaría a cargo de un prefecto y, tanto la capital de la entidad como las de distrito y las cabeceras municipales, contarían con ayuntamientos electos por sufragio indirecto y encabezados por alcaldes. La ley, además, establecía la división tripartita de poderes, con el Ejecutivo en manos del gobernador. Aunque garantizaba la igualdad, la propiedad, la seguridad y la libertad, sólo aceptaba la práctica de la religión católica, con exclusión de todas las demás. Declaró capital a Tixtla; años después la sede de los poderes estatales pasaría a Chilpancingo. El 14 de junio de 1851 se promulgó en Tixtla la primera Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Guerrero, que fue sustituida por una dictada en 1874.

VI. LOS PODERES FÁCTICOS

El liberalismo, que comenzó a adquirir carta de naturalización en la Nueva España con la Constitución de Cádiz y continuó vigente como marco normativo en el periodo federal, aunque con algunas interrupciones significativas, abrió espacio para que los pueblos indígenas intervinieran en las cuestiones políticas y reclamaran sus derechos. Esta situación cambió en los años del centralismo, dado que el régimen redujo considerablemente el número de municipalidades, elevó los requisitos censitarios para el sufragio y aumentó los impuestos, dejando a los campesinos fuera de la esfera política, además de insatisfechos por la presión fiscal. Éste fue el caldo de cultivo del conflicto en distintos puntos de la Montaña entre hacendados y pueblos indígenas, y el origen de movilizaciones populares que llegaron a oídos del gobierno nacional.

Conflictos por la tierra y el cacicazgo

El origen de muchos conflictos agrarios no se comprende sin la incertidumbre jurídica que imperó en materia de derechos de propiedad. Desde 1716 los indígenas tlapanecos habían luchado contra el despojo de sus tierras que llevaba a cabo la familia Moctezuma. Cincuenta años más tarde, la Real Audiencia, basando su resolución en la visita de José Avilés, emitió un fallo favorable a los indígenas. Sin embargo, éste no resultó un caso aislado: la hacienda de San Sebastián Buena Vista, fundada en el siglo XVII por el capitán Oláez, se fincó con la usurpación de una parte de las tierras indígenas de Quechultenango, hecho que propició un conflicto que se prolongó a lo largo del siguiente siglo. En 1842, Rafael Gutiérrez, de origen español y propietario de esa hacienda, amplió su dominio otra vez a expensas del pueblo, desvió el cur-

so del agua que lo abastecía y prohibió el corte de leña en los montes circundantes. Los indígenas se sublevaron y provocaron daños en las poblaciones aledañas. El gobierno de la República empleó la fuerza. Bravo, comandante militar del Sur, trató de detener el enfrentamiento invitando a mediar a Juan N. Álvarez.

En esta disputa, como en otras posteriores, Álvarez tendría un papel importante y ambiguo a la vez: en ocasiones trataba de serenar a los rebeldes; en otras, los incitaba a sostener sus demandas. Obtenía beneficios políticos de ambos lados: si sucedía lo primero, afianzaba su puesto como hombre fuerte de la región; si acontecía lo otro, presionaba a las autoridades para alcanzar sus fines. Hasta su muerte, fue el fiel de la balanza en la región. La guerra contra Estados Unidos hizo crecer todavía más su estatura política y militar. La intervención de Álvarez ayudó a contener a los indígenas y, simultáneamente, consolidó su poder caciquil. Pero, no obstante su mediación, Bravo se mantuvo en armas y, al poco tiempo, en abril de 1842, atacó en el Cerro de Matlata a los indígenas. Álvarez volvió a intervenir, y logró una tregua temporal, pero la violencia se reanudó cuando el ejército atacó al pueblo de Ayahualco, acción que resultó contraproducente, pues a partir de entonces la rebelión, encabezada por José Abarca, Faustino Villalva y Dionisio Arriaga, se extendió hacia otras zonas.

La propuesta de Álvarez de resolver legalmente el conflicto, amén de una amnistía otorgada por el gobierno, calmó los ánimos, aunque el problema reapareció en la Montaña al año siguiente. Los pueblos de Atlamajalcingo del Río, Xalpatlahuaca, Hasotla, Beaupa, Ostocingo, Tlaquilingo, Copanatoyac, Potuichán, Pactlichán, Tlalquesolapa, Cuanzololo, Cuapala, Teocutlapa, Chipetepec, Aguilpa, Ixcatepec, Totoltepec y Alpuyeca se coaligaron en la lucha. Desesperado, Bravo acusó a Álvarez y al general Tomás Moreno de fraguar un movimiento revolucionario convergente con la rebelión indígena, con la promesa de repartir tierras y suprimir contribuciones.

En mayo de 1843, Álvarez dio una salida transitoria al conflicto de los indígenas con las autoridades mediante el llamado Convenio de Chilpancingo, en el que se proponía revisar los títulos de propiedad, una amnistía y la entrega de las armas de los subleva-

dos. Un año después, Bravo resumiría lapidariamente su posición ante el conflicto: "El incendio y la devastación de las principales poblaciones del rumbo del sur, por la ignorancia y estupidez de los indígenas, me obligaron de nuevo a tomar la espada en defensa de la propiedad y la vida de mis conciudadanos".

Sin embargo, la disputa continuó: los indígenas extendieron sus demandas pretendiendo reformar el poder local, y en octubre de 1843 ocuparon Juxtlahuaca. El 30 de noviembre las fuerzas del orden fusilaron a Dionisio Arriaga, el comandante general, provocando el reflujo de la rebelión. Al año siguiente, tras la caída de Santa Anna, Álvarez conminó a los indígenas a cesar la sedición, reconociendo que "su causa era justa en sí misma, pero los medios que elegisteis para llevarla a cabo no fueron los mejores, porque tenéis órganos legítimos por donde exponer a la autoridad vuestras querellas". Domingo Santiago encabezó otro levantamiento un lustro después. Álvarez, como siempre, intervino en el conflicto y obtuvo dividendos políticos.

Mientras esto ocurría en el Sur, Santa Anna intentaba centralizar el poder hasta donde fuera posible. A ello contribuyó la desaparición de importantes contrapesos: Lucas Alamán y José María Tornel, ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra, respectivamente. Desterró del país a prominentes liberales y trató de despojar de su poder a los caciques regionales. Así, Álvarez —en la Costa Grande— y el coronel Florencio Villarreal —en la Costa Chica— fueron puestos en la mira. El primer paso consistió en enviar tropas al puerto de Acapulco, con el pretexto del riesgo de una invasión filibustera; otro fue la destitución del gobernador Moreno, cercano a Álvarez por lo menos desde las rebeliones indígenas de la década anterior, y su sustitución por el general Ángel Pérez Palacios.

Álvarez no se paralizó. El 27 de febrero de 1854, desde La Providencia, dirigió un manifiesto a las tropas a su mando exhortándolas a enfrentar a Santa Anna: "¡Mis amigos! —escribió Álvarez—, me habéis visto encanecer a vuestro lado y sabéis bien que nunca os engaña vuestro anciano general: creedme por tanto. Peligra vuestra cara independencia, quiere privársenos de la libertad y se

pretende despojarnos hasta de la tierra que pisamos". El 1° de marzo, Florencio Villarreal formalizó la oposición a Santa Anna con la proclamación del Plan de Ayutla, que deponía al dictador y a su gabinete y llamaba a nombrar un presidente interino y a integrar un congreso extraordinario que se ocupara "de constituir a la nación bajo la forma de república representativa popular". Por último, invitaba a los generales Bravo, Álvarez y Moreno a que se pusieran "al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan".

El documento fue reformado en el fuerte de San Diego (Acapulco) el 11 de marzo a instancias del coronel Rafael Solís, quien convocó a las tropas de la plaza a sumarse al pronunciamiento de Villarreal. Se aseguraba que, "por una feliz casualidad, se hallaba en este puerto el señor coronel don Ignacio Comonfort, que tantos y tan buenos servicios ha prestado al sur". En función de ello, se le pidió a Comonfort que"se encargase del mando de la plaza y se pusiera al frente de sus fuerzas". El militar respondió que "lo haría gustoso en cumplimiento del deber sagrado que todo ciudadano tiene de posponer su tranquilidad y sus intereses particulares al bienestar y felicidad de sus compatriotas", y además propuso algunos cambios y adiciones para darle la debida relevancia a la protección de las garantías individuales. Por último, reiteró la solicitud a Bravo, Álvarez y Moreno para que encabezaran el movimiento. Álvarez y Moreno aceptaron el encargo, y el primero asumió la jefatura; Bravo ya no pudo incorporarse, pues murió en Chilpancingo el 22 de abril.

Santa Anna acudió personalmente a combatir la rebelión. Intentó tomar Acapulco por asalto, sin lograrlo. A partir de ese momento, y a lo largo de año y medio, el alzamiento crecería en fuerza y tamaño. El 13 de julio, el general Rómulo de la Vega, jefe de la guarnición de la Ciudad de México, se adhirió al plan. Al poco tiempo, gran parte del país haría lo suyo. Derrotado, el 9 de agosto de 1855 Santa Anna salió hacia Nueva Granada, Colombia, y se nombró a Martín Carrera presidente provisional. Pero como el plan señalaba que una junta integrada por los representantes de los estados sería la encargada de designar al presidente interi-

no, Carrera renunció el 14 de septiembre. "Lejos de poner diques a la revolución, dejo ensanchada su esfera", escribió en su documento de despedida. Días después, Álvarez entró al quite. Al cabo de la lucha, Moreno fue reinstalado en el Ejecutivo guerrerense. Posteriormente lo ocuparían Miguel García, de nueva cuenta el general Moreno, Félix M. Aburto, Manuel Parra y José M. P. Hernández.

La Guerra de Reforma

En el Constituyente de 1856-1857 Guerrero estuvo representado, entre otros, por el liberal radical Ponciano Arriaga. El abogado potosino también habló en nombre de los estados de México, Michoacán, Jalisco, Puebla, Zacatecas y San Luis Potosí y del Distrito Federal, por lo que no puede decirse que su postura expresara de manera particular la voz de la entidad suriana. Lo que no se puede negar, sin embargo, es que, como señaló en el "voto particular sobre el derecho de propiedad", su visión de una sociedad agraria más equitativa, en la que aumentara el número de propietarios y disminuyera la concentración de la tierra, coincidía con la de los campesinos movilizados en las revueltas y guerras pasadas.

Francisco Ibarra, Francisco de P. Cendejas, Isidoro Olvera, Rafael Jáquez, Mariano Riva Palacio, Ignacio Muñoz Campuzano, Mariano Arizocorreta, Eligio Romero y Manuel Gener completaron la representación suriana. Como Arriaga, todos representaron a varios estados a la vez con posturas republicanas, federalistas y liberales. Con él, algunos de ellos manifestaron posiciones favorables a los campesinos, particularmente Arizocorreta, ex gobernador del Estado de México, quien denunció que el malestar era en parte culpa de los hacendados, que en nada cedían para mejorar las condiciones del labrador. El gran político liberal del Estado de México, Mariano Riva Palacio, mantuvo su vieja alianza con Juan N. Álvarez, lo cual reforzó la posición de la naciente facción republicana. Esto explica por qué Álvarez y los guerrerenses corrieron en auxilio de un gobierno liberal agobiado, cuando el pronunciamiento de Félix María Zuloaga derogó la Constitución recién aprobada.

Las guerras de Reforma y de Intervención también se alimentaron de hombres sureños, en particular de indígenas de la Montaña, con los que había cooperado Álvarez en la década de 1880, y de los mulatos de la Costa Grande, movilizados desde la guerra de Independencia. Las guerras de Reforma, motivadas por el rechazo de distintos grupos y corporaciones a la Constitución liberal de 1857, contaron con las fuerzas leales al presidente Juárez bajo el mando de Álvarez, divididas en tres brigadas a cargo de Vicente Jiménez, José María Arteaga (remplazado después por Eutimio Pinzón) y Diego Álvarez (sustituido más adelante por Juan J. Berdeja).

A mediados de 1860, el ejército conservador estaba liquidado en el Sur. Tiempo después, Jiménez se sumó a las tropas del coronel Porfirio Díaz, que batieron a Leonardo Márquez y Félix María Zuloaga en Jalatlaco. Con posterioridad al interinato de Jiménez, Anselmo Torrija se hizo cargo del Ejecutivo estatal. Entre noviembre de 1860 y julio del año siguiente, transcurrió la tercera gubernatura del general Jiménez. Lo sucedió el coronel Mariano Nava, a quien relevó Torrija. Durante la Intervención francesa gobernaron el propio Torrija y Diego Álvarez, hijo del prócer.

Para enfrentar a los invasores se formaron un batallón y un escuadrón de la Guardia Nacional en cada uno de los distritos. Los del futuro estado de Hidalgo y de Morelos contribuirían con dos cada uno. El periodo abundó en acciones armadas en territorio suriano: los sitios de Teloloapan, Taxco y Chilapa se destacaron por su importancia. En octubre de 1863 Porfirio Díaz, al mando de una división formada por tres brigadas de infantería, una de caballería y un grupo de artillería, recuperó Taxco. En su defensa participaron numerosos contingentes civiles, atrincherados en edificios particulares y en la iglesia de Santa Prisca. La plaza cayó después de cruentos combates la noche del 27 de octubre. Santa Prisca albergó al cuartel militar del ejército victorioso, que requisó mercancías, dinero y objetos de valor. Durante la guerra se internaron armas y pertrechos por Acapulco. Juan N. Álvarez garantizó con sus propiedades el pago de estos implementos. Por su parte, las fuerzas francesas se apoderaron del puerto para evitar el abastecimiento;

en abril de 1867 las tropas de Diego Álvarez lograron recuperarlo definitivamente.

LOS SUCESORES DEL CAUDILLO

La derrota del Imperio derivó en una lucha de los caudillos guerrerenses por la hegemonía política, en la que Diego Álvarez y Vicente Jiménez fueron las figuras más notables. Ambos estuvieron del lado de las fuerzas republicanas durante la guerra de Intervención: uno luchó en el sitio de Puebla y otro combatió en Querétaro. Durante la República Restaurada, Álvarez contaría las más de las veces con el apoyo del presidente Benito Juárez, y Vicente Jiménez, con el de Porfirio Díaz y del liberal Ignacio Manuel Altamirano. La fractura del "Grupo del Sur" tuvo que ver con el deterioro físico de Juan N. Álvarez. Al percibirse la inminencia del relevo, no todos sus miembros aceptaron a su hijo como sucesor. Tal fue el caso de Altamirano, que en diversas ocasiones se quejó con Benito Juárez de la actitud "indolente" y "antipatriótica" de aquél durante la guerra con los franceses, por su negativa a respaldar con armas y pertrechos a Jiménez y a otros en momentos de urgencia; Diego acusaba al escritor tixtleco de promover a sus favoritos dentro del ejército.

Para ese tiempo, Diego Álvarez era a la vez gobernador y comandante militar del estado de Guerrero, y Jiménez, jefe de la primera brigada de la División del Sur. A su regreso a la entidad, Jiménez hizo pública su ruptura con el gobierno. Asimismo, en Iguala, el 7 de julio de 1867, publicó un documento recriminando al Ejecutivo local el deplorable estado en que se encontraba la entidad, reservándose el derecho a no deponer las armas hasta que se corrigiera la situación. Además, desconocía los cargos de Álvarez y nombraba gobernador interino a Altamirano, quien había realizado una breve pero exitosa carrera militar bajo su mando.

El conflicto entre Álvarez y Jiménez se convirtió en un enfrentamiento armado por varios meses. Al respecto, hay que recordar que en 1857 Jiménez alcanzó la gubernatura por primera ocasión. Dos años después, en calidad de interino, promulgó las Leyes de

Reforma en Guerrero. El 9 de junio de 1867, en carta a Juárez, Altamirano refirió el enfrentamiento entre aquéllos. El escritor negó que el general Jiménez se hubiese rebelado en contra de Álvarez; por el contrario, presumiblemente el segundo se había desplazado hacia Iguala para batirlo. Las consecuencias eran trágicas y hacían sufrir nada menos que al propio Juan N. Álvarez, quien, por su enfermedad, estaba reducido "a un estado automático, [y] nada puede hacer en estas circunstancias más que llorar como un chico cuando, en momentos de lucidez, [contempla] los males que esta división acarreará al estado".

A los pocos días, para defenderse ante Juárez del cargo que se le hacía, Diego Álvarez documentó la desobediencia y el franco desafío de su adversario político. Además, aprovechó la oportunidad para explicar su actitud agresiva hacia Altamirano: puesto que el periódico oficial de Guerrero y *La Voz del Pueblo* publicaban constantemente artículos en favor de Jiménez, aquél ordenó cancelar la publicación del segundo y desterró de la entidad a Altamirano, en vista de que, "bajo el pretexto de la defensa nacional, se procuraba introducir la anarquía con miras siniestras, y de esto el principal promovedor era el licenciado Altamirano".

Desde La Providencia, Diego Álvarez escribió al presidente (14 de agosto de 1867), recordando que a poco

> de mi regreso de Iguala, [mi padre] cayó en cama, agobiado bajo la influencia de los últimos sucesos del estado y, como dotado de una imaginación en extremo impresionable, ha estado en una ansiedad mortal a la expectativa de las determinaciones de usted, de quien siempre ha confiado por tenerlo como nuestro verdadero amigo, y esta incertidumbre ha contribuido a su completa postración, pues se halla enfermo de gravedad.

Y nuevamente fustigó a la prensa, ahora a *El Regenerador,* por publicar diatribas en su contra, concluyendo que

> [...] las continuas convulsiones del país han engendrado tan grande desmoralización en las masas que multitud de individuos temen la

paz porque, no teniendo medios de subsistencia, quedan reducidos a vivir en la miseria. De aquí proviene que cualquier ambicioso tenga partidarios.

Juárez primero intentó mediar, enviando al coronel Jesús E. Alcaraz, pero después trató de apoyar a Diego Álvarez, presionando a Jiménez para que se le sometiera. El general tixtleco respondió con fuerza a través de una analogía histórica formulada a manera de pregunta (30 de septiembre de 1867): "¿A dónde habríamos ido a parar si en 1854 y [18]55 ese respeto al principio de autoridad hubiese elevado a Santa Anna contra la voluntad del país hasta el trono que soñaba?"

Como el problema no tenía visos de solución, el gobierno federal envió a negociar con las partes al general Francisco O. Arce. Previamente, en carta del 8 de octubre de 1867, Ignacio C. Ocádiz había informado al presidente: "El señor Álvarez tiene buena disposición para venir si es llamado y para entregar el gobierno a otra persona que no sea el señor Jiménez ni don Ignacio [Manuel] Altamirano". Juárez solicitó una vez más al general Jiménez (26 de octubre de 1867) que abandonara su lucha, pues deseaba "con el mayor interés que el estado de Guerrero" volviese "a su condición normal" y esperaba, en virtud de ello, que no insistiera en "una posición que el gobierno no puede ni debe apoyar". Jiménez resistió un poco más advirtiendo al presidente (25 de diciembre de 1867): "El principio republicano será una verdad práctica en el estado y, para gloria de la democracia, desaparecerá ese resto de feudalismo implantado aquí por una familia".

La muerte de Juan N. Álvarez, en agosto de 1867, dejó a la entidad sin el hombre fuerte capaz de controlar a las fuerzas regionales. Juárez escribió apesadumbrado a Diego (28 de noviembre de 1867): "He sabido la muerte de su señor padre y usted comprenderá lo mucho que lo he sentido, siendo como era mi amigo y una de las más hermosas glorias de nuestra patria". El hecho catalizó la lucha por el poder político. En adelante, ausente el patriarca, el arbitraje o, llegado el caso, los personajes de relevo provendrían del centro: Juárez y Díaz arbitrarían la política guerrerense en los siguientes años.

Finalmente, en mayo de 1868, las tropas jimenistas depusieron las armas y Álvarez pudo concluir su mandato. Después lo relevó en el cargo el general Arce. La calma, sin embargo, fue breve: en mayo de 1870, Jiménez se volvió a levantar en armas, esta vez con el apoyo de algunos diputados locales. Los rebeldes impusieron a Francisco Domínguez Catalán como gobernador interino y el Congreso estatal hizo a un lado al general Arce, quien, como cuenta Emilio Velasco, "reconoció el veredicto pronunciado en su contra, separándose del gobierno". El presidente Juárez apoyó al general Arce, y el Congreso de la Unión desaprobó la intervención presidencial por considerarla violatoria de la soberanía del estado.

Este episodio fue importante para la entidad e ilustrativo de la relación entre el presidente y el Congreso federal. En el debate, el mismo Velasco afirmó sin tapujos que "en el fondo de la cuestión de Guerrero está el principio de la soberanía de los estados". La resolución que se adoptara sería fundamental, pues vendría "a determinar si puede ser lícito al Ejecutivo de la Unión agitar cuestiones de los estados con el fin de sostener una determinada situación política, por más que este proceder sea contrario a las leyes y equivalga a una violación cautelosa de la Constitución federal". En el mismo sentido, Manuel M. de Zamacona cuestionó desde el Congreso de la Unión: "¿De parte de quién está en Guerrero la legalidad y la justicia?, ¿de parte de quién ha estado la sinceridad y la moderación?, ¿de parte de quién la premeditación y la hipocresía?" Sin embargo, Juárez siguió adelante y envió tropas federales a Guerrero a mediados de 1870.

El movimiento jimenista prácticamente estaba derrotado cuando el alzamiento de Porfirio Díaz, bajo las banderas antirreeleccionistas del Plan de la Noria (9 de noviembre de 1871), lo revivió. Cabe señalar que Altamirano, aunque cercano a Díaz, no sólo no participó en el levantamiento, sino que lo condenó categóricamente; Sebastián Lerdo de Tejada amnistió a los sublevados de la Noria, y el general Jiménez, junto con otros cabecillas locales, aceptó el perdón. Consecuentemente, Arce pudo cumplir su periodo como gobernador y, en marzo de 1873, dejó el cargo en manos de Álvarez. Al año siguiente se promulgó la nueva Constitución estatal

que sustituiría a la de 1851. Esta nueva Constitución seguiría la línea liberal.

La proclamación del Plan de Tuxtepec (10 de enero de 1876) propició el renacimiento del conflicto entre los caudillos surianos. La rebelión tuvo varios focos y el general Álvarez mandó al coronel Canuto A. Neri a sofocarlos. Con el triunfo de Porfirio Díaz, Jiménez regresó a la entidad ostentándose como jefe de la revolución y nuevo gobernador. Los periódicos *El Regenerador* y *Las Termópilas,* de Chilpancingo, exaltaron su labor. Tras sucesivas derrotas militares, Álvarez renunció a la gubernatura. Por su parte, el general Jiménez, en lugar de suspender su ofensiva, trató de derrotar y liquidar todas las fuerzas leales al ex gobernador. El mismo presidente Díaz desaprobó sus métodos represivos y lo sustituyó por el general Rafael Cuéllar. La destitución de Jiménez sirvió a Díaz para pactar con Álvarez y sus simpatizantes a cambio de su apoyo a Canuto A. Neri para la vicegubernatura. Así, al cumplirse el último periodo de Álvarez al frente del Ejecutivo estatal llegó a término la etapa de los caudillos regionales. El ocaso del gran cacicazgo político que conoció el estado suriano se vivió hacia mediados del decenio de los ochenta. De hecho, fue la etapa del Porfiriato en que la Federación —en la vasta mayoría de los estados del país— recuperó el control político directo.

VII. EL PORFIRIATO

DURANTE EL PORFIRIATO, LA POLÍTICA de los estados mantuvo cierta autonomía, pero paulatinamente el gobierno federal recuperó las facultades constitucionales vía los poderes Judicial, Legislativo y Ejecutivo. Un ejemplo —ya referido— fue la actuación del Congreso de la Unión al imponerse para lograr el equilibrio de poderes entre la soberanía de los estados y la invasión del Ejecutivo federal en asuntos estatales. La abolición de la alcabala debilitó fiscalmente a las entidades federativas y fortaleció la recaudación federal. La obra de las compañías deslindadoras permitió a la Federación rescatar terrenos baldíos que los estados reclamaban como propios. Por último, la disolución de la Guardia Nacional a inicios de ese decenio y su integración a las fuerzas federales bajo el mando de la Secretaría de Guerra y del presidente de la República restó poder a los gobernadores. Por lo tanto, cuando concluyó el último mandato de Diego Álvarez, el general Francisco O. Arce se encargó del gobierno estatal, y hasta el final ejerció su influencia en él, al grado de que siempre buscó su apoyo cuando la situación lo ameritaba.

Jalisciense de nacimiento, Arce concluyó en 1889 su segundo periodo reeligiéndose por cuatro años más. Cabe recordar que en 1887 una de las medidas del presidente Díaz fue la reforma constitucional que permitió la reelección indefinida. Fue un verdadero "porfirito", como llamara Daniel Cosío Villegas a los gobernadores de la época, instalado para reducir a los cacicazgos regionales en favor de la centralización política. En su honor, el pueblo de Arroyo Grande mudó su nombre por el de Arcelia. Durante su gobierno otorgó cuantiosas concesiones mineras y ferroviarias a los empresarios, hizo algunas obras públicas y combatió a bandoleros y salteadores de caminos. Como no poseía una base política local, dependió mucho del apoyo de don Porfirio, por lo que incorporó

a su gobierno a numerosas personas de fuera de la entidad, incluidos científicos y técnicos, con lo que se enemistó con la clase política guerrerense.

LA FRACTURA DE LA ÉLITE

La reelección de Arce en 1893 dio pie a la revuelta lidereada por Canuto A. Neri, aliado eventual tanto de Álvarez como de Jiménez. Útil a Díaz aunque con ambiciones políticas propias, Neri nació en Zumpango del Río, tuvo una carrera larga como militar: participó en el sitio de Querétaro, secundó el Plan de Tuxtepec y, al triunfo del movimiento, quedó como jefe de las fuerzas federales en la región. Fue vicegobernador cuando Rafael Cuéllar estuvo al mando del Ejecutivo guerrerense.

Hacia finales de su segundo periodo gubernamental, Arce receló de Neri, sospechando que pretendía sublevarse para deponerlo. Como medida precautoria ante el posible levantamiento, el presidente prometió reforzarlo militarmente en varios puntos de la entidad. Arce y Neri tenían además conflictos de otra índole: habían disputado terrenos que ambos reclamaban como propios. El juez falló en favor del gobernador, y como los expedientes del litigio fueron robados, éste ordenó el cateo de la casa de su rival. Los papeles no aparecieron, pero los criados fueron apresados. En otra ocasión, la policía intentó, sin lograrlo, detener a Neri en una fiesta realizada en el popular barrio de San Mateo, en Chilpancingo.

Contra lo previsto, el desafío de Canuto Neri llegó por la vía electoral, al disputarle la gubernatura en la contienda de diciembre de 1892, respaldado por las fuerzas políticas de Álvarez. La victoria de Arce calentó los ánimos, y los seguidores de Neri se negaron a acatar el resultado oficial. La falta de una base política local hacía vulnerable a Arce ante la acometida de los poderosos de la región, y Díaz tampoco estaba resuelto a sostenerlo a toda costa; éste decidió incluso prescindir temporalmente de él, colocando en la gubernatura a Mariano Ortiz de Montellano.

Parecía una solución aceptable. No obstante, las huestes de Neri impugnaron el procedimiento de designación, el cual, ciertamente,

era bastante irregular. Arce, según la Constitución estatal, debía tomar posesión el 1° de abril de 1893, pero no lo hizo. En lugar de convocar a nuevas elecciones, como indicaba la ley, nombraron a Ortiz de Montellano gobernador interino, esperando que, superada la crisis, pudiera reinstalarse al jalisciense. Para tal efecto se modificó la Constitución, la cual permitía ahora al gobernador electo entrar en funciones cuando rindiera protesta, aun cuando no fuera en el día previsto; en tanto, el interino ejercería el cargo.

Con cierta demora, el 6 de agosto del mismo año los neristas acusaron recibo a través de un plan expedido en Mezcala, el cual se pronunció en contra de la aplicación retroactiva de las leyes y de la violación del orden constitucional, y declaraba ilegítimo al gobierno de Ortiz de Montellano. Consecuentemente, debía convocarse a nuevas elecciones; mientras eso no ocurriera, en nombre del "pueblo" gobernaría Neri. La rebelión se extendió a los seis distritos del centro de la entidad, no sólo porque Neri contaba con adeptos, sino también porque tenía el mando de las fuerzas federales destacadas en la región.

Díaz articuló su estrategia en dos planos: por un lado, forzó la renuncia de Arce a la gubernatura, dimisión que fue aceptada por el Congreso el 11 de noviembre; por el otro, decidió someter a los alzados enviando 8000 soldados del ejército federal a combatirlos. La envergadura de la operación necesitó concentrar tropa de los estados circunvecinos y de los norteños; estos últimos llegaron por mar a Acapulco. Acorralado en Mezcala, desde donde quizá pretendía atacar Chilpancingo para después internarse en la sierra, Neri se rindió el 19 de noviembre, después de una persuasiva plática con Manuel Guillén, diputado federal por Guerrero. Para este momento, Díaz ya había logrado neutralizar a Álvarez a través de un representante enviado a pactar con él. Para cerrar el cerco, una amnistía beneficiaría a quienes depusieran las armas en un plazo no mayor de 15 días.

Dueño de la situación después de someter a los caciques guerrerenses, en enero de 1894 el presidente impuso a otro fuereño, Antonio Mercenario, como nuevo gobernador interino. Neri fue sometido a proceso en la capital de la República, y quedó bajo

vigilancia federal a su regreso a Chilpancingo. Evidencia de su derrota fue que, en la elección de diciembre de 1895, tanto Neri como Álvarez respaldaron la candidatura de Mercenario. *El Imparcial* (Chilpancingo, 2 de junio de 1895) anticipó: "Continúe el señor Mercenario el camino que ha emprendido y no faltarán ni la cooperación valiosa y eficaz del pueblo que gobierna, ni el elogio imparcial de los hombres honrados".

Jiménez perdió la vida en 1894. Sin renunciar nunca al anhelo de volver a gobernar su estado natal, Neri murió envenenado en 1897 cuando concurría a un banquete oficial. Dos años después, Álvarez moría en La Providencia. Los tres hombres fuertes que emergieron en el Sur con la guerra de Intervención desaparecieron de la escena pública en un lapso de cinco años. Nuevos actores políticos surgidos en el seno de la sociedad porfiriana, pertenecientes varios de ellos a la clase media urbana y rural, ocuparían su sitio y encabezarían la oposición al gobernador Mercenario, cuyo gobierno fue tan despótico que pasó a la posteridad como uno de los más duros en la historia suriana. Con frecuencia Mercenario abandonó el cargo para atender asuntos personales, se hizo de haciendas y premió a sus allegados con riquezas y poder. Al igual que Arce, se perpetuó en el cargo y acabó por irritar hondamente a los guerrerenses.

Aunque en 1897 su nominación provocó descontento, cuando se postuló para la gubernatura del periodo 1901-1905 alentó una creciente oposición política dispuesta a tomar el poder. Primero en Guerrero, y después fuera de la entidad, la prensa publicó los dichos que la oposición lanzaba en su contra. Ésta vería en un licenciado oriundo de la Tierra Caliente, Rafael Castillo Calderón, al candidato idóneo para derrotarlo en las urnas. Castillo Calderón era un importante propietario agrícola del norte del estado; había sido secretario de Gobierno en el régimen de Arce y varias veces diputado local; en 1899 organizó en Guerrero la "Gran Junta de Amigos del señor general Díaz".

El Congreso declaró a Mercenario gobernador y, como ocurrió en 1893, la inconformidad por el resultado derivó en violencia. A pesar de que Díaz lo apuntaló tanto como pudo, Mercenario tuvo

que renunciar antes de tomar posesión. Agustín Mora, hacendado nacido en Puebla, fue designado para ocupar el cargo. La oposición, acosada y perseguida, decidió pasar a las armas. La lucha contra la imposición germinó en Mochitlán, donde surgió una proclama revolucionaria que reivindicaba el derecho popular a votar libremente en las próximas elecciones. Anselmo Bello acaudilló la revuelta, caracterizada por su deficiente planeación, escasa articulación y nula influencia. Díaz envió al general Victoriano Huerta a sofocarla. Como sería habitual en él, Huerta fue terrible con los alzados: fusiló a muchos, deportó a otros y persiguió a los demás; es decir, empleó la táctica de guerra de reconcentrados, ya utilizada en Cuba y África, consistente en concentrar a la población y arrasar sus medios de vida para aislar de todo apoyo a los rebeldes.

Castillo Calderón logró huir de la entidad, pero fue detenido en la Ciudad de México e indultado a condición de no volver a Guerrero. Años después se convertiría al maderismo. Su amigo, el terrateniente Anselmo Bello, no corrió con la misma suerte y fue ejecutado en Mezcala. A pesar de su escaso efecto militar, mucho menor al de la revuelta de Neri, la composición social del movimiento de Castillo Calderón fue, como en otros estados, la antesala de la Revolución mexicana. Mora gobernó hasta 1904. En ese año comenzó la administración de Manuel Guillén, un porfirista probado, quien dejó el cargo en 1907, después de solicitar una licencia definitiva.

No obstante las presiones populares y los conflictos con las élites políticas locales, los gobernantes porfirianos lograron imponer su ley en Guerrero. Caciques y caudillos surianos fueron neutralizados, dominados o vencidos, como de hecho aconteció en todo el país. Sólo era posible desafiar al régimen a escala nacional por medio de un movimiento que articulara fuerzas políticas y sociales de distinto signo, ya que las revueltas regionales y locales estaban condenadas al fracaso, debido a la eficacia con que Díaz había cooptado a la clase política, maniatado a los poderes federales, acabado con sus rivales, controlado el ejército y reducido a su mínima expresión a los líderes regionales, a la vez que había au-

mentado notablemente los servicios públicos: comunicaciones, educación y salubridad, abonando la llamada *pax* porfiriana.

Orden sin progreso

Buena parte del siglo XIX transcurrió en medio de guerras internas e internacionales, el conflicto del Estado con las corporaciones y el expansionismo de vecinos poderosos. El parto de la nación independiente estuvo acompañado de sucesivas pérdidas territoriales: Centroamérica en 1823, Texas en 1836, Nuevo México y la Alta California en 1848. La inestabilidad política tuvo también consecuencias económicas. Nueva España, dotada de una economía poderosa antes de la Independencia, retrasó su desarrollo durante décadas por no generar las condiciones óptimas para la expansión de la actividad productiva. Tal fue el caso de la tardía construcción de una infraestructura caminera, la lenta introducción de transportes modernos o el fracaso de las políticas de fomento industrial.

Otro factor que detuvo el desarrollo del país fue la debilidad de las finanzas públicas. Mantener el territorio nacional en relativa paz suponía contar con los recursos suficientes para pagar a la burocracia y a un ejército inquieto. Lejos estaba el poder público de solventar el reto, dado que asumió los adeudos del gobierno colonial con los particulares, y porque la Independencia desarticuló el sistema fiscal existente, sin remplazarlo con otro más eficaz. Así, desde sus orígenes, el Estado mexicano cargó con deudas diversas, incrementadas con préstamos del exterior, por ejemplo el obtenido en 1823 de casas británicas, o por recurrir al endeudamiento interno, como cuando en época de Santa Anna recibió dinero de los agiotistas a cambio de onerosos réditos, concesiones, licencias y privilegios fuera de toda proporción.

Antes de finalizar el siglo XIX, la modernización, aunque desigual y poco armónica, llegó a concretarse en algunas ramas económicas: el tendido de vías férreas, la expansión bancaria a todo el país, la exportación de materias primas, la instalación de fábricas, una

agricultura comercial y la minería de exportación fueron los signos más evidentes. Como efecto en cadena, creció la población y con ella las ciudades, tanto en tamaño como en cantidad; surgieron la clase media rural y la urbana; ganaron presencia el proletariado industrial y el asalariado rural. Si bien reducida en términos absolutos, aumentó la inmigración extranjera, se incrementó la migración de braceros hacia Estados Unidos, y los movimientos poblacionales internos se acentuaron, de tal manera que el Distrito Federal, Coahuila, Tepic, Tamaulipas y Durango recibieron a muchos mexicanos procedentes de Zacatecas, Estado de México, San Luis Potosí, Guanajuato e Hidalgo.

En el sur, uno de los grandes proyectos fue entroncar el Ferrocarril México-Veracruz con la vía fluvial Atoyac-Balsas. Puebla sería entonces no sólo una ciudad industrial, sino también centro de acopio de mercancías ultramarinas. La idea no era nueva: en 1785, ante el desabasto de maíz que sufrió Valladolid, los párrocos de Tecpan y Urecho concibieron el primer proyecto de navegación a través del Río Balsas para llevar a la villa parte de las cosechas levantadas en Tecpan. Hacia 1848 el gobernador de Puebla retomó la idea de establecer la comunicación interoceánica. En las dos décadas posteriores, estadounidenses y franceses obtuvieron concesiones para explotar los depósitos de hierro de Michoacán y Guerrero y transportar en vapores el mineral. Por su parte, Justo Mendoza intentó crear un puerto de cabotaje en algún punto cercano a la desembocadura del Río Atoyac.

Los proyectos económicos vinieron acompañados de estudios de campo. Avanzadas de técnicos y científicos hicieron un reconocimiento detallado del Río Balsas, y aseguraron que era factible navegarlo si se nivelaban algunos tramos y se canalizaban otros. En 1868, Adam Dydynski, ciudadano polaco residente en Puebla, comandó una expedición del embarcadero de Zirándaro hasta la desembocadura del río. Después hizo lo propio su connacional Juan Bochotnecky. El ingeniero Robert B. Gorsuch, enviado en 1870 por el gobierno federal, concluyó que era imposible utilizarlo para el tráfico fluvial.

Mientras que los gobiernos de Puebla, Estado de México y

Michoacán renunciaron a la pretensión de hacer navegable el río, el de Guerrero, encabezado por el general Arce, la retomó entusiastamente. En 1886 partió de Coyuca de Catalán una expedición al mando del explorador francés Augusto Tardy; después de un azaroso viaje, llegó al pueblo de Mezcala. El éxito de Tardy recreó la expectativa de dominar el río y, al paso del tiempo, el Ejecutivo guerrerense vislumbró más viable la construcción del ferrocarril.

Ya desde 1837 habían considerado la posibilidad de unir Veracruz con Acapulco a través de una línea de ferrocarril. Después el eje rotaría en dirección de la Ciudad de México, aunque recurrentemente reaparecería la otra opción. El 8 de julio de 1880, el gobierno federal suscribió un convenio con el gobierno guerrerense, representado por Rafael Cuéllar, para instalar una vía férrea, con su correspondiente telégrafo, que uniría el puerto de Acapulco con la capital de la República. Al año siguiente, otorgaron a Delfín Sánchez y compañía la concesión para construirlo. Las obras deberían iniciarse seis meses después, para lo cual los concesionarios adquirirían en Londres la herramienta, rieles y material necesario. Nunca se construyó la línea.

Después vendría el proyecto de hacer un ferrocarril interoceánico que uniera Veracruz con Acapulco. A tal efecto, y con la participación del propio Delfín Sánchez, se constituyó la empresa del Ferrocarril Nacional Interoceánico. La accidentada topografía suriana fue una de las razones que impidieron concluir el proyecto. El tendido de la línea férrea llegó hasta Puente de Ixtla, en Morelos. En 1891 integraron con capital mexicano e inglés la compañía Ferrocarril México-Cuernavaca-Pacífico, la cual acabó por adquirir la línea y completar la ruta hasta la desembocadura del Balsas en 1901, lo que requirió construir más de 110 km en suelo guerrerense.

La situación de los caminos de tierra no era mejor, como lo expresó un editorial de *El Avisador* (Acapulco, 25 de noviembre de 1891): "Mientras otros estados, mucho más lejanos de la metrópoli que el nuestro, cuentan ya con una o más líneas férreas, nosotros no tenemos siquiera un regular camino de herradura". La senda que comunicaba a la Ciudad de México con el puerto de

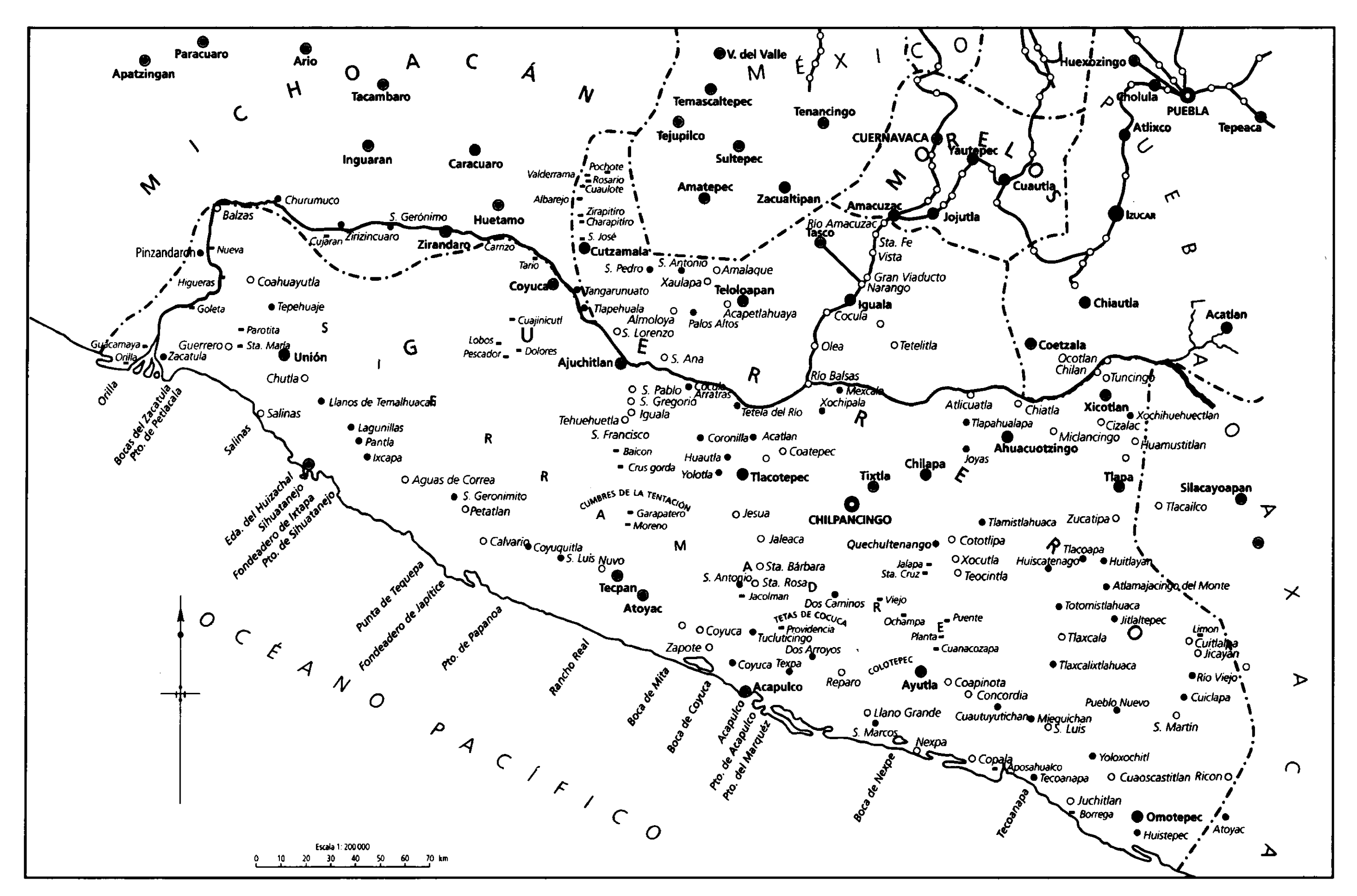
Acapulco era muy difícil de transitar, tanto "por el estado pésimo en que se encuentra", como porque en algunas partes "hay que atravesar por peligrosos desfiladeros, donde se hace preciso echarse pie a tierra para franquear un barranco o un precipicio". Particularmente tortuosos eran los tramos de El Peregrino, Agua del Perro, Los Cajones, Cañada de Acahuitzotla y Salto de Valdez, entre Chilpancingo y Acapulco. La situación era tal que "muchos viajeros que llegan a este puerto con el propósito de proseguir su viaje por tierra hasta México desisten de su intento, luego que adquieren informes tan espeluznantes respecto del camino, prefiriendo dar una vuelta y hacer un viaje más costoso pero más cómodo por la vía de Manzanillo o San Blas".

Acapulco es y fue un punto estratégico del Sur. Habilitado como puerto desde la Colonia, sirvió como lugar de tránsito de hombres, mercancías e ideas que conectaban al país con el Pacífico, se tratara de Asia, Norteamérica o América Central. Narraba un periódico local que, antes de terminar el siglo XIX, hacia América Central se embarcaban trabajadores temporales: "Casi en todos los vapores de la Mar del Pacífico que salen de este puerto con rumbo al sur hemos visto tomar pasaje a multitud de individuos, especialmente de la clase pobre, que se dirigen a Centroamérica en busca de trabajo, obligados por la miseria que cada vez más se acentúa en nuestras costas" (*El Avisador*, 27 de octubre de 1891).

El puerto también fue escenario de las guerras civiles e internacionales y objetivo militar prioritario de las distintas fuerzas; no obstante, al menos hasta principios del siglo XX, no era muy grande ni tenía mucha población. *El Avisador* (17 de octubre de 1891) advirtió a sus lectores que, "cualquiera que durante los últimos días de lluvias haya recorrido la población y sus alrededores, habrá observado la multitud de charcos de fango y aguas estancadas, que son otros tantos focos de infección, especialmente por el rumbo del Barrio Nuevo y El Rincón". En esos lugares, "los niños se entretenían en sacar pescaditos, ranas y aun *lagartitos* de esos charcos". La población acapulqueña era de unos 5 000 habitantes.

Región de alta sismicidad, el 16 de enero de 1902 ocurrió un fuerte temblor en las costas de Guerrero, por lo que el secretario

MAPA VII.1. *Ruta interoceánica*



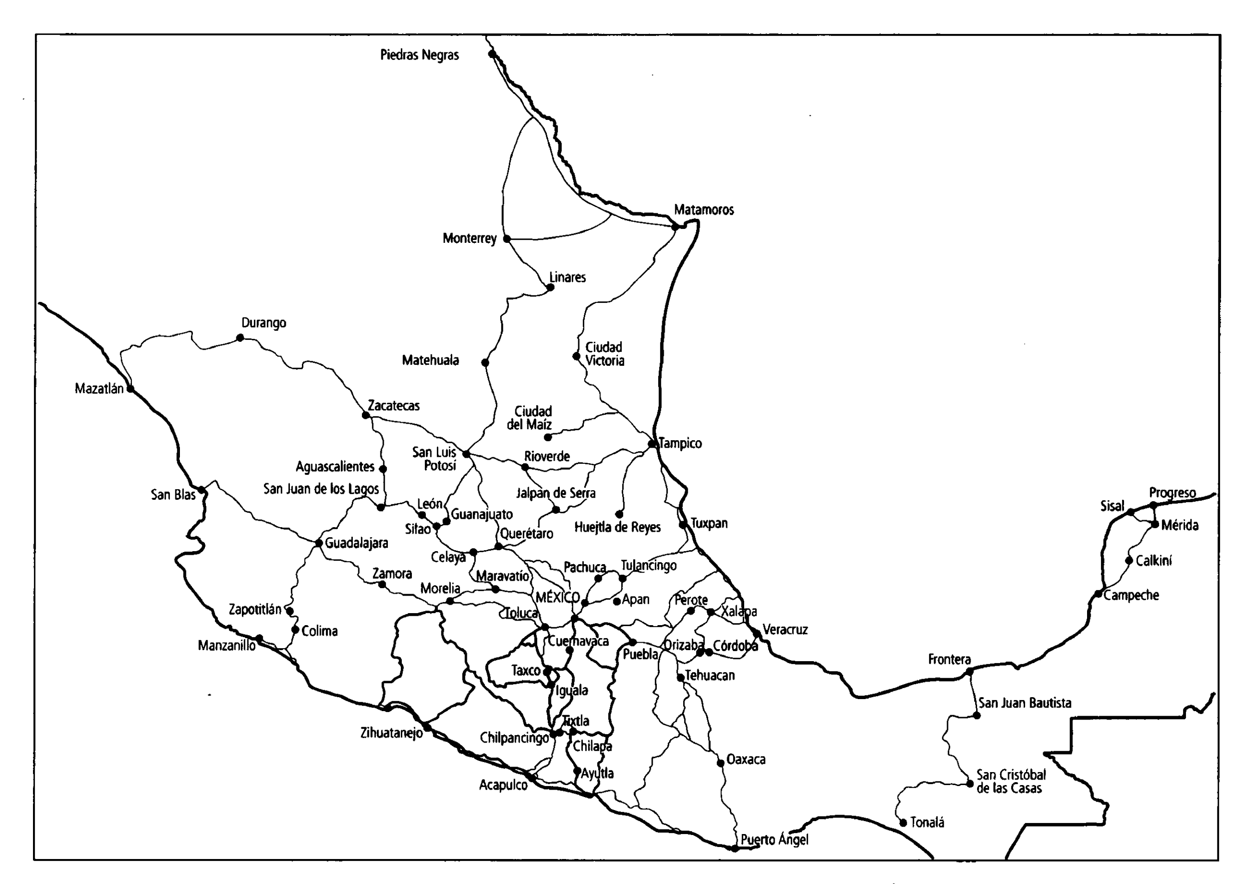
FUENTE: *The Mexican Year Book: A financial and Commercial Handbook, Compiled from official and other returns, 1908-1914,* libro digital.

de Hacienda, José Yves Limantour, envió 20 000 pesos para reparar algunos de los cuantiosos daños. En 1906 inició la construcción de un camino para unir a Chilpancingo con Iguala. Cuatro años después, la carretera quedó abierta. Vicente de Paúl Andrade la recorrió en 1911 y dejó testimonio del por entonces rápido viaje: "En automóvil, en cuatro horas llegué a Chilpancingo. Gratísimo me fue ese trayecto, por la velocidad con que íbamos, gracias al buen estado del camino". Le asombró la aridez del cañón del Zopilote. Para cruzar el río Mezcala tuvieron que introducir "el automóvil en el chalán; un cuarto de hora nos detuvimos en espera del dicho chalán, que estaba en la ribera opuesta". Llegar a Tixtla desde la capital del estado le consumió tanto tiempo o más que el empleado en el otro tramo del trayecto. El contraste resultaba evidente. Al respecto, Manuel Payno había escrito que quien se atrevía a pasar el río era "víctima de los pintos y del mal clima".

Hacia 1870 se colocaron los primeros postes telegráficos para conectar a Amacuzac con Acapulco, tarea en la que participaron el gobierno federal y los de Morelos y Guerrero. El cableado llegó a Chilpancingo y a Tixtla dos años después. En 1873, Acapulco quedó conectado, aunque no fue sino hasta 1878 cuando se logró regularizar la comunicación. La compañía del Ferrocarril México-Cuernavaca-Pacífico llevó la línea telegráfica desde la Ciudad de México hasta el Balsas, aunque su desarrollo sería lento. Por otra parte, el proyecto pionero de la instalación de la telefonía en Guerrero lo presentó Guillermo Téllez en 1881. Siete años después, la red tendida se aproximaba a 350 kilómetros, gracias a la participación tanto del gobierno como de los particulares. Las líneas de propiedad federal enlazaban a los poblados más importantes; las de los particulares comunicaban a las haciendas y centros mineros con algunas ciudades.

El erudito Alfonso Luis Velasco, en su *Geografía y estadística del estado de Guerrero,* de 1892, dejó constancia del potencial económico de la entidad. Destacó en primer término su riqueza minera: la plata de Taxco, el cinabrio de Huitzuco, el antimonio de Acamixtla, el mercurio de Pregones y de Xalpitzán y el mármol de Chontalcuatlán. Otros sitios poseían cinc, plomo, piedras precio-

Mapa vii.2. *Caminos para carreta y de herradura de los siglo* xviii *y* xix



Fuente: "Los caminos de la Reforma y el segundo Imperio", en Samuel Salinas Álvarez, *Historia de los caminos de México,* tomo 2: *Siglo xix,* México, Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, SNC, 1994, p. 92.

sas, sal y carbón de piedra. Sin embargo, tristemente confirmaba que, de las 1391 minas conocidas hacia 1889, muy pocas estaban en explotación, pues la minería se hallaba paralizada porque la entidad carecía de buenas vías de comunicación. La agricultura, aunque tenía un nivel precario, presentaba grandes posibilidades de expansión: maíz, ajonjolí, alfalfa, algodón, arroz, añil, cacao, caña de azúcar, chile, café, frijol, garbanzo, maguey, tabaco, trigo, coco, dátiles, naranja, limón, guayaba, plátano, mamey, calabaza, jitomate, lechuga y otros muchos productos se cultivaban en el estado. El maíz era el que se producía en mayor escala. La madera, la fauna silvestre y el pescado completaban el cuadro de su riqueza natural. Como resumió José Juan Tablada en un artículo periodístico: "Guerrero poseía los climas más diversos. La naturaleza ha sido pródiga allí, porque pueden verse el pino y las coníferas de las grandes altitudes, el algodón, la caña llena de miel y los más capitosos frutos tropicales".

Desde finales del siglo XIX se fomentó el cultivo de algodón. Con este propósito, el comerciante español Domingo Alzuyeta convocó a los hacendados de ambas costas a concurrir a su finca de La Sabana, situada a tres leguas de Acapulco, para ensayar con ayuda de un especialista nuevas técnicas para mejorar la producción algodonera. La convocatoria argumentaba que los agricultores utilizaban "métodos rutinarios y anticuados y, por ende, poco provechosos". La Cámara de Comercio del puerto proporcionaría a los asistentes "los instrumentos de labranza, las semillas y demás útiles necesarios para que semejante proyecto llegue a su feliz realización" (*El Avisador*, 1° de septiembre de 1891).

Cerca de Acapulco, en Aguas Blancas, estaba el establecimiento metalúrgico Progreso del Sur, propiedad de los señores Fernández, importantes comerciantes españoles. Aunque edificado en las afueras del pueblo, el negocio articulaba la vida local y llamaba la atención por la disciplina y el orden que había introducido entre los lugareños. El poblado se estableció al comenzar la década de los noventa y, según una descripción de la época, poco más de 1000 personas vivían en "su caserío ordenadamente cimentado", cuyas "calles rectas tiradas a cordel desembocan en la plaza de comercio,

donde se encuentran la oficina telegráfica, un establecimiento de instrucción pública y un elegante templo católico" (*El Avisador*, 3 de febrero de 1896).

En cuanto al desarrollo social, mucho faltaba por hacerse. Hacia finales del siglo XIX había sólo dos escuelas primarias públicas en Acapulco, donde estudiaban aproximadamente 100 alumnos de ambos sexos. Guardaban un estado lamentable, aunque no peor que en el resto de la entidad, excepción hecha de Chilpancingo. Una de ellas, para niños, localizada en los suburbios del puerto, era

> un jacalón construido hace más de un siglo, y cuyo techo se nos dice se reparó hace treinta años; las paredes amarillentas y manchadas por las goteras que forman las lluvias; un cielo de manta hecho girones por la mano severa del tiempo; el piso húmedo y sucio y por todo mobiliario unas pesadísimas mesas con bancos adheridos a las mismas, donde se colocan con gran incomodidad seis u ocho niños. Hay un pequeño pizarrón en regular estado, que el director del establecimiento mandó construir y pagó con su propio sueldo.

Los servicios sanitarios eran bastante precarios, pues estaban bajo un pequeño techado de tejas y "formados por un zanjón descubierto, y como de dos metros de profundidad, [y] unas tablas hechas pedazos [...] que los niños acomodan cada vez que van a hacer sus necesidades corporales". Quizá eso no era lo peor, sino la carencia de útiles y "la suma irregularidad con que concurren los niños a la escuela". Otros "no leen porque no hay libros suficientes". Los profesores ganaban 16 pesos al mes, o quizá menos. Para terminar, el autor de la nota formuló un juicio de suyo concluyente: "Parece por demás decir, visto esto, que las prescripciones de la ley de que la enseñanza sea laica, gratuita y obligatoria son una mera utopía desde el momento en que se hunde en tan desgraciada situación un ramo de tan indiscutible importancia" (*El Avisador*, 31 de noviembre de 1891).

La educación media superior presentaba un mejor panorama. El 5 de junio de 1852 se había fundado el Instituto Literario en la ciudad de Tixtla, el cual no pudo abrir sus puertas por las condi-

ciones en el país; finalmente, el 16 de septiembre de 1869 arrancó sus labores bajo la dirección de Francisco Granados Maldonado (†1872), quien 20 años atrás había presidido el afamado Liceo Hidalgo, círculo literario de la Ciudad de México que reunió a la segunda generación del romanticismo.

En los años siguientes el instituto padeció la falta de recursos y la ausencia de personal docente calificado. El 19 de mayo de 1885 fue modificado el plan de estudios y adquirió el nombre de Colegio Literario, además de formarse la preparatoria y abrirse las carreras de abogacía, ingeniería en minas y topografía. En 1893 se creó la primera escuela normal de la entidad, el Instituto Literario de Varones y de Señoritas, que después cambiaría el nombre por el de Escuela Preparatoria y Normal para Profesores (1898) y más adelante se conocería como Escuela Mixta Normal del Estado de Guerrero (1908). Hacia 1903 se creó una escuela de jurisprudencia.

Notable miembro y presidente del Liceo Hidalgo fue Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), quien, junto con Manuel Payno, fue la personalidad más destacada de las letras mexicanas de la segunda mitad del siglo XIX. Aprendió a leer y escribir en su natal Tixtla, para después continuar sus estudios en el Instituto Literario de Toluca, donde tuvo como mentor a Ignacio Ramírez, y graduarse de abogado en el Colegio de San Juan de Letrán. Incursionó prácticamente en todos los géneros literarios, en su historia y crítica, además de fundar *El Correo de México*, *La Tribuna*, *La República*, *El Federalista* y *El Renacimiento*. Fue profesor en las escuelas Nacional Preparatoria, de Comercio y Nacional de Maestros. Su carrera pública fue tan amplia como su obra, pues se desempeñó como diputado durante tres periodos, procurador general de justicia, ministro y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, militar y diplomático. Fue precursor del periodismo cultural y escritor de las novelas *Clemencia* (1869), *La Navidad en las montañas* (1871) y *El Zarco* (publicada póstumamente en 1901), ambientadas en la Guerra de Reforma y en la Intervención francesa. De corte romántico, la defensa de la patria, el desorden social y el mundo de los bandidos son los temas de *Clemencia* y *El Zarco*,

en tanto que *La Navidad en las montañas* esbozó una utopía social como salida a los males de la nación y a la discordia provocada por la guerra civil. El mensaje de reconciliación nacional de Altamirano apareció en *El Renacimiento,* donde se propuso formar la república de las letras.

EL PROYECTO LIBERAL

A lo largo del siglo XIX, la política liberal fue poblar para desarrollar el país. Una nación poderosa tenía que apoyarse en la abundancia de brazo, y México contaba con amplios recursos y escasa población. Así, para la segunda mitad del siglo, las políticas públicas en materia de poblamiento y colonización se intensificaron al ofrecer el gobierno tierras, arados y bueyes para que se fundaran colonias agrícolas, en particular con inmigrantes extranjeros. Se promulgaron también leyes favorables a la inversión extranjera. Otro recurso fue la venta de los terrenos baldíos. La Ley sobre Ocupación y Enajenación de Terrenos Baldíos, del 20 de julio de 1863, comprendía dentro de esta categoría a "todos los terrenos de la república que no hayan sido destinados a un uso público por la autoridad facultada para ello por la ley, ni cedidos por la misma, a título oneroso o lucrativo, a individuo o corporación autorizados para adquirirlos". La ley dio a los propietarios la posibilidad de acumular una gran cantidad de tierras al otorgar a todos los habitantes de la República el derecho a denunciar hasta 2500 ha de terrenos baldíos, "con excepción de los naturales de las naciones limítrofes de la república y de los naturalizados en ellas, quienes por ningún título pueden adquirir baldíos en los estados que con ellos linden". El gobierno federal recibiría un pago en efectivo equivalente a un tercio del precio del terreno baldío, y los gobiernos estatales otro tanto. Los precios fijados a los terrenos fueron realmente ridículos: una hectárea en Guerrero tenía un precio de un peso y setenta y cinco centavos. De esta manera, entre 1863 y 1867 se vendieron en todo el territorio nacional 1'733468 ha a 309 personas y sociedades por un total de 109719 pesos.

En medio de esta fiebre colonizadora, en agosto de 1875 Manuel Carrera Sabat encabezó a un grupo de empresarios que pretendía comercializar una inmensa franja del estado de Guerrero situada en las jurisdicciones de Tetela del Río, Ajuchitlán, Coyuca, Zirándaro, Zacatula, Tecpan, Atoyac y Chilpancingo. Parte de su atractivo residía en la conexión con el proyecto de comunicación interoceánica del cual la ruta fluvial Atoyac-Balsas formaba parte. "Las tierras de esta sierra, tan luego como se comiencen a explotar debidamente sus riquísimos minerales, precisamente han de subir de valor sobre el mérito que ya en sí tienen su feracidad y variedad de riquezas vegetales", destacaba el vendedor.

Los problemas y riesgos fueron minimizados, porque "mucho se ha exagerado y supuesto confusamente en lo general de los habitantes de Guerrero, la índole feroz, lo insano de su clima y la *jiricua* o mal de los pintos". En relación con la naturaleza de los guerrerenses se añadieron algunas consideraciones: "que de su docilidad hayan abusado algunos caudillos revolucionarios o que exacerbados por el rigor de sus invasores hayan sido conducidos hasta el crimen, es una verdad; mas también es que, en la mayor parte del estado, como en ningún otro, no se conoce el robo o plagio: se camina con seguridad".

Se decía que estas tierras eran de propiedad particular, ya que fueron adjudicadas por remate a Ignacio Celis Rábago el 8 de octubre de 1794. A los clientes se les ofrecía su usufructo o adquisición según cuatro modalidades: usufructo perpetuo, en el que, de ser el caso, el adjudicatario tendría que dar al dueño 10% de todos los frutos a partir del tercer año; venta directa, a razón de 52.50 pesos por caballería. La venta en abonos y sin intereses implicaba duplicar la cantidad pagada. De hacerse por contrato con las compañías colonizadoras, había que dividirse equitativamente el terreno entre los propietarios y los colonizadores, y quedar a cargo de las compañías los gastos de deslinde y medición.

Esta última opción resultó atractiva para el Gran Círculo de Obreros de México, fundado recién en 1872. Al respecto, *El Socialista* informó (23 de enero de 1876): "El Gran Círculo ha recibido [...] diferentes solicitudes de distintos cuerpos de trabajadores", y

convino con el propietario en "que dichas tierras se dividan en lotes bajo el sistema de tableros americanos, siendo la propiedad del Círculo los números pares, reservándose para él los impares". Para acometer esta labor, pidió al presidente Sebastián Lerdo de Tejada transportar a los colonos a estos terrenos y dotarlos "de las semillas necesarias para su manutención en seis meses, así como de útiles y animales propios para la labranza y armas para su defensa". Después, con la mitad de los productos obtenidos, los ocupantes saldarían el importe del préstamo. No hay evidencia de que la operación se concretase.

Para la envergadura del proyecto colonizador, y debido a la magnitud de las medidas adoptadas, los resultados en esta materia fueron pobres. No obstante este revés, los sucesivos gobiernos liberales consumaron durante el Porfiriato la privatización del dominio público. Con este fin, las políticas gubernamentales tendieron a dejar de lado el objetivo de colonizar —por la vía de la inmigración— y favorecer la cesión de los terrenos nacionales a los particulares.

Si de un lado la política estatal buscó reconocer y censar para vender las tierras públicas, por otra parte impuso la ley que prohibía las tierras de corporación; la Ley Lerdo, expedida por el gobierno de Comonfort el 25 de junio de 1856, obligaba a las corporaciones civiles y eclesiásticas, propietarias de fincas rústicas y urbanas, a venderlas a los arrendatarios y a entregar al gobierno un porcentaje por concepto de impuestos. En el mundo rural esta disposición significó legalizar la disolución de la propiedad comunal; el paso siguiente sería la expropiación de las tierras campesinas, fundamento de la autonomía de los productores agrarios. La desamortización de la propiedad corporativa y las leyes sobre deslinde de terrenos baldíos permitieron el crecimiento de las haciendas y el desarrollo de los ranchos a expensas de las comunidades campesinas, de los bienes de la Iglesia y de los terrenos nacionales, los cuales fueron privatizados progresivamente; éste fue el marco de muchos de los conflictos rurales de la segunda mitad del siglo XIX. En el cuadro VII.1 se observa que los ranchos se triplicaron entre 1871 y 1901, y las haciendas se duplicaron en el mismo

CUADRO VII.1. *Nómina de haciendas, pueblos, ranchos o cuadrillas del estado de Guerrero entre 1871 y 1901*

Año	*Pueblos*	*Haciendas*	*Ranchos o cuadrillas*
1871	343	51	328
1880	306	103	583
1894	309	139	637
1901	313	100	901

FUENTE: Jaime Salazar Adame, "Periodo 1867-1910", en *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Guerrero, 1867-1940,* México, Gobierno del Estado de Guerrero/Universidad Autónoma de Guerrero/Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1987, p. 67.

periodo, sin que fuera sensible la disminución de los pueblos, como sí ocurrió en otros estados. Carlos Pérez Varela, por ejemplo, era propietario de 20 ranchos en Coyuca; Silvestre Jaimes llegó a ser dueño de dos terceras partes de las tierras del municipio de Cutzamala, y la Cofradía de las Ánimas poseía buena parte de las tierras del distrito de Aldama. En la Costa Chica había un poderoso grupo de ganaderos compuesto por las familias Miller, Reguera, López Moctezuma, Zamora y Guillén, y en la Costa Grande, unos pocos comerciantes españoles eran dueños de las propiedades agrícolas aledañas a Acapulco y de muchas otras no tan cercanas, donde también había inversiones estadounidenses y mexicanas.

Mientras que las haciendas dominaban la costa, en el norte se desarrolló la pequeña propiedad agraria, sin por ello desaparecer la de tipo comunal. Casi no se conoció el peonaje, aunque se tuvo que contratar a braceros. Predominaba el arriendo de la tierra a cambio de una renta fija en maíz, pues el pago en dinero era excepcional.

El conflicto agrario se nutrió de la tensión entre pueblos, ranchos y haciendas por tierras, agua y por el enganche del recurso más escaso: la mano de obra. La prensa de la época constantemente insertaba llamados de los pueblos indígenas a los poderes federales para que frenaran la expansión de las haciendas a expensas de los pueblos, reconocida incluso en privado por la propia autoridad, como evidenció la carta del gobernador Arce al

CUADRO VII.2. *Propietarios de más de 5000 ha en el norte de Guerrero (1910)*

Nombre	*Hectáreas*
Miguel Montúfar	22346.19
Alberto Rivera	19193.00
Mucio Romero	14182.40
Emigdio Pastrana	14160.17
Febronia Gómez	13831.71
Rafael Castillo Calderón	11799.41
Atlixtac y Anexas S. A.	9357.49
Manuela Mojica	6825.00
Isaac Mathewson	5476.50
Julián y Ponciano Salgado	5200.00

FUENTE: Ian Jacobs, *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, Era, México, 1992, p. 90.

presidente Díaz (Chilpancingo, 30 de marzo de 1892), a propósito de un problema suscitado en Ometepec: "Hay en esta localidad un reducido círculo de personas inquietas que [...] esperan seguir dominando la situación en su provecho y en contra de los infelices indígenas, a quienes poco a poco han ido despojando de sus terrenos". Otras protestas y revueltas populares fueron propiciadas por el despotismo de los prefectos políticos y las cargas fiscales. El 11 de marzo de 1881, en Zitlala, Avelino Solís, Nazario Herrera y otras personas armadas liberaron de la prisión a Manuel Onofre, Agustín Chepillo y Epifanio Zacarías, mientras gritaban mueras al gobierno del estado por las altas contribuciones tributarias. En unas cuantas horas, el coronel Jesús H. Malda detuvo a Solís y a Herrera, así como a los presos fugados. En Tepetlapa, el "coronel del Ejército del Pueblo", Pascual Claudio, encabezó una rebelión en 1884 bajo la consigna "Tierra, industria y armas". El "coronel" exigía al gobierno dotar a los jefes de familia de terrenos y animales para poder producir. Esta rebelión, caracterizada por algunos historiadores como socialista, fue liquidada antes de propagarse

por el municipio de Xochihuehuetlán. En enero de 1887, Juan P. Reyes y Silverio León, del llamado Ejército Regenerador, firmaron una proclama que eximía del pago de contribuciones a varios pueblos de la Montaña. A los dos meses, el coronel León fue pasado por las armas. También en ese año, los indígenas mixtecos de Potuichán atacaron la cárcel de Tlapa y liberaron a 10 presos. De este y otros conflictos se decía que eran instigados por Diego Álvarez desde su hacienda de La Providencia. Cuatro años después asesinaron al recaudador y segundo juez menor de San Marcos; el ejército federal intervino para aplacar un conato de rebelión. También hubo revueltas por móviles religiosos.

La inconformidad popular no siempre fue violenta; a veces, apeló al paternalismo de la autoridad central para destituir a los funcionarios locales incómodos. Al menos ése fue el recurso de los habitantes de Acatepec, quienes en abril de 1892 solicitaron a Porfirio Díaz que, "como padre amoroso", atendiera la súplica de "sus hijos" y remplazara a Felipe León por Juan López Portillo, "porque como anciano lo conocemos por hombre honrado", en tanto que el otro, preceptor de la comisaría mayor, "tiene a esta vecindad por esclavos en tantos servicios que exige".

Movidas por distintos resortes y sirviéndose de repertorios variados, estas protestas y rebeliones explicitaban el conflicto entre las autoridades locales y las comunidades de su jurisdicción. Ya fuera por la arbitrariedad con que actuaban, o por las medidas económicas y políticas que imponían, no hay duda de que exacerbaban los ánimos de la población. Aunque por lo general los personeros del gobierno tendieron a desestimarlas, o a verlas como conflictos localizados propiciados por unos cuantos cabecillas virulentos, lo cierto es que había personas y grupos dispuestos a secundarlas. Incluso, la acusación de que había otros intereses detrás de los de los propios rebeldes, señaladamente los del cacicazgo de Álvarez, hace pensar que no se trataba de acciones intrascendentes. La atención de la prensa y del presidente Díaz apunta también en esa dirección.

En la última década del siglo XIX, la rebelión popular de mayor importancia fue la de Juan Galeana en la Costa Chica. Galeana era

un labrador de Ayutla de los Libres enfrentado con José Pandal, prefecto político, pues éste hostigaba a su mujer. Aunque se retiró a La Sabana para poner alguna distancia, finalmente acabó matándolo. Para ese momento ya había integrado a una cuadrilla que asolaba la región. Testimonios de su trayectoria rebelde constan en la causa judicial que le instruyó el fiscal Jesús Labastida, quien lo acusó de varias fechorías: asalto a la cuadrilla de Chautipa, ocurrido en abril de 1889; ataque a la plaza de Ayutla y la liberación de los presos de la cárcel local; otra incursión ahí mismo, en febrero de 1890; lesiones a Juan Abarca y el fusilamiento del prefecto José Pandal. Para colmo, se le acusó de rebelión, al haber secundado el plan revolucionario de Cornelio Álvarez y Cortés, de asaltar el poblado de Cuautepec y del delito de robo.

En su declaración, Juan Galeana manifestó que la noche del 19 de abril de 1889 fue a Chautipa acompañado de 30 personas para atrapar a Rosaliano Loaeza. Contraviniendo la orden de Eugenio Ojendi (otro de los cabecillas), en lugar de matarlo, lo dejó escapar. En su huida, Ojendi mató a Bruno Catalán y a Serafín Hernández, por estar comprometidos en asesinar a Loaeza y no hacerlo. Su casa fue incendiada, según Galeana, por los vecinos de la cuadrilla de Chautipa. También dijo que, por un ajuste de cuentas, ocurrió a la cárcel de Ayutla acompañado por Leandro Soto, Rafael Villasana, Fernando Neri y Chon Mayo, de donde sacó a los presos para que lo ayudaran a aprehender al prefecto Pandal; pero como no pudo lograrlo, se retiró solo para Tecomulapa, y posteriormente se reunió con su gente en Mal Paso, cercano a Ayutla, y convocaron a más personas para detener al prefecto. Atacaron de madrugada y como a las seis de la mañana ocuparon la plaza donde aprehendieron al prefecto Pandal, que entregaron al prefecto Morales, quien lo mandó ejecutar en Tejería. Después de la acción, la gavilla se dispersó.

Casi un mes después, Galeana recibió un recado de Morales en el que le indicaba hacerse presente en Cruz Grande. "Allí se encontró con un general llamado Cornelio Álvarez y Cortés, cuyo individuo indicó a Morales que traía facultades para levantar a los pueblos contra el gobierno." Galeana no se comprometió, pero

aceptó acompañar a dicho general y a los 100 hombres armados con rifles de 14 adarmes que lo seguían. Se dirigieron para Cuautepec con el fin de levantar a la gente, y Morales enfiló con un contingente armado hacia la barra de Teconapa. En Cuautepec, Arcadio Chona les proporcionó gente, armas, pólvora y plomo. A los tres días tuvieron su primer encuentro con las fuerzas del orden; sin éxito alguno, Galeana regresó a Tecomulapa, donde se escondió hasta ser herido y aprehendido en un sitio llamado La Tamalera. Esto ocurrió en enero de 1891.

El prefecto del distrito de Tabares y otras autoridades abundaron en detalles acerca de la captura "del cabecilla" y sobre las implicaciones políticas de la rebelión, e informaron al presidente que el movimiento en sí no tenía un carácter político: los desmanes del prefecto Pandal habían desatado la violencia, ya que con ellos humilló a la población local. Sin embargo, sectores ajenos al conflicto se habían beneficiado de la oportunidad de desestabilizar al gobierno del general Arce, que pensó que los allegados de Álvarez estaban involucrados. Es más, Galeana fue detenido en terrenos propiedad del teniente coronel Matías Flores, hijo político de Diego Álvarez; por tanto, el acusado era sólo un individuo agraviado que simplemente quería cobrar venganza; si más personas se le sumaron, fue porque Pandal "era odiado en el distrito a causa de sus exacciones injustificadas, de los despojos que había consumado y de sus arbitrariedades insufribles, tanto que si él no lo hubiera matado, habría sobrado gente que lo hubiera hecho". Cornelio Álvarez y Cortés, junto con Pomposo Morales, fueron el conducto por el que se "entendieron los alvaristas con Juan Galeana". Otras acusaciones que pesaban sobre Galeana fueron realizar una incursión en Cuautepec en abril de 1890; autorizar el plagio de Francisco Romano y Simón Lobato, consintiendo en el robo de la casa del primero, y asesinar a Fermín Padua, juez menor de aquel lugar. Galeana negó tales afirmaciones alegando que, si bien "estaba presente cuando tuvieron lugar estos hechos", no pudo evitarlos, "porque no tenía mando alguno sobre la gente de Morales, tanto más que allí se encontraba también Cornelio Álvarez y Cortés".

Después de leerse todos los cargos y presentársele "como tras-

tornador del orden y la paz pública, en unión de Pomposo Morales, Cornelio Álvarez y Cortés y otros, fungiendo como uno de los jefes principales del vandalismo", Galeana argumentó no ser el jefe principal, si bien alegó la imposibilidad de separarse del grupo, pues, una vez metido en él, no tenía más posibilidad que seguir a los sublevados. Por su parte, el fiscal pidió para el acusado una pena de 18 años de prisión. Su destino final fue San Juan de Ulúa, donde pereció ahogado. La gavilla, no obstante, continuó asolando a la región y las autoridades continuaron persiguiéndola. En julio de 1891 cayeron Sabino y Arcadio Deloya en la Costa Chica, en tanto que Pomposo Morales y Nicolás Rafaela seguían merodeando por los bajos del municipio de Cruz Grande.

En 1895, Guerrero tenía un total de 421 271 habitantes y 15 años después (1910) apenas contaba con 594 278 habitantes, 20% de los cuales hablaba alguna lengua indígena. Durante el Porfiriato habían mejorado las comunicaciones en las principales ciudades, mas no en todas las regiones. La presión fiscal activó las rebeliones a la vuelta del siglo e hizo estragos en la incipiente paz social. El 11 de noviembre de 1908 se expidió una ley estatal para gravar con 25 centavos mensuales a todos los varones mayores de 16 años de edad y menores de 60 por el simple hecho de vivir en la entidad. Esta cifra, aparentemente pequeña, resultaba onerosa para muchos guerrerenses, no digamos en las regiones de pobreza extrema como las de la Montaña. Los conflictos y tensiones existían en todos los estados, pero el problema concreto que se presentó en 1909 fue cómo resolver la sucesión presidencial. En las ciudades la opinión pública, atenta e interesada, intervino en los asuntos públicos; periódicos, círculos, clubes y partidos fueron espacios de debate, así como de formación de algunos de sus dirigentes. El Partido Liberal Mexicano, encabezado por los hermanos Flores Magón, el movimiento reyista y el Partido Antirreeleccionista, dirigido por Francisco I. Madero, aglutinaron a la oposición. Mientras tanto, en el mundo rural las añejas disputas agrarias, los más recientes conflictos por el poder local e incluso las últimas contiendas electorales definían a una porción significativa de los futuros actores del conflicto revolucionario.

TERCERA PARTE

LA DINÁMICA DEL CONFLICTO

Históricamente, en Guerrero la resistencia y la movilización popular se han desarrollado en la costa y, en menor medida, en la Montaña. Desde Morelos, pasando por los Galeana, los Álvarez, los Escudero y los Vidales, hasta Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, el epicentro de las luchas populares se localizó en alguna de las costas, de donde se esparcieron ocasionalmente al resto del estado. Su contraparte fue la inestabilidad política. La posrevolución trajo una relativa estabilidad al país, pero no a Guerrero, donde fueron constantes tanto la declaratoria de desaparición de poderes por parte del Senado de la República como las renuncias de los jefes del Ejecutivo, eufemísticamente llamadas "voluntarias". Uno de ellos murió estando en funciones. Entre 1925 y 2005, únicamente siete gobernadores se sostuvieron en el cargo todo el periodo legal: Gerardo Rafael Catalán Calvo, Baltasar Leyva Mancilla, Raymundo Abarca Alarcón, Rubén Figueroa Figueroa, Alejandro Cervantes Delgado, José Francisco Ruiz Massieu y René Juárez Cisneros. Por su parte, Héctor F. López, Adrián Castrejón, Alberto F. Berber, Alejandro Gómez Maganda, Raúl Caballero Aburto, Caritino Maldonado Pérez y Rubén Figueroa Alcocer no culminaron su periodo. Además, hubo varios interinatos.

VIII. LA REVOLUCIÓN

LA MOVILIZACIÓN SOCIAL CONTINUÓ durante la Revolución. En diciembre de 1910, Delfino Castro Alvarado fracasó en su intento por realizar un levantamiento armado en Tepecoacuilco. Al mes siguiente, detuvieron a Matías Chávez y José Inocente Lugo, abogado oriundo de la Tierra Caliente, acusados de instigar la rebelión. Por esas fechas, dispersaron antes de entrar en acción a dos grupos estudiantiles procedentes de la Ciudad de México, encabezados por Vicente J. González y Miguel F. Ortega y financiados por Eucaria Apreza, próspera terrateniente y comerciante de Chilapa. Poco después, la familia Figueroa, Julián Blanco y Jesús H. Salgado, entre otros, reunieron contingentes armados que los llevaron en uno u otro momento a alcanzar el poder. Salgado fue la cabeza visible del zapatismo en Guerrero y en el verano de 1914 estableció en Chilpancingo un gobierno popular.

EL MADERISMO

John Womack Jr. señaló que, "más que entre las clases bajas y altas, la lucha que empezó en 1910 fue entre elementos frustrados de la clase media y elementos favorecidos de las mismas clases". En esta disputa, abunda, "intervinieron masas populares, pero de forma intermitente, con diferencias regionales, las más de las veces dirigidas por la clase media, menos en causas económicas y sociales que en una guerra civil burguesa".

Justamente, de esa clase media procedía una familia de rancheros asentada en Huitzuco, en el norte de Guerrero, la cual estableció el poderoso cacicazgo de los Figueroa, en relevo del de los Álvarez; esta familia dominaría la región y, con la Revolución, extendería su influencia a toda la entidad. La familia llegó a la región en la

época colonial, procedente de Cotija, Michoacán. Mudaron varias veces de residencia, hasta instalarse finalmente en la ranchería de Quetzalapa, en el municipio de Huitzuco. Allí Manuel Romero Rubio, suegro de don Porfirio, poseía una importante mina de mercurio, la que constituía el eje de la economía y la política locales. Antonio Mercenario administró la empresa hasta 1894, cuando, como ya vimos, ocupó la gubernatura guerrerense.

Los Figueroa formaron parte del grupo que desafió en el ámbito municipal a los administradores de la mina. Como apunta Ian Jacobs, esta oposición tenía una orientación liberal y destacaban en ella los nombres de Francisco, Rómulo y Ambrosio Figueroa, Martín y Félix Vicario, Fidel Fuentes, Urbano Astudillo, Ireneo Robles, Miguel Tejada, Francisco de P. Castrejón y José Castrejón Fuentes. Entre 1884 y 1910 controlaron el ayuntamiento de Huitzuco, en coalición con el movimiento de Rafael Castillo Calderón, antes de que la represión los obligara a refugiarse en Jojutla, Morelos. Es así que, cuando el agente maderista, ingeniero Octavio Bertrand, llegó a tierras guerrerenses, encontró a un núcleo organizado dispuesto a escucharlo y a formar el único círculo antirreeleccionista de la entidad, el Club Juan Álvarez. Mientras tanto, Damián Flores, miembro del grupo de los Científicos, despachaba en el palacio de gobierno de Chilpancingo.

Los caciques de Huitzuco no destacaron por sus dotes militares, aunque siempre que pudieron se beneficiaron de su condición de pioneros de la lucha armada en la entidad. Ambrosio y Rómulo Figueroa, Martín Vicario y Fidel Fuentes, al frente de un contingente compuesto fundamentalmente por rancheros, proclamaron el 12 de febrero de 1911 su adhesión a la causa maderista y el respaldo al levantamiento de nuestros valientes y aguerridos compatriotas del norte de la República. Demandaban una república de "ciudadanos dignos" y desconocían "al actual gobierno porque no lo hemos favorecido con nuestro voto". El Manifiesto al Pueblo Suriano denunciaba la autocracia de Díaz, su falta de respeto a la Constitución, la reelección del Ejecutivo, el incumplimiento de las promesas hechas en los planes de La Noria y Tuxtepec, la supresión de la división de poderes y de la autonomía

municipal, la subordinación incondicional de los gobernadores de los estados y el acaparamiento de los cargos públicos por parte de los Científicos, lo que orillaba a quien "quiere prosperar" a "sacrificar su dignidad y a afiliarse en el servil grupo de amigos del presidente, o a resignarse a vivir a merced de la insaciable ambición de los caciques".

El día 25, Ambrosio Figueroa lanzó en Atenango una proclama reforzando los argumentos esenciales del manifiesto y exigiendo "un gobierno democrático" y la defensa de la integridad de la nación. Las demandas se sintetizaban en cuatro puntos: *1)* desconocimiento del gobierno de Díaz; *2)* renuncia y sustitución provisional del presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; *3)* eliminación de las jefaturas políticas y su sustitución por los ayuntamientos, y *4)* cancelación de las elecciones secundarias, y elección directa y popular de todas las autoridades. Figueroa fue nombrado general en jefe del autodenominado Ejército Libertador del Sur. El 17 de abril, un agente maderista, Guillermo García Aragón, lo confirmó en el puesto. Cinco días después, en Jolalpan (Puebla), Zapata y Figueroa se reconocieron recíprocamente como jefes militares de sus respectivos territorios.

El inicio de las hostilidades militares no fue del todo satisfactorio. Antes de terminar el mes, las tropas del capitán Manuel Arroyo Limón derrotaron al Ejército Libertador del Sur, compuesto aproximadamente por 300 hombres, después de varias horas de combate. Pero el brote insurreccional de los Figueroa no fue el único ocurrido en el territorio. Desde Tepecoacuilco, Pablo Barrera conminó a los campesinos a dejar de pagar las rentas a los propietarios; a principios de 1911 Julián Blanco inició su lucha y logró esparcir el maderismo en el centro del estado y en la costa; Jesús H. Salgado, un propietario agrícola con intereses en la minería y allegado al zapatismo, se levantó en Teloloapan; Enrique Añorve se sublevó en Ometepec; Juan Andrew Almazán hizo lo suyo en Tlapa, y Silvestre G. Mariscal se alzó en Atoyac. Éste había nacido en Atoyac y administraba la oficina de correos cuando estalló la Revolución. Según su propio recuerdo, durante un tiempo Mariscal volvió a sus negocios mercantiles hasta que recibió

una carta de Octavio Bertrán, quien lo exhortó "a que revolucionara la Costa Grande". En enero de 1911, después de una entrevista personal con aquél, resolvió levantarse en armas. Para junio de ese mismo año, con la ayuda de Arnulfo Radilla, ya ocupaba Acapulco.

El 18 de marzo de 1911, varias comunidades campesinas de los estados de Guerrero, Michoacán, Tlaxcala, Campeche, Puebla y el Distrito Federal proclamaron, en la sierra de Guerrero, el "Plan Político Social", que, según François-Xavier Guerra, fue redactado por conspiradores clasemedieros de la Ciudad de México quienes después se dispersarían en distintos grupos revolucionarios. En nombre de los pueblos guerrerenses firmaban el plan Joaquín Miranda padre y Joaquín Miranda hijo. El texto no sólo reclamaba "libertades", sino que abogaba por reformas sociales profundas, "exigidas por las necesidades de la generación contemporánea". Lograrlo era factible, puesto que "el pueblo es el soberano único y el supremo legislador" y su parecer estaba reflejado en ese documento, donde se defienden las garantías individuales, atropelladas por el régimen porfiriano, para después criticar las reiteradas reelecciones del oaxaqueño. Desconocía también a todas las autoridades "en virtud de las omisiones, fraudes y presiones que tuvieron lugar en las elecciones pasadas", reconocía a Madero como presidente provisional y jefe supremo de la Revolución y proclamaba "como ley suprema la Constitución de 1857, el voto libre y la no reelección". En materia social, el pacto pugnó por la federalización de la enseñanza; la protección de "la raza indígena, procurando por todos los medios su dignificación y su prosperidad"; la devolución a sus antiguos dueños de las propiedades usurpadas; el aumento de los jornales agrícolas y urbanos para los trabajadores de uno y otro sexo; la jornada laboral de un máximo de nueve horas; la obligación de las empresas extranjeras de contratar por lo menos a la mitad de trabajadores mexicanos; la reducción de los alquileres a la población pobre de las ciudades; la construcción de viviendas "higiénicas y cómodas", pagaderas a plazos largos, para "las clases obreras"; el arrendamiento de las tierras incultas, y la abolición de todos los monopolios.

Teófilo Escudero, el último gobernador porfiriano que tuvo Guerrero, renunció después de las tomas de Iguala, encabezada por los Figueroa y por Martín Vicario, y de Chilpancingo, a cargo de Blanco. Este hecho acentuó la autonomía de facto que alcanzó la entidad en el transcurso de la lucha armada, de la cual surgió hegemónica la facción encabezada por los Figueroa, quienes incluso pactaron un armisticio con Porfirio Díaz, lo que, en los hechos, reforzó su carácter de jefes de la revolución guerrerense, en estrecha alianza con los hacendados de la región.

Una junta de jefes militares, celebrada en Iguala el 16 de mayo de 1911 sin la presencia de los cabecillas rebeldes, designó a Francisco Figueroa gobernador provisional. El mayor Fidel Fuentes se opuso al nombramiento, arguyendo que el cargo debería recaer sobre alguien con formación militar. Sin embargo, Madero ratificó a Figueroa al poco tiempo. El nuevo gobierno suriano se proponía reducir algunos impuestos y eliminar otros, apegarse a los lineamientos políticos trazados por Madero, disolver el Congreso local "mientras se restablece el orden y se convoca a nuevas elecciones de representantes del pueblo" y realizar en Chilpancingo una asamblea popular, "integrada por un representante de cada municipio del estado", que designaría al gobernador interino. Este puesto debería ser ocupado por un civil, responsable de emitir la convocatoria a las elecciones de gobernador constitucional y de diputados al Congreso local.

El gobernador Figueroa, aunque cumplió parcialmente las promesas hechas cuando se levantó, al abolir las prefecturas políticas y los juzgados especiales, restablecer el municipio libre y cancelar algunos impuestos, no logró dejar la gubernatura en manos del coronel Martín Vicario, uno de los suyos, tras las elecciones estatales de finales de 1911. José Inocente Lugo ejerció la gubernatura del 1° de diciembre de ese año al 31 de marzo de 1913. Los Figueroa acusaron a Lugo de advenedizo. Madero, de todos modos, no los dejó desprotegidos, al concederles el privilegio de conservar el mando de sus "colorados", soldados ataviados con camisa roja, cuando ordenó el desarme de los grupos rebeldes.

Díaz tardó todavía unos meses en caer. El 21 de mayo de 1911, sus representantes firmaron un acuerdo con Madero que ponía fin a la insurrección y obligaba al dictador a dimitir. Se instaló entonces un gobierno presidido por Francisco León de la Barra, ministro de Relaciones Exteriores, a quien, de acuerdo con la Constitución, le correspondía sustituir al presidente. Por otra parte, hacia finales de septiembre, Ambrosio Figueroa fue nombrado gobernador del estado de Morelos, con la reticencia de la familia, que pensaba que ello debilitaría su control sobre Guerrero. Esto fue posible gracias a la promoción hecha por los comerciantes y terratenientes morelenses.

En un manifiesto expedido en Cuernavaca el 25 de septiembre, Ambrosio Figueroa se posicionó ante el problema agrario: afirmó que no estaba en su mano resolverlo, que él se había alzado en armas únicamente para recuperar las libertades que había conculcado la dictadura, las cuales consideraba ya recuperadas; su papel sería garantizar el orden. Así, cuando los zapatistas reiniciaron el reclamo agrario, Figueroa los reprimió; después de perder el apoyo de Madero, dejó el cargo el 18 de enero de 1912. Cuando regresó a Guerrero, lo removieron de la jefatura del ejército en la entidad. A mediados de ese año, un balazo accidental lo dejó tullido de una pierna. El 23 de junio de 1913 las tropas huertistas lo asesinaron junto con su primo Odilón y miembros de su estado mayor.

El 1° de octubre de 1911, Madero, candidato del Partido Progresista Constitucional, ganó la elección presidencial con más de 50% de los votos; completando la fórmula, José María Pino Suárez alcanzó la vicepresidencia; tomaron posesión el 6 de noviembre. Durante su administración creció la economía, en repliegue por la crisis de 1907, y se extendieron las sociedades mutualistas y sindicatos en el mundo del trabajo; mientras, en el ramo textil y en algunos oficios urbanos estallaron huelgas, y en la Ciudad de México nacía la Casa del Obrero, de influencia anarquista. También la administración maderista formó el Departamento de Trabajo y la Comisión Nacional Agraria; sin embargo, el campo continuó siendo un polvorín, en particular en territorio zapatista, donde el presidente

cargó con la acusación de no resolver satisfactoriamente los problemas campesinos. Además, tanto el Congreso como el ejército continuaron en manos de los porfiristas, y le impidieron a Madero gobernar y, peor aún, lo dejaron a merced de fuerzas dispuestas a tomar revancha.

Emiliano Zapata proclamó en noviembre de 1911 el Plan de Ayala, en el que reclamaba la restauración de los derechos agrarios y desconocía la presidencia de Madero. Desde el norte, en marzo de 1912, el Plan de la Empacadora de Pascual Orozco exigió también su renuncia. Madero envió al general Victoriano Huerta a combatirlos: el jalisciense no pudo con el primero, pero logró derrotar a Orozco. Casi al mismo tiempo, Félix Díaz, sobrino de don Porfirio y apoyado por los Científicos, encabezó un levantamiento; capturado en Veracruz, Madero decidió indultarlo, pasando por alto el consejo de sus colaboradores, quienes le recomendaron fusilarlo. La fracasada rebelión felicista fue secundada en Guerrero por Julián Radilla, el cual se apoderó de una amplia porción de la Costa Grande. Posteriormente, Mariscal, quien ya había tenido fuertes enfrentamientos con los Figueroa que culminaron con su encarcelamiento en Acapulco, se sumó al alzamiento de Radilla, con un ejército que incluía a los famosos "pintos" de la Costa Grande. El cuartelazo de la Ciudadela tendría en él a uno de sus seguidores.

El golpe de Estado

En febrero de 1913, personal a las órdenes de Manuel Mondragón y Félix Díaz liberó al general Bernardo Reyes de la prisión de Santiago Tlatelolco y lo proclamó líder de un nuevo movimiento antimaderista. Los alzados atacaron Palacio Nacional, pero las tropas de Lauro Villar, jefe militar de la plaza, lograron replegarlos a la Ciudadela. En la refriega cayó abatido el general Reyes a las puertas de Palacio, y Villar fue malherido. El 9 de febrero, conocido por la posteridad como "Día de la Lealtad", Madero arengó a la población para que lo apoyara, y nombró a Victoriano Huerta nuevo jefe militar.

Ocho días después Huerta pactó el derrocamiento del presidente con los sediciosos y con Henry Lane Wilson, embajador estadounidense, quien los apoyaba. El 18 de febrero las fuerzas de seguridad arrestaron a Gustavo A. Madero, hermano y asesor del presidente, a quien torturaron hasta matarlo. Unas horas después, Madero y Pino Suárez fueron obligados a renunciar; la presidencia fue ocupada por Pedro Lascuráin, secretario de Relaciones Exteriores, quien permaneció 45 minutos en el cargo, pues fue reemplazado por Huerta. El 22 de febrero, no obstante la promesa de respetar su vida y facilitarles el exilio a Cuba, los golpistas asesinaron a Madero y al vicepresidente a un costado de Lecumberri.

Acabar con Huerta fue difícil. Al comenzar 1914 dominaba militarmente dos tercios del territorio nacional, controlaba todos los puertos y, con maniobras hábiles, había articulado a la oposición antimaderista y otorgado concesiones a los trabajadores, tales como el descanso dominical. Aunque tenía apoyos sociales, Huerta carecía del respaldo del gobierno de Estados Unidos, que lo consideraba agente de las empresas petroleras británicas. Los estadounidenses levantaron el embargo de armas a los constitucionalistas y éstos se reagruparon. Ambrosio Figueroa, Julián Blanco y Juan de la Luz Romero acordaron en Chilpancingo combatir al usurpador, en una lucha que fragmentó a Guerrero en zonas de influencia de las distintas facciones: los Figueroa controlaban Iguala y Huitzuco; Blanco dominaba Acapulco; Salgado, la Tierra Caliente, y Mariscal, la costa oeste.

Mientras permaneció en el puesto, a José Inocente Lugo no le quedó más remedio que reconocer la autoridad de Huerta, como hicieron casi todos los gobernadores del país, excepción hecha de Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, quien se alzó con el Plan de Guadalupe y fue secundado por los gobernadores de Sonora y otras entidades. Al finalizar el régimen de Lugo, el general Manuel Zozaya se hizo cargo del gobierno: ocuparía la silla hasta febrero de 1914. Zozaya, antiguo miembro del ejército federal, representó al régimen huertista en el estado donde se dedicó con escaso éxito a reprimir los brotes rebeldes: Gertrudis G. Sánchez capturó Zirándaro; Blanco se levantó en Dos Caminos y se

apoderó de Tierra Colorada y San Marcos; los Figueroa tomaron Tepecoacuilco, Metlapa y Mezcala. Chilapa y Tixtla también fueron dominadas por los constitucionalistas, aunque la capital se resistía a caer.

La sublevación de la guarnición tlapaneca facilitó el avance sobre Chilpancingo. El propio Zapata estableció su cuartel general en Tixtla y en marzo de 1914 cercó la capital. Encarnación Díaz, Heliodoro Castillo, Julián Blanco, Pedro Aranda y Jesús H. Salgado reforzaron las posiciones del general morelense, quien procuró evitar un ataque frontal enviando destacamentos a realizar emboscadas. El asalto final se consumó después de 15 horas de combate. Cuando las fuerzas huertistas evacuaron la plaza, fueron perseguidas hasta Mochitlán; un testigo declaró que sólo seis meses después pudo regresar a Chilpancingo.

El 5 de abril, en Tixtla, Emiliano Zapata, Jesús H. Salgado y Encarnación Díaz dirigieron un manifiesto al pueblo mexicano donde se censuraba a los gobiernos de Díaz y Huerta y se calificaba de "sucios" a los Tratados de Ciudad Juárez, que llevaron a la presidencia a Francisco León de la Barra. A Madero lo tildaban de traidor. Opuesto a ellos, "el verdadero pueblo oprimido" había enarbolado el Plan de Ayala. Los combatientes zapatistas, dice el documento, "luchamos por ideales y no por ambiciones bastardas, y [...] no somos bandidos, como acostumbra llamarnos el mal gobierno ilegal". Ofrecía la amnistía a todos los soldados de tropa y "a aquellos individuos que directa e indirectamente ayudaron al mal gobierno ilegal de Huerta". Tanto a este último como a los jefes y oficiales del ejército federal prometía indultarlos, siempre que no fuesen responsables de delitos del orden común. Aunque contaban con el apoyo de Zapata, los guerrerenses mantuvieron autonomía respecto al mando de Morelos.

La victoria zapatista llevó a Salgado a la gubernatura, quien fue ratificado en el cargo el 8 de octubre de 1914, en una reunión de oficiales. Salgado, que nunca estuvo conforme con la designación de Francisco Figueroa como gobernador provisional, se había levantado en su contra. Rebasando por la izquierda al gobierno de Lugo, a principios de 1912 había tomado los poblados de Tepe-

coacuilco, Balsas, Teloloapan, Chilapa, Iguala y Tixtla, y asediado Acapulco. El gobernador lo definía como "magonista". Ya en la gubernatura, designó a Brígido Barrera su secretario particular. Antes de su ratificación, Salgado se había hecho llamar "director general del estado" y, al parecer, contaba con una base social conformada por campesinos pobres, sin tierra, muchos de ellos indígenas.

El régimen de Salgado desconoció las deudas de los gobiernos anteriores; fijó un salario mínimo de un peso diario para los jornaleros con el fin de que "desde hoy el trabajo predomine sobre el capital y no el capital sobre el trabajo"; prohibió las tiendas de raya; reorganizó los municipios y retiró de los cargos a las antiguas autoridades; eliminó las prefecturas políticas; emitió billetes; instaló escuelas; expropió haciendas, incluida una de Eucaria Apreza; repartió tierras, y fundó el Banco Revolucionario del Sur, que inició con una emisión de 10 millones de pesos, garantizada con todo el metal extraído de las minas de la entidad, con las haciendas de fundición, expropiadas o adquiridas por compra, y con las industrias manufactureras cuyo producto rebasaba un valor de 40 000 pesos anuales. Sus metas eran entregar un millón de pesos a las víctimas de la Revolución y emplear otro tanto en el fomento de la industria agrícola. Un millón más lo erogaría por indemnización de deslindes de tierra, dando 50 000 pesos mensuales al gobierno de Morelos mientras restablecía el orden en su territorio. Fundó más sucursales del banco en los poblados principales. El 8 de junio de 1919, Salgado murió a manos de las fuerzas del general obregonista Fortunato Maycotte.

El constitucionalismo

La Convención de Aguascalientes, convocada con el objeto de lograr el acuerdo entre las fuerzas revolucionarias, inició sus trabajos a principios de octubre de 1914 en la sede de la Cámara de Diputados de la Ciudad de México, pero después se trasladó a Aguascalientes, donde estuvo hasta el 9 de noviembre. Los villistas dominaron la asamblea, los carrancistas la abandonaron, aquélla se

declaró soberana, y designó a Eulalio Gutiérrez presidente de la República y a Villa jefe de su ejército, el cual ocupó la capital en diciembre.

Huerta había dimitido en julio de 1914, tras una gran ofensiva militar desde el norte; se exilió en España. Para ese momento, en Guerrero, tres grupos armados luchaban por el poder: los zapatistas de Salgado, los carrancistas dirigidos por Blanco, y los antiguos huertistas, encabezados por Mariscal, ahora dentro del bando constitucionalista. Blanco, reconocido por Carranza como jefe militar del constitucionalismo en la región, desplazó a los zapatistas de Chilpancingo y alcanzó la gubernatura el 26 de diciembre de 1914. Ya en el cargo, enfrentó infructuosamente a Mariscal, quien, después de deponerlo, lo mandó asesinar cuando estaban en prisión él y su hijo Bonifacio.

Enterado de la muerte de Blanco, Carranza designó gobernador al teniente coronel Simón Díaz, cercano a Mariscal, que ocupó el puesto del 11 de agosto de 1915 al 7 de noviembre de 1916. Rafael Castillo Calderón, coronel de las fuerzas mariscalistas, había rechazado el ofrecimiento. Sin embargo, las riendas del poder estaban en las manos de Mariscal, quien por propia iniciativa acometió contra los zapatistas: en el norte del estado batió a Encarnación Díaz y a Heliodoro Castillo. Consciente de que Mariscal era el hombre fuerte del momento, Carranza lo nombró cabeza del Ejecutivo estatal en noviembre de ese mismo año.

La pretensión de Mariscal de dominar los territorios contiguos a Guerrero y sus modos autoritarios acentuaron los enconos en la entidad, llevando a Carranza a retirarlo del cargo. En diciembre de 1917 aprehendieron a Mariscal, instruyéndosele un juicio por insubordinación y abuso de autoridad. Lo sustituyó Julio Adams. Pero Mariscal no carecía de adeptos en Guerrero, de tal forma que su destitución propició una revuelta que se prolongó hasta octubre siguiente. Conjurada ésta, la puerta del regreso al poder se abría para los Figueroa: Francisco Figueroa sería gobernador sustituto provisional de enero de 1919 a marzo de 1921.

En el Congreso Constituyente, previsto en el Plan de Guadalupe, Guerrero estuvo representado por los diputados Jesús A. Cas-

tañeda, José Castrejón Fuentes, Fidel R. Guillén y Fidel Jiménez. Reunido en la ciudad de Querétaro, el Constituyente promulgó el 5 de febrero de 1917 la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. El documento, de 136 artículos, adicionó al garantismo liberal de la Constitución de 1857 los derechos sociales, prohibió la reelección presidencial, suprimió la vicepresidencia y reconoció a la nación como propietaria del subsuelo. El 6 de mayo de ese mismo año, fungiendo Mariscal como gobernador provisional, el Congreso guerrerense promulgó también una nueva Constitución política, acorde con la Constitución federal de 1917, y que derogaba la del estado de 1880.

Con los sonorenses

Guerrero reapareció de nueva cuenta en el escenario de la política nacional en 1920. El hostigamiento a la campaña presidencial de Obregón, quien desafiaba el intento de Carranza de imponer a Ignacio Bonillas, condujo a la detención de varios de los adeptos del sonorense y a la represión abierta de su movimiento, a la vez que obligó al general norteño a escapar de la Ciudad de México en abril, viajando oculto en el Ferrocarril del Balsas. Bajo protección de los ferrocarrileros y de las fuerzas zapatistas, llegó a la estación de Iguala, donde lo recibió Rómulo Figueroa. El general Héctor F. López, quien en nombre del carrancismo había combatido a los zapatistas en la Tierra Caliente, se adhirió también a la causa del sonorense. Lo mismo harían los diputados locales Teófilo Olea y Leyva y Alejandro Sánchez, así como Rodolfo Neri, hijo de Canuto Neri y miembro del Partido Liberal Constitucionalista, organización que el 9 de febrero había incorporado a su seno al Centro Director Obregonista, presidido por Fernando Iglesias Calderón. Con la anuencia del gobernador, el 20 de abril la legislatura guerrerense desconoció al gobierno carrancista.

Esa noche, desde el balcón del palacio de gobierno, el licenciado Olea y Leyva, el dirigente obrero Luis N. Morones y Álvaro Obregón hablaron a los chilpancingueños. Por su parte, Francisco

Figueroa lanzó un manifiesto que ratificaba la decisión del Congreso. El texto de la legislatura suriana acusaba a Carranza de practicar "procedimientos apartados completamente de las leyes que nos rigen, con la ya indiscutible mira de violar el voto público", al imponer gobernadores en los estados de Veracruz, Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas y ayuntamientos en el Distrito Federal; de no respetar la Constitución, al atropellar las garantías individuales y pasar por encima de las decisiones del Congreso y de las resoluciones de la justicia federal; de recompensar sólo a los favoritos, haciendo de lado a funcionarios y militares honestos; de dilapidar los recursos públicos en campañas proselitistas, y de convertirse "en jefe de un partido político, a lo que no tiene derecho". Firmaban el documento Alejandro Sánchez, diputado presidente por el distrito de Guerrero; Leopoldo Carrasco Cardoso, diputado secretario por el distrito de Hidalgo; Desiderio Borja, diputado secretario por el distrito de Mina; Marcos V. Castillo, diputado por el distrito de Abasolo; Rosendo H. Beltrán, diputado por el distrito de Aldama; Gonzalo N. Ramírez, diputado por el segundo distrito electoral de Álvarez; Fidencio Barrera, diputado por el distrito de Allende; Teófilo Olea y Leyva, diputado por el distrito de Bravos; Ramón Solís, diputado por el distrito de Galeana; Policarpo Sierra y Guevara, diputado por el distrito de Morelos; Henoc Tabares, diputado por el distrito de Tabares; Heladio Ayala, diputado por el distrito de Zaragoza, y Antonio Estrada, diputado por el distrito de Alarcón.

Obregón lanzó en Chilpancingo un manifiesto 10 días después, rememorando que el principio esencial de la revolución maderista había sido la libertad del sufragio, que ahora Carranza traicionaba. El Poder Legislativo guerrerense le reclamaba a éste haber olvidado "su alta investidura de suprema autoridad", convirtiéndose "en jefe de una *bandera política* [que] puso al servicio de ésta todos los recursos que la nación le confió para su custodia". Por estas y otras razones era imposible continuar la campaña por la vía civil "e indispensable empuñar de nuevo las armas para reconquistar, con las armas en la mano, lo que con las armas en la mano se trata de arrebatar". Álvaro Obregón se mantuvo neutral,

pues la Constitucion de 1917 desconocía a quien llegara a la presidencia por la vía de las armas. Incluso, no aceptó el apoyo de un solo partido, el Gran Partido Liberal, sino que sumó toda adhesión a su candidatura, y reconoció la proclama del gobernador del estado de Sonora, Adolfo de la Huerta, quien recién el 23 de abril había proclamado el Plan de Agua Prieta.

Hay que recordar que el plan acusaba a Carranza de violar la soberanía de los estados y desvirtuar "radicalmente la organización de la República"; ratificaba la Constitución de febrero de 1917 como la Carta Magna de la nación y reconocía a Adolfo de la Huerta como cabeza del Ejército Liberal Constitucionalista. Álvaro Obregón Salido gobernó hasta 1924 al frente de una heterogénea coalición formada por sindicatos obreros, líderes agrarios y militares que respondían a los vagos principios del "nacionalismo revolucionario". La sucesión presidencial de 1924 llevó a la ruptura del grupo sonorense: Obregón apoyó a Plutarco Elías Calles, y Adolfo de la Huerta recibió múltiples adhesiones, que incluían las de los enemigos políticos de aquél. A no dudarlo, la más importante fue la de dos terceras partes del ejército, que se rebelaron en diciembre de 1923. Obregón hizo hábiles maniobras políticas y militares para reducirlos; fue implacable con los sublevados y ordenó el fusilamiento de 54 generales que pelearon a su lado durante la Revolución. En Guerrero, el apoyo firme de los Figueroa a Obregón no bastó para evitar que Rodolfo Neri llegara a la gubernatura en abril de 1921, tras derrotar en las elecciones a Donaciano López, miembro del círculo de los Figueroa. Dos años después, a consecuencia de la rebelión delahuertista, Neri perdería temporalmente el cargo. Urbano Lavín, comandante militar de la entidad, gobernó mientras duró la rebelión. Victorias militares importantes en Petatlán y Zacatula permitieron derrotar al delahuertismo en la entidad en marzo de 1924 y reinstalar a Rodolfo Neri en la gubernatura, mientras Rómulo y Francisco Figueroa eran internados en la prisión de Santiago Tlatelolco.

La movilización social

Otra faceta de estos años agitados fue el surgimiento de movimientos populares en diversos estados de la República, encabezados por políticos radicales: Adalberto Tejeda, en Veracruz; Felipe Carrillo Puerto, en Yucatán, y Juan Ranulfo Escudero Reguera, en Guerrero. Escudero nació en Acapulco el 27 de mayo de 1890. Francisco Escudero y Espronceda, su padre, era originario de Torrelavega, Santander; Irene Reguera, la madre, era oriunda de Ometepec. Juan hizo sus estudios básicos en el puerto; ya adolescente, lo enviaron a Estados Unidos para cursar la secundaria y prepararse como mecánico electricista en el Saint Mary's College de Oakland, California. Al otro lado de la frontera, dice Mario Gill, conoció a los magonistas en un encuentro que resultó significativo en su vida política y que lo llevó a asumir el ideario del Partido Liberal Mexicano. A su regreso a México, en 1915, organizó el sindicato de los trabajadores portuarios, por lo que Silvestre G. Mariscal, jefe militar de la zona, lo expulsó de Acapulco. Durante los tres años que pasó fuera del estado, se vinculó con la Casa del Obrero Mundial, entabló correspondencia con Ricardo Flores Magón y profundizó sus conocimientos de la Constitución de 1917.

Cuando volvió al puerto, Escudero se dedicó a la organización política. En 1919 constituyó el Partido Obrero de Acapulco (POA), en el que participaron los herreros Sergio Romero y Santiago Solano, Juan, Felipe y Francisco Escudero, José y Mucio Tellechea, el zapatero Ismael Otero, los hermanos Diego, estibadores del puerto, el poeta Lamberto Chávez, los hermanos Dorantes, Pablo Riestra, Crescenciano Ventura y Camerino Rosales. Emulando al movimiento magonista, tituló *Regeneración* a su periódico.

El POA planteaba reivindicaciones simples, pero muy sentidas para la población acapulqueña, que le permitieron a Escudero ganar las elecciones municipales de 1920: *1)* pago justo por la jornada de trabajo, *2)* protección de las garantías individuales, *3)* limpia del gobierno de elementos nocivos, *4)* participación en las elecciones, *5)* jornada laboral de ocho horas, *6)* reparto de tierras

entre los campesinos, *7)* extensión del sistema educativo, *8)* construcción de la carretera México-Acapulco y *9)* una campaña contra las enfermedades.

No obstante las presiones, Escudero pudo aplicar medidas populares al frente del ayuntamiento porteño: fijó salarios de cinco pesos a los regidores y de ocho al presidente municipal, nombró una policía pagada por el ayuntamiento, redujo las contribuciones, formó juntas municipales, tomó medidas contra la insalubridad y designó a su hermano Felipe tesorero municipal, exigiéndole una fianza para asegurar un manejo honrado de los bienes públicos, la cual avaló su padre.

El partido apoyó la candidatura presidencial de Obregón y la de Rodolfo Neri a la gubernatura, con lo que pudo difundir su programa por toda la costa y llamar a la formación de comités agrarios. La alarma creció no sólo en el puerto, sino también en la capital de la entidad. El gobernador Francisco Figueroa giró una orden de aprehensión en contra de Escudero en enero de 1921 y el coronel Novoa intentó capturarlo en su domicilio. No lograron detenerlo sino hasta el 5 de abril, cuando el jefe de la guarnición lo encarceló junto con varios militantes del partido. Fue liberado dos meses después. En su ausencia, Arsenio Leyva ocupó la alcaldía.

Un incidente en el que perdieron la vida dos hacendados españoles sirvió para reiniciar los ataques contra Escudero y solicitar su reaprehensión. Dicen Rogelio Vizcaíno y Paco Ignacio Taibo II que Escudero se amparó y solicitó licencia al Ayuntamiento, para enseguida internarse en la cárcel en espera de ser procesado. Sin embargo, fue absuelto, regresó a su cargo y comenzó a publicar un periódico titulado *El Mañana Rojo*. También instaló en el palacio municipal un taller de fabricación de bolsas de papel y canastas, organizó la cooperativa de pescadores, montó la Casa del Pueblo —cooperativa de consumo que compraba directamente los productos a los campesinos—, formó un comité que demandó la expropiación de dos haciendas de españoles para establecer una colonia agrícola e inició una campaña alfabetizadora.

Como fue reelecto en diciembre de 1921, la ofensiva creció: corrompieron a los regidores Ignacio Abarca, Ismael Otero, Emigdio

García y Plácido Ríos para evitar que la institución edilicia aprobara políticas contrarias a la oligarquía porteña, y el 11 de marzo de 1922 fuerzas militares cercaron el ayuntamiento, con la complicidad de los celadores. Escudero fue herido y después el mayor Flores le disparó a la cabeza, dándolo por muerto. No fue así, pero perdió un brazo, le quedó paralizada la mitad del cuerpo, y en adelante tuvo dificultades para escribir y hablar. Desde un sillón, seguía interviniendo en los asuntos del partido y dirigía la escuela de comercio que había fundado.

En ese mismo 1922, Juan y su hermano Francisco Escudero fueron electos diputados federales, propietario y suplente, por el primer distrito de Acapulco. Su partido ganó también las elecciones para el Congreso local. El ayuntamiento continuaría en sus manos, aunque por poco tiempo, ya que la rebelión delahuertista, encabezada en Guerrero por Rómulo Figueroa, modificó el panorama político de la entidad. Juan R. Escudero, habitantes del puerto y campesinos de la costa resistieron infructuosamente en Acapulco a los militares insurrectos. Lo apresaron junto con sus hermanos en el fuerte de San Diego, y los llevaron al Aguacatillo, donde los ejecutaron .

En Tecpan de Galeana, Valente de la Cruz, un profesor de primaria nacido en 1894 en el rancho de San Luis-La Loma, también inició un movimiento en contra de los monopolios y por la justicia social. Presidió el Comité Agrario de Tecpan y, por iniciativa de Escudero, fundó el Partido Obrero de Tecpan. En las elecciones de noviembre de 1922 fue candidato a diputado al Congreso local —se dice que ganó, pero no le fue reconocido su triunfo—. No obstante, en esta contienda electoral alcanzaron la victoria varios militantes del POA. De la Cruz murió fusilado en septiembre de 1926.

Por ese tiempo, la minoría extranjera más numerosa era la española, la cual representaba poco más de 25% del total de extranjeros que vivían legalmente en México. Sus espacios económicos privilegiados fueron el comercio, la agricultura y los servicios. En algunos lugares, los inmigrantes se incorporaron a la actividad industrial, fundamentalmente la textil. Durante la Revolución surgieron

innumerables roces y tensiones entre las fuerzas rebeldes mexicanas y las minorías extranjeras; estadounidenses, chinos y españoles fueron quienes más daños sufrieron. En el Sur, el conflicto entre los españoles y la población local se localizó particularmente en la Costa Grande, como había acontecido durante la Independencia. Tres casas controlaban la economía acapulqueña y su entorno costeño: Alzuyeta y Compañía, fundada en 1821 por vascos; B. Fernández y Compañía, instalada entre 1824 y 1826 por asturianos, y Fernández y Hermanos, constituida en 1900 también por asturianos.

Las firmas eran dueñas de una pequeña flota de embarcaciones que transportaban mercancías a Manzanillo y Salina Cruz. Sus empleados armaban las naves y, con chalanes propios, realizaban las tareas de carga y descarga, dado que Acapulco carecía de muelle. Controlaban también el transporte terrestre, tenían agentes situados en varios puntos de la entidad encargados de adquirir las cosechas y abastecían al comercio en pequeño. Además, estaban en manos españolas grandes extensiones de tierra en ambas costas, trabajadas por medieros y jornaleros, las fábricas de hilados y tejidos El Ticuí y Aguas Blancas y la fábrica de jabón La Especial; tenían gran influencia en la designación de las autoridades locales y federales del puerto, ya fuera en el Ayuntamiento, en los juzgados, en la jefatura de la guarnición o en las aduanas. Estas casas españolas eran las que pagaban a la policía acapulqueña. Fundaron también el Colegio Guadalupano.

Baldomero y Amadeo S. Vidales, presidente municipal de Tecpan, y Feliciano Radilla Ruiz, miembro de la Liga de Campesinos de Atoyac, apoyaron a los Escudero durante la rebelión delahuertista. Los hermanos Vidales eran dueños de una compañía mercantil de productos agrícolas en Acapulco que contaba con sucursales en varios puntos costeros. En 1925 formaron la colonia agrícola militar Unión de Ambas Costas. Más adelante, acaudillaron una guerrilla en Atoyac: el Movimiento Libertario de Regeneración Económica Mexicana. Adrián Castrejón y Miguel Henríquez Guzmán fueron instruidos para combatirla. En marzo de 1929, los Vidales se rindieron y el presidente Emilio Portes Gil los amnistió,

entregándoles tierras en Cacalutla, cerca de Atoyac. Al comenzar el año siguiente, los guerrilleros indultados establecieron la colonia agrícola Juan R. Escudero.

Los Vidales se habían levantado con el Plan del Veladero del 6 de mayo de 1926, presentado como una modificación del manifiesto lanzado en Linares, Nuevo León, por Roberto y Ricardo Fernández y F. Bautista el 16 de septiembre de 1922. El documento, después de hacer un rápido recorrido por la historia de México, donde anota todos los daños causados por los españoles a la nación, resalta la lucha agraria zapatista y el "socialismo nacional" inaugurado con la Revolución. Pide expulsar a los españoles, nacionalizar sus bienes y que éstos fueran manejados por los ayuntamientos; fomentar la educación; tecnificar y modernizar la agricultura; restituir las tierras usurpadas a los pueblos y repartir los grandes latifundios; indemnizar a inválidos, huérfanos y viudas a causa de los movimientos armados; confiscar las empresas mineras y controlar las industrias; administrar las embarcaciones y apoderarse de los medios de transporte, y nacionalizar la ganadería y los bancos. Rubricaron el documento Amadeo S. Vidales, jefe del Movimiento Libertario; Baldomero S. Vidales, general en jefe de las fuerzas libertadoras; Roberto D. Fernández, jefe de propaganda en el centro de la República; coronel Feliciano Radilla, jefe de propaganda en ambas costas de Guerrero, y el mayor médico Manuel Estévez, secretario. Cerca de 30 jefes y oficiales también estamparon su firma en apoyo al movimiento.

IX. INESTABILIDAD POLÍTICA Y CONFLICTOS SOCIALES

EL GENERAL HÉCTOR F. LÓPEZ, quien en la década anterior había combatido a los zapatistas en la Tierra Caliente, llegó a la gubernatura en 1925. Como gobernador tuvo que enfrentar a los rebeldes del Plan del Veladero y a los cristeros que se levantaron en Tlapa y Buenavista de Cuéllar, sumando a Guerrero en un movimiento que para entonces se extendía por más de 10 estados. Dimitió a principios de 1928 a resultas de las presiones del ejército federal, que, ante los brotes rebeldes, adquirió el poder de facto en la entidad.

Después de una crisis política local, en la que hubo dos legislaturas simultáneas, el coronel Enrique Martínez, impuesto por los militares, ocupó la gubernatura interinamente en lo que convocaban a elecciones para relevar a López. Adrián Castrejón, antiguo general zapatista convertido al obregonismo, gobernó en los años siguientes. Castrejón aplicó una política populista: creó organizaciones y repartió tierras en los primeros tiempos de su mandato (a tono con lo que hizo Emilio Portes Gil a nivel nacional), sobre todo para restar fuerza a los rebeldes cristeros, que para 1929 ya contaban con 50 000 hombres en sus filas. También dictó una ley de educación.

Pascual Ortiz Rubio encabezó un gobierno débil, tironeado desde diversos frentes. El ejército, dominado por Calles, lo sometió a una presión constante, de la cual no pudo escapar. La economía resintió los estragos de la crisis de 1929, por la que el PIB decreció más de 10%. Finalmente, Ortiz Rubio dimitió el 3 de noviembre y fue sustituido por el general Abelardo L. Rodríguez. En Guerrero se celebró la elección gubernamental dos meses después, cuando llegó al poder el candidato del Partido Nacional Revolucionario (PNR), el general Gabriel R. Guevara, un hacendado

hostil al agrarismo. Entonces, el Congreso local, dominado por los guevaristas, destituyó a Castrejón el 28 de marzo de 1933, tres días antes de concluir su mandato, y nombró gobernador al diputado Ladislao Alarcón. En virtud de esto, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión envió al senador Francisco Arlanzón y al diputado Enrique Pérez Arce a que verificaran si la separación del cargo se había realizado conforme a derecho, debido a que los diputados federales por Guerrero lo habían objetado aduciendo que se trataba de "una nueva y flagrante violación a la Constitución del estado" (*El Universal*, 30 de marzo de 1933).

En este clima político enardecido arraigó en Guerrero el Partido Comunista Mexicano (PCM). El creador de las primeras células fue el ingeniero Hipólito Cárdenas, profesor de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa. Después, la organización sumó militantes en otros puntos de la entidad: Domingo Torres y María de la O encabezaron el partido en Acapulco; Juan R. Campuzano, F. Encarnación y Miguel Aroche Parra, en el corredor Chilpancingo-Tixtla; Febronio Díaz, Victórico y Carlos López Figueroa, en Iguala; los profesores Bedolla, Adalberto Reza Sotelo y Rafael Jaimes, así como los hermanos Franco e Isauro Fabián, en la Tierra Caliente; Rafael Bustamante, en Taxco; el profesor Saulo Ramírez y Gonzalo Guerrero, en la Costa Chica; Isidro Mesa, en Atoyac, y los profesores José Gutiérrez y Herón Varela, en Tlapa. Este último llegó a ser presidente municipal de Tlapa.

El general Guevara tomó posesión en la fecha prevista; contaba con el apoyo de Rubén Figueroa Figueroa, electo diputado local en 1934. Sin embargo, los acontecimientos nacionales perturbaron una vez más a la política guerrerense: la disputa por el poder entre los generales Lázaro Cárdenas y Plutarco Elías Calles provocó que Guevara y otros seis gobernadores callistas fueran removidos de sus puestos en 1935. Para solventar la ausencia, el viejo gobernador maderista José Inocente Lugo ocupó el Ejecutivo hasta las nuevas elecciones.

El reparto agrario

La demanda más difundida en el país fue la del reparto de tierra. La inestabilidad de los sectores populares mayormente afectados por la gran crisis, el cierre de industrias y el recorte de personal llevaron a un reparto limitado de tierras para aplacar los movimientos radicales. Francisco Figueroa, como gobernador, había iniciado un parco reparto agrario, movido más por presiones políticas que por un agrarismo afín a los rancheros de Huitzuco, proclives a la promoción del minifundio. Salvo en los gobiernos de Rodolfo Neri, en parte como respuesta a la rebelión delahuertista, y del general Adrián Castrejón, quien repartió cerca de 130000 ha en 1929, la cifra más alta alcanzada por el gobierno estatal antes del cardenismo. En el periodo 1915-1933 se distribuyeron en todo el país 7'600000 ha. Durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas se entregaron a los campesinos mexicanos 18 millones de hectáreas. Los guerrerenses obtuvieron una mayor cantidad de tierras que en los tres lustros anteriores y más de la mitad de las que se repartieron en los 45 años siguientes; además, se distribuyeron entre un mayor número de personas. Costa Grande, Costa Chica y el norte de la entidad concentraron muchas de las tierras entregadas a los campesinos, las cuales no eran particularmente fértiles. Los latifundios y algunas pequeñas propiedades se vieron perjudicados con la asignación de más de 350 dotaciones agrarias.

La reforma agraria cardenista topó con obstáculos de consideración y conflictos en el norte de la entidad, donde tenía propiedades la familia Figueroa, encabezada ahora por una nueva generación, compuesta, entre otros, por el ingeniero Rubén Figueroa Figueroa, sobrino de Ambrosio y Rómulo, y por Jesús Figueroa, hijo del segundo. Jesús era presidente municipal de Huitzuco en el momento de la ejecución de la reforma, que le costó a su padre la pérdida de 67 hectáreas.

Cabe señalar que en el norte guerrerense fue más afectada la hacienda que la pequeña propiedad; por ejemplo, en el distrito de Hidalgo, a los terratenientes les fueron expropiadas cerca de

CUADRO IX.1. *El reparto agrario en Guerrero (1920-1985)*

Periodo	*Hectáreas*	*Campesinos beneficiados*
1920-1934	490 133	36 367
1935-1940	534 897	51 207
1941-1985	895 727	38 432
TOTALES	1'920 752	126 006

FUENTE: Tomás Bustamante Álvarez, "Periodo 1934-1940", en *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Guerrero, 1867-1940, op. cit.*, p. 397.

100 000 ha (cuadro IX.2), incluidas muchas de Rafael Castillo Calderón, precursor y protagonista de la Revolución en Guerrero. Sin embargo, la respuesta de los minifundistas a la reforma agraria superó en violencia a la de los terratenientes. Al respecto, basten recordar los asesinatos de agraristas en Tlaxmalac, cerca de Huitzuco. En otras regiones, como en la Costa Chica, los latifundistas recurrieron a las guardias blancas, como fue el caso de Ometepec.

El reparto agrario cardenista obedeció a móviles políticos en lugares conflictivos: en Zumpango del Río, Taxco, Tixtla y Chilapa, el gobierno federal utilizó la distribución de tierras para conseguir apoyo popular y restar fuerza a la Unión Nacional Sinarquista. Ésta se había fundado en León, Guanajuato, el 23 de mayo de 1937 como respuesta de la derecha radical y católica al régimen de Cárdenas, quien con su política agraria podía arrebatarle la militancia del campesinado. En Chilapa, el sinarquismo fue encabezado por Valentino Silva, el doctor Lidio Sánchez Vázquez y el sacerdote Rafael Altamirano. Casi simultáneamente, el movimiento se extendió en el norte y en el centro de la entidad. Por su parte, los agraristas radicales se organizaron en la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos de Guerrero.

Desafortunadamente, la dotación de tierras no estuvo acompañada de recursos para hacerlas producir. Según el censo de 1940, había en todo el estado poco menos de 700 000 ha de tierras de labor, de las cuales casi 11 000 contaban con riego. Hacia 1960,

Guerrero disponía solamente de nueve distritos de riego, todos de dimensiones reducidas: Atoyac de Álvarez, Ayutla, Ciudad Altamirano, Coyuca de Benítez, Coyuquilla, Laguna de Tuxpan, Quechultenango, San Luis de la Loma y San Luis San Pedro. Para 1970, casi 80% de la tierra estaba en posesión de ejidatarios y comunidades agrarias, aunque las más productivas quedaron en manos de terratenientes. En 2007, la situación cambió considerablemente al conservarse 1'514459 ha ejidales (44.6%) y extenderse a 1'457894 ha (42.9%) las tierras privadas, aunque únicamente 10% de la superficie sembrada tenía riego. Si a estos datos sumamos las otras formas de tenencia de la tierra, tenemos que la superficie agrícola de la entidad estaba considerablemente por encima de la media nacional, con 47.6 y 26.8%, respectivamente.

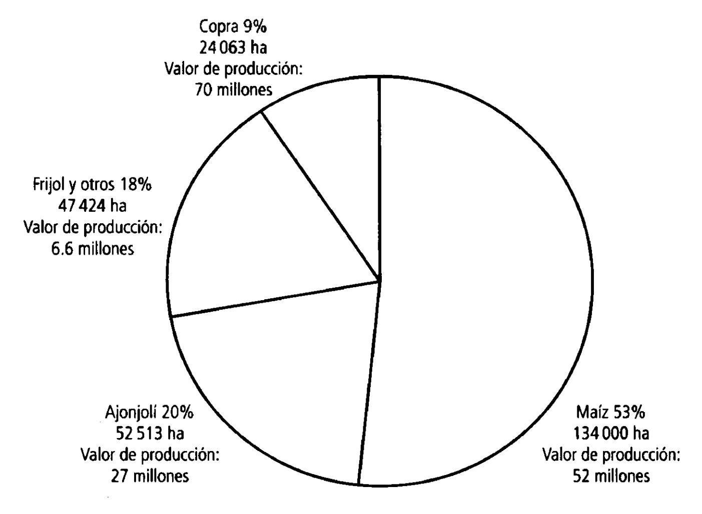
La ganadería guerrerense tampoco dejó de ser extensiva, ni alcanzó un desarrollo importante: en 1940 había alrededor de 400000 cabezas de ganado vacuno, unas 300000 de porcino y más de 1'200000 aves. Para 1980, la producción ganadera ascendió a 2'601214 cabezas (48.8% de bovinos, 26.4% de porcinos, 23.4% de caprinos y 1.4% de ovinos).

CUADRO IX.2. *Expropiación a dueños de más de 5000 hectáreas en el norte de Guerrero (1919-1940)*

Nombre	*Hectáreas afectadas*
Miguel Montúfar	10902
Alberto Rivera	10965
Mucio Romero	1529
Emigdio Pastrana	10339
Febronia Gómez	10774
Rafael Castillo Calderón	4251
Atlixtac y Anexas, S. A.	8916
Manuela Mojica	6414
Isaac Mathewson	5157
Julián y Ponciano Salgado	4774

FUENTE: Ian Jacobs, *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, Era, México, 1992, pp. 184-186.

GRÁFICA IX.1. *Tierras cultivadas en el estado de Guerrero, 1954*



FUENTE: *Guerrero: esquema social y económico,* Almacenes Nacionales de Depósito, México, 1957.

UNA RELATIVA PROSPERIDAD

A la mitad del sexenio de Lázaro Cárdenas ocupó la gubernatura suriana el general Alberto F. Berber, quien también tenía un pasado revolucionario: había combatido a las órdenes de Tomás Gómez y Rómulo Figueroa. Fue también diputado local y secretario particular del general Héctor F. López. Durante su régimen, iniciado en abril de 1937, tuvo conflictos con el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Esta formación política fue producto de la organización en sectores —obrero, campesino, popular y militar— del PNR, ocurrida en 1938. Esta estructuración sectorial sirvió de mecanismo de cohesión de los grupos sociales, al tiempo que permitió un sólido control sobre obreros, campesinos y clase media. Las más de las veces, la disputa política se resolvió en las filas del partido gobernante, el cual no sufrió en esa época escisiones de consideración, aun cuando no se resolvieran los conflictos internos.

En 1939, el PRM acusó a Berber de cometer fraude en las elecciones municipales. Esto le impidió concluir su mandato, pues el

Senado de la República declaró la desaparición de poderes en Guerrero el 18 de febrero de 1941. El profesor Carlos F. Carranco Cardoso concluyó el periodo gubernamental encomendado a Berber, y realizó las elecciones que llevaron al general e ingeniero Gerardo Rafael Catalán Calvo al Ejecutivo guerrerense para el periodo 1941-1945. Durante su interinato, Carranco Cardoso realizó obras públicas en lugares apartados como carreteras, mercados municipales, redes de agua potable, escuelas y hospitales. En el mismo tono transcurrió el gobierno de Catalán Calvo, que dejó en caja 45 millones de pesos, producto de la racionalización administrativa. Sin grandes sobresaltos internos, Catalán Calvo entregó la silla al general Baltasar Leyva Mancilla, quien gobernaría seis años debido a una reforma realizada por su antecesor. El 1° de abril de 1951 tomó posesión como gobernador constitucional un civil, el escritor Alejandro Gómez Maganda, quien repartió tierras, construyó escuelas y realizó obras públicas en Chilpancingo y Acapulco. De la misma manera que Berber, su administración quedó interrumpida por la desaparición de poderes dictada por la Cámara Alta. Entonces, el ingeniero Darío L. Arrieta Mateos ocupó el cargo entre el 21 de mayo de 1954 y el 31 de marzo de 1957. Arrieta Mateos fundó la Dirección de Pensiones del estado.

En 1930 había en Guerrero menos de 600 escuelas y casi 52000 estudiantes inscritos. El índice de población analfabeta era de 79.37%, que contrastaba con el nacional, que ascendía a 59.26%. Dieciséis años después, este índice había decrecido sólo dos puntos en Guerrero y ocho a escala nacional. Para ese momento, sólo Oaxaca superaba a Guerrero en este poco atractivo rubro. Al respecto, el gobernador Catalán Calvo reconoció: "El problema de la educación de las masas es uno de los más grandes que sufrimos; la parte del presupuesto de egresos que puede ser aplicada a este ramo es todavía muy pequeña; la población está muy dispersa y el territorio es amplio y escaso en comunicaciones".

Catalán Calvo fundó en abril de 1942 el Colegio del Estado, que dos años después abriría las carreras de ingeniero topógrafo, perito agrícola, perito pesquero, perito conservador de mariscos y peces, maestro de curtiduría y maestro destilador de aceites

esenciales, que fueron reconocidas oficialmente en 1950 como carreras universitarias. El 22 de junio de 1960 el Legislativo estatal aprobó la creación de la Universidad de Guerrero, la cual incorporaba el nivel medio y la educación normalista.

Las demandas de mano de obra y de mercancías que trajo aparejada la segunda Guerra Mundial, la solución del problema de la deuda externa, vuelta a crecer después del equilibrio de las cuentas nacionales logrado durante el Porfiriato, y la aplicación de una política industrial conocida como sustitución de importaciones marcaron el medio siglo. La devaluación del peso, que pasó de 4.85 a 8.65 por dólar, fomentó las exportaciones, al abaratarlas, y mejoró la balanza comercial al disminuir las importaciones. También crecieron y mejoraron los servicios públicos, se crearon mecanismos estatales de asistencia social y se amplió la cobertura educativa pública. Con todo, la distribución del ingreso fue bastante desigual social, sectorial y geográficamente, y la perpetuación de enormes brechas sociales fue la norma. Así, en 1950, 10% de la población concentraba casi la mitad del ingreso nacional. Cuando gobernaron los presidentes Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés México vivió un crecimiento económico considerable, que alcanzó tasas cercanas a 7% anual y muy próximas a 6% en la década de 1950, índices situados claramente por encima del incremento demográfico.

El régimen de Miguel Alemán incentivó la economía con la expansión de la obra pública y de la inversión directa de la iniciativa privada nacional y extranjera. Durante ese gobierno, el turismo inició la ruta que lo convertiría en la actividad económica formal más importante del estado. En Acapulco se construyeron grandes hoteles y la industria turística fue constituyéndose en el núcleo que eslabonó a otras ramas económicas. Con el desarrollo de esta actividad vino una demanda de brazos, que atrajo no sólo a los habitantes del puerto, sino también a migrantes de otras partes del estado e incluso de otras entidades.

A principios del siglo xx, el viaje de la capital del estado a Tixtla se hacía en mula y el de Acapulco a Pie de la Cuesta requería tres horas a caballo. Solamente había un hotel en el puerto y aca-

CUADRO IX.3. *Inversión nacional bruta (1946-1952)*

Año	*Pública*	*Privada*	*Total (millones de pesos)*
1946	1130	2156	3286
1947	1431	2726	4157
1948	1631	2917	4548
1949	1964	3087	5051
1950	2666	3294	5960
1951	2981	3900	6881
1952	3417	4732	8149

FUENTE: Tzvi Medin, *El sexenio alemanista*, Era, México, 1990, p. 118.

baba de inaugurarse el alumbrado público. Después de la Revolución, la situación no había cambiado significativamente: en todo el poblado nada más circulaba un automóvil, la capitanía del puerto contaba con una lancha de motor, un carro tirado por mulas recogía la basura de las calles y los servicios públicos eran precarios. El turismo era exclusivamente nacional y arribaba a Acapulco por tierra, ya que desde 1927 funcionaba la carretera México-Acapulco. Sin embargo, el viaje continuaba siendo difícil, pues la carretera carecía de asfalto, puentes y alcantarillas. A pesar de que no eran muchos los turistas que se aventuraban a visitar Acapulco, inició el crecimiento de la oferta hotelera. Durante la presidencia de Pascual Ortiz Rubio comenzó el levantamiento topográfico para construir calzadas que atravesaran la ciudad y llegaran a Pie de la Cuesta y Puerto Marqués.

Ya para la década de 1940, el turismo extranjero era considerable, 25% del total. Cada tipo de turismo obedecía a un ciclo estacional: entre diciembre y marzo se registraba la mayor afluencia de turistas mexicanos. Con el tiempo, los viajes por avión se volvieron más frecuentes. En la temporada alta, la población flotante igualaba a la residente y los servicios disponibles eran rebasados por la demanda; el agua era insuficiente y parte de los alimentos,

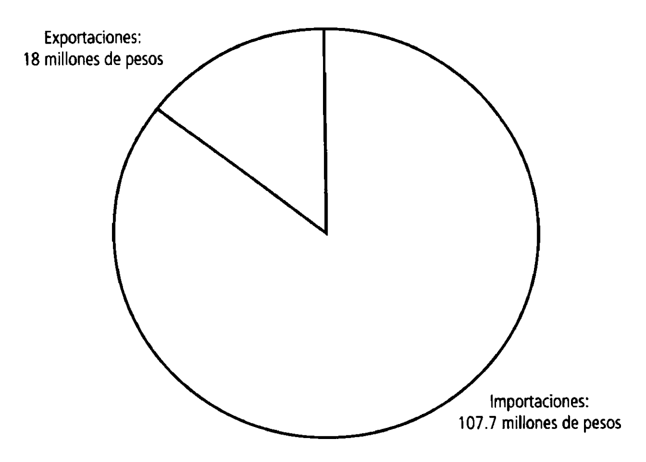
incluidos pescados y mariscos, provenía de otros sitios. Un cuarto de lujo podía costar hasta 65 pesos por noche, aunque los precios variaban de acuerdo con la época del año. Los alimentos del día podían sumar 30 pesos. Este crecimiento de la actividad turística se reflejó en los ingresos del municipio de Acapulco, que en 1960 ascendieron a 6'927114 pesos, equivalentes a 50% del total de los ingresos municipales del estado.

Como puerto mercantil, sin embargo, el papel de Acapulco ha sido poco relevante, pues el Golfo de México, como notó Humboldt a principios del siglo XIX, constituye la principal vía marítima de entrada y salida de bienes. A mediados del siglo pasado desembarcaban en el puerto guerrerense importaciones cercanas a 108 millones de pesos y se exportaban productos por un valor de 18 millones de pesos.

Aunque Guerrero posee 5% de las costas mexicanas, además de ríos y lagos aptos para la cría de peces, no ha alcanzado una producción importante. Las especies más explotadas son el pargo, el robalo, el huachinango, la mojarra y el camarón. En 1946 se capturaron casi 260000 kg de productos del mar; una década después se extrajeron 487000 kg, cantidad equivalente a 2% del total nacional, que situaba a la entidad en el lugar 17 del país; en 1981 la producción pesquera representaba 1.2% de la producción nacional; para 2008 se pescaron 6667 ton, 0.5% del total nacional. En otras palabras, en lugar de mejorar en este rubro se ha retrocedido apreciablemente, al punto de que buena parte de los productos pesqueros consumidos por la industria turística provienen de otros lugares de la República. La ausencia de políticas de fomento congruentes, una flota pobre y pequeña y la virtual carencia de frigoríficos y transportes adecuados son algunos de los factores que provocan el fracaso en el sector.

Al promediar el siglo, Guerrero contaba con casi 600 km de caminos pavimentados, de los que alrededor de la mitad pertenecía a la ruta que unía a Acapulco con la Ciudad de México; circulaban principalmente camiones de carga, seguidos por los automóviles particulares. Todavía en 1960, poblados como Zumpango del Río y Tepecoacuilco carecían de oficinas de telégrafo, y Gue-

GRÁFICA IX.2. *Comercio: importaciones y exportaciones desde el puerto de Acapulco, 1954*



FUENTE: *Guerrero: esquema social y económico, op. cit.*

rrero tenía poco menos de 2 000 km de líneas, mientras que la mayoría de los pueblos no contaba siquiera con oficinas de correo; poseía casi 500 km de líneas telefónicas y 84 oficinas que brindaban el servicio.

EL MOVIMIENTO DE 1960

Hacia 1960 la política nacional entró en un periodo de estabilidad, con la consolidación la hegemonía de un partido prácticamente único, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que triunfaba en elecciones meramente nominales. No obstante, en Guerrero ocurrió algo distinto: el general Raúl Caballero Aburto, militar nacido en Ometepec, fue electo gobernador para el sexenio 1957-1963; su administración fue marcadamente autoritaria, concitando el rechazo de no pocos guerrerenses.

El conflicto que costó la gubernatura a Caballero Aburto se inició en Acapulco: según la crónica de *Excélsior* (19 de octubre de 1960), el 18 de octubre de 1960 el gobernador ordenó cerrar las cajas fuertes de la tesorería del Ayuntamiento porteño, medida aprobada previamente por el Congreso local y por los síndicos

municipales, dado que se acusaba al alcalde de malversación de fondos. A su vez, Jorge Joseph Piedra, edil acapulqueño, achacaba al gobernador numerosos crímenes y despojos, además de responsabilizarlo directamente de la pesada deuda del erario costeño; también lo acusaba de amenazas de muerte, de sobornar y amedrentar a los síndicos que le exigían renunciar, así como de imponer a Alfonso Villalbazo Alarcón como su sustituto.

Macrina Rabadán, diputada federal por Guerrero de extracción priista, terció en la disputa al declarar que Caballero Aburto usó como grupo de choque a 3 000 hombres del ejido La Laja, comandados por Alfredo López Cisneros, el célebre Rey Lopitos, para presionar al alcalde y forzar su renuncia. La turba, formada por los colonos asentados irregularmente en el cinturón de miseria que rodea Acapulco, apedreó la casa de Joseph Piedra y lo llenó de injurias. Al día siguiente, una manifestación de aproximadamente 2 000 personas recorrió las calles del puerto en apoyo del alcalde destituido. El Partido Nacionalista de México denunció la corrupción que prevalecía en Guerrero, en tanto que el Frente Reivindicador de Juventudes Guerrerenses celebró "la actitud digna de un verdadero servidor del pueblo como es el señor Jorge Joseph Piedra". La Asociación Cívica Guerrerense (ACG), fundada en 1959 y presidida por Darío López Carmona, llegó más lejos y pidió la desaparición de poderes en la entidad, abrir una investigación federal al régimen de Caballero Aburto y convocar a una "huelga cívica popular". Grupos afines al gobernador respondieron el mismo día con una marcha en el puerto (*Excélsior*, 20 de octubre de 1960).

La inconformidad con el gobierno de Caballero Aburto se extendió rápidamente a otros lugares de Guerrero e incluso motivó el apoyo de grupos externos al estado. En realidad, los sucesos de Acapulco fueron el catalizador de una desaprobación más extensa. Así, el 21 de octubre estalló en Chilpancingo una huelga estudiantil por la autonomía universitaria; se destituyó al rector Alfonso Ramírez Altamirano, aduciendo que carecía de título universitario; se hicieron reformas a la ley orgánica de la institución, y se aumentó el subsidio. Diversos sectores de la capital estatal se sumaron a la lucha, y el 31 de octubre realizaron una numerosa manifesta-

ción en la ciudad, que derivó en la conformación de la Coalición de Organizaciones Populares, y en la que la ACG impulsó también la estrategia de la "huelga cívica popular". Ésta demandó la desaparición de poderes en la entidad, la aplicación de la ley de responsabilidades al gobernador y la eliminación de los latifundios, entre otros reclamos.

El 20 de noviembre de 1960 se realizó también en Chilpancingo una manifestación de alrededor de 10000 personas. Mujeres y estudiantes guerrerenses y alumnos del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) recorrieron las calles de Juárez, Morelos y Álvarez, entre otras, hasta llegar a la Universidad de Guerrero. La consigna reiteraba la desaparición de poderes en la entidad, a la que después se sumaría la demanda de autonomía universitaria. Policías y soldados vigilaron su tránsito. Simultáneamente, estudiantes normalistas llamaron a un mitin en Iguala y en Chilapa un contingente de marchistas portaba pancartas con la leyenda "¡Muera Caballero Aburto!" El comercio cerró. En Taxco, los propietarios de giros mercantiles acordaron realizar un paro de actividades y dejar de pagar impuestos en protesta contra el gobernador. Los alumnos de secundaria y de las escuelas Normal y de Enfermería tenían ya varios días en paro. Los comerciantes de Teloloapan anunciaron medidas semejantes.

El 21 de noviembre, reincorporaron efímeramente a Joseph Piedra en el cargo, ya que, antes de finalizar la jornada, el cabildo lo destituyó de manera definitiva como presidente municipal. Antes, en un acto público celebrado al mediodía, había agradecido el apoyo de la población a su gestión lanzando vivas a Acapulco, al país, al ejército y al presidente Adolfo López Mateos. A las 11 de la noche fue depuesto y se le nombró regidor de Obras Públicas y Turismo, cargo que rechazó. Designaron a Villalbazo Alarcón otra vez en su lugar. Una multitud se congregó afuera de la alcaldía para evitar la destitución. Todo fue inútil. Mientras tanto, el gobernador concentró fuerzas policiacas en las principales ciudades y preparó el asalto al edificio de la Universidad de Guerrero, ocupado por estudiantes inconformes. En Teloloapan y Huitzuco se realizaron actos en contra de Caballero Aburto.

La madrugada del 25 de noviembre, las fuerzas policiacas y militares desalojaron en Chilpancingo a los estudiantes y a otros ciudadanos que estaban congregados desde el inicio del mes en la alameda Francisco Granados Maldonado. Después de cortar energía y suministros, intentaron hacer lo mismo con quienes ocupaban el edificio de la universidad, tomado por un comité de huelga presidido por el estudiante Jesús Araujo Hernández. En el ataque a la alameda muchos resultaron heridos; pero, finalmente, el asalto al inmueble no se consumó. Iglesias y fábricas hicieron sonar campanas y silbatos, que congregaron a la población, armada de palos y piedras, alrededor del área en conflicto. Las fuerzas del orden se contuvieron. Fueron detenidos, entre otros, el doctor Pablo Sandoval, líder del Comité de Padres de Familia y militante del Partido Comunista Mexicano, y el profesor Genaro Vázquez Rojas, dirigente de la Asociación Cívica Guerrerense, no obstante que ambos mostraron un amparo. Había un virtual estado de sitio en la capital y la actividad económica estaba prácticamente paralizada: los contribuyentes se declararon en suspensión de pagos y la burocracia estatal estaba en huelga. Los pequeños comerciantes llevaban 18 días en paro. Tres diputados progobiernistas quedaron a un paso de ser linchados por la población enardecida, que en calles adyacentes a la universidad enarbolaba banderas mexicanas y estandartes de la Virgen de Guadalupe.

El conflicto se prolongó todavía un tiempo mayor, a pesar de que desde finales de noviembre parecía que ya estaba en una situación límite. En Tierra Colorada, el presidente municipal encabezó el 27 de diciembre una manifestación que pedía la renuncia del gobernador. En Taxco, los estudiantes tomaron el palacio municipal, al parecer con la anuencia de las autoridades locales. Al día siguiente, los ayuntamientos de Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, Zumpango del Río, Taxco, Apango, Huitzuco y Tenango del Río desconocieron el régimen del general Caballero Aburto. Mientras tanto, los burócratas chilpancingueños se manifestaron por "derrocar al mal gobierno". Un reportero resumió así la situación: "Los diputados locales son los únicos que aún apoyan al gobernador Caballero Aburto".

Pero el general Aburto no estaba dispuesto a dejar el cargo sin escarmentar a la población insurrecta. El 30 de diciembre, en la calle de Guerrero, en la alameda Francisco Granados Maldonado y en el edificio de la universidad, en Chilpancingo, la fuerza pública arremetió contra los inconformes, alegando una provocación. Después del confuso incidente en el que murió el electricista Enrique Ramírez, los trabajadores del ramo celebrarían un mitin en Acapulco. En 30 minutos quedaron 13 muertos (18 según otras fuentes) y 37 heridos graves, casi todos civiles. Dos soldados perecieron en la acción. La gente se encerró en sus casas, los estudiantes permanecieron atrincherados en el edificio de la universidad y los funcionarios estatales se refugiaron en el céntrico hotel Muñiz. Los mandos del ejército se quejaban de la hostilidad de los chilpancingueños, que se negaban a venderles víveres.

Poco antes de los eventos sangrientos, el Senado de la República integró una comisión encabezada por Manuel Moreno Sánchez, quien viajó a Guerrero a evaluar la situación. Además de Moreno Sánchez, formaban parte de ella los senadores Agustín Olivo Monsiváis, Nicolás Canto Carrillo, José Castillo, Tomás Valles, Antonio Mena Brito, Jesús López Lira, Ramón Ruiz, Natalio Vázquez Pallares, Maximiliano Ruiz Castañeda y Emilio Martínez Manautou. No había pasado ni una semana del año nuevo cuando la Cámara Alta resolvió declarar inexistentes los poderes en Guerrero y separar al general Caballero Aburto del Ejecutivo estatal. Buscando aminorar las tensiones entre los grupos políticos guerrerenses, el Senado propuso una terna al presidente y éste designó gobernador a Arturo Martínez Adame, un abogado de Chilpancingo ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en tanto que en diversos puntos del estado la población tomaba los ayuntamientos y expulsaba a los "caballeristas".

Por "causas de salud", Martínez Adame dejó el cargo un mes antes de lo previsto: el 4 de marzo de 1963 lo reemplazó Alberto Saavedra Ramos. A este último correspondió entregar la gubernatura al doctor Raymundo Abarca Alarcón, también chilpancingueño aunque avecindado en Iguala, quien concluyó su mandato el 31 de marzo de 1969 y dejó el Ejecutivo en manos del pro-

fesor Caritino Maldonado Pérez, electo gobernador para el periodo 1969-1974.

Maldonado Pérez nació en Tlalixtaquilla y se formó en la Escuela Normal Rural de Oaxtepec, en Oaxaca. Continuó sus estudios en la Escuela Nacional de Maestros del Distrito Federal. Fue diputado local y federal, presidente del comité estatal del PRI en Guerrero, secretario general de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) y senador durante el periodo 1958-1964. En la primavera de 1971 perdió la vida en un accidente aéreo, ocurrido cerca de Miraval. Israel Nogueda Otero, costeño de origen, fue designado para terminar el sexenio, sin poderlo conseguir, pues fue destituido meses antes de entregar el puesto, acusado de corrupción. Lo sustituyó el abogado Javier Olea Muñoz.

Los acontecimientos de 1960 fueron un parteaguas en la historia guerrerense de la segunda mitad del siglo pasado; un referente simbólico de la movilización popular y punto de inflexión del cual surgieron algunos de los actores centrales en los conflictos de los siguientes lustros. Del magisterio salieron muchos miembros de la oposición de izquierda, como Genaro Vázquez Rojas. Éste nació en 1931 en San Luis Acatlán, estudió en la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, creada durante la administración del general Cárdenas en el marco de la educación socialista, y ejerció la carrera docente en su estado natal. Militó en el PRI, participó en el Movimiento Revolucionario del Magisterio, en las jornadas que costaron la gubernatura al general Caballero Aburto y también en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), constituido en 1961 bajo el liderazgo del general Lázaro Cárdenas. De orientación nacionalista y simpatizante de la Revolución cubana, el MLN reunió a intelectuales y políticos, entre los que se encontraban Narciso Bassols, Heberto Castillo, Alonso Aguilar, Carlos Fuentes, Manuel Marcué Pardiñas, Cuauhtémoc Cárdenas, Enrique González Pedrero, Jorge Carrión, Eli de Gortari e Ignacio García Téllez.

La Revolución cubana, la creciente cerrazón del gobierno a toda apertura democrática o reforma institucional y las demandas sociales insatisfechas abrieron paso a los movimientos guerrilleros. Guerrero fue de los más afectados. En 1959 Genaro Vázquez

Rojas participó en la fundación de la Asociación Cívica Guerrerense. El movimiento popular que depuso al general Caballero Aburto expandió la influencia de la ACG, que una década después se transformaría en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). Su programa político planteaba la nacionalización de la minería, una reforma agraria integral, la adopción de una economía planificada, la alfabetización, el desarrollo cultural del pueblo y las garantías para el ejercicio de la libertad política.

En 1966 la policía guerrerense detuvo a Vázquez Rojas en la Ciudad de México; luego lo trasladó a Chilpancingo. Dos años después, un comando armado de la ACG lo liberó de la cárcel estatal, y de allí hasta su muerte, ocurrida en febrero de 1972 en un accidente carretero en Michoacán (o a consecuencia de una ejecución, de acuerdo con otras versiones), vivió en la clandestinidad como guerrillero. Los conflictos políticos no cesaron, y en 1967, con motivo de las elecciones internas en la Unión Regional de Productores de Copra del estado, se desató la violencia entre líderes y campesinos copreros inconformes. La lucha armada se convirtió en táctica de la ACNR, y el secuestro de figuras políticas y de personas adineradas, su recurso más exitoso de financiamiento. Así, en 1971 la organización plagió a Jaime Castrejón Díez, próspero empresario de Taxco y entonces rector de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG). Para ese momento, la organización tenía ya un núcleo guerrillero en la sierra de Guerrero y planteaba la revolución nacional para "lograr la plena independencia política y económica de México". De acuerdo con su programa, un gobierno de coalición formado por trabajadores urbanos, campesinos, estudiantes y elementos "progresistas" de la sociedad sustituiría al régimen priista. El gobierno federal, encabezado por el licenciado Echeverría Álvarez, desplazó a 27 000 soldados a la sierra para combatir el brote guerrillero.

También Lucio Cabañas Barrientos se formó como profesor en Ayotzinapa. Nació el 11 de mayo de 1939 en El Porvenir, municipio de Atoyac de Álvarez. En 1962 fue secretario general de la Federación de Estudiantes Socialistas de México. Posteriormente fue militante de la ACG y del PCM, de los que se alejó después. Como

muchos, participó en el derrocamiento de Caballero Aburto y colaboró en la organización de los campesinos de la Costa Chica. Por sus actividades políticas, fue expulsado de la escuela Modesto Alarcón, junto con el profesor Serafín Núñez Ramos, y trasladado a Durango en diciembre de 1965. Sin embargo, la presión de los habitantes de Atoyac consiguió su reinstalación.

Al parecer, Cabañas Barrientos y sus allegados decidieron formar un grupo de autodefensa armada, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento (BCA), a raíz de la matanza de maestros rurales ocurrida en Atoyac el 18 de mayo de 1967, perpetrada por pistoleros y policías judiciales del estado que los emboscaron en una plaza pública durante un mitin organizado por los padres de familia de la escuela primaria Juan N. Álvarez. Cabañas fue amenazado de muerte y decidió internarse en la sierra, donde a lo largo de cinco años reclutó, concentró, adiestró y mal armó a un grupo guerrillero del que surgiría el Partido de los Pobres (PDLP), una formación política de ideología difusa, actuar sectario, con un perfil socialista y que contempló acercar a los indígenas utilizando el náhuatl en sus documentos.

La primera acción armada de la guerrilla de Cabañas Barrientos ocurrió en junio de 1972, cuando emboscó y acabó con un convoy del ejército federal. El acontecimiento impactó a la opinión pública, y la Secretaría de la Defensa Nacional, a cargo del general Hermenegildo Cuenca Díaz, percibió el alcance potencial que entrañaba ese acto. La presencia militar se incrementó en Guerrero y llegó a alcanzar en 1974 la cifra de 50000 hombres. Mientras el ejército se desplegaba, la guerrilla, que nunca alcanzó a ser un fenómeno de masas —se dice que en su mejor momento reunió 350 elementos, 200 de los cuales formaban parte de la BCA—, seguía la táctica del foco guerrillero, consistente en ejecutar acciones rápidas en distintos lugares del estado y después ocultarse en la espesura de la sierra o en los poblados, para después repetir la acción en otros lugares.

Dos años transcurrieron sin que variara la intensidad de los encuentros entre militares y rebeldes, hasta que, de pronto, se presentó a los segundos la ocasión de dar un golpe mayor: el se-

nador Rubén Figueroa Figueroa, precandidato del PRI a la gubernatura estatal, quiso realizar una acción espectacular hablando directamente con Lucio Cabañas para persuadirlo de que dejara las armas y se incorporara a la vida civil por medio de un partido político, con lo que se convertiría en el artífice de la anhelada pacificación de la entidad. Su protagonismo lo hizo subestimar los riesgos y desoír las advertencias de algunos miembros de su círculo y de las autoridades federales. Cabañas Barrientos no desperdició esta oportunidad de oro que le obsequiaba aquel verano de 1974 e hizo que el ingeniero Figueroa Figueroa se internara en la sierra, donde lo capturó sin mayor problema para, como resultado de la acción, exhibir a nivel nacional la audacia y determinación del PDLP, y exigir un rescate de 50 millones de pesos en efectivo, armas y parque, además de la liberación de los presos políticos y la atención a diversas demandas sociales, según cuenta Marco Bellingeri.

Un cacicazgo político contemporáneo

Figueroa Figueroa había nacido en Huitzuco el 9 de noviembre de 1908. Según su propia narración, el primer trabajo lo obtuvo a los 15 años. Los negocios y no la docencia fueron su actividad fundamental: en 1943 fundó la empresa Autotransportes Figueroa y desde 1955 presidió la Alianza de Camioneros de México. Dueño de la línea de autobuses Flecha Roja, y concesionario del transporte del correo en el país, la política le sirvió para beneficiar su actividad empresarial, que extendió hacia la industria de la construcción y la ganadería. La formación de su propio cacicazgo político le dio oportunidad de hacerse de las riendas de Guerrero por largo tiempo e incluso heredarlas a sus descendientes. Dos veces diputado federal, Figueroa Figueroa fue senador en el periodo 1970-1974 y vocal ejecutivo de la Comisión del Balsas.

En 1974, siendo candidato a la gubernatura, fue secuestrado por el Partido de los Pobres. Cuatro meses duró el secuestro, cada vez más difícil de manejar para el PDLP, dado el despliegue del

ejército, que avanzaba peinando la sierra. La guerrilla resolvió no ejecutar a Figueroa Figueroa, y con ello complicó en extremo su repliegue, al tener que cargar con un hombre de 66 años de edad. Mientras tanto, en el cine Guerrero de Chilpancingo, los tres sectores del PRI, en presencia de su presidente nacional, el licenciado Jesús Reyes Heroles, expresaron su respaldo a la candidatura del ingeniero al gobierno del estado.

Después de varias delaciones de los habitantes de la zona y de estrechar el cerco a la guerrilla cerca de El Quemado, el ejército emboscó a la columna de Lucio Cabañas, compuesta entonces por 44 combatientes. El 8 de septiembre liberó a Figueroa Figueroa, a su sobrino Febronio Díaz Figueroa y a su secretaria, en medio de una balacera. Aunque herido en el cuello aquel 8 de septiembre, Cabañas y otros miembros de la dirección del PDLP lograron huir, pero su captura era sólo cuestión de tiempo: hacia finales de noviembre, guerrilleros y militares se trabaron en un combate que dejó un saldo de varios muertos en ambos bandos. El 2 de diciembre de 1974, en El Otatal, municipio de Tecpan de Galeana, los hombres de Cabañas y él mismo fueron avistados por el ejército. De acuerdo con el parte de guerra, murieron en un enfrentamiento armado.

Muchos detalles del secuestro de Figueroa Figueroa permanecen todavía en la penumbra. En 1985, un comando que decía pertenecer al PDLP secuestró a Arnoldo Martínez Verdugo, secretario general del Partido Comunista en la época de la guerrilla cabañista, para exigirle que rembolsara el rescate pagado por los familiares de Figueroa Figueroa a través del sacerdote Carlos Bonilla Machorro. El PDLP afirmaba que el dinero había sido dado al PCM y que nunca lo había recibido. Aunque disperso y severamente menguado, por la ofensiva del ejército, por la amnistía decretada por el presidente José López Portillo, por la reforma política de 1977 de Reyes Heroles y por las ejecuciones extrajudiciales de la Brigada Blanca, el PDLP pudo todavía reagruparse, fusionarse con otros grupos armados y dar lugar al Ejército Popular Revolucionario (EPR), que en marzo de 1996, durante la conmemoración del primer aniversario de la matanza de Aguas Blancas, reapareció

públicamente. Lo cierto es que la guerrilla en la entidad continuará siendo un problema endémico en tanto no se rompa el círculo caciquismo-autodefensa-represión-guerrilla-represión, característico de la violencia agraria, y no mejoren perceptiblemente las condiciones de vida en el medio rural.

Finalmente, después de las vicisitudes de su secuestro, Figueroa Figueroa asumió la gubernatura el 1° de abril de 1975. En su discurso de toma de posesión —a la que acudieron el presidente Echeverría, seis secretarios de Estado, 12 gobernadores y los presidentes del PRI, Jesús Reyes Heroles, y de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, Enrique Olivares Santana— aseguró que la honestidad sería "norma invariable" de su gestión y que no permitiría a nadie "hacer negocios al amparo del cargo que desempeñe". Aludiendo a la guerrilla y a su enemigo político, el ex gobernador Nogueda Otero, agregó: "Llego al gobierno del estado sin resentimientos ni fobias, ni afán de revanchas contra nadie, ni como jefe de una facción victoriosa que se apreste a usufructuar, en provecho personal, los frutos de la victoria".

El gobernador integró a su gabinete al doctor Virgilio Gómez Moharro, ex rector de la UAG, como secretario general de Gobierno; a Edmundo Moyo como director general de Hacienda, y a Eduardo López Betancourt como procurador general de Justicia. El general Raúl Uriza Castro quedó a cargo de la Dirección General de Policía y Tránsito; Raúl Pous Ortiz fue nombrado coordinador general de Educación Pública; Jesús Araujo Hernández, el principal dirigente del movimiento de 1960, presidiría el Tribunal Superior de Justicia; Leonel Altamirano recibió la cartera de Desarrollo Económico, y Febronio Díaz Figueroa fungiría como secretario privado.

Engallado, después de tomar posesión, Figueroa Figueroa declaró: "Siempre ando armado y no se dará el caso de que me secuestren nuevamente; un muerto a nadie le interesa, y a mí sólo muerto podrán llevarme a alguna sierra o a alguna madriguera de quien quiera que sea". Aceptó que su familia había pagado un rescate, aunque no tan cuantioso como se especulaba en la prensa escrita. Dijo también que para subsanar las grandes carencias de la entidad era necesario actuar de manera realista y no abusar

de los contribuyentes, pues se corría el riesgo de que más pronto que tarde "nuestros amigos y nuestros electores se unificarán, pero para recordarnos a nuestros progenitores".

A despecho de su discurso, los negocios de Figueroa Figueroa prosperaron durante su administración, y la oposición, incluidos los resabios de la guerrilla, fue tratada con extrema dureza, al punto de que la entidad concentró el mayor número de desaparecidos políticos durante la llamada "guerra sucia". Todavía se recuerda su gestión por el autoritarismo, la violencia y el poco respeto por los derechos humanos. Hubo, además, un conflicto permanente entre el gobierno estatal y las autoridades de la UAG, donde se atrincheró la oposición de izquierda. En los siguientes años la institución se convirtió en rehén de disputas internas y en botín de algunos universitarios corruptos. Cuando concluyó su gestión, la red básica estatal de carreteras constaba de 1 238 km y había 256 oficinas de correo en toda la entidad, la cual tenía 42 677 líneas y 96 305 aparatos telefónicos. Un periodista presentó en los siguientes términos el balance de la administración figueroísta: "concluye un sexenio caracterizado por la arbitrariedad y el estilo hosco que a veces quiso disfrazarse de pintoresco [...] Para suerte de la entidad, Alejandro Cervantes Delgado está en situación de imprimir al gobierno un modo por completo diverso".

Después de la toma de posesión del licenciado Cervantes Delgado, electo para el periodo 1981-1987, el nuevo procurador de Justicia, José Naime Naime, prometió "que se investigarán todas las denuncias que el pueblo de Guerrero presente al actual régimen por actos represivos concretados durante el gobierno de Figueroa". Esto, en respuesta a una manifestación que se realizó en Chilpancingo el día del cambio de poderes en la entidad, al que concurrieron el presidente José López Portillo y miembros de su gabinete.

Alejandro Cervantes Delgado nació en Chilpancingo en 1927. Se preparó como profesor normalista y estudió la licenciatura en economía en la UNAM. Desde joven militó en el PRI y llegó a ser director general del Instituto de Estudios Políticos y Sociales (IEPES) en el año de 1978. Hizo carrera en la administración pública: fue

director de Estudios Técnicos y Económicos de la Secretaría del Patrimonio Nacional (1959-1963), director general de Hacienda y Economía del estado de Guerrero (1963-1965) y subdirector de Asuntos Económicos y Pesqueros de la Secretaría de Industria y Comercio (1966-1970). Posteriormente fue funcionario tanto de la Secretaría de Hacienda como de Ferrocarriles Nacionales de México, diputado federal durante el periodo 1973-1976 y senador de la República en 1976-1981.

En su primer informe de gobierno, Cervantes Delgado apuntó que "los distintos indicadores revelan que tenemos un mayor grado de atraso [en Guerrero], expresado en carencias y necesidades sociales más agudas que en otros estados de la Federación". Señaló al turismo como la actividad económica más importante en la entidad, por lo que le dedicó en 1981 una partida presupuestal de 51 millones de pesos, cifra que representó 168% de lo gastado en el año anterior. El apoyo federal también creció en el sector turístico. La devaluación de 1981, decía, beneficiaba directamente a la actividad. En relación con el campo, declaró: "Tenemos la convicción de que la vía más efectiva para hacer justicia a los campesinos sigue siendo la reforma agraria integral". Apuntó también que entre 1980 y 1981 había aumentado 8.2% la superficie irrigada en Guerrero. En cuanto a los demás sectores económicos, habló más de intenciones que de resultados. No obstante, concluyó sin grandes sobresaltos su sexenio.

Los índices del atraso

México ha sido un país con una población rural numerosa reunida en varios de asentamientos. En el siglo XIX se ahondó esta tendencia, no obstante las epidemias y guerras: había 4'800 000 habitantes en 1790, que se incrementaron a 13'600 000 en 1900. En el Porfiriato, las ciudades experimentaron un crecimiento territorial y poblacional debido a las migraciones y a la expansión ferrocarrilera, aunque esto no bastó para que la mayoría de los mexicanos abandonara el campo, pues 80% de los habitantes vivían en él. Tuvieron que pasar 50 años para que la situación diera un vuelco.

La población guerrerense mermó durante la lucha armada: de 594278 habitantes censados en 1910, 11 años después había 566836. En 1930, el municipio de Chilpancingo contaba con aproximadamente 20000 almas, a las que se sumaron 3000 para 1940. Durante el mismo lapso, la población del municipio de Acapulco se elevó de poco más de 21000 a cerca de 30000 habitantes, por lo que creció más del doble que el municipio chilpancingueño. La tendencia se mantendría en las décadas siguientes, fundamentalmente por el desarrollo de la industria turística.

En 1990, la concentración demográfica en las ciudades superó a la rural por primera vez, y aunque Guerrero marchó a un paso más lento —hacia 1940 había 16 ciudades al lado de 380 poblados y congregaciones—, existe evidencia estadística que confirma que a finales del siglo la población urbana superaba a la rural.

Al comparar los datos del censo de 1970 con el conteo de 2005 (cuadro IX.4), se tiene que la población guerrerense pasó de 1'597360 a 3'115202 habitantes, lo que colocaba a la entidad como la doceava más poblada del país, no obstante que su crecimiento está notoriamente por debajo de la media nacional, arriba sólo de Michoacán y Zacatecas, situación que tal vez se explique por las altas tasas de migración hacia Estados Unidos que presentan esos estados, como sucede en Guerrero, por su migración hacia estados vecinos. En 2005, la entidad suriana presentaba una

CUADRO IX.4. *Población (1910-2005)*

Año	*Urbana*	*Rural*	*Total*
1910	91426	502849	594278
1930	97336	544354	641690
1950	199251	720135	919386
1970	569145	1'028215	1'597360
1990	1'369536	1'251101	2'620637
2005	1'792955	1'322247	3'115202

FUENTE: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, 1994, p. 500, y II Conteo de Población y Vivienda, 2005.

tasa neta migratoria de -1.7%. Se nota también una reducción de la población menor de 15 años, que disminuyó de 48 a 35.90%, todavía la segunda proporcionalmente más numerosa entre las entidades del país, únicamente superada por Chiapas, aunque la tendencia seguramente continuará su ritmo decreciente dadas las políticas de los años recientes dirigidas a modificar la pirámide poblacional.

El censo de 1930 (cuadro IX.5) reveló que el número de nacimientos duplicó el de defunciones. La mayoría de los guerrerenses, según el recuento poblacional de la década siguiente, se concentraba en dos grandes grupos de edad: de cero a 14, y de 20 a 59 años, reunidos generalmente en familias numerosas. Los niveles de vida predominantes figuraban entre los más bajos del país. La diarrea y la enteritis provocaban casi la mitad de los decesos, seguidas por la neumonía y el paludismo, con las muertes violentas en el cuarto lugar. Para 1990, la cifra de nacimientos superaba en más de 10 veces a la de defunciones. Mejoras en la asistencia social, particularmente en los sistemas de salud, contribuyen a explicar esta proporción. De acuerdo con los datos de 2005, la población femenina total ascendía a 1'615 749 personas, y la masculina, a 1'499 453. El municipio de Acapulco era el más poblado, con 717 766 habitantes; seguía Chilpancingo, con 214 219; Iguala, con 128 444; Chilapa, con 105 146; José Azueta, con 104 609; Taxco, con 98 854; Coyuca, con 69 044; Tlapa, con 65 763; Atoyac, con 58 452; Tecpan, con 57 848; Ometepec, con 55 283, y Teloloapan, con 51 659.

Los indígenas conservan importancia numérica, no obstante padecer las peores condiciones de la entidad. Para 1990, del total de los habitantes mayores de cinco años, 298 512 hablaban alguna lengua indígena y 86 219 no eran hispanohablantes. De acuerdo con los datos de 2005, la proporción de guerrerenses hablantes de una lengua indígena alcanzó 14.1%, casi el doble de la media nacional. Dentro de esas lenguas predomina el náhuatl (135 036 hablantes), seguido de las distintas variantes del mixteco (110 375), el tlapaneco (92 206) y el amuzgo (37 398).

Hacia 1950, dos tercios de la población era analfabeta y la inmensa mayoría de las escuelas estaban dispersas en el medio ru-

CUADRO IX.5. *Índices demográficos, 1900-2005*

Año	*Nacimientos*	*Defunciones*	*Matrimonios*
1900	19584	16537	2661
1907	20043	19760	2358
1922	17594	11413	1529
1930	30309	15505	4435
1940	31081	12547	5928
1950	42402	12964	7851
1960	58613	12088	10737
1970	77237	13252	14209
1980	99018	12786	19091
1990	97905	8435	21967
1995	144271	10345	26051
2000	160697	10001	27710
2005	101699	11260	23999

FUENTE: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI): http://www.inegi.org.mx

ral. El censo de la década siguiente indicó que había más de 1400 escuelas y que el analfabetismo afectaba a 62.81% de la población, predominantemente rural, a pesar de que allí fue donde se edificaron más aulas. En el nivel básico, cada maestro atendía en promedio a 48 alumnos de una población escolar de 66025 educandos. Para 1980, las escuelas federales daban servicio a 77.5% del alumnado, las estatales a 15%, y los sectores particular y autónomo (incluida la educación superior) a la población escolar restante. Había 6892 escuelas, pero el déficit entre la oferta y la demanda educativa ascendía a 13%. Casi un millón de guerrerenses requerían servicios educativos en distintos niveles.

Los datos de los censos generales de población y vivienda de los años 1970 y 1990 indican que el porcentaje de personas alfabetizadas, de 15 años o más, se incrementó en Guerrero de 51 a 73%. En 1990, 1'073014 sabían leer y escribir y 394310 eran analfabetas. De este último grupo, 240354 eran mujeres. Única-

mente 234 356 habitantes habían completado la primaria y 472 466 continuaron la educación media. En 2005, la entidad suriana ocupaba el segundo lugar en analfabetismo a escala nacional, con un promedio de escolaridad de 6.8 años, el antepenúltimo del país.

Para 1960, más de tres cuartas partes de los espacios de habitación que había en Guerrero se reducían a un cuarto ocupado por toda la familia, en promedio de cinco personas; sólo 10% tenían drenaje y el adobe predominaba como material de construcción. Entre 1970 y 1990, el número de viviendas se incrementó más o menos de acuerdo con el crecimiento poblacional y las habitaciones mejoraron escasamente sus servicios. Según el censo de 1990, de 501 725 viviendas particulares, sólo 188 596 disponían de drenaje y 138 592 de agua entubada, contaban con energía eléctrica 393 351 y 408 077 tenían cocina, aunque ya predominaban las de dos cuartos sobre las de uno. Se usaban la leña y el carbón casi en la misma proporción que el gas. En 2005, un promedio de 4.4 personas habitaban en cada vivienda, 67.4% de éstas contaban con drenaje, 63.9% con agua entubada, 93.1% con electricidad, 72.1% con sanitario, 79% con televisión y 8.7% con computadora. Porcentajes, todos, situados en los rangos más bajos de la escala nacional.

X. EL PASADO RECIENTE

EN LAS TRES ÚLTIMAS DÉCADAS, México ha sufrido transformaciones importantes y fracasos costosos, que han afectado a la economía, la sociedad, la esfera pública y el Estado. Se agotó el modelo económico basado en el desarrollo del mercado interno, la sustitución de importaciones, el proteccionismo comercial, el déficit fiscal y la intervención pública en la economía, y se reemplazó por otro fundado en la gestión de la iniciativa privada, la apertura comercial, la reducción del papel económico del Estado, el desarrollo del sector externo, el equilibrio macroeconómico y el ahorro interno.

De todos modos, con uno u otro modelo, el país mantuvo una concentración monopólica en los sectores claves (telecomunicaciones, energía, procesamiento del maíz, banca), una fuerte dependencia de los ingresos petroleros y una profunda desigualdad social y regional, sin escapar a las crisis económicas recurrentes (1976, 1981-1982, 1987, 1994-1995, 2008-2009) que, por lo general, acabaron en devaluaciones bruscas, hasta el momento en que se decreta la libre flotación del peso en 1995. El onerosísimo rescate bancario (Fobaproa) endeudó una vez más al país y la devaluación del peso de ese año abatió aún más el nivel de vida de los más frágiles; aumentó la pobreza extrema, se redujo la clase media, hubo mayor migración internacional, expansión de la economía informal y un exponencial incremento de las actividades ilícitas. Las dos últimas crisis, donde la economía se contrajo alrededor de 6.5%, se significaron por ser las más dramáticas de los últimos 80 años, tan sólo superadas por la de 1932, en la que el retroceso ascendió a prácticamente el doble. De acuerdo con estimaciones del Centro de Economía y Negocios del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), la última recesión habría incrementado en seis millones el número de pobres del país, con lo

que la mitad de la población estaría ya en esa condición (*El Universal*, 4 de marzo de 2010).

Los rendimientos decrecientes del Estado y las demandas básicas insatisfechas de 40% de la población aumentaron la exigencia de educación, salud, empleo y servicios, en un momento en que el costo de la administración pública, abultada, ineficiente y corrupta, se apropiaba de un porcentaje mayor del presupuesto asignado al servicio. El crecimiento económico de las últimas décadas, en promedio de 2% anual, evidentemente es insuficiente. Por ofrecer solamente un ejemplo: la cobertura educativa en el nivel superior es de 27%, mientras que países con un PIB considerablemente inferior al de México, pienso en Argentina y Chile, están cerca de 40 y 50%, respectivamente. Esto por no mencionar el crecimiento exponencial de la economía informal.

Víctima de la falta de oportunidades, la juventud, sin embargo, ha tenido un papel importante en la transformación del país y en la democratización del sistema político. Aunque con un desenlace trágico, el movimiento estudiantil de 1968, del que bien podría considerarse un antecedente el movimiento cívico guerrerense de 1960, desnudó a un régimen autoritario y arcaico, e hizo de la democracia una demanda inaplazable. La década siguiente, de violencia política en distintas zonas de la República, pero también de insurgencia obrera y reactivación de la organización campesina, condujo, como ya se dijo, a la apertura formal del sistema de partidos con la reforma política de 1977, en la que se estableció la representación proporcional, que permitió a las minorías partidarias participar en la competencia electoral y eventualmente alcanzar escaños en el Congreso.

Para 1982, la crisis de la deuda, sumada a la brutal caída del precio del petróleo del año anterior, y el sismo de 1985 abrieron paso a las organizaciones urbanas y alimentaron el reclamo ciudadano que se manifestó en las urnas en 1988. El desaseo de la elección y el escepticismo en cuanto al resultado oficial condujeron a reformar las leyes electorales, a la ciudadanización de los órganos de control, a la democratización del Distrito Federal y, por vez primera desde la creación del PNR, a que en 1997 el partido hegemó-

nico perdiera mayoría en la Cámara de Diputados. Tres años después, la alternancia política alcanzaría a la presidencia de la República. En 2006, la enconada elección presidencial y el estrecho margen que la definió hicieron a un tercio de la población dudar de la calidad del proceso. Con puntualidad ritual, después de éste vino la enésima modificación de la ley electoral y actualmente están en estudio tres proyectos de reforma política, sometidos a consideración del Legislativo por el presidente de la República, el PRI, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y otros partidos y facciones.

Desde la década de 1930 hasta la de 1990 México fue básicamente rural, tuvo un crecimiento económico alto y sostenido (el famoso "milagro mexicano"), formó grandes instituciones nacionales (IMSS, INAH, ISSSTE) y empresas públicas (Pemex, Telmex, CFE), construyó el nacionalismo revolucionario como ideología articuladora y extendió la alfabetización a todos los rincones de la República. La esfera pública creció con la circulación de una prensa en la que fertilizó el debate, y la cultura adquirió un tono más plural. Lentamente, la censura cinematográfica fue diluyéndose. Mientras *Los caifanes* (1966) retrataron a la juventud de la época, la música y la narrativa incorporaron nuevos temas, como la manera de hablar de los jóvenes con la llamada "literatura de la onda". Sin abandonar el catolicismo, no pocos mexicanos modificaron sus costumbres, buscaron la igualdad de género, asumieron la tolerancia, reconocieron los derechos de las minorías y aceptaron la diversidad. Todo esto sería impensable sin la revolución cultural provocada por la generación del 68.

Pero la diversidad nacional no es únicamente cultural ni se reduce a las preferencias dentro de la vida privada; incluye también de manera fundamental la naturaleza pluriétnica de la comunidad mexicana. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la imagen del México mestizo inició el camino hacia el entronamiento que culminó en la posrevolución. Ésta sirvió para armar el soporte ontológico del nacionalismo revolucionario, el cual convertiría al indio, no en un sujeto con voluntad e intereses propios, sino en un estereotipo pasivo, tan reacio al cambio como ajeno al tiempo, y que,

a su pesar, había de incorporársele a la nación mestiza mediante la educación y políticas asistencialistas.

El levantamiento neozapatista de 1994 tuvo la virtud de llamar la atención nacional sobre los descendientes de los pueblos originarios y motivar a pensar la cuestión indígena desde ángulos menos estrechos, sobre todo ante la inocultable decadencia del Estado nacional, acelerada por la globalización. Esta nueva situación, donde lo local y lo mundial quedaron conectados, indudablemente ha socavado aquella figura territorial y política construida por la modernidad, la cual, hace 200 años, alcanzó concreción histórica en ambas orillas del Atlántico. Los particularismos, antes atributos característicos de las naciones, de pronto pasaron a formar parte del repertorio político de otros actores.

Las redes construidas por los aproximadamente 11 millones de migrantes mexicanos en Estados Unidos exportaron los rasgos culturales de regiones y pueblos del país, además de importar pautas culturales diferentes de las vernáculas y enviar remesas, actualmente la segunda fuente de divisas (legales) de la República. Lamentablemente, la globalización también ha funcionado como instrumento al alcance del crimen organizado, aunque en origen éste tenga que ver con la descomposición de parte de los aparatos del Estado, la desatención del campo, la opacidad de ciertos mercados y, de manera muy importante, la insuficiente incorporación de los jóvenes a la educación y al mercado laboral. Su vertiginosa y extendida propagación, el volumen de los recursos a su disposición y las pérdidas humanas, indudablemente, lo convierten hoy en la principal amenaza a la seguridad nacional enfrentada por el Estado mexicano.

Competencia política y alternancia

Con modulaciones y ritmos específicos, esta metamorfosis nacional también incluyó a Guerrero, aunque a veces no hizo más que evidenciar el anacronismo de la cultura política dominante. Al menos en el lenguaje, el discurso renovador acompañó a la administra-

ción de José Francisco Ruiz Massieu, quien el 1° de abril de 1987 asumió la gubernatura, con la promesa para la población de desterrar "viejos abusos" y sustituirlos por nuevos usos políticos de carácter democrático, pues el "pueblo guerrerense reclama que se haga más y mejor obra política". Ofreció también realizar una reforma municipal integral, crear la Procuraduría Social de la Montaña, mejorar el abasto de agua potable en Chilpancingo, Zihuatanejo, Iguala y Taxco y "el saneamiento definitivo de la Bahía de Acapulco".

Ruiz Massieu nació en Acapulco el 2 de julio de 1946. Estudió derecho en la UNAM (1965-1969) e hizo una maestría en ciencia política en la Universidad de Essex, Inglaterra. Se afilió al PRI en 1967 y fue subdirector general del IEPES en 1981-1982, asesor del director general del Infonavit (1974-1979), miembro del Consejo Consultivo Agrario (1979-1980) y director general de Gobierno del estado de Guerrero en 1981. Escribió varios libros sobre derecho, política y administración pública, impartió clases en la UNAM entre 1972 y 1976, y fue fundador del Departamento de Derecho de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). En 1976 recibió el Premio Nacional de Administración Pública y, cuatro años después, la medalla Francisco Figueroa Mata, otorgada por el gobierno de Guerrero. Antes de ser postulado por el PRI a la gubernatura guerrerense, era subsecretario de Planeación en la Secretaría de Salud, encabezada por el doctor Guillermo Soberón Acevedo.

Como tantos otros en la historia de la entidad, Ruiz Massieu carecía de una base política local y reclutó a sus altos mandos burocráticos en la Ciudad de México. Racionalizó la planta administrativa del gobierno y desincorporó 19 de las 36 empresas estatales. Su gestión no estuvo exenta de conflictos mayores, como los vinculados con las elecciones municipales del 3 de diciembre de 1989, calificadas de irregulares por la oposición y motivo de un prolongado conflicto postelectoral. Durante su gobierno se fraccionaron los terrenos de Punta Diamante, en Acapulco, y se construyó la Autopista del Sol, que agilizó el trayecto entre la Ciudad de México y el puerto, al precio de elevados peajes y del incremento de la deuda pública producto del "rescate carretero". El

trazo del nuevo camino, diseñado para captar el turismo nacional, dejó de lado a ciudades como Iguala. Si a esto agregamos que Tierra Caliente acrecentó sus vínculos con Michoacán, adonde perteneció en origen, y con la Costa Grande, a través de la red carretera del estado vecino, hemos de concluir que la posición estratégica de Iguala se debilitó dentro de la economía regional.

Meses después de concluir su mandato, Ruiz Massieu fue designado director general del Infonavit y más adelante fue secretario general del PRI, para posteriormente ser electo diputado federal para el ciclo legislativo 1994-1997 y figurar como el prospecto más fuerte para dirigir la bancada priista. Fue asesinado por un sicario en la Ciudad de México la mañana del 28 de septiembre de 1994, en una calle contigua al Monumento de la Revolución, sin que hasta el momento la opinión pública conozca una explicación convincente de las razones del asesinato.

Rubén Figueroa Alcocer, hijo de Rubén Figueroa Figueroa, fue electo gobernador para el sexenio 1993-1999 con 228 191 votos, poco más del doble de los alcanzados por el excéntrico candidato del PRD, el ex diputado Félix Salgado Macedonio. Originario de Huitzuco y abogado por la UNAM, Figueroa Alcocer había sido diputado federal durante el periodo 1979-1982, cuando llegó incluso a presidir la Comisión de Comunicaciones y Transportes, giro en el cual su padre, dijimos, realizó jugosos negocios. De la Cámara Baja saltó hacia la Alta en los años 1982-1988. Aunque en su discurso de toma de posesión empleó un tono conciliador, más pronto que tarde tensó las relaciones políticas con la oposición y enfrentó a las organizaciones sociales de la entidad, particularmente a las del medio rural. El 28 de junio de 1995, la policía motorizada estatal asesinó en el vado de Aguas Blancas a 17 campesinos pertenecientes a la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS), quienes se dirigían a participar en un mitin en Atoyac.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos abrió una investigación sobre estos sucesos y emitió una recomendación, la 104/95, asentando que había suficientes elementos para consignar no sólo a los policías que intervinieron directamente en la acción, sino también a las autoridades superiores que dieron las órdenes,

algunas del primer círculo del gobierno estatal. En julio de 1997, el Juzgado Tercero Penal, con sede en Acapulco, dictó sentencia definitiva contra los miembros de la policía motorizada que dispararon a los campesinos y contra algunos funcionarios menores ligados con los hechos de sangre, por lo que 39 personas fueron juzgadas y sentenciadas (*Reforma,* 12 de julio de 1997). Dos años después saldrían de prisión. Por su parte, la Suprema Corte de Justicia de la Nación envió a dos magistrados al lugar de los hechos con objeto de recoger testimonios y redactar un informe para su presentación al pleno. El dictamen final acreditó elementos suficientes para inculpar al gobernador. Obligado por las circunstancias, el 12 de marzo de 1996 Figueroa Alcocer pidió licencia para abandonar el cargo. El Congreso local designó gobernador sustituto a Ángel Aguirre Rivero, quien logró completar el sexenio.

Aguirre Rivero, originario de Ometepec y licenciado en economía por la UNAM, enfrentó, con escaso éxito, los estragos del huracán *Paulina*. La madrugada del 9 de octubre de 1997, el meteoro, de categoría 4 en la escala de Saffir-Simpson, se internó en Guerrero; las lluvias torrenciales en Acapulco dejaron caer una precipitación récord de 411.2 mm en menos de 24 horas. Las inundaciones, crecientes de los ríos y deslaves afectaron especialmente a las colonias populares asentadas en los cerros que rodean el puerto, con un saldo de pérdida de vidas humanas que osciló entre 230 y 400. Cerca de 300 000 personas quedaron sin hogar y los daños materiales ascendieron a 80 000 millones de pesos. Fue uno de los peores desastres naturales en la historia del país.

Al concluir la gestión de Aguirre Rivero en 1999, se formó el Instituto Guerrerense de la Cultura, con los objetivos de impulsar la investigación y la difusión cultural y artística y preservar las culturas indígena y popular. En esta materia, cabe decir que el estado cuenta con varios museos esparcidos a lo largo de su territorio. El Museo Regional de Guerrero (Chilpancingo) y el Museo Histórico de Acapulco, instalado en el Fuerte de San Diego, ambos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, son los más importantes. Al lado de ellos existen numerosos museos locales. La red de bibliotecas públicas está extendida en las principales ciudades

MAPA X.1. *Trayectoria ciclónica del huracán* Paulina

FUENTE: Servicio meteorológico nacional.

guerrerenses, pero no posee una cantidad apreciable de volúmenes. Entre los escasos fondos especializados, se cuenta el Archivo de Estudios Geográficos e Históricos del Estado de Guerrero (Acapulco), formado por el ingeniero yugoslavo Alejandro W. Paucic.

En 1999, luego de una elección muy cerrada (14 000 votos de diferencia), cuestionada por la oposición y un segmento de la opinión pública, René Juárez Cisneros (PRI) obtuvo el triunfo sobre Félix Salgado Macedonio (PRD). Con el ex edil acapulqueño, accedió por primera ocasión a la gubernatura un egresado de la UAG, donde se graduó como economista, con una trayectoria política

CUADRO X.1. *Elección de gobernador, 1980-2005*

Año	*PRI**	*PRD***	*PAN*
1980	90.2%	3.7%	1.1%
1986	87.1%	4.0%	2.8%
1993	63.5%	27.4%	2.6%
1999	49.6%	47.9%	1.7%
2005	36.7%	48.0%	0.9%

* En 1999 el PRI fue en coalición con el Partido de la Revolución Socialista (PRS), y en 2005, con el Partido Verde Ecologista de México (PVM) y el Partido del Trabajo (PT).

** En 1980 contendió por la izquierda el PCM; en 1986 una coalición formada por el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT); en 1999 el PRD se coaligó con el PT y el PRT; en 2005 el PRD fue en coalición con Convergencia Democrática (CD) y el PRS.

FUENTE: www.imocorp.com.mx

básicamente desarrollada en la entidad: secretario de Planeación y Presupuesto durante la administración de Ruiz Massieu, presidente municipal de Acapulco de 1990 a 1993, secretario de Planeación, Presupuesto y Desarrollo Urbano en el gobierno de Figueroa Alcocer, y diputado federal entre 1994 y 1997. Juárez Cisneros canalizó muchos recursos del erario a la obra pública. En ésta sobresale el embellecimiento de Chilpancingo, con obras como el soberbio bulevar alrededor del Huacapa.

La esfera pública guerrerense se ensanchó con la edición de periódicos en las principales ciudades del estado; Acapulco y Chilpancingo, pero también en Iguala, Zihuatanejo, Taxco y Ciudad Altamirano, así como en ciudades más pequeñas, que en la actualidad suman 22. Además, algunos diarios nacionales comenzaron a insertar secciones enteras dedicadas a los estados, Guerrero entre ellos, de tal manera que la información y el debate contaron con medios más expeditos para llegar a la sociedad. La radio local y la comunitaria cumplieron un papel semejante, al permitir una mayor discusión de los asuntos públicos. Esto, aunado al evidente desgaste del partido en el poder, convirtió a la elección de 1999 en un proceso bastante competido, particularmente entre el PRI y las agrupaciones de izquierda.

CUADRO X.2. *Elección presidencial, 1994-2006*

Año	PRI*	PRD**	PAN***
1994	48.6%	33.6%	9.4%
2000	43.6%	36.0%	19.0%
2006	26.5%	51.4%	16.1%

* En 2006 el PRI fue en coalición con el PVM.

** En 2000 el PRD se coaligó con el PT, CD, el Partido Alianza Social (PAS) y el Partido Sociedad Nacionalista (PSN); en 2006 el PRD fue en coalición con CD y el PT.

*** En 2000 el PAN se coaligó con el PVM.

FUENTE: www.imocorp.com.mx

De 1980 en adelante el partido hegemónico gradualmente perdió espacio con respecto a la oposición dentro de un virtual bipartidismo, donde el azul no parece ser el color de los guerrerenses. Incluso, cuando los resultados fueron más cerrados (1999 y 2005), la polarización perjudicó el desempeño electoral de Acción Nacional. Por su parte, las elecciones federales siguieron una tendencia parecida, aunque con la significativa diferencia de que, al disputarse la presidencia, la votación del PAN subió considerablemente, si bien no ascendió de la tercera posición, mientras descendió la del PRI. En 2003, el PRD superó por primera vez al PRI en las elecciones para diputados federales, indicio de lo que serían las de gobernador (2005) y la presidencial (2006).

Con una participación electoral no registrada hasta entonces (60.3%) en la elección constitucional, Carlos Zeferino Torreblanca Galindo recibió 589 074 votos, 48% del cómputo total, y se inauguró así la alternancia política en Guerrero. "Estoy concluyendo mi gobierno mirándole a los ojos a los guerrerenses con la conciencia tranquila, sereno y caminando despacio", señaló en su despedida el gobernador saliente, quien ofreció colaborar con la administración de Torreblanca Galindo: "cuando se le requiera para contribuir en el nuevo gobierno, para construir un mejor estado, lo hará, sin actitudes individualistas y revanchistas, pero sí con madurez y alturas de miras" (*El Universal*, 2 de abril de 2005). No asistieron al acto ninguno de los alcaldes del PRI, ni tampoco la dirigencia partidaria.

CUADRO X.3. *Elecciones intermedias para diputados federales, 1997-2009*

Año	*PRI*	*PRD*	*PAN*
1997	46.3%	42.5%	5.7%
2003	36.6%	38.2%	6.0%
2009	32.5%	29.3%	10.2%

FUENTE: www.imocorp.com.mx

De familia acapulqueña, Torreblanca Galindo nació en Guadalajara en 1954, pero al poco tiempo su familia regresó al puerto. Realizó la educación básica y secundaria en el Colegio MacGregor, y la media superior y profesional en el ITESM, donde se graduó de contador. Tomó algunos cursos de finanzas y administración de empresas en Inglaterra, y colaboró con las organizaciones empresariales de la entidad. Contendió por la alcaldía de Acapulco con las siglas del PRD en la elección de 1993 y, al año siguiente, se incorporó a su fracción parlamentaria federal como diputado de mayoría relativa, aunque sin afiliarse al partido. Fracasó en la elección municipal de 1996, pero tres años después ganó la alcaldía porteña con el apoyo de facto del PAN, que declinó presentar candidato propio. Triunfó en la elección constitucional de 2005 por la gubernatura, ante Héctor Astudillo Flores, del PRI, y Porfiria Sandoval Arroyo, por el PAN.

En un mandato lleno de claroscuros, a Torreblanca Galindo le ha tocado enfrentar la fuerte presencia del crimen organizado, la descomposición de los cuerpos de seguridad y la violencia política que, en agosto de 2009, cobró la vida de Armando Chavarría Barrera, su primer secretario de Gobierno, figura destacada del perredismo guerrerense y presidente del Congreso local. Todavía los órganos de justicia de la entidad no han logrado esclarecer las causas del homicidio. Asimismo, el ambicioso proyecto hidroeléctrico de La Parota, sobre el cauce del Río Papagayo, que supone una inversión federal de alrededor de 1 000 millones de pesos y 10 000 empleos directos durante la construcción, tampoco la ha podido llevar a efecto por la oposición de las comunidades, que habrían de reubicarse ante la inundación de sus tierras.

CUADRO X.4. *Elecciones municipales, 1989-2008*

Año	*PRI*	*PRD* (*número de alcaldías*)	*PAN*
1989	50	15	0
1993	61	13	0
1996	51	21	1
1999	53	21	1
2002	40	30	5
2005	33	40	3
2008	39	22	4

FUENTE: www.imocorp.com.mx

Históricamente, las elecciones municipales han constituido el espacio privilegiado de la política local. En 2002, la competencia entre el PRI y el PRD se cerró, con t riunfos en 40 y 30 alcaldías, respectivamente. Muchos de los municipios de mayoría indígena, tradicionalmente dominados por el PRI, pasaron a manos del PRD, e incluso el PT y el PAN se hicieron de algunos cabildos.

Significativo en este cambio fue que candidatos a alcaldes y a diputados locales pusieron en la agenda pública la preservación de la identidad indígena y los derechos de los pueblos originarios, así fuera únicamente para hacer frente a la coyuntura electoral. En Malinaltepec (Montaña) y San Luis Acatlán (Costa Chica), los candidatos a ediles superaron la disputa interna del PRD gracias a la nutrida participación de las comunidades indígenas, quienes lograron imponer al partido sus usos y costumbres en materia deliberativa.

MIGRACIÓN Y NARCOTRÁFICO

Los índices del atraso en Guerrero permanecen elevados, y no obstante el éxito relativo de algunas políticas públicas en materia de salud o educación, la pobreza y la marginación abruman a la entidad. La desigualdad social, lejos de abatirse, se incrementó en las últimas décadas, y no parece próxima la oportunidad de men-

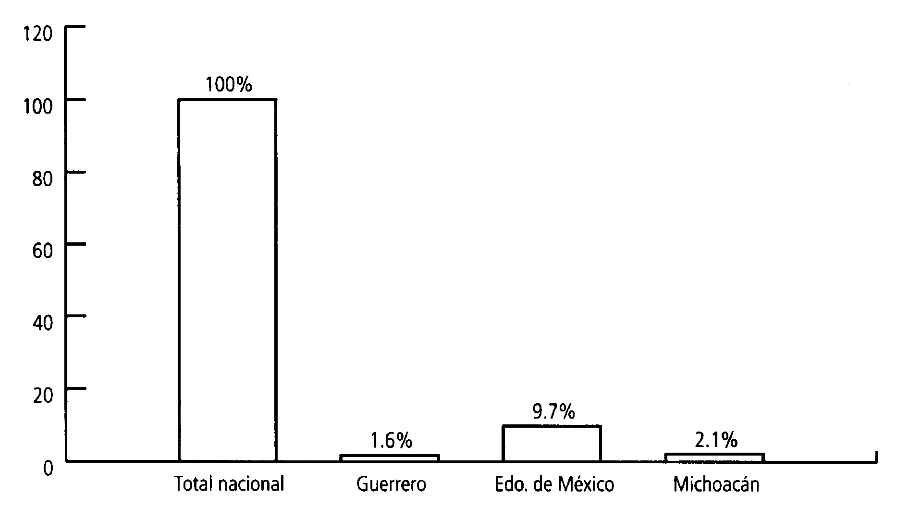
guarla siquiera. El turismo es todavía la actividad económica fundamental, pero como se reduce a la zona costera y a Taxco, deja enormes franjas del territorio al margen de su derrama económica. Entre las actividades lícitas, únicamente el sector de servicios apunta en dirección expansiva y está en posibilidad de absorber el crecimiento de la mano de obra en edad de laborar.

La aportación de la economía suriana al producto interno bruto (PIB) nacional ha sido insignificante: en 1960 fue de 1.32%; en 1970, de 1.21%; en 1980, de 1.68%, y para 2005 bajó a 1.5%. En 1980 los servicios vinculados con el turismo representaron 34% del PIB de la entidad; los servicios comunales, sociales y personales, 17%; el sector agropecuario, silvícola y pesquero, 14%; los servicios financieros, seguros y bienes inmuebles, 10%; el sector transportes, almacenamiento y comunicaciones, 8%; la industria manufacturera, 6%; la industria de la construcción, 6%, y el sector eléctrico, tan sólo dos por ciento.

Entre 1960 y 1990 la población económicamente activa (PEA) de la entidad bajó de 38.9 a 37.6%, con un desplazamiento sobre todo hacia el sector terciario, que pasó de 19.3 a 42.6%. Como consumidores de mano de obra en 1990 destacaron el comercio, los transportes, la construcción, las manufacturas, la agricultura, la ganadería, la caza y la pesca. De los habitantes mayores de 12 años (1'660 066), 636 938 formaban parte de la PEA; es decir, menos de 50%. Estos datos indican que la población aumentó en zonas urbanas y donde había oferta laboral, sobre todo en el sector de los servicios: 227 670 personas de la población empleada trabajaban en el sector primario, 103 128 en el secundario y 270 760 en el terciario. Del total, 244 201 eran empleados u obreros, 224 964 trabajaban por su cuenta, 71 283 eran peones o jornaleros y 9 514 se desempeñaban como patrones o empresarios. La mayoría percibía un ingreso situado en el rango de menos de uno a dos salarios mínimos. Acapulco (187 016), Chilpancingo (37 378), Iguala (28 472), Taxco (23 155), José Azueta (20 485) y Chilapa (17 614) eran los municipios más poblados.

Los datos recientes muestran una mejoría importante en cuanto al empleo en Guerrero, pero no en lo referente al ingreso. Pa-

GRÁFICA X.1. *Cuadro comparativo PIB, 2006*

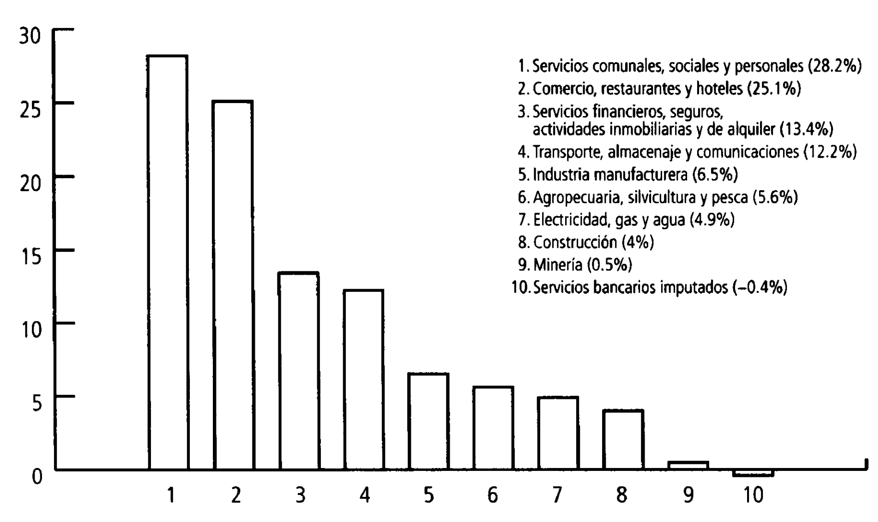


FUENTE: www.inegi.org.mx

ra 2009 la PEA representó 64.1%, con una ocupación de 49.4% en el sector terciario, 33.9% en el primario y 16.4% en el secundario. No obstante, 35.5% contaban con actividades no remuneradas (tal vez vinculadas con el trabajo familiar en el campo, los pequeños negocios y el trabajo doméstico), 33.8% ganaba hasta dos salarios mínimos, 23.7% entre dos y cinco, y únicamente 4.6% percibían más de cinco. Huelga decir que estas cifras colocan a la entidad muy por debajo de la media nacional, lo que posiblemente esté correlacionado con el nivel de escolaridad (7.5 años), también por debajo de aquel promedio (9.1). Éstas son algunas de las razones que hacen que su ingreso *per cápita* sea tan bajo (42017 pesos), y que el estado se sitúe en el lugar vigésimo noveno del país. Y probablemente también tenga que ver la incidencia de delitos, rubro en el que Guerrero ocupa el sitio vigésimo octavo en los del fuero común y el vigésimo primero en los del fuero federal.

Con estos índices de desempeño económico, y los pobres indicadores sociales de la entidad, no sorprende que la migración constituya una expectativa importante para los guerrerenses: el estado ocupa el primer lugar en migración interna y el quinto en migración internacional, con lo que se ubica en la novena posición

GRÁFICA X.2. *Producto interno bruto total (PIBT) por división de actividad económica del estado de Guerrero, 2006*



FUENTE: www.inegi.org.mx

en cuanto a la recepción de remesas. Cada año, aproximadamente parten hacia Estados Unidos (ahora también hacia Canadá) 73 000 hombres y mujeres guerrerenses en busca de mejores oportunidades laborales. Estimaciones recientes calculan que hay cerca de un millón en Estados Unidos, un tercio de la población actual de la entidad. En Chicago viven alrededor de 73 000 guerrerenses, que superan a la población de Chilpancingo, la segunda ciudad más poblada del estado.

La migración interna contiene un significativo componente indígena. Millares de nahuas, tlapanecos y mixtecos marchan estacionalmente a Sinaloa, Sonora, Michoacán, Baja California, Chihuahua, Zacatecas, Nayarit, Morelos y Ciudad Altamirano (en la propia entidad) para ocuparse como jornaleros. Sinaloa constituye el destino principal de estos migrantes (65%). En los últimos años, se ha modificado la forma y duración de las salidas. Caracteriza a la migración indígena el desplazamiento temporal y cíclico a los lugares de trabajo, sin abandonar parcelas ni comunidades, aunque está creciendo la migración golondrina ligada al ciclo agropecuario en el noroeste (Sinaloa, Sonora, Baja California) y de indígenas

que tratan de ir a Estados Unidos (4%). Estos mercados laborales pagan salarios muy bajos (si bien altos para los sureños), requieren el trabajo a destajo y emplean a toda la familia, que carece de cualquier tipo de protección legal. De acuerdo con la Secretaría de Desarrollo Social, poco más de 14000 indígenas de la Montaña migraron como jornaleros en 2006. Tlapa, Metlatónoc y Cochoapa el Grande expulsan el mayor volumen de brazos, a veces familias enteras, por lo que casi la mitad de la migración interna guerrerense la conforman niños.

Desafortunadamente, otra de las salidas a la marginación se ha buscado en el cultivo y trasiego de droga. Guerrero es el primer productor de amapola y marihuana en el país, mucho mejor recompensados por el mercado que los cultivos tradicionales. Hace poco tiempo, el general Roberto de la Vega Díaz, comandante de la 35ª zona militar, reconoció que el problema principal es que los campesinos "no tienen otra forma de vida y optan por sembrar enervantes". Los plantíos ilegales han dañado considerablemente los bosques, talados ya no sólo para el tráfico de madera, sino ahora también para habilitarlos como sembradíos de estupefacientes. Esta dura realidad está detrás de la espiral de violencia atizada por los cárteles de la droga, que arrancó en enero de 2006 con el sangriento enfrentamiento en la colonia La Garita de Acapulco. Desde entonces, ésta no hizo sino aumentar en intensidad, de manera tal que la entidad ocupa un nada envidiable primer sitio en la estadística de homicidios dolosos del periodo 2001-2006. Actualmente registra cuatro decesos diarios, contra dos en 2005. Ante la imposibilidad de atajar la delincuencia organizada por sus propios medios, la administración de Torreblanca Galindo fue la primera en solicitar la intervención de los órganos de seguridad federales. Admitiendo su impotencia, el gobernador acuñó la versión suriana del 'Y yo, ¿por qué?': "Ni quiero, ni puedo, ni tengo que combatir el narcotráfico", declaró a los medios.

CONCLUSIÓN

LA RUDA GEOGRAFÍA DEL TERRITORIO GUERRERENSE estableció un dique natural con el centro del país, que le permitió al estado cierta autonomía política y cultural. Como vimos, durante la época prehispánica el sur no fue sede de ninguno de los centros religioso-políticos dominantes, ni construyó tampoco megalópolis alguna; sin embargo, olmecas, teotihuacanos, mayas y mexicas, ya fuera por presencia directa o a consecuencia del comercio, dejaron huellas en los pobladores indígenas locales, las cuales se mezclaron con los rasgos propios para producir una cultura híbrida.

En la época colonial, parte del territorio suriano perteneció al extremo sur de las provincias de México, Michoacán y Puebla de los Ángeles. Con las reformas borbónicas, lo que ahora es Guerrero formó parte de las intendencias de Valladolid, México y Puebla. Dos ejes económicos y un par de espacios geográficos fueron los más beneficiados por su articulación con la economía mundial: el centro minero de Taxco y el puerto de Acapulco, a donde llegaban las mercancías por la Nao de China. La arriería y los caminos de carretas unieron a Acapulco con el litoral michoacano y tierra adentro por Puente de Ixtla, provincia de México, vía el actual Morelos. Lugares como Iguala se fortalecieron en el Porfiriato por su dinámica economía doméstica y la ventaja de tener una terminal ferroviaria. A la vez, regiones como la Montaña y amplias porciones de las costas, donde se formaron haciendas, quedaron bastante rezagadas. En el siglo XX las disparidades regionales crecieron todavía más, al concentrarse en los puertos turísticos de la Costa Grande el eje de la economía. Esto, por supuesto, incentivó una numerosa migración del campo a la ciudad y dio origen a cinturones de miseria en los principales centros urbanos. A estos desequilibrios regionales se sumó una extrema desigualdad social,

fuente de la violencia endémica que ha padecido el estado, agravada aún más por la acción disruptiva del narcotráfico.

A Guerrero le corresponde el ingrato honor de poseer el municipio más pobre del país; Metlatónoc, también indígena, habría de agregarse. Prácticamente asociadas, la pobreza y la marginación son los mayores lastres sociales desde que el Sur alcanzó la soberanía. Con una concentración de población autóctona por encima de la media nacional, las erráticas políticas públicas no han ayudado mayor cosa para lograr una elemental equidad. La creciente migración golondrina hacia los campos del norte del país parece ser la única salida decorosa para huir del hambre y la insalubridad. Ocasionalmente, las comunidades indígenas optaron por la autoorganización y la participación política; a veces, recurrieron a otras formas de lucha, con la justa aspiración de vivir dignamente.

Mientras los pueblos mesoamericanos tuvieron continuos periodos de guerra, ya fuera para ensanchar dominios, sojuzgar poblaciones y obtener tributos, hacerse de prisioneros con los cuales alimentar a unos dioses exigentes, y por conflictos internos, el periodo virreinal ofreció un panorama más apacible, con una concentración de la violencia rural en las áreas periféricas de la Nueva España. Sin embargo, el ocaso colonial vino acompañado de un levantamiento campesino general y de la expansión de la violencia agraria, la cual mantuvo una elevada intensidad a escala nacional en la década de los treinta.

Por mucho tiempo, Juan N. Álvarez contuvo a las fuerzas políticas y sociales surianas, fue interlocutor del gobierno nacional y medió en las disputas locales. Vicente Jiménez, de Tixtla; Diego Álvarez, de la costa, y Canuto A. Neri, del centro, fueron las tres cabezas que surgieron tras su muerte. Enfrentados siempre, Jiménez y Álvarez se alternaron las riendas de la entidad; Neri incluso desafió a Porfirio Díaz, y perdió la vida por esa causa. Díaz, por su parte, canceló la autonomía del estado al imponer a los gobernadores, y si bien logró dominarlo, tironeó la relación entre las fuerzas políticas locales y los emisarios del régimen, carentes por lo general de bases de apoyo y dependientes de la voluntad del oaxaqueño. Las revueltas de Neri (1893), Rafael Castillo Calde-

rón (1905) y Francisco y Ambrosio Figueroa (1911) expresaron este conflicto latente. Durante la Revolución, el sur recuperó parte de la autonomía perdida. El grupo más compacto fue el de los Figueroa: Francisco Figueroa gobernó dos veces la entidad; Rubén Figueroa Figueroa estuvo un sexenio entero a cargo del Ejecutivo estatal, y Rubén Figueroa Alcocer lo encabezó por tres años. En 2005 llegó la alternancia a Guerrero. Queda aún por ver si eso es suficiente para desmontar las viejas raíces, sembradas incluso antes de que el sur fuera Guerrero.

CRONOLOGÍA

1468-1502	Ahuítzotl domina la mayor parte del territorio suriano.
1529	Fundación de Taxco.
1531	Rebelión de los yopes.
1532	Fundación de Acapulco.
1548	Tuzantla paga tributo en plata a los conquistadores españoles. Muere fray Juan de Zumárraga, arzobispo de México.
1565	Atraca en Acapulco el Galeón de Manila.
1591	Fundación de Chilpancingo. Fray Juan de Torquemada inicia la redacción de la *Monarquía indiana*.
1742	José de la Borda llega a Taxco.
1743	George Anson, marino inglés, se apodera del Galeón de Manila.
1751	Se inicia la construcción de la iglesia de Santa Prisca.
1767	Nacimiento de Valerio Trujano en Tepecoacuilco.
1772	Hermenegildo Galeana nace en Tecpan.
1778	Comienza la construcción del fuerte de San Diego.
1783	Nacimiento de Vicente Guerrero en Tixtla.
1784	Se levantan las prohibiciones que impedían comerciar a la Nueva España con Filipinas.
1786	Desaparecen las alcaldías mayores de Tlapa, Taxco, Iguala, Chilapa, Tixtla, Ajuchitlán, Acapulco y Zacatula.
1789	Nicolás Bravo nace en la hacienda de Chichihualco.
1790	Nacimiento de José María Izazaga en la hacienda de El Rosario. Se establece una ruta marítima permanente entre Acapulco y El Callao. Nace Juan N. Álvarez en Atoyac.
1791	Arriba Alejandro Malaspina al puerto de Acapulco.
1799	Carlos IV concede a Acapulco el título de ciudad. Manuel Abad y Queipo escribe la *Representación sobre la inmunidad del clero*.
1803	Alejandro de Humboldt llega a Acapulco.

1808 Se forma en Tepecoacuilco un centro conspirador en favor de la independencia. Un grupo de comerciantes depone en la Ciudad de México al virrey Iturrigaray.

1810 La familia Bravo toma las armas en Chilpancingo. Hidalgo da el Grito de Dolores.

1811 José María Morelos y Pavón decreta la creación de la provincia de Tecpan, otorgándole el título de ciudad. Félix María Calleja derrota al ejército insurgente en Puente de Calderón.

1812 Nace Diego Álvarez en Coyuca de Benítez. Morelos rompe el sitio de Cuautla.

1813 Llega a Chilpancingo la primera imprenta que hubo en el sur. Nombran a Calleja virrey. Morelos da a Chilpancingo el título de ciudad y la nombra Nuestra Señora de la Asunción. Primer Congreso del Anáhuac, en Chilpancingo.

1814 Muerte de Hermenegildo Galeana. Los realistas del Llano y Agustín de Iturbide derrotan a Morelos en Puruarán. Ejecución de Mariano Matamoros.

1815 Fusilan a Morelos en San Cristóbal Ecatepec.

1816 Pío VII expide la bula que crea el obispado de Chilapa.

1817 Muere Juan del Carmen. Francisco Javier Mina y fray Servando Teresa de Mier desembarcan en Soto la Marina.

1818 Guerrero forma el Gobierno Provisional Mexicano. Muerte de Juan José Galeana. Nombran virrey a Juan Ruiz de Apodaca.

1819 Juan N. Álvarez es nombrado segundo comandante general de la costa del sur. Muere José María Cos, editor de *El Ilustrador Nacional* y *El Ilustrador Americano.*

1820 Pedro Ascencio de Alquisiras derrota a Iturbide. Deportan a España a fray Servando Teresa de Mier.

1821 José Magdaleno Ocampo confecciona la bandera nacional en Iguala. Publicación de *El Mejicano Independiente,* primer periódico de la región. Última visita del Galeón de Manila a Acapulco. Tratados de Córdoba. Carlos María de Bustamante publica *La Avispa de Chilpancingo.*

1822 Se edita *El Relámpago*. Proclaman a Iturbide emperador de México.

1823 Después de la visita de Joel R. Poinsett a Taxco, se difunde en Estados Unidos, y después en el resto del mundo, la flor de nochebuena.

1826 Nace en Taxco Lauro María Jiménez, primer mexicano en estudiar los microorganismos.

1827 Nicolás Bravo se pronuncia en contra del gobierno de Guadalupe Victoria.

1829 Guerrero preside el gobierno nacional. Expulsión de los españoles.

1830 Juan N. Álvarez, José Salgado y Juan José Codallos forman el Ejército Federal Mexicano. Se incorpora Texas a la Federación. El presidente Anastasio Bustamante nombra a Lucas Alamán ministro de Relaciones Exteriores. Crean el Banco de Avío.

1831 Fusilan a Guerrero en Cuilapam.

1832 Álvarez se adhiere al Plan de Veracruz.

1833 Publicación de *La Antorcha*. José Justo Gómez de la Cortina funda la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

1834 Nace Ignacio Manuel Altamirano en Tixtla.

1835 Álvarez desconoce a Santa Anna como presidente de la República. Constitución centralista.

1841 Bravo y Álvarez convocan a la creación del Departamento del Sur.

1842 Insurrección de Quechultenango. La Compañía Lancasteriana se hace cargo de la instrucción pública.

1843 El gobierno de Santa Anna declara a Álvarez en rebeldía. Promulgación de las Bases de Organización Política de la República Mexicana.

1844 Sublevación de Ahuacuotzingo, acaudillada por Miguel Covarrubias.

1845 Plan de Mochitlán. José Joaquín de Herrera ocupa la presidencia. Nombran a Álvarez comandante de la División del Sur.

1846 Álvarez se pronuncia por el restablecimiento del federalismo. Se inicia la guerra con Estados Unidos.

1847 El Congreso aprueba la formación del estado de Guerrero.

1848 La legislatura de Michoacán resuelve no ceder a Guerrero la municipalidad de Coyuca. Tratado de Paz, Amistad y Límites entre México y Estados Unidos.

1849 Se erige el estado de Guerrero, gobernado provisionalmente por Álvarez. Juan de la Granja introduce el telégrafo.

1850 Iguala alberga al primer Congreso local. Publicación de *La Aurora del Sur,* primer periódico oficial de la entidad. Miguel García asume el gobierno estatal.

1851 Tixtla se convierte en la capital guerrerense. Promulgación de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Guerrero. El Congreso nombra a Mariano Arista presidente constitucional.

1852 Álvarez deja la gubernatura.

1853 Tomás Moreno es designado gobernador.

1854 Plan de Ayutla.

1855 Editan en Acapulco *El Restaurador de la Libertad.*

1856 Miguel García ocupa la gubernatura. Miguel Lerdo de Tejada expide la Ley de Desamortización de los Bienes de las Corporaciones Religiosas y Civiles. Congreso Constituyente.

1857 Álvarez publica el *Manifiesto a los pueblos cultos de Europa y América.* José María Lafragua emite la Ley Orgánica del Registro Civil y la Ley sobre Secularización de Cementerios. Plan de Tacubaya.

1858 Álvarez reconoce al gobierno juarista. Félix María Zuloaga ocupa la presidencia y deroga la Constitución de 1957.

1859 Vicente Jiménez promulga en Guerrero las Leyes de Reforma. Retiro de la representación mexicana del Vaticano.

1860 Anselmo Torrija ocupa la gubernatura. Benito Juárez decreta la libertad de cultos.

1861 Ignacio Manuel Altamirano es electo diputado al Congreso federal. El Congreso suspende por dos años el pago de la deuda externa. Llega a México el socialista griego Plotino C. Rhodakanaty.

1862 Publicación de *El Arco Iris.* Llegan las escuadras francesa e inglesa a Veracruz. Batalla de Puebla.

1863 Porfirio Díaz recupera Taxco y Chilpancingo.
1864 La escuadra francesa bloquea Acapulco. Desembarcan en Veracruz Maximiliano y Carlota.
1865 Fundación del Club Álvarez en Tixtla.
1866 Juárez declara a Guerrero en estado de sitio.
1867 Fallece Álvarez en La Providencia. Publican *El Progreso de Guerrero*. Fusilan a Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía en el Cerro de las Campanas.
1868 Publicación de *El Costeño* y *La Paz*. Fundación del Conservatorio Nacional de Música.
1869 Creación del Instituto Literario en Tixtla. Altamirano edita *El Renacimiento*.
1870 Formación del distrito de Bravos.
1871 Jiménez apoya el Plan de La Noria.
1872 Fallecimiento de Francisco Granados Maldonado. Fundan el Gran Círculo de Obreros de México. Muerte de Juárez.
1873 Publicación de *El Fénix*.
1874 Promulgación de la Constitución Política del Estado Libre y Soberano de Guerrero.
1875 Publicación de *La Voz de Aldama*.
1876 Díaz nombra a Vicente Jiménez gobernador y jefe de la revolución en Guerrero.
1877 Muere en Tecpan Juan B. Berdeja.
1878 Designan a Canuto A. Neri jefe militar en el estado.
1879 Nace el músico Emilio Vázquez Jiménez.
1880 Nueva Constitución política. Publican *El Porvenir del Sur* y *La Opinión del Sur*.
1881 Diego Álvarez ocupa la gubernatura.
1882 Publicación de *La Estrella del Sur*.
1883 Inauguración del palacio de gobierno de Chilpancingo.
1885 División del estado en 13 distritos.
1886 Promulgación del Código Penal estatal. Creación del distrito de Zaragoza.
1887 Altamirano funda la Escuela Normal del estado.
1889 Nace Adolfo Cienfuegos y Camus.
1890 Nacen Ezequiel Padilla y Juan Ranulfo Escudero. Una refor-

	ma constitucional permite la reelección ininterrumpida del presidente.
1890-1891	Rebelión de Juan Galeana.
1891	Nacimiento del músico Antonio I. Delgado.
1892	Arroyo Grande cambia su nombre por Arcelia.
1893	Muere Altamirano en San Remo, Italia. Revuelta de Canuto A. Neri.
1894	Publicación de *El Atleta, El Imparcial* y *El Avisador.*
1895	Nace el escritor José Castilleja Ugarte.
1896	Publicación de *El Iris del Sur.*
1897	Nace en Zirándaro Ignacio Chávez; publican *El Buquet, El Niño* y *La Miniatura.*
1899	Muere Diego Álvarez en La Providencia. Publicación de *El Eco del Sur* y *La Educación Artística.*
1901	El Plan del Zapote desconoce a Díaz.
1904	Fallece Agustín Mora. Ricardo Flores Magón huye a Estados Unidos.
1905	Movimiento de Rafael Castillo Calderón.
1906	Pungarabato y Zirándaro se incorporan a Guerrero. Huelga de Cananea.
1907	Nace el pintor Leopoldo Estrada. Huelga de Río Blanco.
1908	Nace Rubén Figueroa Figueroa. El periodista James Creelman entrevista a Díaz.
1910	Inauguración de la carretera Iguala-Chilpancingo. Plan de San Luis.
1913	Fusilan en Iguala a Ambrosio Figueroa. Asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.
1914	Emiliano Zapata toma Chilpancingo.
1915	Asesinato de Julián Blanco.
1916	Nace el poeta Juan García Jiménez.
1917	Revuelta de Buenavista de Cuéllar. Promulgan la Constitución en Querétaro.
1919	Fundación del Partido Obrero de Acapulco. Asesinato de Zapata. Creación del Partido Comunista Mexicano.
1920	Muerte de Silvestre G. Mariscal. Álvaro Obregón escapa a Guerrero. Rebelión de Agua Prieta. Asesinato de Carranza.

1921 Publicación de *El Mañana Rojo*.
1922 Expedición de la Ley Agraria.
1923 Asesinato de Escudero. Tratados de Bucareli.
1925 Nace Guillermo Soberón Acevedo.
1926 Plan del Veladero.
1927 Inauguración de la carretera México-Acapulco. Rebelión cristera.
1931 Nacimiento de Genaro Vázquez Rojas. Promulgación de la Ley Federal del Trabajo. Constitución de la Liga Nacional Campesina.
1933 Llega el PCM a Guerrero.
1939 Nacen Lucio Cabañas Barrientos y Rubén Figueroa Alcocer.
1941 Cae el gobernador Alberto F. Berber.
1946 Nacimiento de José Francisco Ruiz Massieu.
1954 Caída del gobernador Alejandro Gómez Maganda.
1959 Formación de la Asociación Cívica de Guerrero (ACG). Huelga de los trabajadores ferrocarrileros.
1960 Movimiento popular.
1961 Renuncia de Raúl Caballero Aburto a la gubernatura. Fundación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN).
1971 Muerte del gobernador Caritino Maldonado Pérez.
1972 Muere Genaro Vázquez Rojas.
1974 Muerte de Lucio Cabañas Barrientos.
1975 Inicia el gobierno de Rubén Figueroa Figueroa.
1981 Alejandro Cervantes Delgado ocupa la gubernatura.
1987 Inicia el gobierno de José Francisco Ruiz Massieu.
1994 Asesinato de Ruiz Massieu. Levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Asesinato de Luis Donaldo Colosio.
1995 Matanza de campesinos en Aguas Blancas.
1996 Rubén Figueroa Alcocer pide licencia como gobernador. Aparece de manera pública el Ejército Popular Revolucionario (EPR).
1997 El huracán *Paulina* devasta parte de Acapulco.
1999 René Juárez Cisneros ocupa la gubernatura.

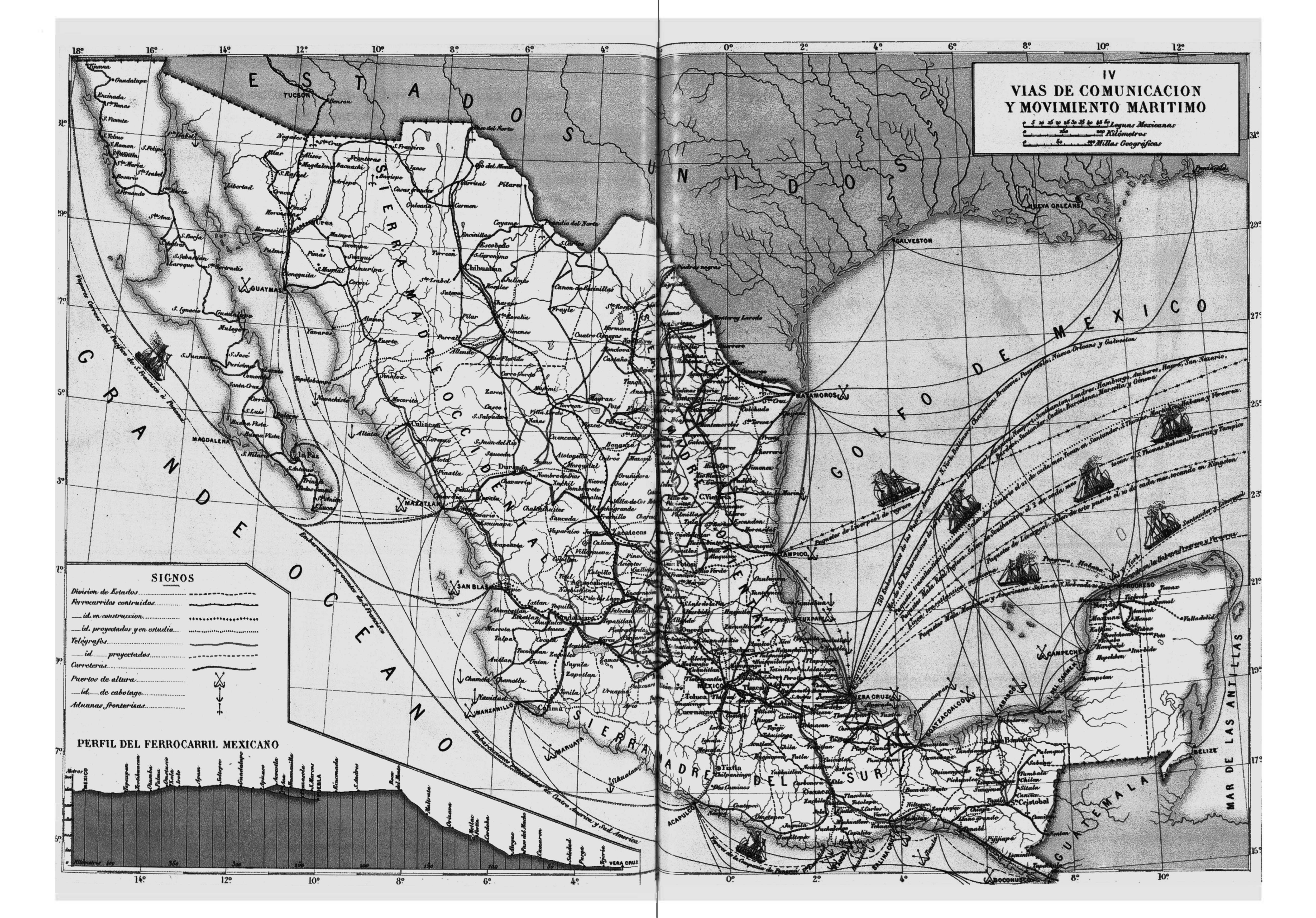
2003	El PRI deja de ser la primera fuerza electoral en el estado.
2005	Carlos Zeferino Torreblanca Galindo ocupa la gubernatura.
2009	El PRI vuelve a ser la primera fuerza electoral en el estado. Asesinan en Chilpancingo a Armando Chavarría Barrera.

GUERRERO
IMÁGENES DE SU HISTORIA

Investigación y gestión iconográfica
Laura Villanueva Fonseca
Carlos Illades

Reprografía y fotografía
Miriam Teodoro González

Texto y selección de imagen
Yovana Celaya Nández


IV
VIAS DE COMUNICACION
Y MOVIMIENTO MARITIMO
Leguas Mexicanas
Kilómetros
Millas Geográficas
ESTADOS UNIDOS
GOLFO DE MEXICO
GRANDE OCÉANO
SIERRA MADRE OCCIDENTAL
SIERRA MADRE DEL SUR
MAR DE LAS ANTILLAS
GUATEMALA
TUCSON
NUEVA ORLEANS
GALVESTON
GUAYMAS
MAGDALENA
MAZATLAN
SAN BLAS
MANZANILLO
ACAPULCO
MATAMOROS
TAMPICO
MEXICO
VERA CRUZ
CAMPECHE
BELIZE
SIGNOS
Division de Estados
Ferrocarriles contruidos
id. en construccion
id. proyectados y en estudio
Telégrafos
id. proyectados
Carreteras
Puertos de altura
id. de cabotage
Aduanas fronterizas
PERFIL DEL FERROCARRIL MEXICANO

Territorio



1. La Quebrada, Acapulco, 1945

En la geografía guerrerense hay montañas, escarpadas serranías y profundas barrancas que atraviesan el estado en todas direcciones. El sistema montañoso de la Sierra Madre, presente en todo el territorio, determina su geografía y la hace una región con alta densidad sísmica. Del eje volcánico nacen tres sierras: Zultepec, Zacualpan y la Sierra de Taxco, en las que se encuentran abundantes minerales, como oro, hierro, plomo, plata y fluorita.

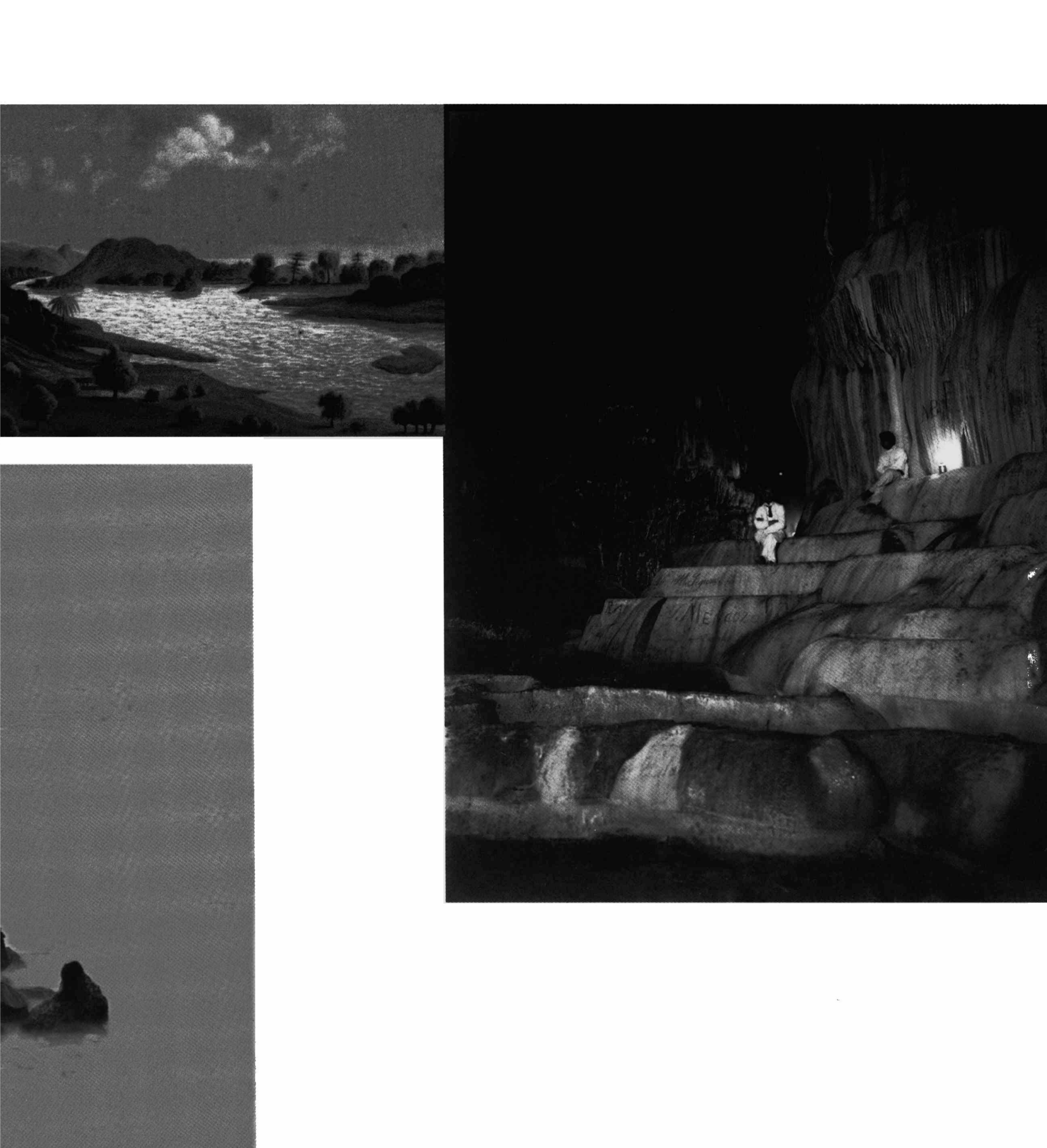


2. Puerto de Acapulco, 1941
3. Vista aérea de Taxco, 1956



Amén de ser escarpado, el territorio guerrerense se ve alimentado por numerosos ríos y lagunas. En la vertiente norte, delimitada por el paso de la Sierra Madre del Sur, fluyen los ríos Balsas, Nexapa, Amacuzac, Cuetzala, de Cocula y Tepecoacuilco o Huitzuco, entre otros; a la vertiente del sur pertenecen los ríos Unión, de Ixtapa, Jeronimito, Tecpan, San Luis, Petatlán y Coyuquilla, por mencionar algunos. Cuatro lagunas, separadas del océano Pacífico por el cordón litoral, se localizan dentro de sus costas: Laguna de Potosí, Laguna de Nusco, Laguna de Coyuca y Laguna de Mitla. Además, el estado cuenta con dos famosas bahías turísticas, la de Acapulco y la de Ixtapa.



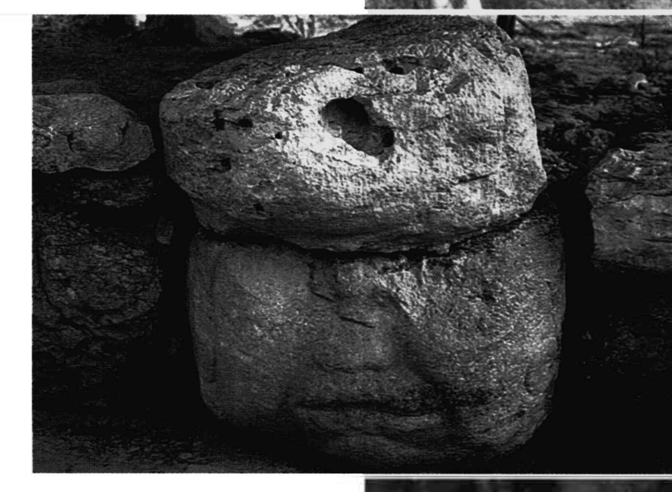


4. Ixtapa
5. Río Balsas
6. Grutas de Cacahuamilpa, *ca.* 1904

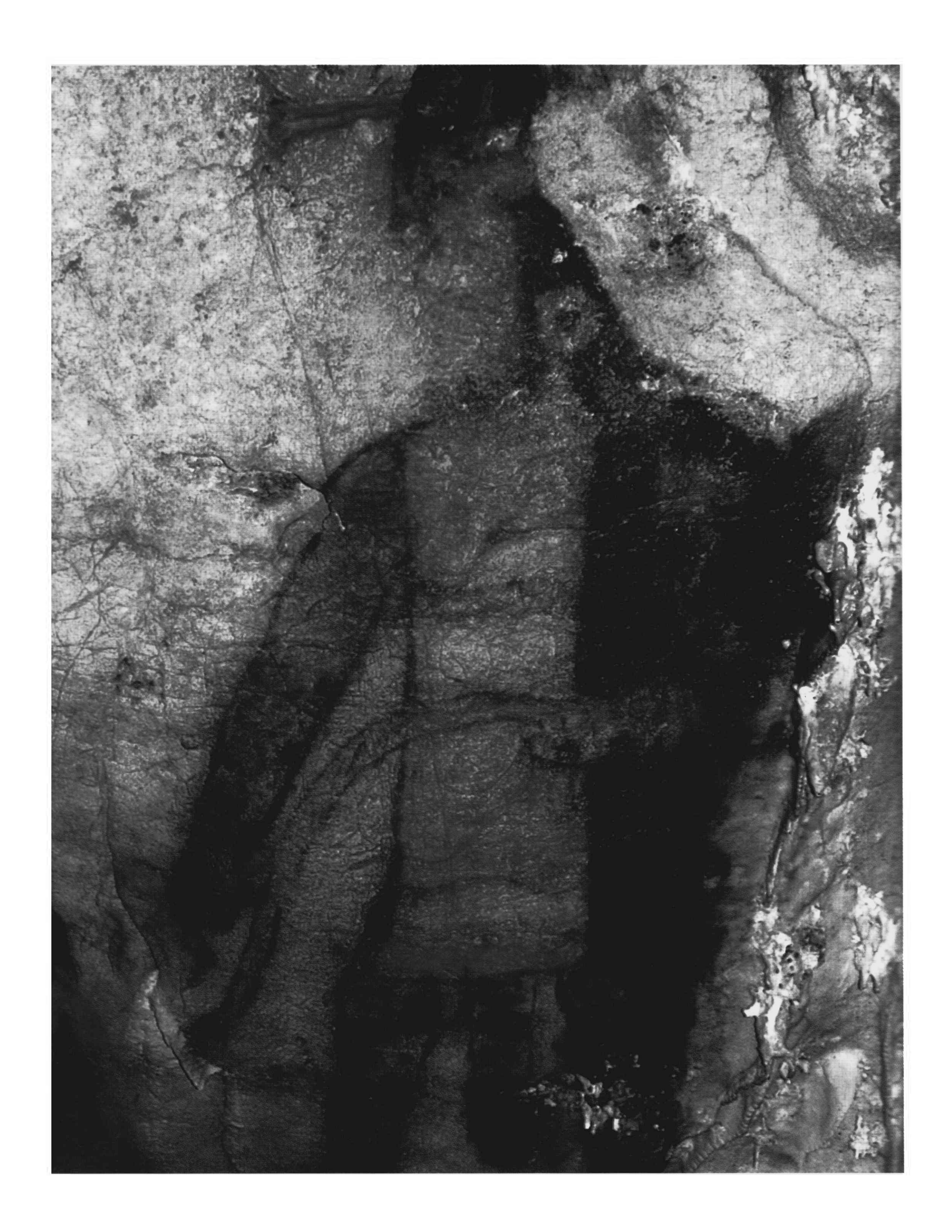
Prehispánico

Restos de civilizaciones con 22 000 años de antigüedad han sido encontrados en los límites de Guerrero y Morelos. A partir del siglo VIII a.C. comenzaron a asentarse tribus sedentarias a orillas de los ríos y lagunas del lugar. En Puerto Marqués, cerca de la actual ciudad de Acapulco, se han encontrado restos de civilizaciones prehispánicas de, por lo menos, 5 000 años de antigüedad.

En las márgenes del Río Balsas, la cultura Mezcala habitó el territorio que hoy corresponde al estado de Guerrero. Con una antigüedad de 2 500 años aproximadamente, las pinturas rupestres de Juxtlahuaca se consideran las más antiguas del continente americano. El origen de esta cultura es motivo de polémica, pues hay quienes afirman que pertenecía a la cultura olmeca y quienes, en cambio, sostienen que sólo recibió influencia de esa cultura mesoamericana. De lo que no queda duda es de la influencia cosmogónica, social y de infraestructura que recibió de los olmecas.



7. Escultura estilo olmeca, Teopantecuanitlán
8. Pintura mural estilo olmeca, grutas de Juxtlahuaca



El florecimiento y la movilidad de otras culturas americanas propició un mosaico cultural muy diverso en suelo guerrerense. En el siglo XV d.C. había purépechas, mazatlecos, chontales, mixtecos, tlapanecos, cuitlecas, tepoztecos, pantecas, yopis y chubias, entre muchos otros.



9. Rey de la Chole, Soledad de Maciel

Mundo colonial

La noticia de la existencia de minas en el territorio sureño llevó a las huestes de Hernán Cortés a su búsqueda por tierras guerrerenses. La riqueza de las minas de plata dio origen a la fundación de Taxco; pronto inició la explotación y brazos indios y esclavos negros se dedicaron a la extracción. Otras minas fueron descubiertas en Zultepec, Coyuca, Zumpango del Río, Chiautla, Ixcaputzalco, Chilapa, Ayacastla y Xicayán. Pero sin duda fue Taxco, con su imponente parroquia, la que mayor riqueza generó.



10. Templo de Santa Prisca, Taxco

La explotación minera modificó la estructura de los pueblos indios, en sus formas de producción y en las relaciones que establecieron tanto con españoles como con la creciente población negra y mulata que llegaba a trabajar en las minas o en el puerto de Acapulco.

La evangelización quedó en manos de los franciscanos y agustinos, quienes se dividieron los pueblos para realizar la catequesis.



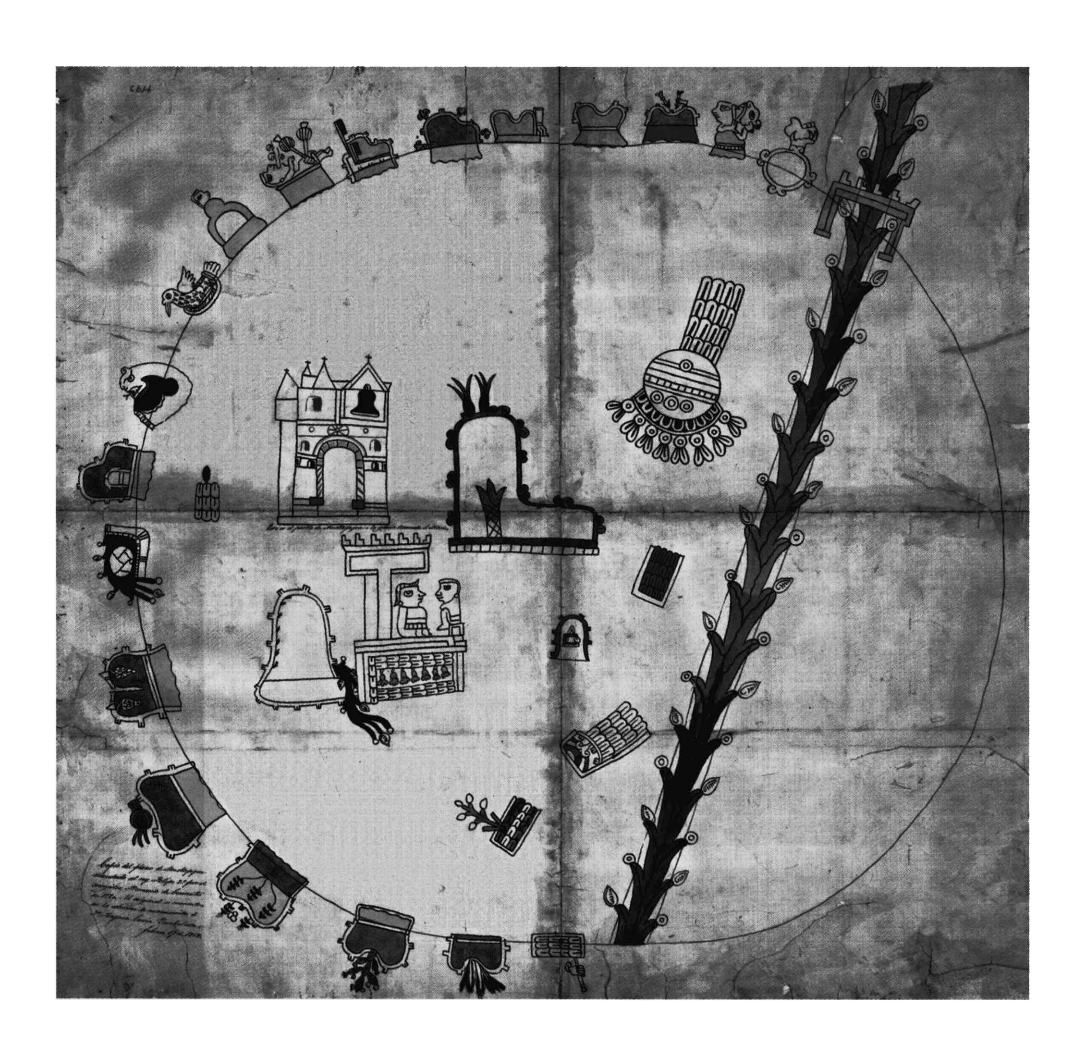


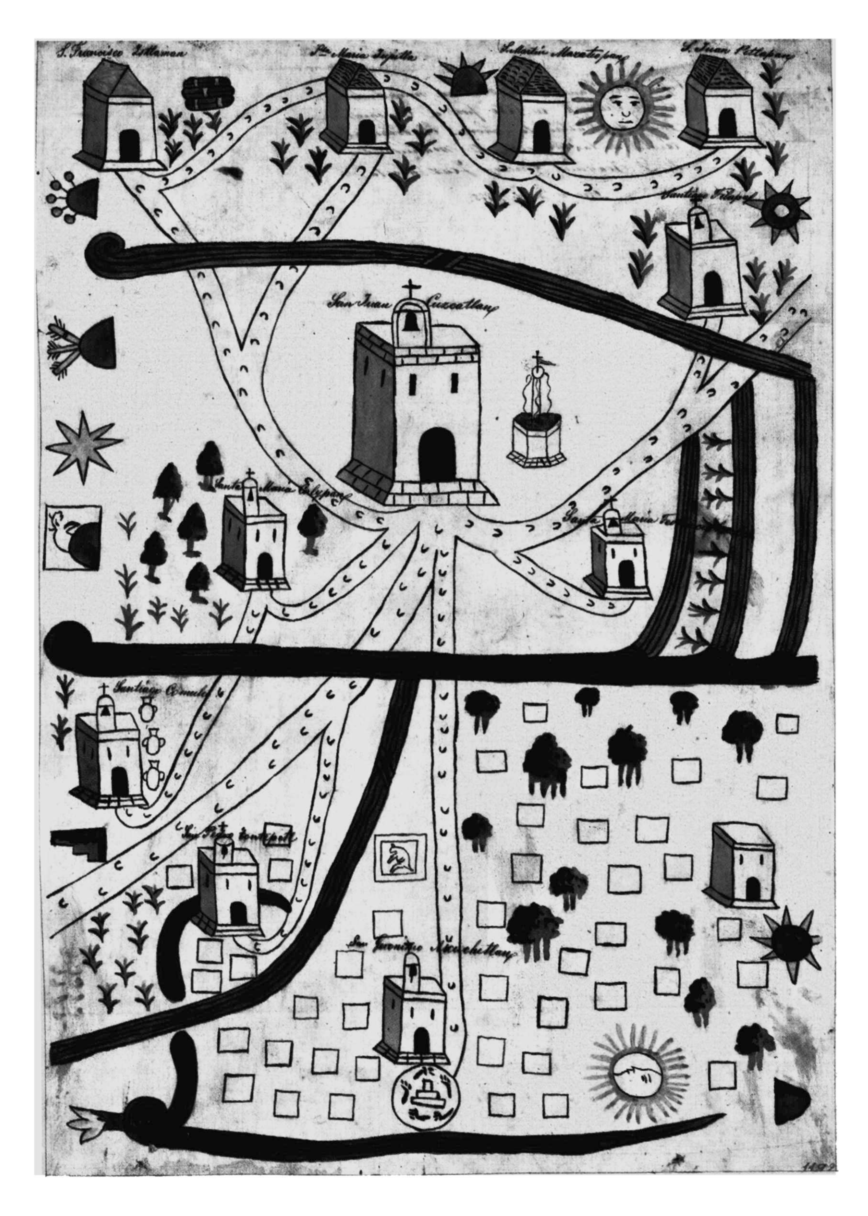
11. Convento de Ocuituco, Morelos

12. En los inicios del periodo colonial se dio un intenso mestizaje entre la población esclava proveniente de África y los españoles e indios; de gran riqueza cultural, este mestizaje se manifiesta hasta nuestros días en la gastronomía, los bailes y la religiosidad, presente especialmente en la costa guerrerense

La defensa de los pueblos

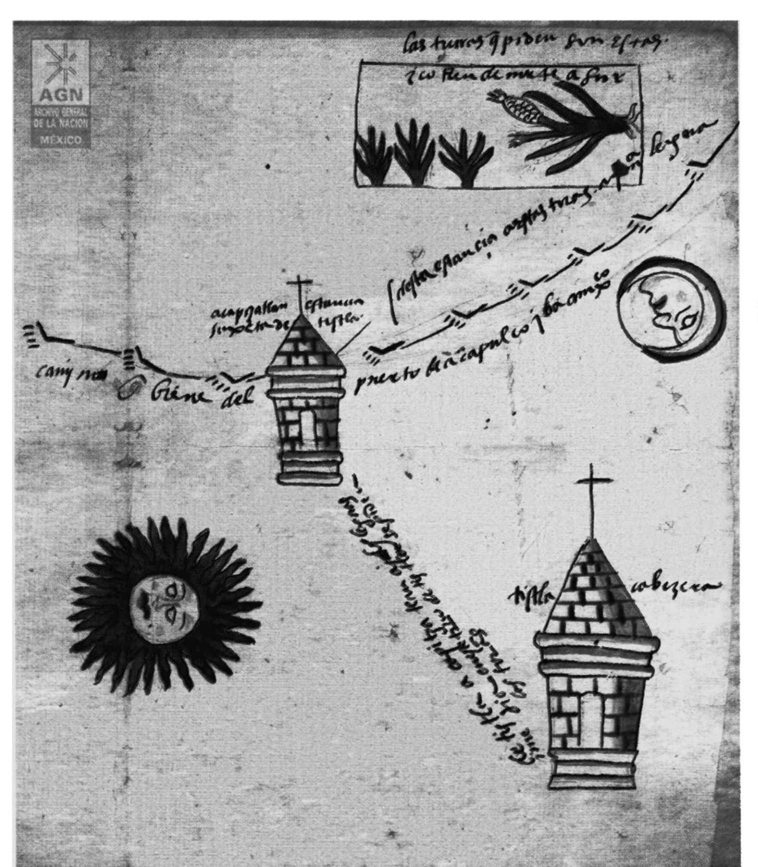
Los pueblos de indios debieron incorporarse al sistema de organización política, económica y religiosa de los españoles: encomiendas, misiones y nuevos sistemas de explotación económica aparecieron desde el siglo XVI. La defensa de la tierra y, en consecuencia, de su comunidad y medio de sustento fue tema recurrente en la definición y demanda de sus derechos. En los documentos relativos incorporaron elementos pictográficos para representar el espacio de sus comunidades.





13. Copia del plano de Amoltepe que recibió el rey Felipe II en 1580 de parte del corregidor Fernando de Cervantes (el original se encuentra en la colección de Joaquín García Icazbalceta), s. f.

14. Copia del plano de Cozcatlán, enviado al rey Felipe II en 1580 de parte del corregidor Juan Castañeda León (el original se conserva en la colección de Joaquín García Icazbalceta), s. f.





15. Tiztla, 1580
16. Tlalcosautitlán, Chilapa, 1587
17. Toscaquiquila, Chilapa, 1619





18. Quechiltenango, Colotlipa y Chilapa, 1652
19. Tierras de Santa María Acatlán, Tetela del Río, 1760

En la medida en que avanzaba el siglo XVI se incorporaron mayores elementos de la cultura pictográfica europea en los mapas para la defensa de las tierras de los pueblos.



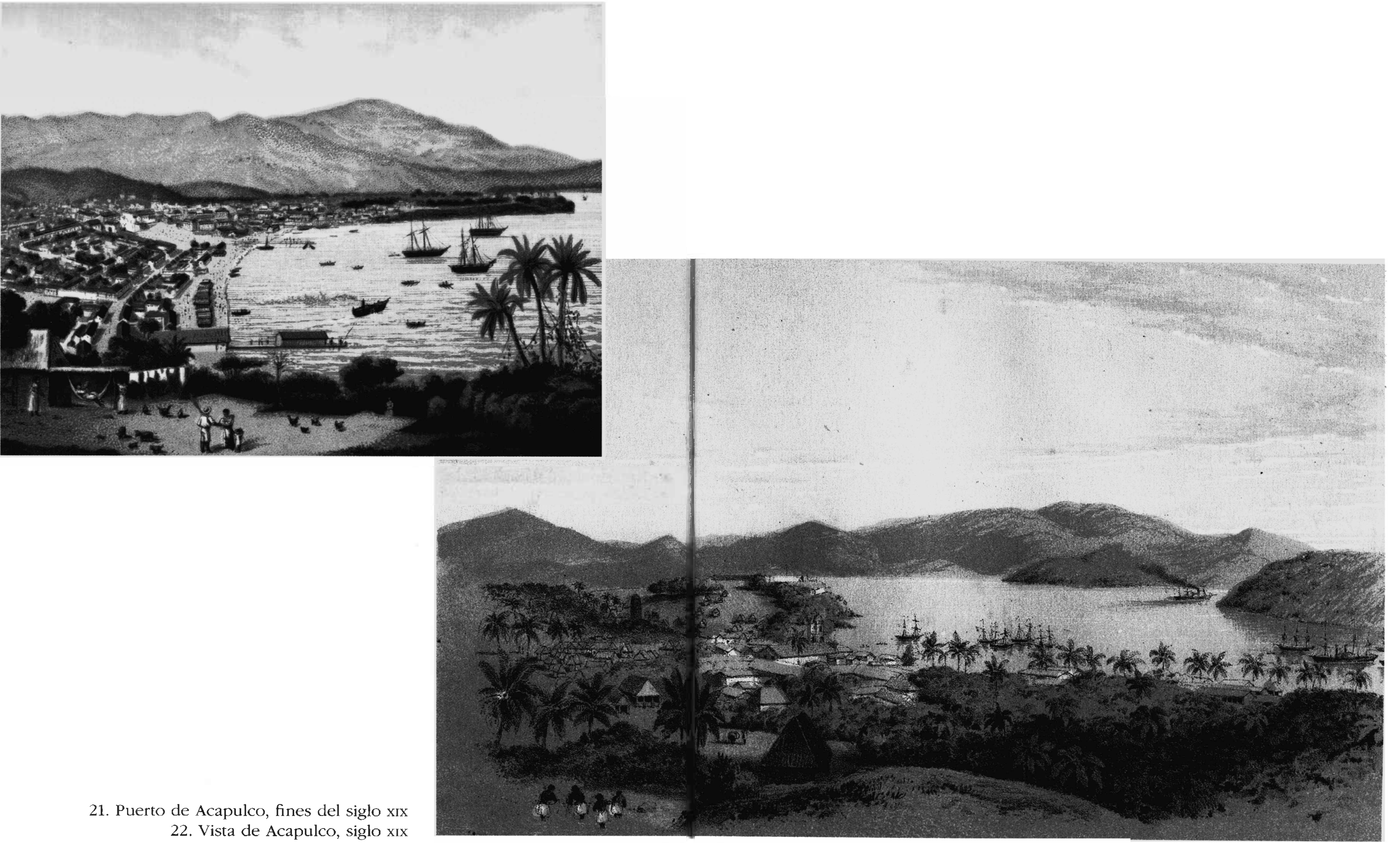
El puerto de Acapulco

Desde el siglo XIV Europa conocía y gustaba del refinamiento de los productos orientales, y en algunos casos aprovechó la importancia estratégica de su posición. Por ello el descubrimiento y la colonización de América replantearon la necesidad de establecer un contacto permanente con el imperio del Gran Kan, dueño de islas ricas en especias, sedas, porcelanas, exóticos perfumes, gigantescas perlas y pólvora. Por su posición geográfica, la Nueva España era el sitio ideal para intentar establecer una ruta de intercambio comercial. Apenas terminada la conquista de México, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado costearon la construcción de varias naves que fueron armadas en Zihuatanejo con los mejores materiales y que se enviaron a explorar una ruta con Asia, aunque no se obtuvo el éxito esperado. Los esfuerzos no cesaron y la autoridad virreinal tomó el mando de las exploraciones. En 1542 la expedición logró llegar al archipiélago asiático, que fue rebautizado con el nombre de Filipinas, en honor del entonces príncipe heredero. Pero sólo fue en 1562 cuando se estableció la ruta comercial entre Filipinas y Acapulco y se consolidó con Manila, fundada y gobernada por López de Legazpi. A partir de 1565 se convirtió en territorio dependiente del virreinato novohispano y representó para Asia lo que Acapulco para América meridional. Ambos puertos reunían una serie de características que los transformaron en los puntos comerciales donde circulaban las mercancías más valiosas de su tiempo.



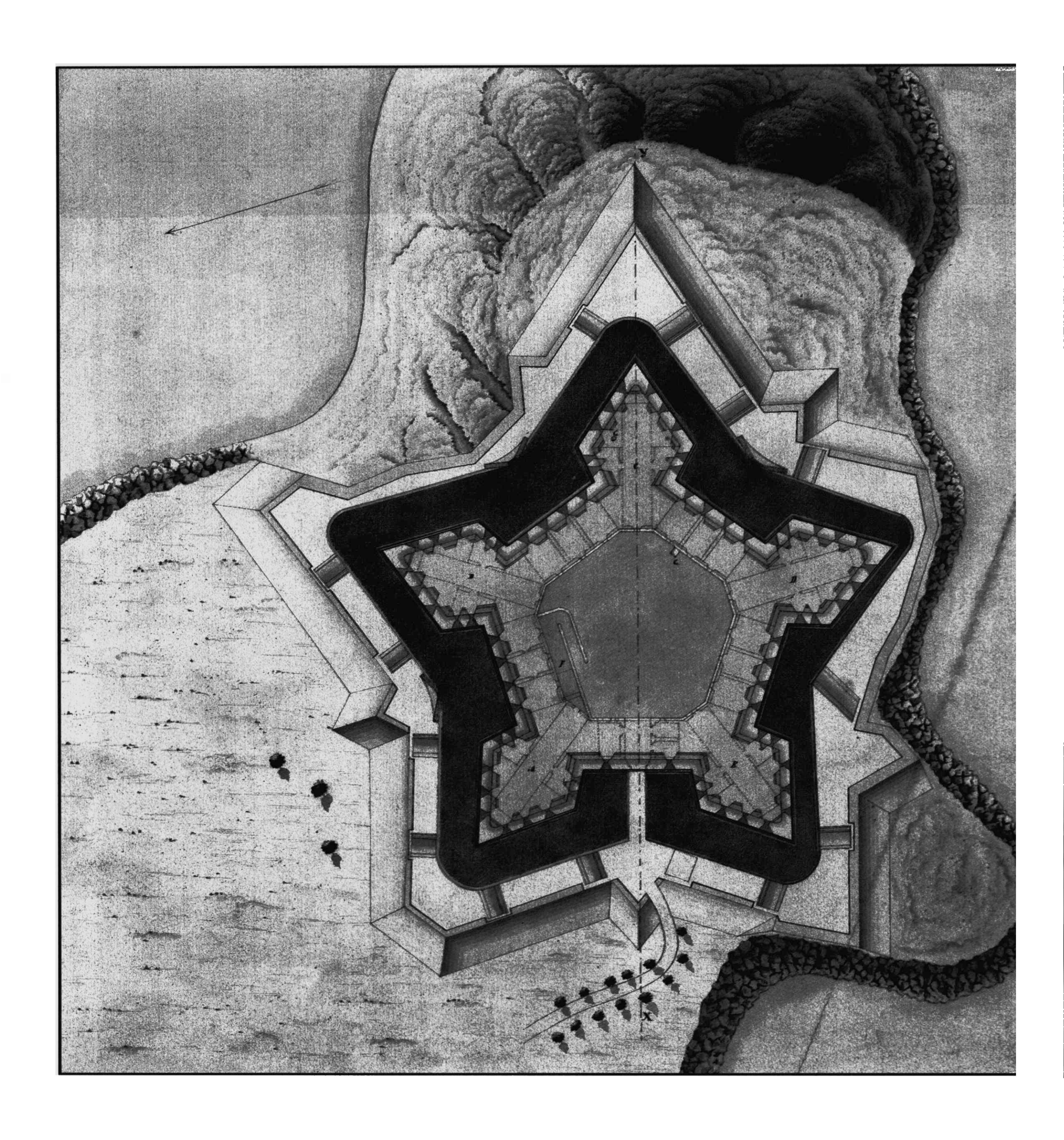
20. Plano del pueblo de Ayutla
y croquis de sus inmediaciones, s. f.

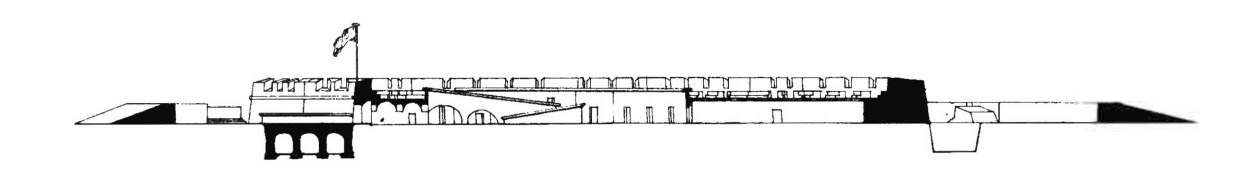

31
15
30
27
29



21. Puerto de Acapulco, fines del siglo XIX
22. Vista de Acapulco, siglo XIX

Debido a la importancia comercial del puerto de Acapulco, la ciudad fue fortificada para repeler los ataques de piratas. Un cuartel general con su cuerpo de milicianos se mantenía en vigilancia permanente.





Solar contiguo que puede aplicarse a la obra para su completo de terreno.

Norte.

22½.

Esplicacion del Plan Ignographico en que demuestra la forma de como se pueden acomodar las 7. compañias de Caballeria.

N.º 1. Zaguan ó Entrada
2. Cuerpo de Guardia
3. Quarto para oficial.
4. Corredores.
5. Pila de Agua limpia.
6. Piletones para que los caballos beban.
7. Siete Caballerizas.
8. Pajar
9. Sebadero.
10. Enfermeria para caballos.
11. Comunes
12. Cozina.
13. Escaleras.
14. Corral para Carros, de pajar, y caballeriza
15. Calabozos.

35.

ESCALA DE QUINCE VARAS.

Mexico, y Febrero 11. de 1782 as.

Sur.

Primer Plano del Quartel.

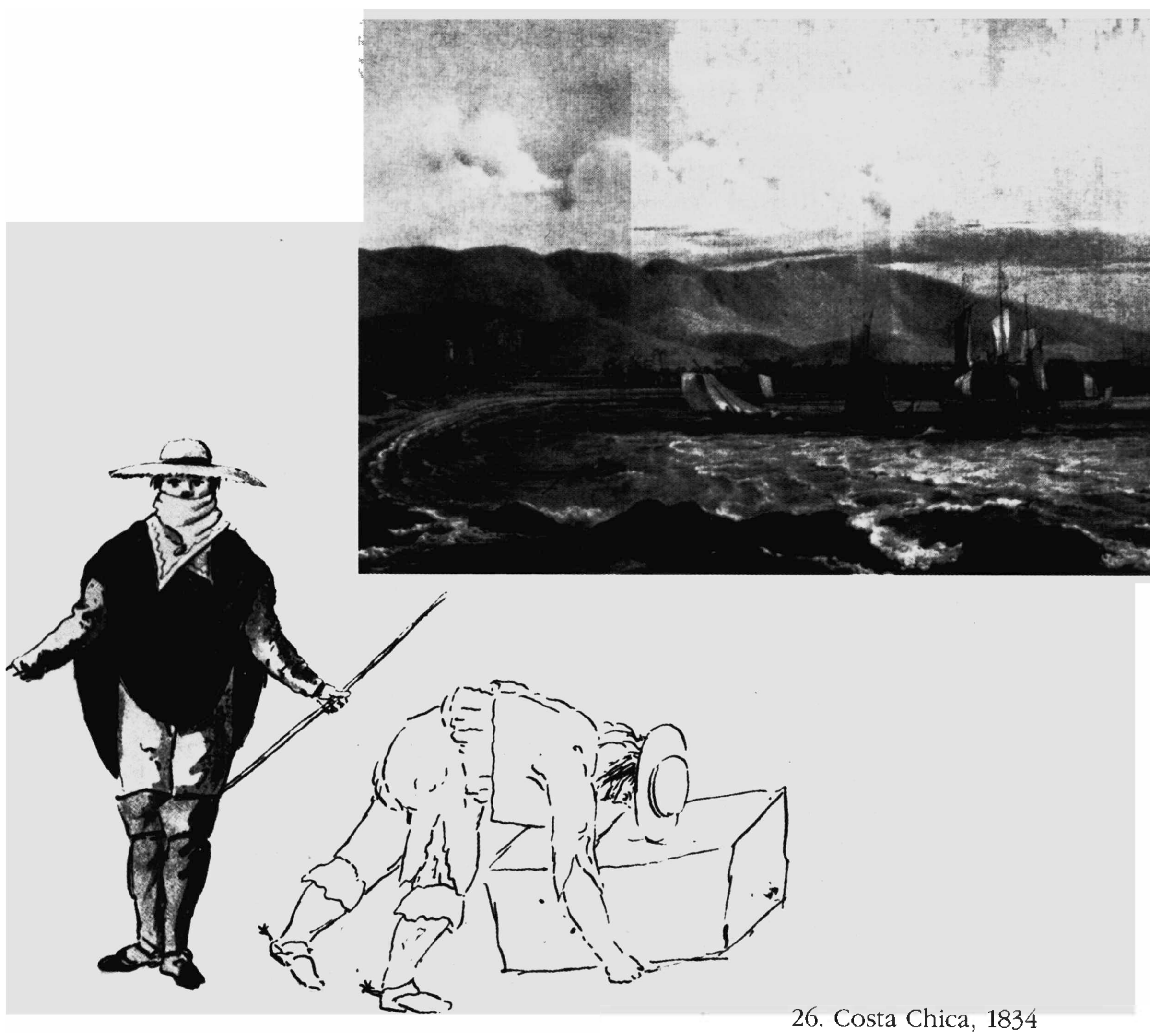
23. Plano del Castillo de Acapulco, 1778-1784

24. Alzado del Fuerte de San Diego de Acapulco, siglo XVIII

25. Primer plano del cuartel, 1782

Si bien Acapulco era el puerto donde se realizaba el comercio legal con la nao proveniente de Filipinas, los pequeños puertos establecidos en la costa chica guerrerense fueron utilizados para la introducción ilegal de mercancías asiáticas.

La profesión de arriero en el periodo colonial resultó de importancia estratégica en el intercambio comercial entre pueblos, ciudades y puertos.



26. Costa Chica, 1834

27. Arriero mexicano, dueño de recua

Arriero Mexicano. dueño de Requa

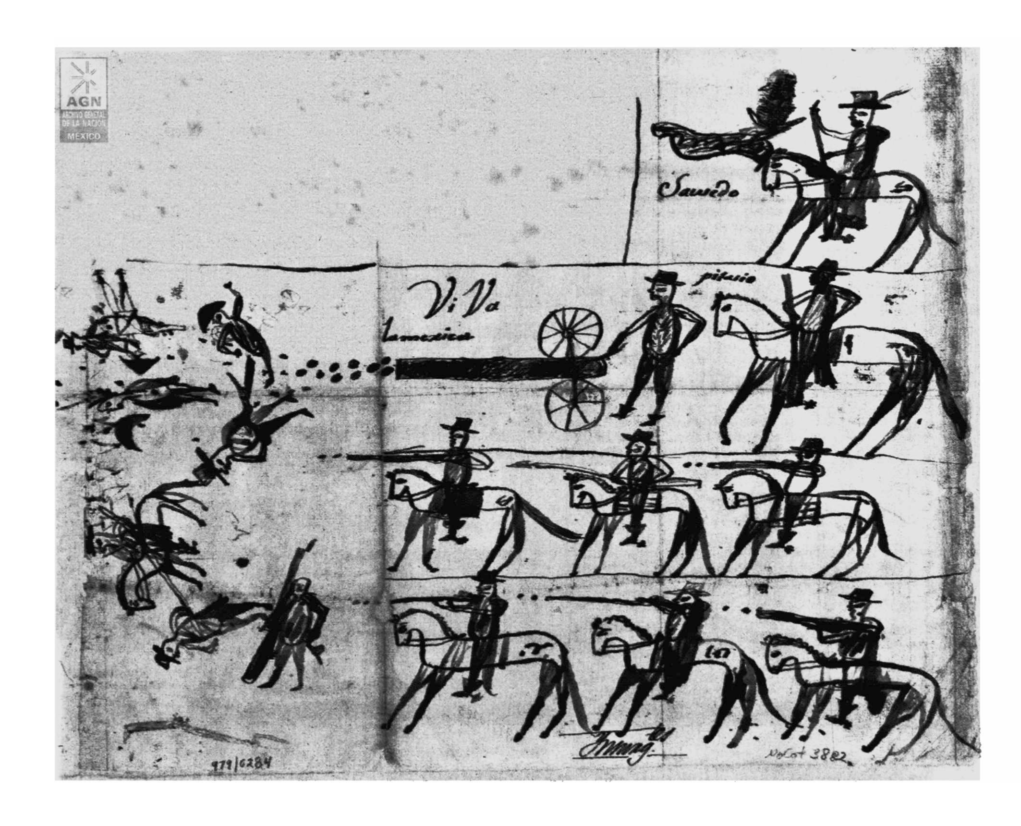
El siglo XIX y el nacimiento del estado de Guerrero

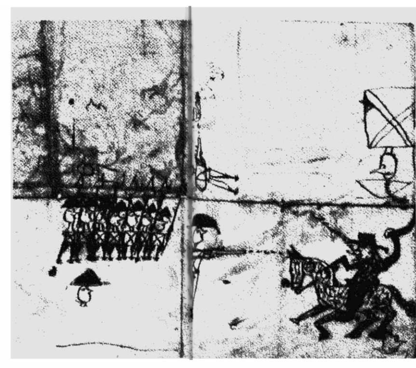
El llamado de Miguel Hidalgo en 1810 a la defensa de la monarquía española frente a la invasión de los franceses dio paso a una serie de cambios fundamentales en la Nueva España. Los bandos se fueron definiendo; Miguel Hidalgo comandaba a los insurgentes y el gobierno virreinal a los realistas. La posición y la importancia económica del puerto de Acapulco desempeñaron de nueva cuenta un papel fundamental en la guerra.

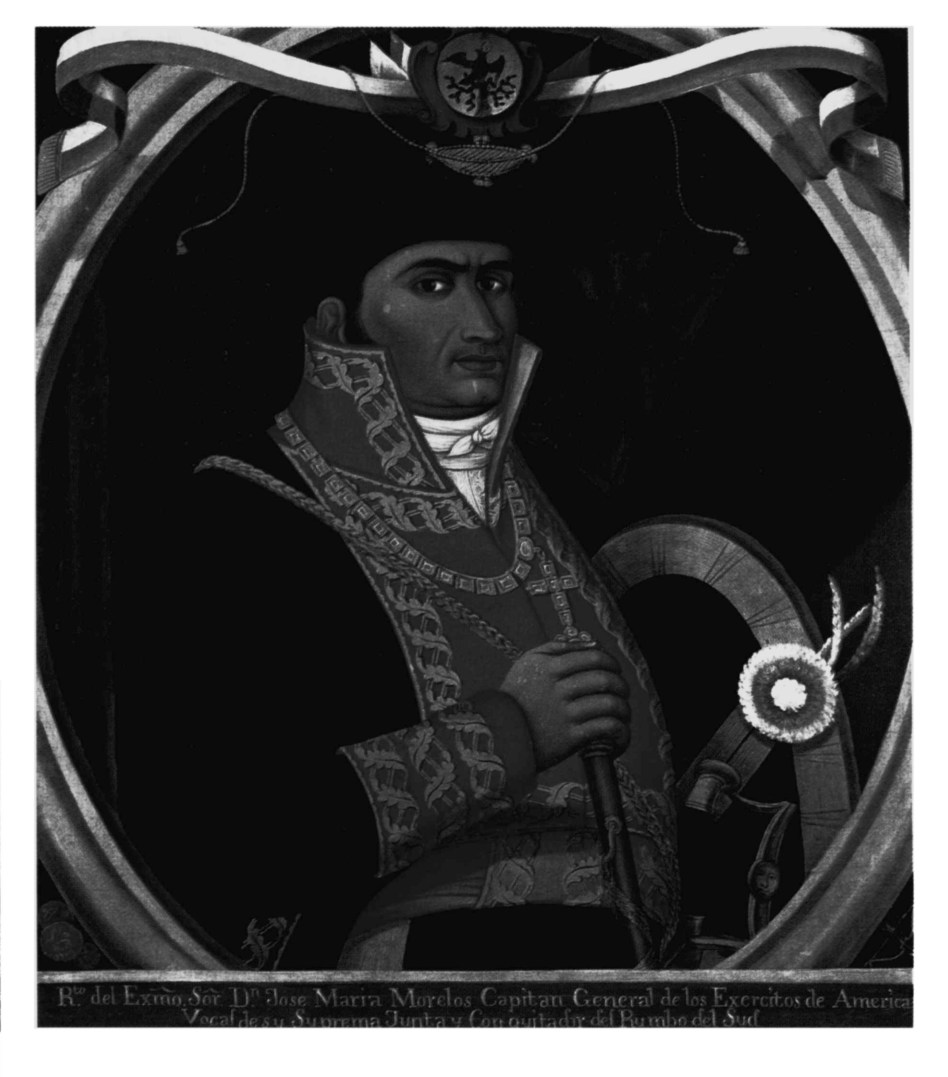


28. Grito de Independencia

José María Morelos y Pavón y Vicente Guerrero se incorporaron a la lucha del lado de los insurgentes. Morelos se distinguió como estratega militar y se movilizó en la región guerrerense. En 1813, apoyado por los generales Juan Álvarez y Hermenegildo Galeana, Morelos logró tomar el puerto de Acapulco con el objetivo de interrumpir las comunicaciones y controlar los caudales ahí almacenados. El control que Morelos ejerció desde el puerto de Acapulco durante los siguientes meses, y la importancia que adquirió a la muerte de Hidalgo, Allende y Aldama, convirtieron el territorio sureño en su bastión. Por ello, fue en Chilpancingo donde en 1813, durante el primer Congreso de Anáhuac, presentó sus *Sentimientos de la Nación* a manera de declaración de independencia de la República Mexicana: “Queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español”.



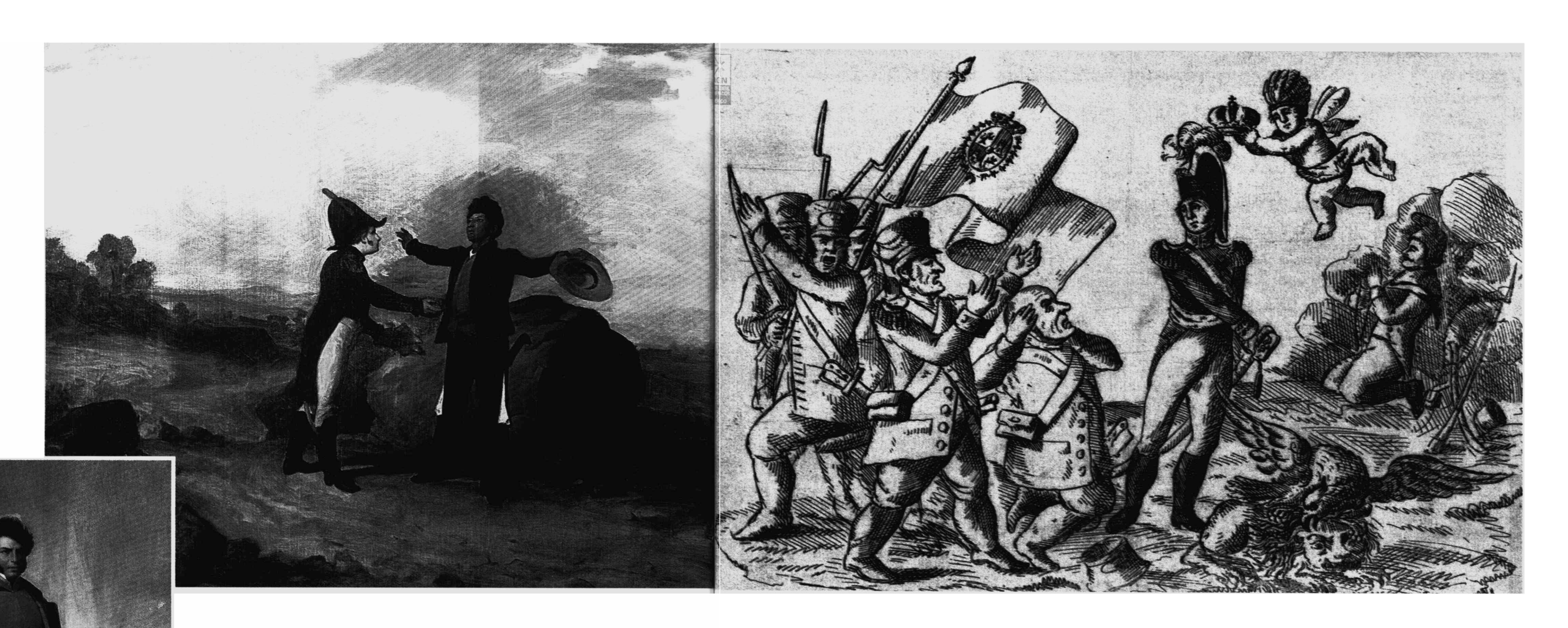




29 y 30. Batalla entre insurgentes y realistas, 1812

31. Retrato de José María Morelos, óleo sobre tela de Pablo Oseguera, siglo XIX

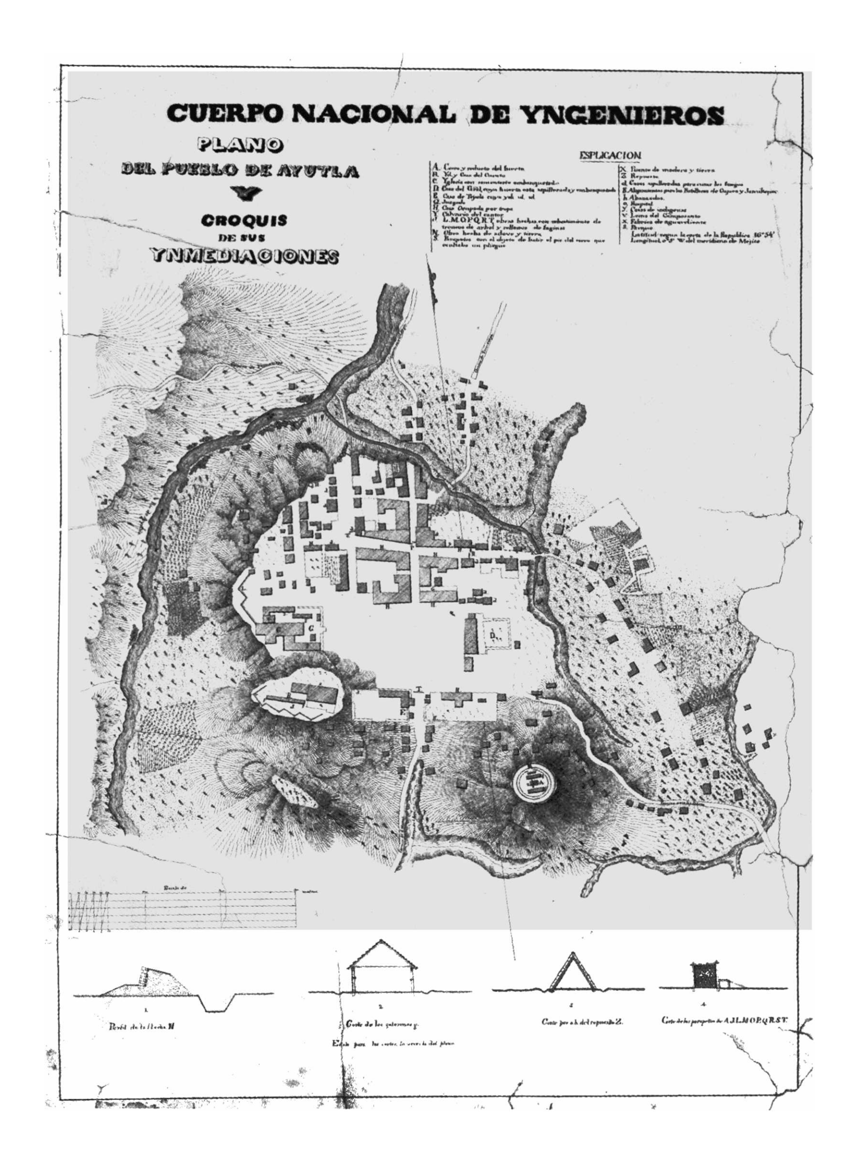
El abrazo de Acatempan entre Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide representa la unificación de dos fuerzas hasta ese momento antagónicas, insurgentes y realistas, para llevar a cabo la independencia.



32. Retrato de Vicente Guerrero, Ramón Sagredo, *ca.* 1865
33. El abrazo de Acatempan, atribuido a Petronilo Monroy, *ca.* 1875
34. Caricatura de realistas e insurgentes, 1824

El abrazo de Acatempan fue el inicio de una etapa en la que México debió definir su sistema de gobierno, su administración política y en general construir las bases de la nueva nación. Guerrero nació como parte integrante de la federación en 1849, durante el mandato presidencial de José Joaquín de Herrera. Gracias a la gestión de los guerrerenses Nicolás Bravo y Juan N. Álvarez se decretó la creación del estado independiente y soberano de Guerrero, conformado por Acapulco, Chilapa, Tlaxco, Tlalpa y Coyuca.

Durante el siglo XIX, la mayoría de los conflictos entre fuerzas antagónicas fueron saldados en confrontaciones bélicas. Pronunciamientos, planes políticos, derrocamientos de presidentes y cambios del sistema de gobierno entre federalistas y centralistas fueron una constante en la primera mitad del siglo XIX. El pueblo de Ayutla dio nombre al plan promulgado por el general Juan Álvarez en 1854, el cual dio inicio a la llamada Guerra de Reforma.

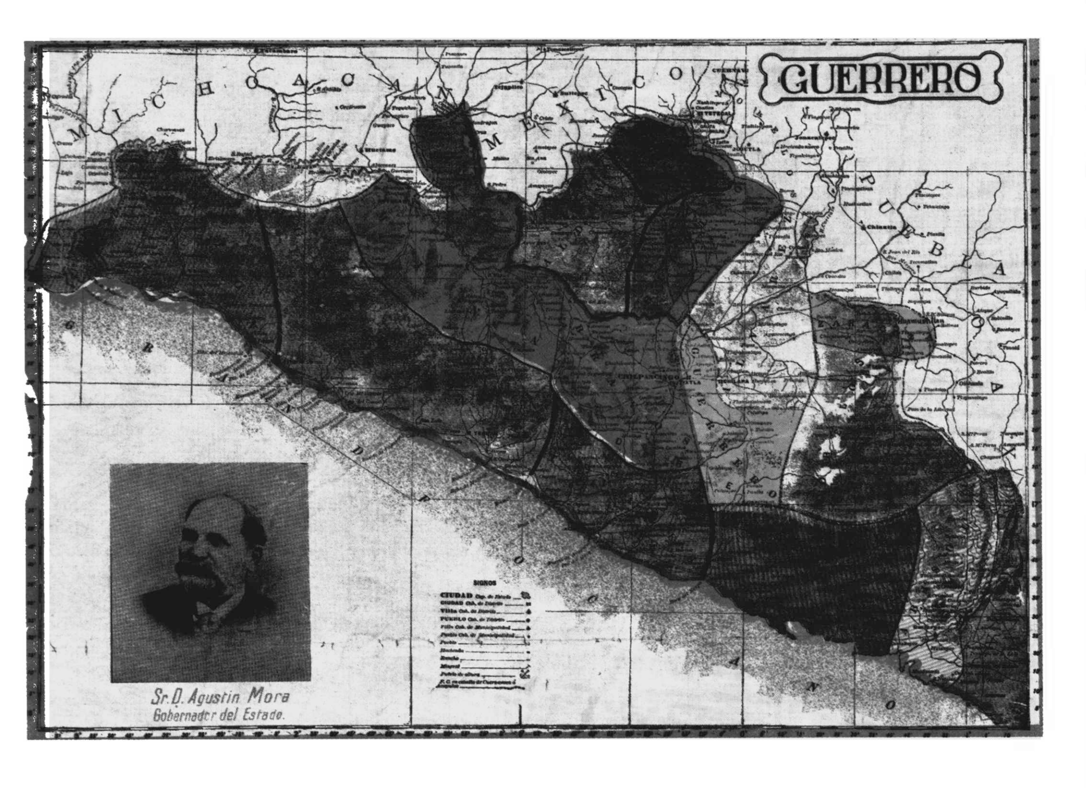




35. Plano del pueblo de Ayutla y croquis de sus inmediaciones, s. f.
36. Soldados federales

Desarrollo urbano e infraestructura en caminos

La accidentada topografía del estado se intentó superar durante el Porfiriato para facilitar la integración del territorio y mejorar las condiciones económicas de la población. Sin embargo, fue poco lo que se pudo hacer más allá del mejoramiento de la capital y de poblaciones importantes; la serranía guerrerense siguió en el aislamiento.



37. Carta geográfica comercial del estado de Guerrero, 1904
38. El puente del Río Atoyac





39. Anuncio publicitario, 1904

40. Interior del Mercado Municipal reconstruido por el Consejo de Ometepec en 1941

41. Anuncio publicitario, 1904
42. Mercado de Taxco, 1959
43. Anuncio publicitario, 1904
44. Anuncio publicitario



Botica de la Merced

DE

I. L. Vda. de Blay

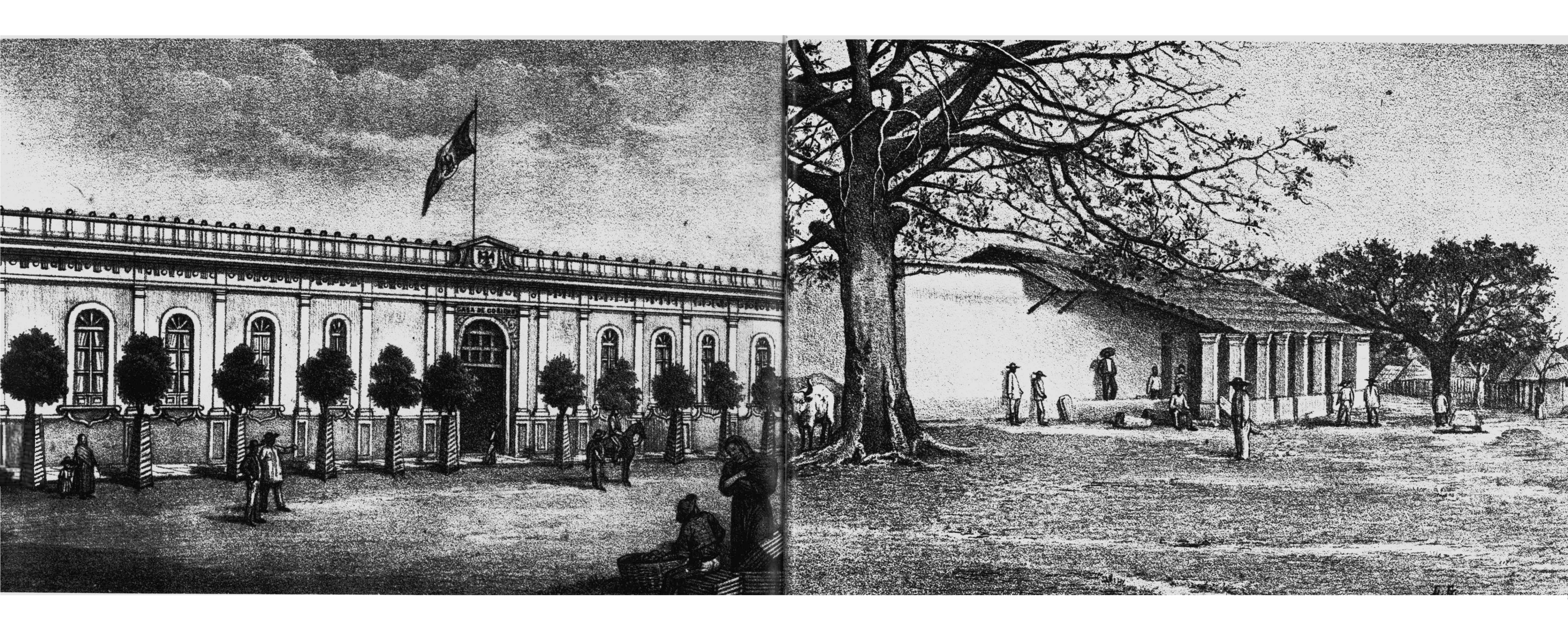
IGUALA

GRO.



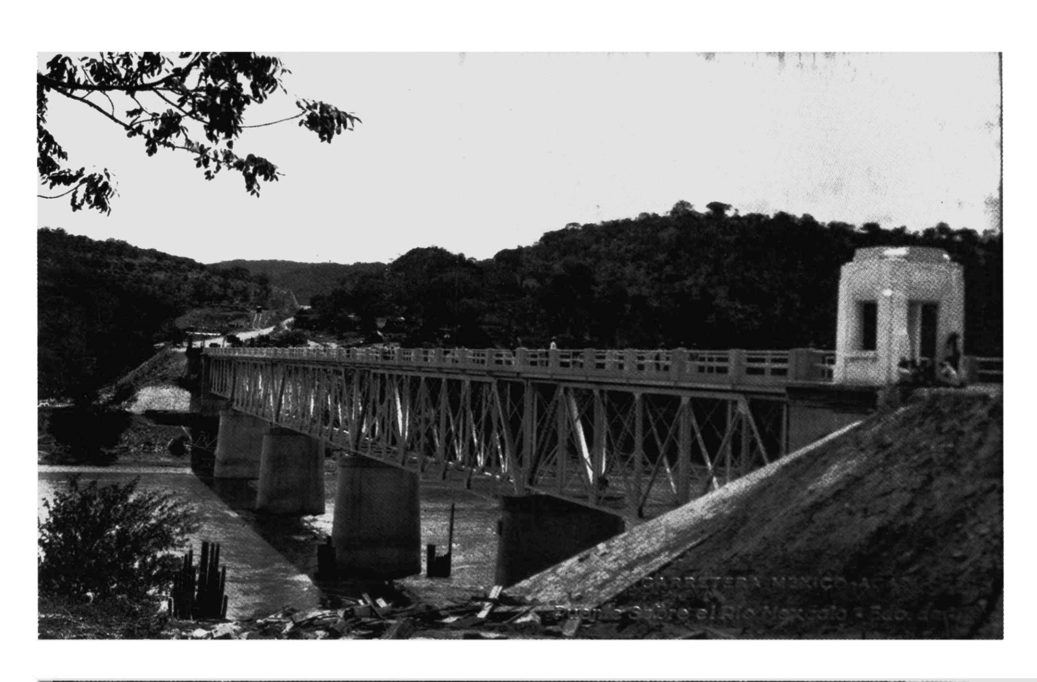






45. Palacio de Gobierno en Chilpancingo

46. Cuajimalpa, finales del siglo XIX


CARRETERA MEXICO
Puente Sobre el Rio Mezcala


AGN
MEXICO

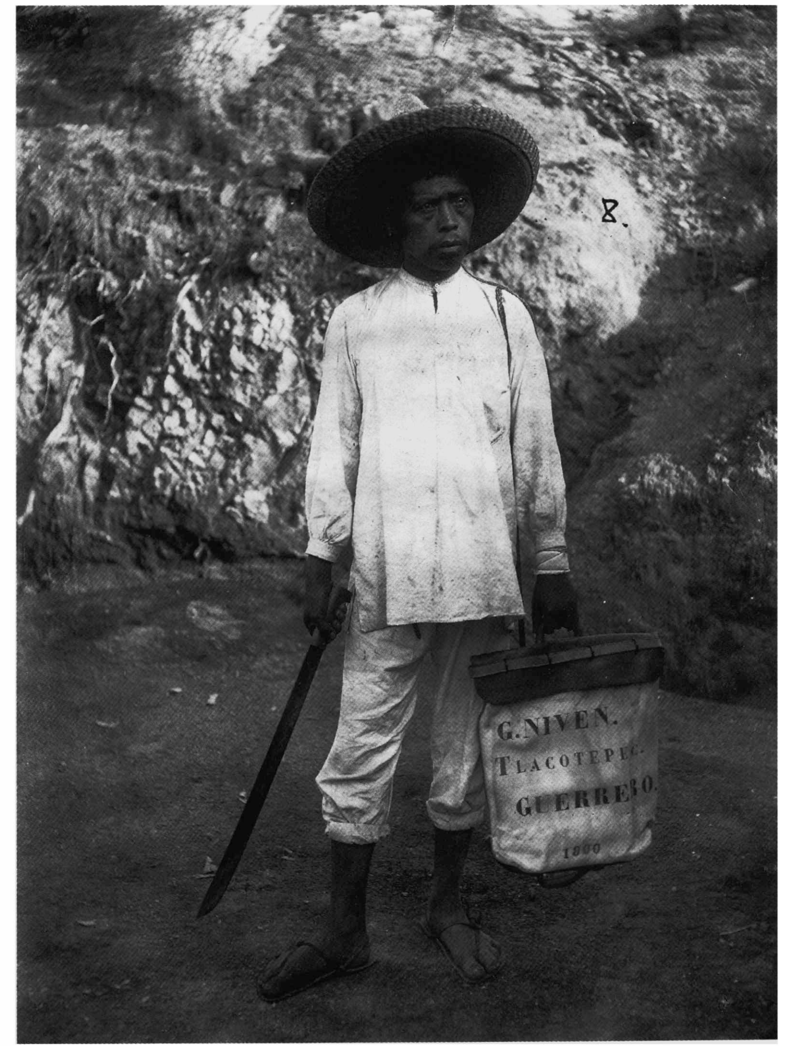
Rebeliones

El conflicto social, la revuelta, el bandolerismo y las guerrillas se hicieron presentes en Guerrero desde el siglo XIX. En el Porfiriato, no obstante el lema de Orden y Progreso, hubo frecuentes desórdenes en el estado. Desde la década de 1890, las revueltas se intensificaron en la región de la Montaña; en ellas participaban también grupos de los estados vecinos de Puebla y Oaxaca. Los conflictos no sólo se dieron contra el gobierno, las compañías deslindadoras o los hacendados, sino entre los mismos pueblos por cuestiones de tierras.



47. Puente sobre el Río Mezcala en la carretera México-Acapulco, *ca.* 1950

48. Tramo de Apaztepec de la carretera México-Acapulco, 1926



49. Navegando el Río Balsas
50. Campesinos del sur, *ca.* 1956
51. Indígena de Tlacotepec, *ca.* 1895

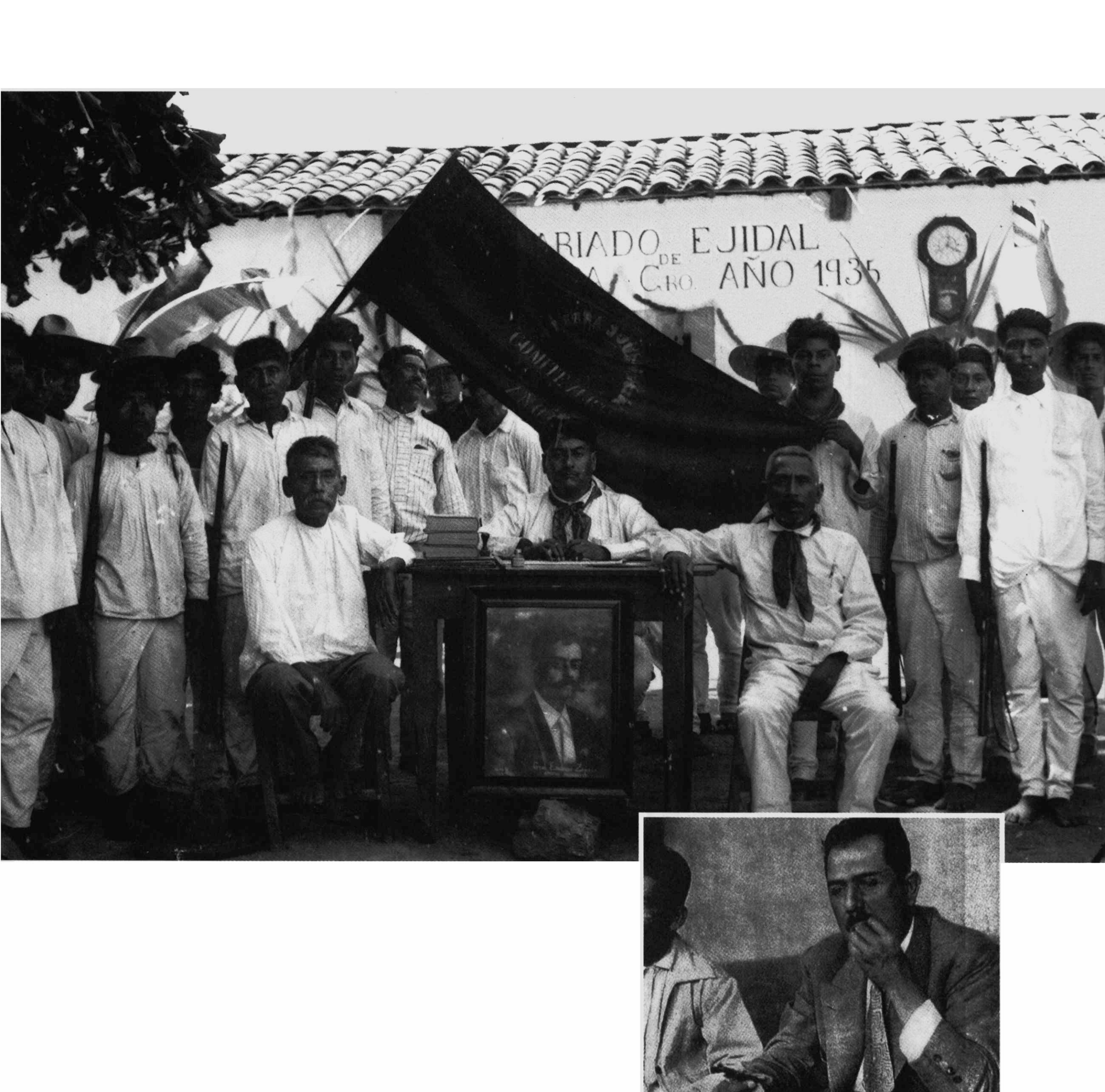
El movimiento armado encabezado por Francisco I. Madero representó un espacio para que las revueltas regionales de Guerrero se integraran a las demandas de justicia, reparto de tierras y mejores condiciones laborales.



52. Madero es recibido por guerrerenses al llegar a Chilpancingo de los Bravos durante su gira por Morelos y Guerrero, junio de 1911

53. Francisco I. Madero
54. Revolucionario



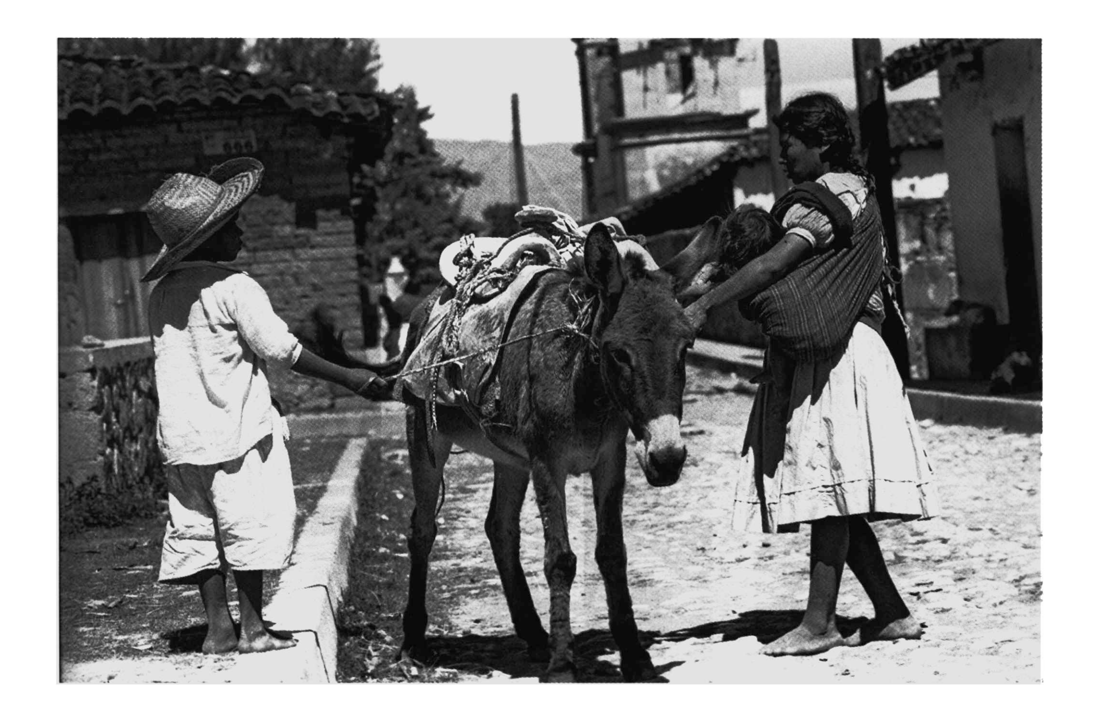


55. Comisariado Ejidal, *ca.* 1935
56. Lázaro Cárdenas, 1938

Procesos inconclusos

La Revolución mexicana no satisfizo todas las demandas, y la guerrilla como medio para resolver conflictos se hizo presente en la década de 1970. El reclamo por una mejoría en las condiciones de vida de la población indígena, reparto de tierras, apoyo para el campo, entre otros, fue lanzado por la guerrilla.

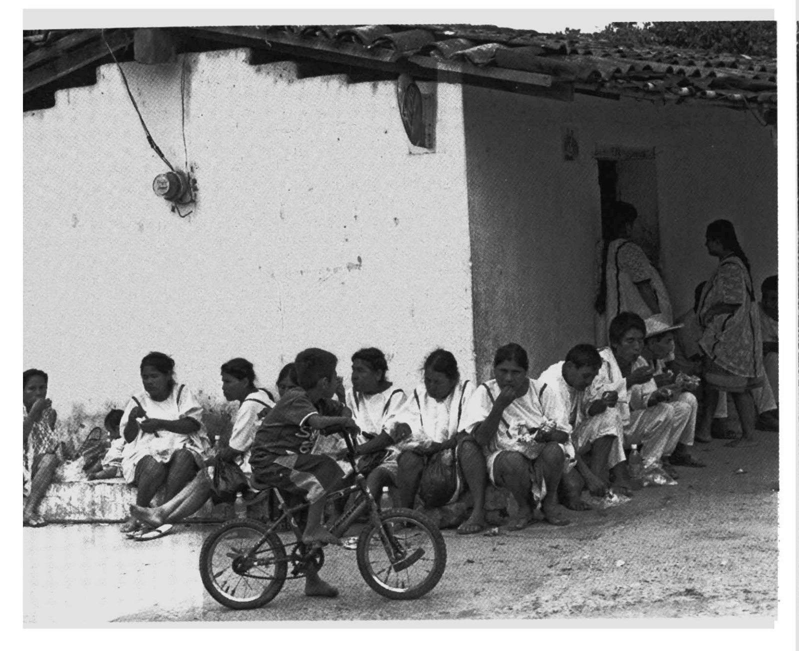
Hasta la fecha, la pobreza y la marginación son temas pendientes que ni los conflictos armados ni el Estado han podido resolver.

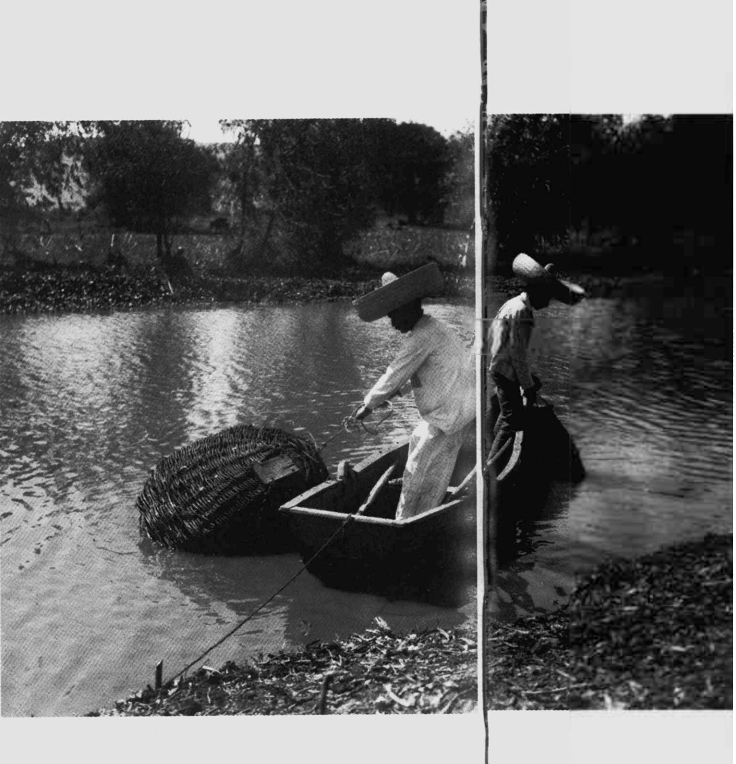


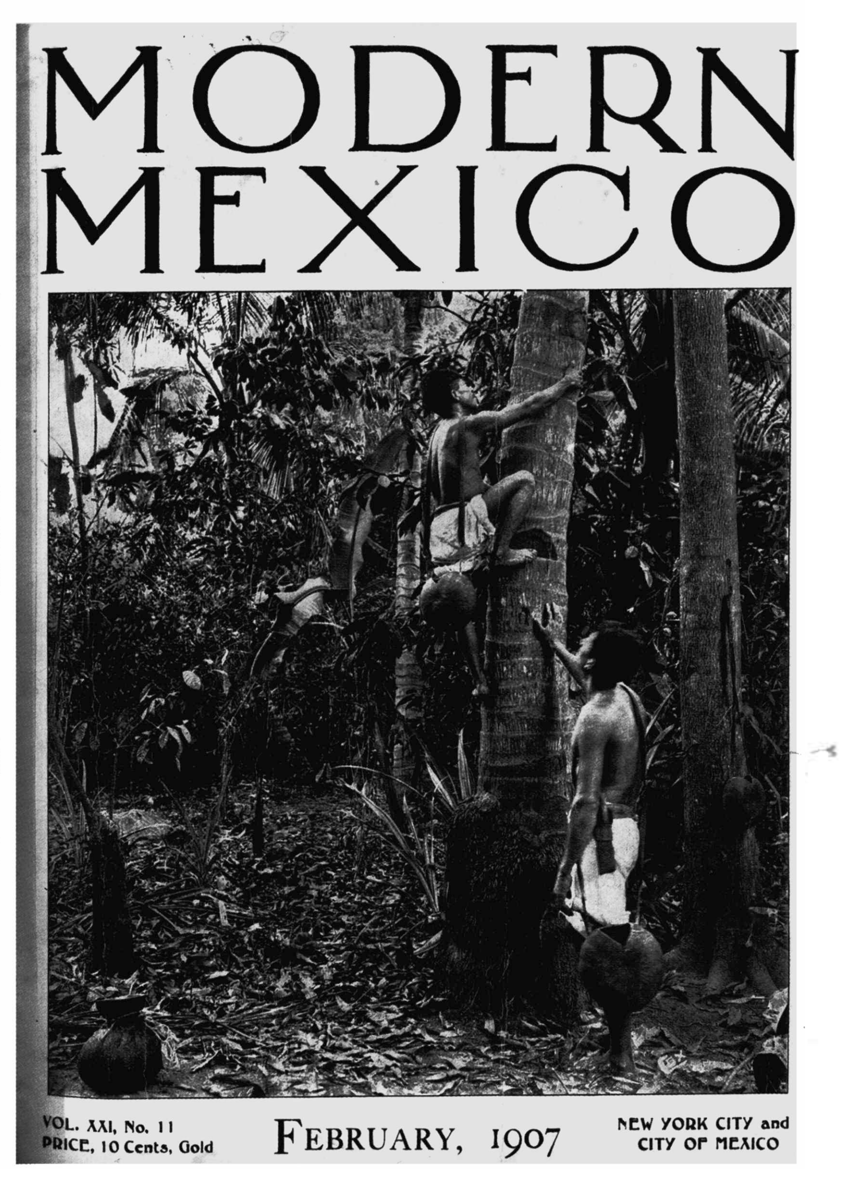
57. Mujer y niño nahuas, Atzacoaloya, Guerrero, 1977



58. Hombre nahua arando un campo de cultivo, Atzacoaloya, 1977
59. Hombres y niño nahuas arreando cabras, Atzacoaloya, 1977
60. Hombres nahuas cultivando ajos, Atzacoaloya, 1977



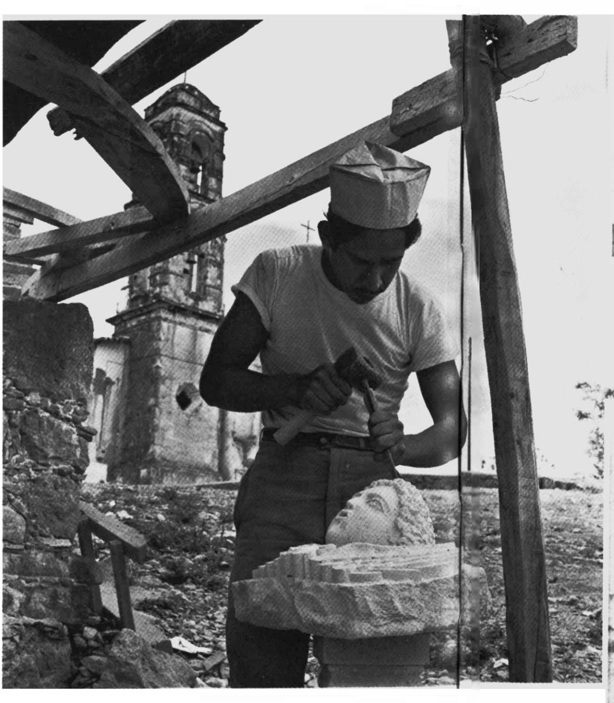




61. Amuzgos, localidad de Guadalupe Victoria, municipio de Xochistlahuaca, 2005

62. Pescadores en el Río Mezcala, *ca.* 1940
63. Indígenas bajando frutos de una palmera, 1907









64. Familia nahua en un patio, Acatlán, 1977
65. Hombre elaborando la escultura de un ángel, Taxco, 1959
66. Abordando el camión, Acatlán, región nahua, 1977
67. Niñas nahuas jugando matatena, Aquilpa, 1977

Vida cotidiana

La riqueza cultural guerrerense es uno de los acervos más grandes del país. Sus delicadas artesanías de laca, plata y oro, así como sus exquisitos bordados textiles y sus suculentos platillos, con influencia de distintas culturas, son reconocidos en todo el mundo.





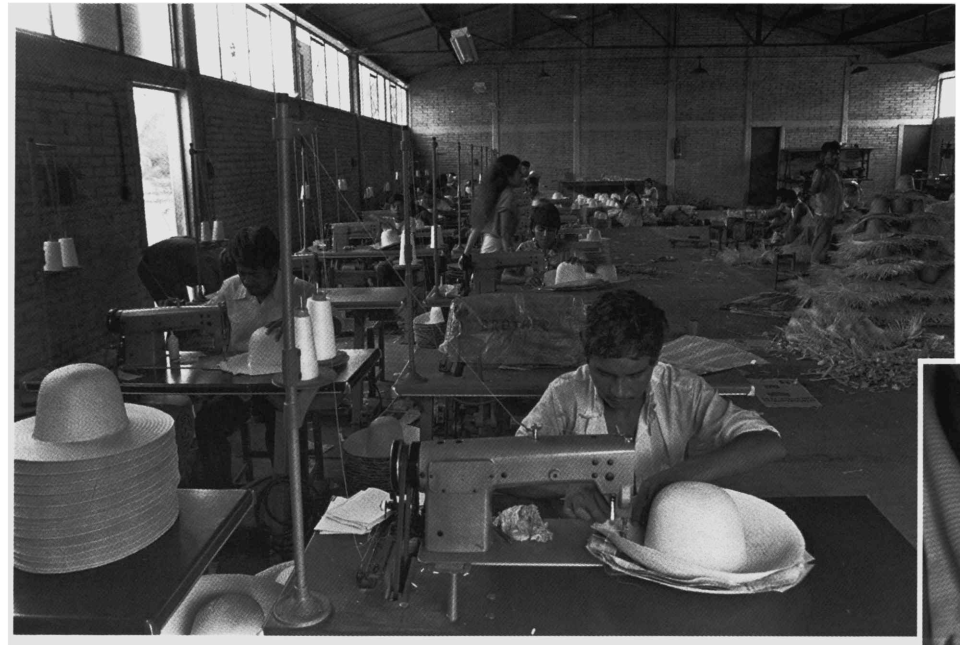


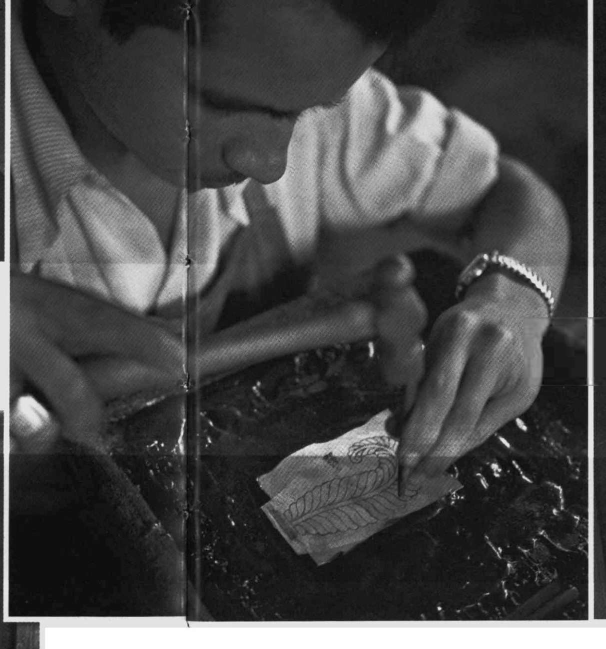


68. Mujer haciendo tortillas, *ca.* 1902
69. Puesto de frutas

70. Artesano nahua elaborando máscaras, Zitlala, 1977

71. Hombres nahuas elaborando sombreros, Aquilpa, 1977







72. Hombres nahuas laborando en un taller de sombreros, Aquilpa, 1977

73. Fabricación de guitarras en un taller, Taxco, 1959

74. Elaboración de artesanías de plata, Taxco, 1959

75. Producción familiar de velas, Acatlán, 1977



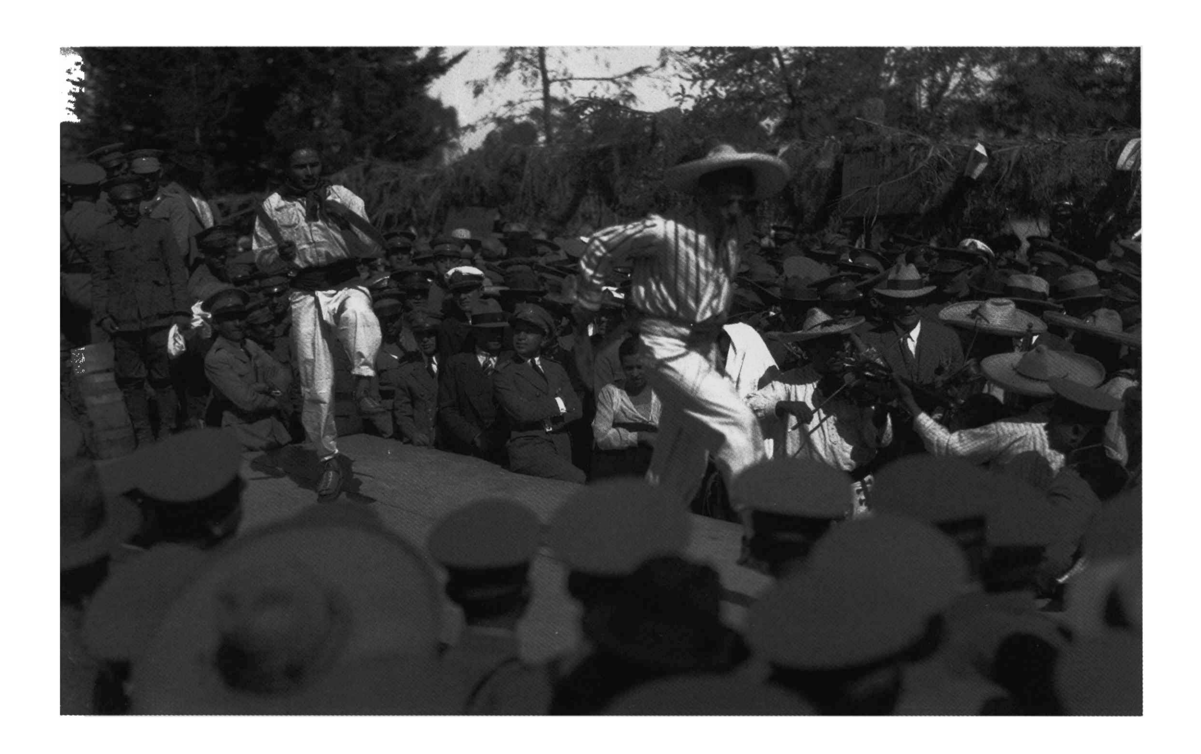
76. Caja de votos religiosos de Olinalá
77. Caja de dones de Olinalá

Las artesanías elaboradas con laca de madera provienen de las comunidades de Olinalá, Temalcalcingo, Ocotepec y Acapetlahuaya. El particular aroma de esta madera las distingue en el mercado internacional, en donde se pueden encontrar las tradicionales cajitas, charolas, máscaras y joyeros, además de biombos y marcos.

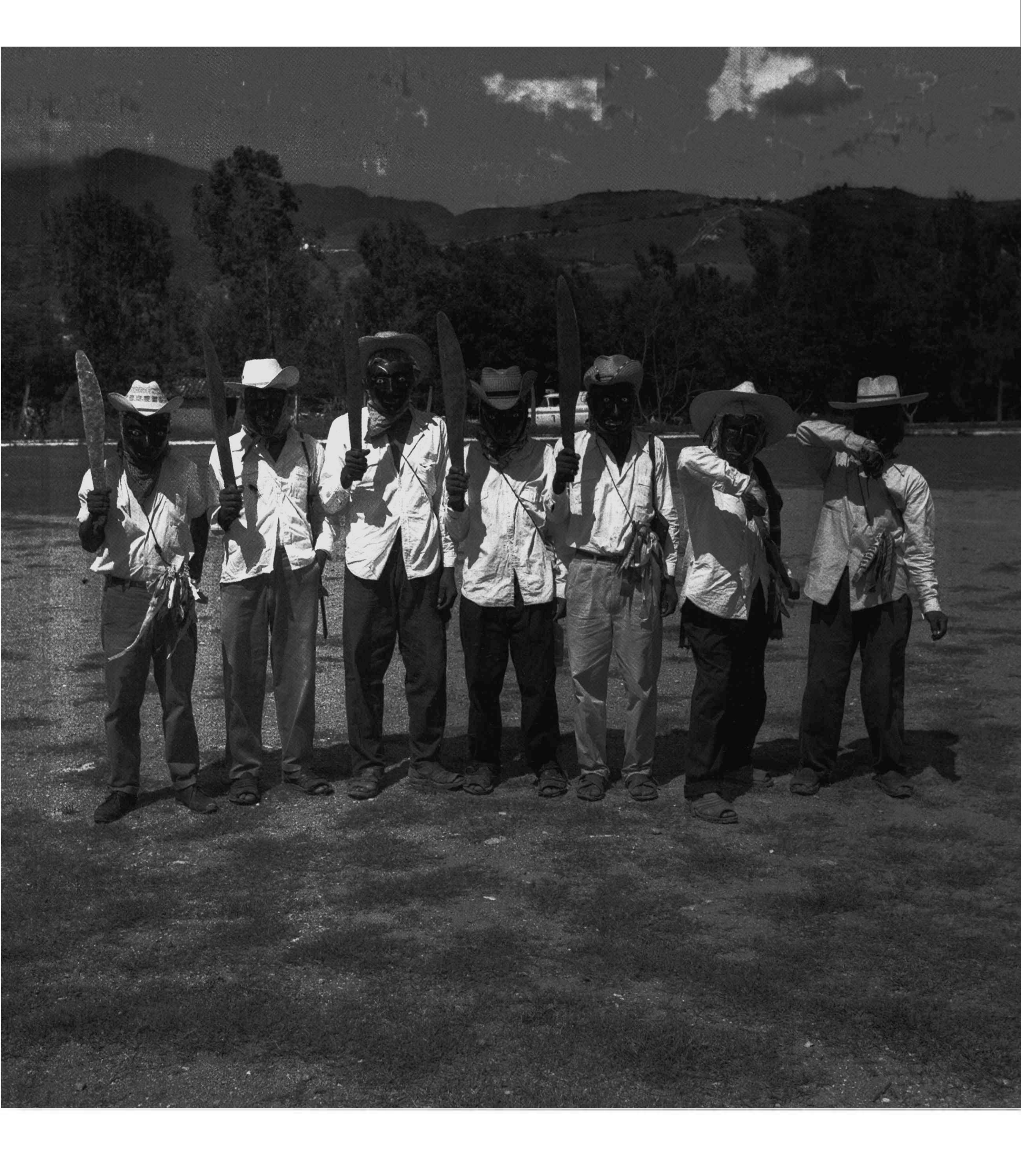




Una de las expresiones culturales más arraigadas en la sociedad guerrerense es la danza. A lo largo de la historia del estado, los guerrerenses han danzado para festejar, evangelizar y representar la flora y la fauna del lugar. Entre las danzas más importantes figuran la de los Tlacoloteros o sembradores de maíz, propia del centro del estado; la de los Diablos, cuyo objetivo es mostrar la diferencia entre el bien y el mal, y la de los Tecuani, que describe la caza del tigre y que en náhuatl significa "algo que come". Otras danzas de la región son las de los Tejoneros, los Maiceros, los Pescadores, los Zopilotes, los Moros, los Amuzgos y los Machos.



78. Indígenas tlapanecos en procesión, Zapotitlán Tablas, 1978
79. Danzas de amuzgos durante un festival militar, 1920-1925



80. Danzantes de Guerrero, 1964

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

No obstante su importancia dentro del proceso nacional, la historiografía profesional poco se ocupó de Guerrero, de tal manera que los esfuerzos de investigadores guerrerenses y especialistas foráneos son todavía insuficientes para ganar terreno a una historia patria devota del civismo y la retórica política.

Por buen tiempo, el relato histórico fue sumergido en obras generales dedicadas a la geografía, economía, administración pública, división municipal, monografías, costumbres y tradiciones. Pertenecen a este campo el *Diccionario geográfico, histórico y lingüístico del estado de Guerrero* (Pluma y Lápiz, México, 1942), de Héctor F. López; la *Geografía del estado de Guerrero y síntesis histórica* (Quetzalcóatl, México, 1959), escrita por Amado González Dávila; el *Diccionario Guerrero. Enciclopedia regional* (Fernández Editores, México, 1974), de Heriberto García Rivas, y la *Geografía histórica del estado de Guerrero* (H. Ayuntamiento Constitucional, Acapulco, 1980), obra póstuma de Alejandro W. Paucic.

Dentro de las historias generales, desarrollaron el enfoque político Luis Guevara Ramírez, *Síntesis histórica del estado de Guerrero* (Gráfica Cervantina, México, 1959), y el destacado historiador guerrerense Moisés Ochoa Campos, *Breve historia del estado de Guerrero* (Porrúa Hermanos, México, 1968). El abanico de temas lo abrieron un grupo de historiadores del INAH, acompañado por otros especialistas, con *Ensayos para la historia del estado de Guerrero* (Instituto Guerrerense de la Cultura, Chilpancingo, 1985), donde abordaron aspectos variados que iban desde la historiografía, los viajeros, caudillos y caciques, los conflictos políticos decimonónicos, hasta la revolución en la Costa Grande, el escuderismo y sus derivas. Carlos Illades, *Guerrero: textos de su historia* (Instituto Mora/Gobierno del Estado de Guerrero, México, 1989); del mismo autor y Martha Ortega, *Guerrero: una historia compartida* (Instituto Mora/Gobierno del Estado de Guerrero, México, 1989), y de Illades

también, *Breve historia de Guerrero* (FCE/El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas, México, 2000), agruparon materiales impresos, esparcidos en bibliotecas locales, para recuperar las dimensiones económica y social de la historia suriana.

Imprescindibles para el conocimiento de la historia antigua de los pueblos originarios son *Cihuatlán y Tepecoacuilco. Provincias tributarias de México en el siglo XVI* (UNAM, México, 1971), de Jaime Litvak King, y *Arqueología y etnohistoria del estado de Guerrero* (INAH/Gobierno del Estado de Guerrero, México, 1986), grueso volumen donde se publicaron los resultados del Primer Coloquio de Antropología y Etnohistoria del Estado de Guerrero, celebrado en Chilpancingo en 1984. El número 82 de *Arqueología Mexicana* (noviembre-diciembre de 2006), dedicado al estado de Guerrero, que incluye, entre otros, textos de Paul Schmidt Schoenberg, tal vez el mayor especialista en la arqueología guerrerense.

Los estudios etnohistóricos incluyen *Cuijla: esbozo etnográfico de un pueblo negro* (FCE, México, 1958), de Gonzalo Aguirre Beltrán, un clásico de la antropología mexicana sobre Cuajinicuilapa, poblado por esclavos africanos desde la época colonial, mestizados con el transcurrir del tiempo, pero que, a la vez, modificaron las pautas culturales de otros habitantes del país. Y, acerca de los indígenas durante el virreinato, *Entre el caimán y el jaguar. Los pueblos indios de Guerrero* (CIESAS/INI, México, 1994), de Danièle Dehouve. Dentro de la historiografía, para el periodo colonial tardío puede verse *Las raíces de la insurgencia en el sur de la Nueva España: la estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVIII* (Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, Chilpancingo, 2002), de Jesús Hernández Jaimes.

La bibliografía sobre el siglo XIX es más amplia. Destaca el magnífico estudio de Peter F. Guardino, *Campesinos y política en la formación del Estado Nacional en México. Guerrero, 1800-1857* (Gobierno del Estado de Guerrero, Chilpancingo, 2001), que articula los planos social y político, local y nacional, en la explicación del proceso histórico del Sur. *Caudillos y caciques* (El Colegio de México, México, 1972), de Fernando Díaz Díaz, y *Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906* (Siglo XXI, México, 1980), de Leticia Reina, muestran la intermediación ejercida por Álvarez entre los campesinos indígenas y las autoridades nacionales.

Sobre el tema, también contamos con *La carrera política y militar de Juan Álvarez* (Miguel Ángel Porrúa, México, 1988), de Clyde Gilbert Bushnell; *Los Sentimientos de la Nación. Entre la espada espiritual y militar y los orígenes del estado de Guerrero* (Laguna/H. Congreso del Estado Libre y Soberano de Guerrero, México, 2001), coordinado por José Gilberto Garza Grimaldo y Tomás Bustamante Álvarez, y *La separación del sur o cómo Juan Álvarez creó su estado* (El Colegio Mexiquense, Zinacantepec, 2004), de Gerald L. McGowan.

El siglo XX es el periodo mejor documentado. De la Revolución se han ocupado Marcelo González Bustos, *El general Jesús H. Salgado y el movimiento zapatista en Guerrero* (UAG, Chilpancingo, 1983); Ian Jacobs, *La Revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros* (Era, México, 1990); Renato Ravelo Lecuona, *La revolución zapatista de Guerrero* (UAG, Chilpancingo, 1990), y Francisco Herrera Sipriano, *La Revolución en la Montaña de Guerrero. La lucha zapatista 1910-1918* (INAH, México, 2009). A diferencia de la historiografía anterior, donde el estudio del proceso revolucionario se centró en la familia Figueroa, pienso por ejemplo en los estudios Vicente Fuentes Díaz, *La Revolución de 1910 en el estado de Guerrero* (Nacional Impresora, México, 1960), y José Manuel López Victoria, *Historia de la Revolución en Guerrero* (Instituto Guerrerense de la Cultura, Chilpancingo, 1985). Estos nuevos trabajos ofrecieron una imagen más compleja de las fuerzas políticas de la entidad, destacando la diversidad regional y las demandas específicas de los distintos grupos revolucionarios.

Para la década de los veinte y la reforma agraria cardenista se cuenta con *Las dos muertes de Juan R. Escudero. La comuna de Acapulco, 1918-1923* (Joaquín Mortiz, México, 1990), de Rogelio Vizcaíno y Paco Ignacio Taibo II, e *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Guerrero, 1867-1940* (Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México/Gobierno del Estado de Guerrero/UAG, México, 1987), de Jaime Salazar Adame y otros. Acerca de la guerrilla, disponemos de los estupendos trabajos de Marco Bellingeri: *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres, 1940-1974* (Secretaría de Cultura del Distrito Federal/Juan Pablos, México, 2003), y *México armado, 1943-1981* (Era, México, 2007), de Laura Castellanos, así como del inolvidable relato de Carlos Montemayor, *Guerra en El Paraíso* (Diana, México, 1990).

AGRADECIMIENTOS Y SIGLAS

Agradecemos la generosa colaboración de instituciones, colegas, fotógrafos e innumerables personas que nos hicieron llegar imágenes provenientes de su trabajo etnográfico o de su colección particular.

En especial, queremos agradecer a Rosa Casanova, al doctor Carlos Illades y a los fotógrafos Javier Hinojosa y Paola Orive Garza.

AGN: Archivo General de la Nación.
CDI-FNL: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, Fototeca Nacho López.
Colmex-BDCV: El Colegio de México, Biblioteca Daniel Cosío Villegas.
Conaculta-INAH-Sinafo-FN: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Sistema Nacional de Fototecas, Fototeca Nacional.
FICA: Fundación ICA, A. C.
Sagarpa-MMOYB: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

CRÉDITOS DE IMÁGENES

Mapa de la República Mexicana: Antonio García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos,* carta IV, "Vías de comunicación y movimiento marítimo", México, Debray Sucesores, 1885. Sagarpa-MMOyB.

1. Fotografía aérea, 1945, FICA. No. 3487.
2. Fotografía aérea, 1941, FICA. No. 1925.
3. Fotografía aérea, 23 de febrero de 1956, FICA. No. 12389.
4. Fotografía de Javier Hinojosa, 2006. Col. del autor.
5. Antonio, García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos,* carta VII "Hidrográfica", México, 1885. Sagarpa-MMOYB.
6. Fotografía de P. S. Cox, *ca.* 1904, AGN, Fondo Propiedad Artística y Literaria, P. S. Cox, foto 2.
7. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
8. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
9. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
10. Antonio, García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos,* carta III "Ecleciástica", México, 1885. Sagarpa-MMOYB.
11. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
12. Fotografía de Nacho López, s. f., Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Nacho López. No. 380936.
13. Plano de autor no identificado, s. f., Sagarpa-MMOyB. No. 1193-OYB-7271-A.
14. Plano de autor no identificado, s. f., Sagarpa-MMOyB. No. 1192-OYB-7271-A.
15. Plano de autor no identificado, 1580, AGN-CMPI. No. 1882.
16. Plano de autor no identificado, 1587, AGN-CMPI. No. 1803.
17. Plano de autor no identificado, 1619, AGN-CMPI. No. 1785.
18. Plano de autor no identificado, 1652, AGN-CMPI. No. 1559.
19. Plano de autor no identificado, 1760, AGN-CMPI. No. 2475.

20. Plano icnográfico de autor no identificado, 1826, Sagarpa-MMOYB. No. 561-OYB-7271-A
21. Antonio, García Cubas, *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos,* carta IV "Vías de comunicación y movimiento marítimo", México, 1885. Sagarpa-MMOYB.
22. Grabado de Henry C. Pratt, en John Russell Bartlett, *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora and Chihuahua, Connected with the United States and Mexican Boundary Commission During the Years 1850,* Londres, Nueva York, G. Routledge & Co., D. Appleton and Co., 1854. Colmex-BDCV.
23. Plano levantado por el Cuerpo Nacional de Ingenieros, 1778-1784, Sagarpa-MMOYB. No. 1556-OYB-7271-A
24. Detalle de plano levantado por el Cuerpo Nacional de Ingenieros, 1778-1784, Sagarpa-MMOYB. No. 1556-OYB-7271-A
25. Plano de autor no identificado, 1782, AGN-CMPI. No. 312.
26. Ilustración de Johann Mortiz Rugendas. Col. particular.
27. Dibujo de Felipe Bauza, en Carmen Sotos Serrano, *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1982. Colmex-BDCV.
28. Dibujo de José Guadalupe Posada, en *Posada. Monografía,* ed. facsimilar, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. Colmex-BDCV.
29. Plano de autor no identificado, 1812, AGN-CMPI. No. 3882.
30. Plano de autor no identificado, 1812, AGN-CMPI. No. 3883.
31. Ilustración en Carlos Herrerón Peredo, "Siervo de la Nación", en *Morelos,* coord. de Fausto Zerón-Medina, México, Clío, 1996 (Col. La Antorcha Encendida). Colmex-BDCV.
32. Ilustración de autor no identificado, s. f. Col. particular.
33. Ilustración de autor no identificado, s. f. Col. particular.
34. Grabado, Alejandro Valdés (impresor), 1824, AGN-CMPI. No. 4437.
35. Plano levantado por el Cuerpo Nacional de Ingenieros, s. f., Sagarpa-MMOYB. No. 690-OYB-7271-A
36. Dibujo de José Guadalupe Posada, en *Posada. Monografía,* ed. facsimilar, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. Colmex-BDCV.
37. Carta geográfica comercial, autor no identificado, 1904, Sagarpa-MMOYB. No. 2896-OYB-7271-A

38. Detalle de pintura de Salvador Murillo. Col. particular.
39. Carta geográfica comercial, autor no identificado, 1904, Sagarpa-MMOYB. No. 2896-OYB-7271-A
40. Fotografía de Fotos Simplificaciones Hermanos Herrera Ortiz, Ometepec, 1941, AGN, Colección fotográfica de la Presidencia de la República, Manuel Ávila Camacho, expediente 521, foto 6
41. Carta geográfica comercial, autor no identificado, 1904, Sagarpa-MMOYB. No. 2896-OYB-7271-A
42. Fotografía de Nacho López, 1959, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Nacho López. No. 378602.
43. Carta geográfica comercial, autor no identificado, 1904, Sagarpa-MMOYB. No. 2896-OYB-7271-A
44. Anuncio publicitario, s. f., AGN, Fondo Felipe Teixidor. Tx.4.066.
45. Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental,* litografías de Luis Garcés, México, Cosmos, 1880 (versión condensada de Carlos Macozaga Ramírez de Arellano). Colmex-BDCV.
46. Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental,* litografías de Luis Garcés, México, Cosmos, 1880 (versión condensada de Carlos Macozaga Ramírez de Arellano). Colmex-BDCV.
47. Fotografía de autor no identificado, *ca.* 1950, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Casasola. No. 201969.
48. Fotografía de Zamtz Fot., 1926, AGN, Archivo fotográfico de la Presidencia de la República, Álvaro Obregón-Plutarco Elías Calles, expediente 185, foto 2
49. *Modern Mexico,* vol. XIX, núm. 2, Nueva York y México, mayo de 1905. Col. particular.
50. Ilustración de autor no identificado, s. f. Col. particular.
51. Fotografía de autor no identificado, *ca.* 1895, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Felipe Teixidor. No. 428070.
52. Fotografía de autor no identificado, junio de 1911, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Casasola. No. 36249.
53. Dibujo de José Guadalupe Posada, en *Posada. Monografía,* ed. facsimilar, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. Colmex-BDCV.
54. Dibujo de José Guadalupe Posada, en *Posada. Monografía,* ed. facsimilar, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930. Colmex-BDCV.
55. Fotografía de autor no identificado, *ca.* 1935, AGN, Colección fotográ-

fica de la Presidencia de la República, Lázaro Cárdenas, expediente 156, foto 19.
56. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
57. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72344.
58. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72288.
59. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72283.
60. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72271.
61. Fotografía de Teúl Moyrón, 1977, CDI-FNL. No. 90086.
62. Fotografía de autor no identificado, *ca.* 1940, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Casasola. No. 189268.
63. *Modern Mexico,* vol. XXI, núm. 1, Nueva York y México, febrero de 1907. Col. particular
64. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72619.
65. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72131.
66. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72434.
67. Fotografía de A. Briquet F., *ca.* 1902, AGN, Fondo Propiedad Artística y Literaria, A. Briquet, Alrededores de México, foto 8.
68. Fotografía de Paola Orive Garza, 2009. Col. de la autora.
69. Fotografía de Nacho López, 1959, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Nacho López. No. 378666.
70. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72251.
71. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72507.
72. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72508.
73. Fotografía de Nacho López, 1959, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Nacho López. No. 378640.
74. Fotografía de Nacho López, 1959, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Nacho López. No. 378687.
75. Fotografía de Ramón Jímenez, 1977, CDI-FNL. No. 72171.
76. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
77. Fotografía de autor no identificado, s. f. Col. particular.
78. Fotografía de Ramón Jímenez, noviembre de 1978, CDI-FNL, Serie Acciones y vida cotidiana en Guerrero. No. 45197.
79. Fotografía de autor no identificado, 1920-1925, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Casasola. No. 128412.
80. Fotografía de autor no identificado, agosto de 1864, Conaculta-INAH-Sinafo-FN, Fondo Casasola. No. 189107.

ÍNDICE

Presentación 5
Preámbulo 7
Prefacio 13

Primera Parte
El sur [19]

I. *El territorio y sus habitantes* 21

II. *Época prehispánica* 27

III. *Nueva España* 33
Acapulco y el comercio asiático 38
La minería 42
Las reformas borbónicas 44

IV. *La Independencia en el sur* 48
La insurgencia 48
El Imperio y la Primera República 56

Segunda Parte
La nueva entidad [59]

V. *La formación del estado de Guerrero* 61

VI. *Los poderes fácticos* 66
Conflictos por la tierra y el cacicazgo 66

La Guerra de Reforma 70
Los sucesores del caudillo.............................. 72

VII. *El Porfiriato* 77
La fractura de la élite 78
Orden sin progreso 82
El proyecto liberal 92

Tercera Parte
LA DINÁMICA DEL CONFLICTO [101]

VIII. *La Revolución*.................................. 103
El maderismo 103
El golpe de Estado.................................. 109
El constitucionalismo 112
Con los sonorenses 114
La movilización social 117

IX. *Inestabilidad política y conflictos sociales* 122
El reparto agrario.................................. 124
Una relativa prosperidad.................................. 127
El movimiento de 1960.................................. 133
Un cacicazgo político contemporáneo 141
Los índices del atraso.................................. 145

X. *El pasado reciente*.................................. 149
Competencia política y alternancia 152
Migración y narcotráfico 160

Conclusión 165
Cronología 169
Bibliografía comentada 177
Agradecimientos y siglas 181
Créditos de imágenes 183

Guerrero. Historia breve, de Carlos Illades, se terminó
de imprimir y encuadernar en noviembre de 2010
en Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C. V. (IEPSA),
Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
En su composición se utilizaron tipos ITC Garamond St.
La edición consta de 1 000 ejemplares.

[redacted]

El actual estado de Guerrero ha sido escenario de acontecimientos cruciales. Fue eje de comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico, de navegación por litorales desde Sudamérica y Centroamérica hasta las civilizaciones del occidente de México, incluidas las que florecen alrededor del Trópico de Cáncer. Sus litorales protegidos y corrientes periódicas comunicaron Acapulco con la costa del Pacífico desde tiempos prehispánicos, enriqueciéndolo con el intercambio cultural y material. En algunos lugares la costa es estrecha por la cercanía entre sierra y mar; los centros mesoamericanos —más tarde hispanoamericanos— brindaban protección y abastecimiento a los navíos, pero sus marineros no podían estar a salvo de las enfermedades propias de las costas húmedas. La comunicación con el mundo europeo y asiático estimuló la circulación de bienes, en especial la plata, que recorrió como moneda de cambio el globo terráqueo: China, India y toda Europa. La nao de China, que conectaba Acapulco con Filipinas, recorría los mares de Oaxaca, Guerrero, Colima y Michoacán, hasta llegar a Sinaloa, pero también seguían su tránsito piratas y corsarios que perjudicaban el comercio y fomentaban el contrabando.

Guerrero formó parte del inmenso Estado de México hasta 1849, cuando fue reconocido como estado soberano en la búsqueda de un equilibrio mayor entre las entidades federativas y para contrarrestar la preeminencia de la representación del Estado de México, que contaba con más de un millón de habitantes. Los estados del centro sur —Guerrero, Oaxaca, Michoacán, Morelos, Hidalgo, Puebla, Veracruz y Tabasco— fueron un núcleo estratégico republicano cuyos caudillos y dirigentes políticos dieron vida a la república federal y liberal.

Esta historia breve destaca los elementos constitutivos del estado en los ámbitos político, económico y social. Su propósito fue presentar las líneas de continuidad y discontinuidad del pasado guerrerense como un primer acercamiento a la riqueza histórica de la entidad. Acompañan el texto una breve bibliografía comentada y una amplia selección de imágenes.

www.fondodeculturaeconomica.com











